JUEGO DE BRUJOS

2

LAS BRUJAS DE NUEVA YORK

KIM RICHARDSON

Autora bestseller del *USA TODAY*

JUEGO DE BRUJOS

LAS BRUJAS DE NUEVA YORK
LIBRO DOS

KIM RICHARDSON

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Juego de Brujos, Las Brujas de Nueva York, Segundo Libro
Copyright © 2023 por Kim Richardson
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

www.kimrichardsonbooks.com

JUEGO DE BRUJOS

LAS BRUJAS DE NUEVA YORK
LIBRO DOS

KIM RICHARDSON

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Cuentos de una Bruja
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

CAPÍTULO 1

No había sabido nada de Valen desde que le quitamos la maldición a Jimmy y lo devolvimos a su cuerpo humano. Eso fue hace cinco días. Tal vez el gigante me estaba evitando. Quizá se arrepentía del beso que me había dado. Solo de pensar en el beso sentí una oleada de calor en mis partes bajas. Pero eso no me impidió investigar un poco por mi cuenta.

Me pasé días navegando por todos los enlaces de Google, intentando descifrar el mito de la realidad, porque a veces los cuentos de hadas escondían algo de verdad. No quería pasar nada por alto. Todos habíamos oído las historias y visto las películas sobre vampiros y hombres lobo, y eran tan reales como tú y como yo. ¿Por qué no los gigantes?

Aún así, no pude encontrar mucho sobre gigantes. Había descubierto en la mitología humana que los gigantes eran descritos como monstruos estúpidos y violentos, que a veces se comían a los humanos. Eso no se parecía en nada a Valen.

Sí, era violento. Lo había visto con mis propios ojos. Pero eso era porque nos había protegido a mí y a los demás de demonios que querían comerse nuestras caras. Se había descrito a sí mismo como un protector, un vigilante. Así que lo que había en internet era un fracaso, a pesar de mis esfuerzos.

Incluso había buscado en la base de datos del ordenador central de los Merlins y me llevé una gran decepción cuando no encontré nada. Solo cuando llamé al Consejo Gris y hablé con una de sus secretarias para pedirle permiso para buscar en sus archivos de Nueva York encontré algo realmente valioso.

—¿Puede indicarme dónde están los archivos sobre los gigantes? Me gustaría ver todo lo que tienen sobre ellos —le dije a un anciano ceñudo, que se había quedado calvo hacía muchos años, sentado en la recepción de los archivos.

—*¿Gigantes?* —repitió, como si yo fuera una simplona.

—Eso es lo que he dicho. *Gigantes* —repetí, más alto de lo necesario.

—¿Por qué? Los gigantes se extinguieron hace cientos de años. Me temo que alguien te está guiando en una caza de fantasmas.

Estaba equivocado, pero al menos sabía que eran reales.

—Entonces, ¿en dónde busco?

Aunque el viejo librero pensó que estaba loca, al final me llevó a

una sección restringida y me entregó un único y delgado tomo.

—Toma —me dijo—. Es el único material que tenemos sobre gigantes. Escrito por el mismísimo Theodore Paine, jefe de la Corte de Brujos Blancos en aquella época.

Nunca había oído hablar de Theodore Paine, pero el tomo databa de trescientos años atrás. Parecía ser una especie de diario, describiendo su propia experiencia con un gigante llamado Otar.

De sus anotaciones, aprendí que ambos padres no necesitaban ser gigantes para tener una descendencia gigante. Interesante. Las mujeres gigantes solían ser estériles y, si se quedaban embarazadas, la mayoría de los que nacían morían o ellas sufrían abortos espontáneos. Me había enterado de estos hechos porque, al parecer, el Consejo Gris había intentado criar un ejército de gigantes para protegerlos. Sin embargo, según los registros, aquello no había ido del todo bien, y muchos bebés habían muerto.

Y como nosotros, los gigantes tenían sangre de demonio. Eran descendientes de un demonio llamado Gigas, descrito por ser tan grande como una casa, aunque los gigantes eran considerablemente más pequeños.

Incomparables en su fuerza, los gigantes también poseían habilidades curativas. Yo creía eso después de que el contacto directo con la piel de Valen mientras cabalgaba sobre su hombro había curado mis heridas. Esto solo lo validaba.

No pude encontrar nada sobre el encanto u otras habilidades de un gigante, pero también las había experimentado, así que ahí estaba eso.

Después de mi descubrimiento en los archivos, decidí tomar un enfoque más práctico para mi investigación.

Decidí acechar a Valen.

Sí. Yo era toda una acosadora. Durante las últimas tres noches seguidas, había esperado en la azotea del Hotel Twilight alrededor de la medianoche. Las tres noches, había vislumbrado a Valen quitándose la ropa en el callejón entre su restaurante y el hotel. Luego, con un destello de luz, se transformaba en su magnífico ser gigante, todo desnudo, todo glorioso y todo muy *grande*.

Quería ver lo que hacía sin que yo le acompañara, como aquella noche en que me senté en su hombro. Al principio fue fácil seguirle. Mientras le seguía por las calles, me mezclaba con la multitud de Manhattan, sin que la población humana se diera cuenta de que un gigante se paseaba entre ellos y les protegía.

Pero cuando Valen saltó y se elevó hasta la azotea de algún edificio, no pude seguirle. Si pudiera volar, lo habría hecho, pero no tenía una escoba voladora ni hechizos mágicos de levitación. No era ese tipo de bruja. Algunos aspectos mágicos estaban fuera del alcance de una bruja de Luz Estelar.

Mi cuerpo se estremece al recordar el beso que nos dimos hace unos días. Solo había sido un beso, pero por cómo reaccionaba mi cuerpo, cualquiera diría que ya habíamos tenido un asalto con un arma amistosa más de una vez.

—¿Tierra a Leana?

—¿Hmmm? —Me giré y vi a Jade a mi lado en el vestíbulo del hotel, con el pelo rubio recogido como una colmena. De sus orejas colgaban unos pendientes de plástico rosa que rozaban su chaqueta de jean. Hoy no llevaba patines. En su lugar, había optado por un par de zapatillas Converse blancas y negras.

Justo encima de ella, asegurado sobre la entrada principal del vestíbulo, un cartel rezaba SEMANA DE CASINO EN EL HOTEL TWILIGHT.

Después de lo ocurrido con las Grietas y los demonios, los huéspedes evitaban el Hotel Twilight como la peste. Se había corrido la voz de las muertes y, aunque habíamos solucionado el problema, el hotel solo estaba lleno hasta una cuarta parte de su capacidad, por ser generosa. Parecía menos que eso.

Basil tuvo la idea de organizar un evento en el casino para conseguir que más huéspedes se alojaran en el hotel y, a su vez, conservar su trabajo. El vestíbulo y las salas de conferencias se transformaron en salas de juego con mesas de blackjack, bacará, ruleta, póquer y muchas más máquinas tragaperras de las necesarias.

Vi a Errol con un caro traje azul de tres piezas, su pálida piel estaba prácticamente translúcida. ¡Estaba colocando un cartel en forma de A junto al mostrador en el que se leía: CAMBIO DE FICHAS DE CASINO - ¡NO SE ADMITEN DEVOLUCIONES! Me sorprendió y me miró con desdén. Con sus rasgos afilados y sus movimientos espasmódicos, realmente parecía un lagarto, ahora que conocía su animal metamorfo.

Hoy era el primer día de la Semana de Casino y, de momento, solo había tres invitados sentados en una mesa de blackjack del vestíbulo. Dos mujeres estaban acurrucadas junto a Julian, que me pilló mirando y me dedicó una sonrisa del tipo «ya sabes que me voy a divertir esta noche». El otro era un anciano brujo que no paraba de golpear con su bastón una de las máquinas tragaperras. Supongo que no podía hacer magia para ganar.

Errol arrastró otro cartel en forma de A por el vestíbulo y lo colocó en la entrada. Este decía NO SE PERMITE EL USO DE MAGIA EN LOS JUEGOS. LOS TRAMPOSOS SERÁN MALDECIDOS Y EXPULSADOS.

De hecho, un grupo de brujos y magos muy poderosos había venido esta mañana a poner protecciones y hechizos especiales para evitar que los practicantes de magia hicieran trampas. Podían intentarlo, pero acabarían con un desagradable caso de urticaria o

verrugas, ellos decidían.

Me pareció aceptable, si tuviéramos más invitados.

—Estás totalmente ida —dijo Jade, atrayendo de nuevo mi atención hacia ella y viendo su sonrisa—. Me encantaría saber en qué estás pensando. ¿Es sucio? Apuesto a que es sucio. Lo es. ¿Verdad?

Sip. Sip. Sip.

—No. Solo... pensando en cosas aburridas.

Jade resopló.

—Claro. Apuesto a que estás pensando en cierto *gigante* —añadió con un susurro.

Maldita sea su percepción.

—Puede que haya dado unas vueltas por mis pensamientos.

Los cinco, incluido Jimmy, habíamos jurado no contarle a nadie que Valen era un gigante. El tipo no había compartido su verdadera naturaleza con nadie aparte de los dueños del hotel y Basil, y solo se nos había revelado para salvarnos el culo. Decidimos respetarlo y guardarnos su secreto.

—¿Dónde está, por cierto?

—¿Quién?

Jade puso los ojos en blanco.

—Valen. Ya sabes, el dueño del restaurante no tan gruñón desde que te conoció.

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Hace tiempo que no lo veo —Mentira total. Lo había visto anoche.

La forma en que Jade me miraba me decía que no se creía ni una sola palabra que saliera de mi boca.

—Bueno, creo que lo has cambiado.

Mi pulso dio un tirón.

—¿En qué sentido?

Jade intentó cepillar un mechón de pelo, pero cuando tocó un lado de su cabello, toda la sección se movió como una sola entidad, como si estuviera superpegada.

—Ya no está tan gruñón. ¿No te has dado cuenta? No sonríe ni hace ninguna locura, pero está... más simpático. Mucho más agradable. Y creo que es gracias a ti.

Hice una mueca.

—No, no lo es. Apenas lo conozco. ¿Por qué tendría yo algún efecto sobre él? —Pero sus palabras hicieron que se me acelerara el pulso y se me calentara la cintura.

—Porque lo conoces —dijo Jade—. Ahora es diferente. Has tenido un efecto real en él. Me doy cuenta.

—¿De qué te das cuenta? —preguntó una voz femenina.

Giramos para ver a Elsa uniéndose a nosotros. Su melena pelirroja

y rizada rozaba su blusa naranja oscuro. A medida que avanzaba, unos zuecos de jardín verdes se asomaban bajo una larga falda azul marino.

—Que a Valen le gusta Leana —respondió Jade con una sonrisa.

—Eso te lo podría haber dicho yo —replicó la bruja mayor, sonriendo, con los ojos azules surcados de patas de gallo—. Siente lujuria por ella.

El calor me subió a la cara.

—No lo creo. Además, no creo que haya superado la muerte de su esposa. No es que debiera. Si yo amara profundamente a alguien y una horrible enfermedad me lo arrebatara demasiado pronto, probablemente tampoco lo superaría —No. Eso sólo hacía que me gustara aún más.

Elsa me dio un golpe en el brazo más fuerte de lo necesario.

—No hables así. Nadie merece estar solo. Seguro que su mujer no querría que se sintiera solo. Puedes volver a amar, ¿sabes? Tener más de un amor en tu vida.

—Lo dice la bruja que guarda los mechones de su marido muerto en su cuello —dijo Jade, mirando el relicario de época que colgaba del cuello de Elsa.

Elsa se puso rígida y agarró su colgante.

—Eso es diferente. Yo elijo estar sola. Cedric fue mi único y verdadero amor, y sé de corazón que nunca volveré a amar. Y estoy bien con eso. No me arrepiento de nada. Estoy perfectamente contenta. Me siento afortunada de haber tenido un gran amor. No todo el mundo puede decir eso. Y no necesito otro.

—Eres muy afortunada —le dije, sintiendo cada palabra.

Elsa rodeó su medallón con las manos.

—Lo sé. Soy una de las afortunadas.

No necesitaba un gran amor, ni un hombre, para sentirme feliz, pero haber experimentado un gran amor de la forma en que Elsa lo había hecho sonaba increíble. Sin embargo, no todo el mundo tenía tanta suerte. Yo me había casado con un hombre que había intentado matarme en un callejón solo porque le había roto el pene. Esa era mi suerte.

No había vuelto a ver a Martin ni a saber nada de él, y esperaba que hubiera recibido el mensaje de Valen, el mensaje de «te machacaré la cabeza si vuelves a acercarte a ella».

Aquel día había visto algo oscuro en los ojos de Martin, borroso, pero lo había visto. Quizá fue más una sensación, un instinto, lo que me dijo que esto no lo iba a superar.

Un hombre diminuto con un mechón de pelo blanco y una barba blanca a juego entró en mi campo de visión. Su traje oscuro le quedaba perfecto y su típica piel pálida estaba manchada de rojo.

Basil, el director del hotel, se acercó con los ojos muy abiertos bajo

las gafas.

—¿Qué estás haciendo? Deberías estar saludando a los huéspedes, no charlando con tus amigos.

Se subió las gafas redondas por la nariz y sus dedos temblaron ligeramente. Me llegó el aroma de agujas de pino y tierra, junto con un pinchazo familiar de energía.

Su magia estaba a pleno rendimiento, como si se le escapara. Eso ocurría cuando los brujos estaban alterados o en una batalla. El tipo estaba estresado.

—Me dijiste que estuviera en el vestíbulo a la una de la tarde, y aquí estoy —le dije al pequeño brujo—. Saludaría a los huéspedes si hubiera huéspedes de verdad. ¿Qué más quieres?

—El hotel te está pagando —dijo Basil, mirando la puerta de entrada principal detrás de mí—. Eres una empleada, y el requisito de tu trabajo es dar la bienvenida a los huéspedes… ¡oh! Ahí vienen.

Me giré para ver a una pareja de mediana edad, vestida con ropas de aspecto caro y con idénticas miradas de desdén, atravesar las puertas de entrada, sus ojos recorriendo las mesas de juego.

Basil me agarró del brazo con una fuerza que me sorprendió, dado su tamaño, y me arrastró con él.

—¡Hola, hola! ¡Bienvenidos, bienvenidos! —dijo Basil, con la voz alta al dirigirse a los nuevos invitados—. Bienvenidos a la Semana de Casino, donde los juegos son el deseo de sus corazones. Tenemos todo lo que puedan desear. Tenemos salas de juego temáticas, dados, blackjack, mesas de ruleta y máquinas tragaperras.

La pareja se quedó mirando a Basil como si pensara que estaba loco. Parecía un poco loco, o más bien muy desesperado.

Cuando sus ojos recorrieron el vestíbulo con ceños preocupados, Basil soltó,

—Esta es Leana, la Merlín del hotel —me empujó hacia delante mientras les dedicaba una sonrisa incómoda—. Ella sola derrotó al demonio que se había instalado en el hotel.

Noté cómo decía «demonio» como si solo hubiera habido uno.

—Ella es la bruja de Luz Estelar de la que todo el mundo habla. Saluda, Leana.

—Hola, soy Leana —dije, sintiéndome como un labrador retriever domesticado.

La pareja pareció relajarse visiblemente ante esta noticia, aunque no estaba segura de que me gustara que me hiciera desfilar con la esperanza de que los invitados se relajaran y se quedaran. Sobre todo la parte en la que reveló mis atributos mágicos. Nada bueno.

—Permítanme ubicarlos —Basil condujo a la nueva pareja a la recepción, donde les esperaba Errol, disgustado.

—¿Te sientes sucia? —preguntó Jade mientras se unía a mí.

—No, ¿por qué?

—¿Por ser utilizada así? —añadió con una sonrisa burlona—. Te está prostituyendo ante los invitados. Lo sabes. ¿Verdad?

—Déjala en paz —dijo Elsa mientras permanecía con las manos en las caderas, observando a Basil con el ceño fruncido. Supongo que a ella tampoco le gustaba.

—Ahí está Jimmy —Jade señaló la sala de conferencias, ahora sala de juegos, de donde salió Jimmy. Un traje oscuro envolvía su esbelto cuerpo. Llevaba el pelo más corto que antes, lo que indicaba que se lo había cortado. Sonrió a los invitados, con la espalda recta, mientras caminaba con paso seguro.

—Parece que le gusta su nuevo puesto —dije—. Le sienta bien ser subgerente. Conoce el hotel mejor que Basil, así que es perfecto para el puesto.

El puesto estuvo vacante después de que el difunto subgerente, Raymond, fuera asesinado... o más bien cayera en una Grieta y luego, muy probablemente, fuera asesinado por los cientos de demonios que esperaban al otro lado. Jimmy no había perdido ni un segundo y había pedido el puesto, que Basil le había dado encantado.

Cuando la maldición fue eliminada, Jimmy ocupó uno de los apartamentos vacíos que antes pertenecían a una de las familias que no volvieron a la decimotercera planta tras los ataques de los demonios. Con un hogar y un nuevo trabajo, nuestro Jimmy ahora parecía estar completo.

—Parece muy feliz —dijo Elsa—. Pero echo de menos al perro de juguete. Era tan cuchi.

Me reí.

—Lo era, pero no se lo digas.

—Tiene muy buen aspecto. ¿Verdad? —dijo Jade con una expresión extraña y soñadora en la cara, como si estuviera mirando a Jon Bon Jovi.

—Pues sí —asentí con la cabeza—. Y parece que viene hacia aquí.

A Jimmy se le iluminó la cara al vernos.

—Señoritas —dijo, y la cara de Jade se puso roja.

Parecía que Jade se estaba enamorando. Me mordí el interior de la mejilla para no reírme.

—Subgerente —bromeé, inclinando la cabeza.

Jimmy se echó a reír mientras se tocaba la brillante placa con su nombre.

—Suena bien.

—Pues sí. Es el trabajo perfecto para ti —Basil no podía haber encontrado un ayudante más dispuesto y perfecto—. ¿Buscas a alguien?

Jimmy asintió.

—Sí. A ti, de hecho. Acaba de llegar esto —Me entregó un pequeño sobre blanco.

Lo cogí.

—¿De parte de quién?

—Del Consejo Gris —respondió mientras mis ojos encontraban la inscripción del anverso.

¿Consejo Gris? Nunca había recibido una carta de ellos. ¿Por qué me enviarían una carta si podían localizarme por teléfono? No estaba segura de cómo me sentiría al respecto.

Elsa cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nunca entenderé por qué no pueden contactar con la gente por correo electrónico como todo el mundo. Siguen en la Edad de Piedra. Me pregunto qué querrán.

—¡Quizá te asciendan! —dijo Jade, con emoción en la voz—. O a lo mejor es un cheque con un gran bono. Por fin podrás comprarte el auto que querías.

Negué con la cabeza.

—No. A mí me paga el hotel. No el ayuntamiento —Abrí el sobre, odiando el temblor de mis manos, y respiré hondo mientras leía la carta.

Estimada Leana Fairchild,
Esta carta confirma que vamos a investigar un asunto que le concierne. Se ha presentado una queja sobre su conducta. En función de nuestra investigación, podemos modificar o ampliar dichas inquietudes. Nos tomamos muy en serio todas las quejas y llevaremos a cabo una investigación exhaustiva y justa. Tras la investigación, se tomará una decisión sobre si es necesario adoptar medidas adicionales (incluyendo medidas disciplinarias).
Debe cooperar con nuestras investigaciones y responder a cualquier pregunta. Fijaremos una fecha para reunirnos con usted y le daremos plena oportunidad de exponer su versión de los hechos.
Atentamente,
Clive Vespertine
Consejo Gris

—¿Qué dice? —preguntó Jade—. Estás pálida, como si fueras a vomitar.

Volví a meter la carta en el sobre.

—Va a haber una investigación. Alguien ha presentado una denuncia contra mí. Y apuesto a que sé quién.

—¿Quién? —Jimmy me observaba con el ceño fruncido.

—La única persona a la que he cabreado últimamente y cuyo culo se sienta en el consejo de Brujos Blancos —les dije, con el corazón

latiéndome con fuerza mientras la ira me invadía.

—¿Adele? —el rostro de Elsa se torció de horror—. ¿Eso crees? ¿Crees que ella haría eso?

Asentí.

—Lo creo. Es ella. Para que el Consejo Gris abra una investigación por alguien significa que alguien debe tener algún poder y ventaja. Los Merlins siempre hablan mal de los demás, es parte del trabajo, pero no buscamos arruinar a los demás. Y mantenemos nuestros problemas dentro del grupo Merlín. No vamos llorando al Consejo Gris. Nunca.

Sabía que no le caía bien a Adele y estaba cabreada porque, con la ayuda de mis amigos, habíamos conseguido salvar el hotel y desenmascarar sus planes psicóticos. Esta era su venganza.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Jimmy—. No has hecho nada malo. Podemos dar fe de ello al investigador. Sabemos lo que pasó.

—Es fácil tergiversar la verdad —les dije—. Podría haberles dicho que puse la vida de todos en peligro cuando me negué a ayudarla a obligar a la gente a salir del hotel cuando sabía que había demonios. Podría hacer que pareciera que yo era responsable de algunas de las muertes. Como si debería haberme entregado antes. Ella puede hacer que todo se vea horrible.

Elsa negaba con la cabeza.

—Entonces, ¿qué significa eso?

Solté un suspiro.

—Significa que si me declaran culpable de cualquier cargo inventado, o si creen que he hecho algo malo, entonces... entonces... perderé mi licencia y mi trabajo. Lo perderé todo.

CAPÍTULO 2

Después de pasarme el resto del día obligándome a sonreír mientras recibía a los invitados, que no era más que unos cuantos, volví a entrar en mi apartamento. Mi enfado me ponía de los nervios y quería golpear algo, preferiblemente la cara de Adele. Aun así, por la forma en que Errol no dejaba de lanzarme miradas mocosas y de corregirme mientras le explicaba los ajustes de la mesa de juego, me conformaría con su fea cara.

Estaba irritable, y finalmente Basil me dijo que me marchara a eso de las 7:00 p.m.

—Vete a descansar. Parece que necesitas un descanso. Pero espero que vuelvas esta noche. Esta noche vendrán más huéspedes. Ya verás. Será como en los viejos tiempos. ¡Tendremos que rechazar huéspedes!

Él estaba tan feliz con la idea que no tuve corazón para decirle que lo dudaba. La Semana de Casino era una gran idea. No creía que la comunidad paranormal olvidara fácilmente lo que había pasado aquí. Circulaban un montón de rumores feos, uno en particular que los demonios todavía estaban en el hotel, y la gerencia había mentido para mantener sus puestos de trabajo y el hotel abierto. Y bueno, parecía que eso mantenía alejados a los huéspedes.

Me paseé por mi apartamento, apretando y soltando los dedos mientras un profundo temor me invadía las entrañas. Si perdía mi licencia de Merlín, perdería mi puesto aquí. Me gustaba estar aquí. Me gustaba la gente. Me sentía como en familia y no quería perderlos.

Si Adele quería que me despidieran, estaba moviendo todas sus cartas para que sucediera. Claro, ella podría quedarse con mi licencia de Merlín, pero eso no significaba que no pudiera encontrar trabajo como bruja de alquiler. Podía ser una investigadora paranormal privada, una agente deshonesta, o simplemente una bruja a sueldo.

Había otras formas de ganarse la vida. Ella no se libraría de mí tan fácilmente, y yo tampoco iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que arruinara mi reputación.

La carta no decía cuándo enviarían a un investigador, solo que habría uno. Dicho esto, estaba bastante segura de que enviarían a alguien de la zona, alguien que hubiera hecho esto antes y con mucha experiencia.

Valen conocía a mucha gente de la comunidad paranormal. Apostaría a que sabía a quién enviarían como investigador.

Saqué mi teléfono y decidí enviarle un mensaje al número que

Basil me había dado. Sí, bueno, le había dicho que era para cosas del trabajo, así que me lo había dado a regañadientes.

Yo: *Hola, soy Leana. ¿Conoces a algún investigador que trabaje para el Consejo Gris?*

Me quedé mirando el texto, sintiéndome nerviosa y estúpida a la vez. Luego cambié de opinión y lo borré. Sería mejor que habláramos. Podría enseñarle la carta. Además, así no sabría que había conseguido su número de teléfono.

Usando eso como excusa —porque todos sabemos que usaría cualquier excusa para volver a hablar con el gigante y ver cómo reaccionaba al verme—, cogí una chaqueta, me colgué la bandolera del cuello y salí de mi apartamento. Tras un corto trayecto en ascensor, me encontré de nuevo en el vestíbulo, que estaba prácticamente desierto.

—¡Leana! ¿Quieres unirte a nosotros? —Julian estaba sentado en la misma mesa de blackjack en la que había estado desde la tarde. La única diferencia era que estaba rodeado de cuatro mujeres, todas intentando llamar su atención. Todas eran diferentes, en cuanto a edad y peso. Lo único que tenían en común era que todas me miraban fijamente. Estaba claro que no querían más competencia.

Me reí.

—Quizá más tarde, *cariño* —les guiñé un ojo. Su enfado colectivo me dio vértigo por dentro.

Vi a Elsa y Jade discutiendo en una de las máquinas tragaperras. Esperaba que no gastaran demasiado dinero en esas cosas.

Pensé en acercarme, pero cambié de idea y me dirigí a la puerta principal.

—¡Leana! ¿A dónde vas? —gritó Basil, marchando hacia mí, tan colorado como esta mañana. Si no se calmaba, le iba a dar un infarto —. ¡Tienes que estar aquí!

—Tengo que salir un momento. Ahora vuelvo. Te lo prometo — Empujé las puertas y salí a la acera. Las puertas cerrándose detrás de mí cortaron lo que Basil me estaba gritando.

No tenía ni idea de por qué gritaba. El tipo me había dicho que me tomara un descanso. Esta era yo tomándome un descanso.

Caminé hacia el edificio de al lado, el restaurante de Valen, con el corazón latiéndome todo el tiempo, como si hubiera venido corriendo. Estaba nerviosa. ¿Por qué estaba nerviosa?

El cartel AFTER DARK se iluminó con suaves luces rojas cuando pasé por debajo. La puerta del restaurante sonó detrás de mí cuando entré. Los olores familiares de la comida me dieron la bienvenida. Mis amigos y yo habíamos comido aquí dos veces desde el episodio del demonio con Raymond, pero Valen no estaba en ninguna de las dos ocasiones. O al menos, eso nos había dicho la anfitriona. Si era cierto

o no, no lo sabía. Pero era irritantemente leal al gigante. Podía estar en su despacho.

El interior albergaba modernos asientos y mesas de color gris oscuro en una sala de concepto abierto, con techos de tres metros y vigas y tuberías a la vista. Los ventanales de suelo a techo de la parte delantera dejaban entrar la última luz del atardecer.

La iluminación era tenue. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por paranormales que disfrutaban de la cena. Ninguno levantó la vista cuando pasé. Estaban concentrados en sus comidas, y no los culpaba. La comida aquí era increíble.

—¿Va a comer sola?

Levanté la vista al oír la voz y vi a la misma irritante anfitriona de pie detrás de su podio. Tenía el pelo castaño, largo y suelto, un cuerpo perfectamente ceñido bajo su blusa blanca y, supongo, una falda negra detrás del mostrador. Era guapa, fría y bonita, si es que eso existía. Pero si te fijabas bien, su piel tenía un sutil efecto ondulado, y juro que por un segundo vi branquias. Tal vez era una sirena.

Valen me había dicho su nombre, y por supuesto, lo había olvidado en el momento en que salió de sus labios.

—No. En realidad estoy buscando a Valen.

Si me decía que no estaba, otra vez, la freiría y serviría sus trozos a los huéspedes del hotel.

Su cara pasó de estar inexpresiva a tener los labios curvados en las comisuras.

—En este momento está ocupado —dijo, dando toques en el mostrador con sus largos dedos de uñas azules.

De acuerdo, que empiece el enfado.

—Es importante.

La anfitriona me dedicó una sonrisa burlona.

—Claro que lo es. Contigo siempre es importante. ¿Verdad que sí? Siempre más importante que cualquier otro.

—Eso es porque lo es —Eso es. Iba a arrancarle esa sonrisa de la cara.

La anfitriona se rio, realmente se rio.

—Está allí —señaló a la izquierda, a un lugar al otro lado del restaurante.

Dirigí la mirada hacia donde señalaba y se me encogió el corazón, el calor me subió a la cara como si me hubiera echado café caliente encima.

Valen *estaba* aquí. No lo había visto al entrar. El problema era que no estaba solo.

Una hermosa rubia estaba sentada frente a él con su mano sobre la de él. La forma en que ambos se inclinaban sobre la mesa para acercarse el uno al otro me dijo que se trataba de un encuentro muy

íntimo. Estaban tan cerca que probablemente podrían besarse a esa distancia.

Lo peor era que él estaba... *sonriendo*. Valen estaba *sonriendo*, una emoción bastante rara en él. Podría contar cuántas veces lo había visto sonreír. Bueno, tal vez no. Pero eran pocas.

Nunca había visto a esta mujer antes. ¿Quizás era su novia? ¿Estaba saliendo con ella? ¿Era ella la razón por la que se había apartado de nuestro beso? Bueno, si tenía novia, no tenía por qué besarme. Jimmy había dicho que Valen tenía *muchas* novias. Era un tonto si pensaba que yo estaba de acuerdo en pertencer a su harén.

La camarera se inclinó sobre el mostrador, su expresión vaciló por lo que vio en mi cara.

—Te dije que estaba ocupado. Pero por supuesto… ve a verle. Estoy segura de que no le importará que le *molestes* en este momento.

Me puse rígida, y una llama de ira endureció mis entrañas. Sin decir nada más, di media vuelta y salí del restaurante. La risa de la anfitriona solo añadió más calor a mi cara, como si tuviera una mega quemadura de sol.

Sabía que estaba actuando como una tonta inmadura. Él no era mío, y no éramos en absoluto una pareja. Podía salir o acostarse con quien quisiera. Y ahora básicamente le había dicho al mundo lo que sentía por él con mi reacción. *Buena esa, Leana.*

Esa anfitriona se reiría mucho a mi costa. Ya lo había hecho.

Me sentí humillada y defraudada. Había sido una idiota al pensar que Valen y yo habíamos compartido algo especial. Al parecer, todo estaba en mi cabeza.

Con el corazón palpitante, abrí la puerta de un tirón y salí. Salí a la calle, giré a la derecha en la primera manzana y seguí adelante con las piernas cargadas de adrenalina. Mi ritmo era rápido y lo mantuve sin aminorar la marcha. Los autos y los taxis tocaban el claxon al cruzar la calle, pero yo apenas me daba cuenta.

Mientras caminaba, recordé el beso una y otra vez. No era perfecta, y a veces no era tan fuerte como creía, mis emociones se apoderaban de mi mente. Odiaba cuando eso ocurría. Significaba que no podía pensar con claridad. Que mis sentimientos me impedían tomar decisiones.

Necesitaba ser racional. Tenía que pensar con la cabeza y no con el corazón. Porque así era como se hacía daño a la gente. Sabía que si quería conservar mi trabajo y vivir en el Hotel Twilight, tenía que alejar esos sentimientos y aprender a vivir con el gigante, ya que estaba tan cerca y tenía una conexión tan estrecha con el hotel.

Y sabía que nunca más podría compartir un beso con Valen.

Dejé escapar un largo suspiro mientras asimilaba todas aquellas emociones contradictorias. No era el fin del mundo. El tipo tenía

muchas mujeres en su vida. No iba a dejar que me rompiera en mil tristes pedazos. Se necesitaría mucho más para romperme. Todo lo que esto significaba era que Valen y yo no estábamos hechos el uno para el otro. Así de simple.

Y con ese pensamiento en la cabeza, caminé más recto, sintiéndome mejor por haber charlado conmigo misma. Por supuesto, hablar sola era algo muy frecuente a partir de los cuarenta.

La luna era un disco blanco, sólido y brillante en el cielo encapotado. Las sombras que se alargaban empezaron a disparar las farolas mientras el perfil de la ciudad proyectaba sobre mí sombras profundas y frías. Incluso rodeada de altos edificios, seguía sintiendo que estaba más oscuro de lo que debería.

Reduje la marcha hasta detenerme, dándome cuenta de que me había alejado sin preocuparme de a dónde iba. Mirando a mi alrededor, me encontraba en algún lugar detrás del hotel, en una de las pequeñas calles laterales, más bien un callejón. Aun así, no debería estar tan oscuro.

Las ventanas oscuras me miraban desde los edificios vecinos. Las calles estaban más silenciosas de lo habitual para un viernes por la noche, mientras la oscuridad se apoderaba de los espacios no iluminados por las farolas.

Era viernes por la noche. Debería haber estado divirtiéndome, no paseando mis emociones.

—Debería estar jugando en las mesas de juego con los chicos —murmuré.

Me giré y sonreí ante la idea de disfrutar de una buena copa de vino y reírme de Elsa mientras perdía más dinero en la máquina tragaperras.

Pequeños charcos de agua de la lluvia de la noche anterior proyectaban tonalidades plateadas a la luz de la luna. Caminé más deprisa, arrugando la nariz ante el repentino hedor a basura. Antes había estado tan concentrada que ni siquiera lo había notado, lo cual parecía casi imposible dado lo potente que era. El hedor era una mezcla de pies sucios, humo y podredumbre, como si no hubieran recogido los contenedores en semanas.

Aguantando la respiración, seguí adelante. Mis ojos se detuvieron en el gran cubo de basura metálico que había junto a uno de los edificios.

Y entonces me detuve.

Allí, sobresaliendo de un montón de bolsas de basura negras, en la base del contenedor, había una pierna.

No, *dos* piernas.

—¿Qué demonios?

Di un paso adelante, aún conteniendo la respiración, y me tapé la

boca con la mano.

No había solo un par de piernas. Había tres. Tres cuerpos, a juzgar por el grado de descomposición. Saqué el móvil y encendí la linterna.

Pude distinguir el primer cuerpo como un varón. Los otros estaban amontonados bajo él, y no iba a tocarlos sin guantes, no había necesidad de dejar mi ADN ahí.

A juzgar por el color céreo y gris de su piel, el azul de las puntas de los dedos y la palidez de sus labios, el cadáver aún estaba en la «fase fresca» y no había empezado la segunda fase de descomposición, lo que situaba su muerte en torno a las seis o doce horas, si tenía que adivinar.

Pero el hecho de que acabara de descubrir tres cadáveres no fue la razón por la que casi se me cae el teléfono ni por la que sentí un repentino pánico en las tripas.

Fueron los largos caninos que asomaban de los labios del macho muerto.

—Mierda. Son paranormales.

CAPÍTULO 3

—¿Qué crees que les ha pasado? —Jade tenía un paño sobre la boca mientras se inclinaba sobre los tres cadáveres—. Dios, apestan —Sacó una pequeña botella de perfume y roció el aire por encima de los muertos en grandes arcos. Estaba contaminando la escena, pero no tenía sentido detenerla. Ya era demasiado tarde.

Sacudí la cabeza, con un oscuro presentimiento en las entrañas.

—Ni idea. ¿Y por qué están aquí? Como si alguien los hubiera tirado junto a un cubo de basura humana.

—Porque quien los tiró esperaba que los encontrara la policía humana —contestó Elsa, tanteando con los dedos su medallón, algo que ahora me daba cuenta que hacía cuando estaba nerviosa y estresada.

Julian estaba inclinado sobre los cadáveres, junto a Jade, con la boca abierta. Sabía que respiraba por ella para evitar el hedor, pero eso me parecía peor.

—Este pobre desgraciado es un vampiro. ¿Son todos paranormales? No puedo ver las caras de los otros dos. Podrían haber arrojado al vampiro con un par de humanos muertos y esperar que nadie notara sus colmillos. Es posible que no supieran que era un vampiro.

Me sorprendió que abandonara a sus amigas para venir a ayudar cuando llamé a Jade. Significaba mucho.

—Averigüémoslo —miré a Elsa—. ¿Me has traído unos guantes como te pedí?

—Toma —Elsa sacó unos guantes de cocina amarillos de su bolsa de tela suave. Ante mi reacción, dijo—: No soy médica. No dispongo de guantes de látex. Es todo lo que he podido encontrar con tan poco tiempo.

—Está bien. Gracias —me puse los guantes de cocina, agarré la pierna del vampiro muerto y empecé a arrastrarlo de los demás—. Maldita sea. Es un hijo de puta pesado —Apenas lo había arrastrado hasta la mitad cuando sentí resistencia, como si estuviera enredado con los otros.

—Déjame ayudarte —Julian se unió a mí, agarrando la otra pierna con un par de guantes de látex azul, que aparecieron de la nada. Arrastró fácilmente al vampiro muerto hasta un lugar en el pavimento.

Como era mucho más fuerte que yo, dejé que Julian arrastrara los otros dos cadáveres junto a la papelera hasta que los alineó, uno al lado del otro, en la acera. La luz de la calle iluminaba lo suficiente sus

rostros para ver que uno de los muertos era mujer. Los otros dos eran varones.

—¿Crees que todos son vampiros? —preguntó Jade, con el paño aún tapándole la boca.

Ya me había acostumbrado al olor. ¿Qué decía eso de mí?

—Veamos. Me arrodillé junto a la hembra y le levanté suavemente el labio superior—. Tiene caninos afilados. Espera un segundo. Hay algo aquí —cogí mi teléfono del bolsillo y encendí la linterna sobre la hembra muerta—. Mira. Tiene el cuello peludo.

—Eso es algo que no quiero volver a oír —dijo Julian, con cara de mortificación.

Puse los ojos en blanco.

—Pues sí que lo tiene —agarré la mano de la hembra—. Es más bien peluda. También tiene las manos peludas. Y estoy bastante segura de que tiene unos dedos muy lanudos.

—Urgh —Julian sacudió el cuerpo como si acabara de sentir un escalofrío recorriéndole.

—No es un vampiro —los zuecos de Elsa aparecieron a mi lado mientras se inclinaba sobre mí—. Es una mujer lobo o algún tipo de metamorfo. A los vampiros no les gusta el pelo en el cuerpo —me llamó la atención y añadió—: Eso me han dicho.

—¿Y el otro tipo? —preguntó Jade—. ¿También es un hombre lobo?

Me acerqué al siguiente y le miré los dientes.

—Caninos. No tiene pelaje. Es un vampiro —me apoyé sobre los talones—. Así que, un hombre lobo y dos vampiros. ¿Asesinados y luego arrojados aquí como basura? Eso no tiene mucho sentido.

Me alegré de que el callejón estuviera casi completamente a oscuras. No me gustaría que algún humano errante se encontrara con nosotros porque eso sería malo. No necesitábamos a la policía humana aquí. Esto era claramente un asunto paranormal.

Elsa tomó aire y lo soltó.

—Significa que a quienquiera que haya hecho esto le importan un bledo estas personas —Tuve que darle la razón.

—¿Qué crees que los mató? —preguntó Jade.

Solté un suspiro.

—No veo sangre. Veamos si encuentro señales de lucha o algo así —Me acerqué al vampiro muerto más cercano y le revisé el cuello y los brazos. Cuando le levanté la camisa para comprobar si tenía heridas, vi un pecho liso —en descomposición, eso sí—, pero de momento sin cortes, moratones, nada que nos diera una idea de cómo murió.

—Quizá se estaba tirando a las dos tipas y se pelearon —dijo Julian—. Los celos son una cosa fea. Juega con la mente.

—Vale. Digamos que es verdad. ¿Así que uno de los vampiros mata al otro vampiro por robarle a su chica, y luego mata a la chica y se suicida? Eso no suena como un vampiro. Y habría sangre. Mucha, mucha sangre.

—Tiene razón —coincidió Elsa—. Los vampiros son brutales. Cuando pelean, suele ser muy violento hasta el final. No veo ningún signo de violencia aquí.

Jade se quitó el paño de la cara.

—¿Qué hay de veneno? Podría ser eso si no hay signos de violencia. Apuesto a que los envenenaron.

Miré a Julian.

—Tú eres el experto en venenos. ¿Qué opinas?

Julian se arrodilló a mi lado y alumbró los labios del cadáver con la linterna de su teléfono. Luego abrió cuidadosamente sus ojos uno a uno. Cuando terminó, se levantó.

—No es veneno.

—¿Cómo puedes saberlo? —le pregunté.

Señaló con la mano libre.

—¿Ves sus labios? Si fuera veneno, tendrían llagas alrededor de la boca. Y sus pupilas son normales. Estarían agrandadas y rojas. No lo están. Y suele haber un olor persistente cuando están envenenados.

Fruncí el ceño.

—¿Quieres decir que esto no es lo bastante oloroso para ti?

El brujo negó con la cabeza.

—No, lo que quiero decir es que cada veneno desprende un olor determinado. Si estuvieran envenenados, sería capaz de olerlo y decirte qué veneno se usó.

—No estoy segura de cómo me siento al respecto —le dije con una sonrisa. Sin embargo, una parte de mí estaba impresionada. No sabía casi nada de venenos. Estaba claro que Julian era un maestro en su oficio.

Elsa se abrazó a sí misma.

—Qué horror. Sus familias deben estar muy preocupadas.

Algo se me ocurrió.

—Llevan muertos un tiempo... ¿cómo es que no supimos de nadie desaparecido? —La comunidad paranormal era pequeña y unida. Cuidábamos de los nuestros. Si algunos estaban desaparecidos, deberíamos haber oído algo. Incluso Valen. Él lo habría sabido y habría estado buscándolos.

—Comprobaré sus identificaciones —Revisé primero al vampiro más cercano a mí, sintiéndome mal por tener que rebuscar en sus bolsillos, pero no tenía elección—. Nada. Sin cartera —Qué raro. Luego revisé a los dos últimos. De nuevo, nada.

—Bueno, esto es aún más raro. Ninguno tiene billetera. ¿Cómo se

supone que vamos a identificarlos sin sus carteras? —Y entonces me di cuenta—. Porque no se supone que lo hagamos.

—No me gusta cómo suena eso —dijo Elsa—. Suena premeditado.

—Sí, lo parece —dije—. Quien sea que haya hecho esto, estoy dispuesta a apostar que espera que la policía humana lo encuentre y lo marque como Fulanito y Fulanita de tal. Problema resuelto —Bastante psicótico.

—¿Tal vez les robaron? —El rostro preocupado de Jade se ensombreció—. Es Nueva York. Aquí asaltan a mucha gente. Tal vez fueron asesinados y robados por humanos.

—Pero eso es lo que no entiendo —le dije—. No fueron asaltados. No hay heridas en los cuerpos. Los humanos no podrían haber hecho esto. Sin contar que los paranormales pueden deshacerse fácilmente de unos cuantos atracadores humanos. Estaríamos viendo humanos muertos, si ese fuera el caso. No vampiros muertos y un metamorfo.

Cuanto más pensaba en por qué o quién había matado a esos paranormales, peor me sentía. El hecho de que no hubiéramos encontrado pruebas de cómo habían muerto me dejaba una oscura sensación envuelta en el pecho.

—No creo que los mataran aquí —dije, sabiendo que era cierto—. Eso explicaría la falta de pruebas y de sangre y por qué los tiraron. Los mataron en otro sitio.

—Entonces, ¿quién hizo esto? ¿Y por qué? —Los ojos de Elsa estaban muy abiertos, lo blanco se asomaba en la oscuridad.

—Buena pregunta —Miré las caras de preocupación de mis amigos, compartiendo exactamente sus sentimientos—. Supongo que son paranormales. No humanos. Pero, ¿por qué? Esa es la pregunta del millón.

—¿Cómo los encontraste? —Julian me miraba fijamente, y desde este ángulo, las sombras cubrían la mitad de su cara—. Quiero decir, esto no está ni cerca del hotel. ¿Qué estabas haciendo aquí?

Mi cara se sonrojó al recordar que había visto a Valen sonriendo a la guapa rubia, y me alegré de estar en la oscuridad. De ese modo, no verían el enrojecimiento de mi rostro. Me puse en pie, con los muslos ardiendo en señal de protesta. Necesitaba hacer más yoga y estiramientos.

—Fui a dar un paseo —No iba a contarles a mis amigos mi humillante episodio en el restaurante de Valen. A veces era mejor guardarse la humillación para una misma.

—¿Aquí? —Jade se dio la vuelta en el acto, con una expresión asustada en la cara—. ¿En este callejón espeluznante? ¿Con montañas de basura? ¿De noche, con lugares donde se esconden violadores y atracadores?

Mis labios se separaron ante la seriedad de su rostro.

—Solo fui a dar un paseo. No estaba prestando atención a dónde iba —No, porque mi cabeza estaba llena de Valen.

—Bueno... —Elsa suspiró—. Es bueno que los hayas encontrado. Al menos uno de nosotros lo hizo. Quizá con la ayuda de las Cortes podamos identificar a esta pobre gente. Se merecen algo mejor.

—Estoy de acuerdo —me sentí mal del estómago por lo cruel de la escena—. Déjame llamar a Basil. Necesitamos al equipo de limpieza aquí. Él puede contactar a las cortes paranormales. A ver si ha desaparecido alguien.

Elsa negó con la cabeza.

—Pero esto está lejos de los límites del hotel. ¿Seguro que no es quizá territorio de Valen?

—Sí, llama a Valen —convino Julian—. Es el gigante adecuado para este trabajo. Puede que sepa algo.

Más calor subió a mi cara.

—Está ocupado —dije, con la voz más áspera de lo que me hubiera gustado—. Fui a verle antes —tragué saliva—. No está disponible. Así que... Basil, será.

La culpa revoloteó en mí por mentir a mis amigos, pero simplemente no podía manejar a Valen en este momento. Necesitaba más tiempo para procesar lo que había visto. Como unos días. Más bien unos meses.

Pulsé el número de Basil. Después de cuatro timbres, saltó el buzón de voz.

—Basil, soy Leana. Encontramos cuerpos en un callejón. Llámame —terminé la llamada y le envié un mensaje de 9-1-1. Con suerte, el brujo recibiría el mensaje.

—Dudo que conteste —dijo Jade—. Está muy ocupado con su —hizo comillas con los dedos—, Semana de Casino.

Me encogí de hombros.

—Apenas tiene invitados.

—No le digas eso —se rio Julian.

—¿Por qué no quieres llamar a Valen? —Elsa apretó las manos contra las caderas, la luz de la luna resaltando su pelo rojo—. ¿Ha pasado algo?

Solté una risa falsa que sonó demasiado fuerte.

—No dije que no *quisiera* llamarlo. Dije que estaba ocupado.

Elsa apretó los labios en una fina línea, escrutando mi cara.

—No te creo.

Enarqué una ceja.

—¿Por qué dices eso? —Yo no sabía mentir.

—Sí, estás actuando raro —dijo Jade, entrecerrando los ojos—. ¡Dios mío! ¡Te has acostado con él!

—¿Qué? No —Si hubiera podido derretirme en el pavimento, lo

habría hecho.

—¡Sí! ¡Te acostaste con él y no te ha devuelto la llamada! —Jade continuó y aplaudió, como si acabara de ganar a lo grande en una de las máquinas tragaperras—. Por eso fuiste a verle hace un momento. Querías enfrentarte a él.

Negué con la cabeza.

—Quería preguntarle por la carta que recibí del Consejo Gris. No me acosté con él —¿A quién quería engañar? Sí quería acostarme con él. *Había* querido. Ya no.

Jade hizo una mueca, claramente apegada a su historia.

—Sí, claro.

Julian soltó un bufido, y cuando miré a Elsa, tenía una sonrisa de «no te creo» en los labios.

—Lo demostraré —les dije, sintiéndome nerviosa de repente mientras deslizaba el dedo por la pantalla de mi teléfono. Su nombre estaba en mi lista de contactos. Qué raro. Lo había puesto como contacto número uno y ni siquiera recordaba haberlo hecho—. Le llamaré ahora mismo.

No quería hacerlo, pero no era como si ella me diera a elegir. Además, tal vez era mejor que Valen se involucrara. Tal vez él también podría arrojar algo de luz sobre lo que pasó con estos cuerpos. El gigante seguía siendo un misterio. ¿Quién sabía qué otras habilidades tenía? Tal vez él sabría cómo estos paranormales fueron asesinados. Por lo que parecía, el hombre lobo y los dos vampiros estaban en su mejor momento: fuertes, capaces y sanos.

Un hombre lobo y dos vampiros, repetí en mi cabeza.

¡Un hombre lobo y dos vampiros!

—Espera —volví a meterme el teléfono en el bolsillo, con el corazón martilleándome con fuerza.

—Te lo dije —dijo una sonriente Jade—. Sexo, sexo, sexo.

Ignorándola, di un paso adelante y me incliné sobre los cuerpos.

—Hay algo raro en ellos.

—¿Qué quieres decir? —Elsa se unió a mí—. ¿Cómo qué? Aparte de que están muertos y no sabemos cómo han llegado a estarlo.

Negué con la cabeza.

—Eso no —volví a arrodillarme, sabiendo en mis entrañas que había dado con algo—. No emiten ninguna energía.

—¿Qué? ¿Estás segura? —Elsa pasó las palmas de las manos sobre los cuerpos como si buscara ondas de calor. Sentí un tirón de su magia, como un cambio en la presión del aire, y luego desapareció. Bajó las manos—. Yo tampoco siento nada. Pero tal vez sea porque están muertos.

—No, Leana tiene razón —Julian se quedó mirando el cuerpo con el ceño fruncido, confuso—. Deberíamos ser capaces de sentir algo.

Incluso los paranormales muertos tienen un pulso de energía. Sería débil, pero yo lo percibiría. Y yo no siento nada.

—Yo tampoco —dijo Jade tras un momento de silencio.

Me froté los ojos.

—Podría ser... podría ser una maldición o algo para ocultar su verdadera naturaleza —dije, pensando en Valen—. Déjame ver si puedo indagar más. A ver si alguien les puso un glamour.

Respiré hondo e invoqué ese pozo de magia, la base de poder de las estrellas que se alzaban sobre mí. Mi pelo y mi ropa se alzaron al sentir el zumbido del poder de las estrellas. El aire siseaba de energía, crepitaba contra mi piel y hormigueaba como punzadas frías.

Recurrí a los elementos mágicos de las estrellas y los fusioné con los míos. Una esfera blanca y brillante se cernió sobre mi mano como una estrella en miniatura.

Entonces soplé en la palma.

La esfera se elevó en el aire y, con un estallido, estalló en miles de diminutas estrellas de luz. Las estrellas en miniatura salieron disparadas, dejando una estela de luz brillante a su paso, como polvo de hadas, antes de posarse sobre los tres cuerpos.

Estaba tan conectada a mi luz estelar como ellas a mí. Sentía lo mismo que ellas. Y por el momento, lo único que sentía era un montón de nada.

Ni los fríos impulsos de la energía vampírica, ni las punzadas del poder de los hombres lobo.

Nada.

Di un último tirón a mi luz estelar y la solté. Luego, con un suave plop, desaparecieron.

—Nada —dije—. Ni glamour ni vibraciones paranormales.

Jade empezó a frotarse los brazos.

—Esto no me gusta. No. Para nada. ¿Qué crees que significa?

—No sé lo que son —dije—. Pero no son paranormales. Es casi como si... ¿es casi como si fueran humanos? —sabía que no podía ser, pero aun así había que decirlo.

Julian emitió un sonido en la garganta.

—Pero eso es imposible. Está claro que no lo son. Quiero decir, míralos. Hasta el más idiota puede ver que no son humanos.

—Lo sé, pero esa es la sensación que tengo —Mirar fijamente los cuerpos, y ver con mis ojos que efectivamente eran paranormales, pero que no lo *parecían*, estaba empezando a asustarme—. Son paranormales, pero no son paranormales. Esto es una locura.

—Pero... —Elsa compartió una mirada con Jade—. Si no son paranormales, ¿qué son?

—Buena pregunta —Era una pregunta excelente. Porque si no lo eran, no tenía ni idea de lo que eran.

Y estaban muertos.

CAPÍTULO 4

El equipo de limpieza de Basil —un grupo de dos hombres y un niño — apareció unos diez minutos después de que me llamara. Bueno, el joven parecía tener unos catorce años, y para mí eso era un niño.

Esta vez iban vestidos con trajes negros, sin gafas de sol, pero equipados con maletines médicos. Todos nos quedamos en silencio y vimos cómo el equipo de limpieza hacía unas cuantas fotos y catalogaba la escena del crimen. Pero cuando el chico sacó un vial de su maletín, no pude aguantarme más.

—¿Eres un niño? —le dije al más joven de la cuadrilla de limpieza.

El chico, niño, adolescente, me miró con unos ojos marrones y una cara grasienta llena de granos.

—No soy un niño.

Levanté una ceja.

—Tienes voz de niño. ¿Saben tus padres lo que estás haciendo?

El adolescente se enderezó.

—Me gradué años antes que los demás. Soy uno de los mejores. Mejor que ustedes, los viejos. Y ahora, estás estorbando.

Levanté las manos en señal de rendición y di un paso atrás.

—Bueno, bueno.

—Un niño genio al que le gusta recoger cadáveres como carrera profesional de elección —dijo Julian—. Piénsalo.

Sí, eso fue espeluznante. El adolescente vertió el contenido del vial sobre los cadáveres. Un repentino pinchazo de energía me recorrió la piel, y entonces los tres cadáveres se levantaron del suelo, flotando en el aire. Después de que el mismo chico espolvoreara un poco de polvo blanco, los cuerpos desaparecieron, como había visto que ocurría antes, y el equipo de limpieza se marchó. Tres ataduras blancas y brumosas siguieron al adolescente, como si los cuerpos flotaran detrás de él.

Todo duró unos diez minutos, y luego pareció como si los cuerpos nunca hubieran estado allí. Pero no antes de haber tomado todas las fotos que pude. Mi memoria no era tan aguda como lo había sido a los veinte años, así que cada pedacito de información guardada sería de ayuda.

Después de dejar a Elsa, Jade y Julian en las mesas de juego del vestíbulo, volví a mi apartamento para iniciar un expediente sobre los dos vampiros muertos y la mujer lobo. Me había quedado con el portátil de Eddie, el último Merlín, y había utilizado la mesa del

comedor como lugar de trabajo. Llámalo morboso, pero ¿para qué desperdiciar una buena computadora cuando estaba buscando una? Además, los dos éramos Merlins, así que en cierto modo era mío. En realidad no, pero eso es lo que me decía a mí misma.

Eddie, como Merlín tan organizado y meticuloso que era, tenía archivos en blanco preparados como plantillas. Así que, con una copa de vino tinto, empecé a rellenarlos con el mayor detalle posible mientras aún estaban frescos en mi mente.

Me conecté al servidor central de Merlín, preguntándome si me lo permitirían, ya que estaba siendo investigada. Pero en cuanto introduje mi nombre de usuario y contraseña, entré.

Busqué personas desaparecidas en la base de datos y no encontré nada reciente. Una bruja llamada Karrin Weber llevaba desaparecida desde 1993, pero nunca la encontraron y el caso seguía abierto. Aparte de eso, no encontré nada. Era posible que estos paranormales no hubieran estado desaparecidos el tiempo suficiente para alertar a sus seres queridos de su desaparición. Le haría un seguimiento.

Luego, busqué en la lista de la base de datos todos los paranormales conocidos, criaturas y todo, en busca de una pista de por qué no percibía sus energías. Pero después de una hora explorando todos los archivos, no encontré nada. Según la base de datos, todos los paranormales emitían un zumbido de energía.

Excepto los que yo había encontrado.

El sonido de las tablas del suelo crujiendo bajo la alfombra me hizo dar media vuelta.

Valen cruzó el corto pasillo de mi apartamento y se acercó.

Mi corazón hizo un divertido puenting al verle. La escasa luz de mi piso no hacía más que acentuar su aspecto robusto: la mandíbula cuadrada, la nariz recta y el pelo oscuro y ondulado que le rozaba los anchos hombros, por los que quería pasar las manos.

Llevaba una cazadora de cuero marrón sobre una camisa negra y unos jeans oscuros que se ajustaban a su delgada cintura y quedaban ceñidos a sus muslos musculosos. Mis ojos recorrieron su pecho ridículamente poderoso y ancho, y me pregunté qué sentiría al tener su piel caliente bajo mis palmas.

El calor se apoderó de mí y odié que mi cuerpo reaccionara así al verlo. Mis hormonas estaban fuera de control. ¿Quizá necesitaba medicamentos?

Nos miramos fijamente durante un momento. Sentía como si mis entrañas se reorganizaran en mi vientre y se arremolinaran en mi garganta con un silencio incómodo añadido acentuado por el tic-tac de la nevera.

—¿No llamas a la puerta? —Mi voz salió áspera. Al parecer, no me había repuesto de verle con aquella rubia tan guapa. En realidad no

debería. No éramos pareja ni realmente nada aparte de ser amigos.

Los ojos de Valen se entrecerraron ante mi tono.

—La puerta estaba abierta.

Aparté los ojos de él y me quedé mirando la pantalla.

—Aun así, deberías haber llamado. Estoy en medio de algo.

—¿«Algo» son los cuerpos que encontraste? —Se acercó justo detrás de mí, mirando mi portátil—. Te quedaste con el portátil de Eddie.

—Me lo quedé. No me pareció correcto tirarlo. Está prácticamente nuevo —Dejé caer la cabeza hacia atrás para ver su cara—. ¿Puedo ayudarte en algo? —Odiaba lo impersonal que era mi voz. Me estaba saboteando, traicionando lo que sentía por él. No sabía por qué me sentía así. Estaba actuando como una novia celosa de veinte años, y no lo era. Era una mujer adulta y tenía que empezar a comportarme como tal.

Valen se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

—Encontraste cadáveres en un callejón detrás del hotel y tuve que enterarme por Basil. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Se me olvidó —Lo cual era cierto en parte. Lo de que los paranormales no desprenden energía me había despistado.

—Deberías habérmelo dicho —dijo el gigante, su tono un poco más duro ahora.

Debería. Podría. No lo hice.

—Te lo dije, lo olvidé. Las cosas se pusieron un poco raras.

—¿Cómo que raras? —Sus ojos se desviaron hacia la pantalla de mi computadora y luego volvieron a mirarme—. ¿Qué has encontrado?

Valen había sido contratado por el Hotel Twilight y era responsable de garantizar la seguridad de sus paranormales y de los paranormales de Manhattan. Ambos éramos empleados del hotel y compartíamos la responsabilidad. Tenía el deber de decírselo, igual que él lo haría si hubiera descubierto los cadáveres. Yo tenía que saberlo.

Moví las manos sobre el teclado y saqué las imágenes que había tomado de los muertos.

—Lo que ves son dos vampiros y una mujer lobo muertos.

Los ojos de Valen estaban fijos en la pantalla.

—De acuerdo.

—No hay causa de la muerte que hayamos podido ver. Y no desprendían ninguna energía. Ninguna vibración paranormal. Era casi como si fueran humanos. Pero obviamente, no son humanos. ¿Ves mi dilema?

Busqué en su rostro rastros de reconocimiento. Posiblemente había visto algo así antes, pero no había nada.

—¿Has visto esto antes? —decidí intentarlo.

Valen me miró.

—Nunca. Es la primera vez que oigo algo así. ¿Dónde están los cuerpos ahora?

—En alguna morgue paranormal —respondí—. Le dije a Basil que les informara de que quería que les hicieran autopsias. Quiero una causa de la muerte. A ver si tal vez la forma en que los mataron podría explicar lo de la ausencia de vibraciones. Y no fue un glamour. Lo he comprobado. Tampoco tienen identificación. Revisé mi base de datos Merlín de personas desaparecidas y no encontré nada —dejé escapar un suspiro—. No tenemos ni idea de quiénes son estas personas.

Valen guardó silencio un momento, dándome la oportunidad de observar su rostro. Sus rasgos se agitaron como si estuviera luchando con algo interno, como si quisiera decirme algo pero no pudiera.

—Podría haberte ayudado —dijo por fin, con voz suave—. No tenías que hacerlo sola.

Aparté la mirada de sus labios carnosos, que me estaban distrayendo seriamente.

—No estaba sola. Mis amigos estaban conmigo. Además, estoy acostumbrada a trabajar sola. Hago mi mejor trabajo cuando estoy sola.

Valen soltó un suspiro por la nariz, con la mandíbula apretada.

—¿Estás enfadada conmigo? ¿Por qué?

¿Porque me besaste y ahora estás con otra?

—No lo estoy. Solo estoy cansada —Le dediqué una rápida sonrisa. Era una mentirosa horrible. Pero necesitaba seriamente aclarar mis ideas.

La mirada de Valen se intensificó, como si pudiera leer mis pensamientos y supiera que estaba mintiendo. ¿Los gigantes podían leer la mente? Dios, esperaba que no. Porque *eso* sería vergonzoso.

—Viniste al restaurante —dijo Valen—. No te quedaste. ¿Me estabas buscando?

El corazón me dio un vuelco cuando una nueva oleada de calor me subió del cuello a la cara. Ah, mierda. No podía mentir para salir de esta.

—Sí, te buscaba. Pero tu anfitriona, como se llame....

—Simone.

—Me dijo que estabas ocupado —continué, observando su reacción, que no fue otra que mirarme fijamente—. Así que me fui.

La cara de Valen estaba cuidadosamente inexpresiva.

—¿Qué necesitabas?

Noté cómo no especificaba en qué estaba ocupado, como por ejemplo con aquella rubia tan guapa.

—Estoy siendo investigada por el Consejo Gris. Alguien... alguien

de alto rango presentó una queja.

—¿Y crees que es Adele? —dijo el gigante, sacándome las palabras de la boca.

Asentí con la cabeza.

—Es la única explicación. Yo arruiné sus planes y la desenmascaré.

—No fuiste solo tú —Los ojos de Valen recorrieron mi rostro y se posaron en mis labios, provocando una sacudida de electricidad que me recorrió.

Me aclaré la garganta.

—Puede que no. Pero ha centrado su odio en mí. Creo que tiene que ver con que yo sea diferente, una bruja de Luz Estelar. Escucha, fui a preguntarte si sabías de algún investigador. Pensé que si conocías a alguno, tendría más posibilidades de estar preparada.

Valen se pasó los dedos por el pelo.

—El único que conozco es Drax. Y ahora está retirado. Se mudó a Florida.

Dejé escapar una bocanada de aire, con la decepción recorriéndome.

—Bueno. Gracias, supongo —Tendría que esperar a ver a quién enviaban y confiar en que la influencia de Adele no hiciera de las suyas.

Siguió un silencio incómodo durante un rato, mi corazón haciendo música en mis oídos en el remolino de sentimientos contradictorios mientras todo mi cuerpo vibraba con un calor que no tenía nada que ver con mi cálido apartamento.

Una parte de mí quería preguntar por la rubia, pero sabía que no era asunto mío. Además, en cuanto esas palabras salieran de mis labios, él iba a saber que me gustaba. Que me gustaba mucho.

No ayudaba que el gigante me hubiera salvado el culo dos veces. Era galante, fuerte y sexy como el infierno... pero no era mío. Y yo no compartía a mis hombres.

Valen se adelantó hasta que sus rodillas rozaron mi muslo.

—Algo más está mal. ¿Qué es?

Aparté la mirada del gigante. ¿Cómo podía decírselo sin traicionarme a mí misma? Porque creía sentir algo entre nosotros, algo real. Pero yo no iba a ser esa mujer. Estaba demasiado vieja para esto.

Y entonces fue cuando entró Jade.

La bruja entró a toda prisa en mi apartamento, echó un vistazo entre Valen y yo y se detuvo, con las manos en alto.

—Perdón, ¿interrumpo algo?

—No —dijimos Valen y yo al mismo tiempo.

—Oookaay —dijo Jade—. Bueno, Basil me envió a buscarte. Dice que te necesita en el vestíbulo, pronto.

—Genial. Suena divertido —Sin mirar a Valen, cogí mi bolso y mi

chaqueta y salí de mi apartamento detrás de Jade. Necesitaba poner algo de espacio entre Valen y yo, lo que sería casi imposible ya que vivía al lado, al menos hasta que superara esos sentimientos.

Pero algo me hizo volverme justo antes de salir por la puerta. Miré hacia allí.

Valen estaba de pie junto a la mesa, mirando al suelo. Sus facciones eran tensas y cautelosas, pero me di cuenta de que estaba preocupado por lo que acababa de decirle. Yo también estaba preocupada.

Porque tenía la horrible sensación de que esto no era más que el principio.

CAPÍTULO 5

El vestíbulo no se parecía en nada al de hace una hora, cuando lo atravesé y me dirigí a los ascensores. En lugar de estar escasamente habitado por huéspedes, estaba abarrotado.

Los paranormales estaban de pie formando pequeños nudos, hablando mientras bebían de sus vasos. Algunos incluso se sentaban en cómodos sillones mientras sonaba música suave con un ritmo constante. Pero la mayoría se sentaba detrás de las mesas de juego o se agrupaba alrededor de las máquinas tragaperras. Me llegó el olor de los cigarrillos y, en medio de todo aquello, sentí un pulso tranquilo y tembloroso de energías: vibraciones paranormales.

Reconocí algunas caras. Barb, la bruja anciana, estaba sentada en una mesa de póquer. Llevaba gafas de sol para ocultar sus ojos mientras jugaba a las cartas y parecía una profesional. No era la primera vez que jugaba. No reconocí a los demás sentados en su mesa.

Vi a Luke, nuestro hombre-gato del decimotercer piso, con un enorme y esponjoso gato atigrado naranja sentado en su regazo mientras tiraba de la palanca de una de las máquinas tragaperras. Olga, la bruja fumadora empedernida que estaba loca por Julian, estaba sentada en una mesa de ruleta. Tenía un cigarrillo en una mano mientras sostenía un vaso corto con lo que podría ser agua en la otra. Dudaba que fuera agua. Su sombra de ojos morada era una mala elección. Pero no iba a decírselo.

Unas manos se agitaron en el aire y vi que Basil me hacía gestos para que me acercara a un hombre alto y una mujer más baja que él. Posiblemente un hobbit.

—Ella es la Merlín. Así es. Leana Fairchild. La bruja de Luz Estelar que...

Me agaché detrás de un hombre grande y fornido con manos peludas. Me cansé de ser la estrella del momento de Basil y me encontré cara a cara con el mostrador de la entrada.

Un movimiento me llamó la atención y, durante una fracción de segundo, vi una mosca posada sobre el mostrador. Entonces, con un borrón, la mano de Errol salió de la nada. Parpadeé. La mosca había desaparecido, y un movimiento de la lengua gris de Errol me indicó adónde había ido.

—¿Te acabas de comer un bicho? —Me quedé mirándole, con los ojos muy abiertos. Eso sí que era asqueroso, incluso para él. ¿O no?

El conserje me fulminó con la mirada.

—¿Estás loca? —me espetó—. Hoy estás siendo especialmente estúpida. Deberías dejar de tomar esos medicamentos. Ahora, vete. Me estás molestando.

Le sonreí.

—Lo hiciste, pequeña criatura desagradable. Te comiste esa mosca. Te vi —¿Qué? Tenía que divertirme un poco.

El rostro pálido de Errol se ensombreció y extendió los dedos sobre el mostrador.

—No sé por qué sigues aquí. El hotel cometió un error al contratarte. Yo te habría echado a la calle. No perteneces aquí.

Me incliné sobre el mostrador, justo en su cara, y le hice un gesto con el dedo.

—No cambies de tema. Te comiste esa mosca. Tú lo sabes. Lo sé. ¿Qué más comes? ¿Cucarachas? Apuesto a que te *encantan*. Todas esas jugosas tripas de cucaracha. Como salsa.

—¿Cucarachas? Asco —Jade apareció a mi lado y se apoyó en el mostrador—. Pensé que el hotel se había encargado de eso el año pasado. Sin los gatos de Luke, habría sido una infestación —Sus ojos se abrieron de par en par—. Estaban por todas partes.

Sonreí a Errol.

—Estoy segura de que Errol se encargó de eso. ¿Verdad, Errol?

La cara de Errol estaba prácticamente morada de ira.

—Te puedo asegurar que no hay cucarachas en el hotel.

—Por supuesto que no. Tú te encargaste de ellas —No podía dejar de sonreír. Era tan fácil.

Me llevé a Jade conmigo antes de que le estallara la cabeza al conserje.

—Te gusta torturarlo. ¿Verdad? —preguntó Jade, subiéndose las mangas. Las pulseras de plástico tintinearon alrededor de su muñeca.

—Una chica tiene que divertirse a veces —Eché un vistazo al vestíbulo. Estaba lleno de gente que no había visto nunca. Algunos tenían mi edad, pero la mayoría eran mayores, rondando la edad de Elsa o más. Hablaban, reían y bebían. Todos parecían agradablemente contentos de estar aquí—. El hotel está bastante lleno esta noche. Es agradable —Más que agradable. Era genial. Significaba que podía esconderme fácilmente de Basil.

La mirada de Jade se movió de lado a lado.

—Así es. Parece que a la mayoría de la gente le gusta apostar por la noche.

—Posiblemente. Yo no juego, así que no sabría decirte —Trabajaba duro para ganar mi dinero. La idea de tirarlo a la basura por una «posible» ganancia me sonaba extraña. No era rica, y cada centavo contaba. Créanme. Los contaba.

Jade soltó una carcajada.

—Mira. Ahí está Elsa.

La seguí señalando y vi a una frustrada mujer pelirroja de sesenta y cinco años con una copa en una mano mientras daba patadas a una máquina tragaperras y, al parecer, la maldecía.

—Vamos a ayudarla antes de que se rompa el pie —Jade enganchó su brazo en el mío y juntas nos unimos a una Elsa de rostro carmesí.

Los ojos de la bruja mayor se abrieron de par en par al vernos.

—¡Esa maldita máquina se ha llevado mi dinero! —aulló—. ¡Devuélvemelo!

Apreté los labios.

—Eso es lo que hacen. La gente rara vez gana.

Elsa cerró el puño con la mano libre y lo levantó.

—Me quitó todo. Todo. Y no me lo devuelve. He probado un hechizo para invertir los números, un sigilo mágico para el premio gordo y una maldición pandora para la lotería. Nada ha funcionado.

Jade compartió una mirada conmigo.

—Eso es porque las máquinas están protegidas contra los tramposos.

Elsa soltó un suspiro, escandalizada.

—¿Me estás llamando tramposa?

Jade se encogió de hombros.

—Bueno, perdiste y ahora intentas hechizar a la máquina para que te devuelva el dinero. Yo diría que eso es hacer trampas.

Elsa cerró la boca. Luego dio un trago a su bebida de color ámbar, se la terminó y dijo:

—Tienes razón. Soy estúpida.

Solté una carcajada.

—Nunca imaginé que esa palabra saliera de tu boca. Me gusta.

Elsa se secó un mechón de pelo de la frente sudorosa.

—¿Han descubierto algo sobre los cadáveres?

—Sí. ¿Sabes quiénes son? —presionó Jade.

—Ah —dije mientras un camarero se adelantaba y bajaba su bandeja de copas de vino para nosotros. Jade y yo cogimos cada una una copa de tinto—. No he podido encontrar ningún archivo de personas desaparecidas —les dije—. Ahora estoy esperando noticias de la autopsia. Con suerte, eso arrojará algo de luz sobre qué los mató.

—Cierto —Jade bebió un trago de vino e hizo una mueca de dolor —. No es tan bueno como el vino de la casa de Valen.

En eso tenía razón. El vino tenía un fuerte sabor a alcohol y a vinagre.

—A Basil no parece preocuparle demasiado —añadió Elsa con el ceño fruncido—. Parece más preocupado por la asistencia a su Semana de Casino que por esas pobres almas muertas.

Eché un vistazo a la multitud y encontré a Basil charlando con un

hombre de aspecto importante vestido con un traje oscuro. Cuando me volví, Elsa murmuraba en voz baja otro hechizo en la máquina tragaperras, pensando que no la habíamos visto.

Jade me sorprendió mirándola y empezó a girar un dedo cerca de la sien.

Resoplé y aparté la mirada antes de que Elsa me viera mirar. Pobrecita. Seguro que había perdido mucho dinero.

El corazón me dio un vuelco cuando vi un par de ojos oscuros que me observaban desde el otro lado del vestíbulo.

Valen estaba de pie con una gracia depredadora que llamaba la atención. Los que lo rodeaban lo miraban de reojo, como un rey entre sus iguales. Incluso en su forma humana más diminuta, era enorme, al menos una cabeza más alto que cualquiera. Se mostraba seguro de sí mismo y destructivo, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho, haciendo resaltar sus anchos hombros y abultando sus pectorales: un viril hombre bestia.

Incluso desde la distancia, pude ver la intensidad de su mirada mientras me observaba y se me erizó el vello de la nuca. La sensación era embriagadora.

Finalmente, apartó la mirada cuando Jimmy se le unió y los dos hombres entablaron conversación.

—¿Se han peleado Valen y tú? —preguntó Jade, lo que hizo que Elsa dejara de maldecir la máquina tragaperras y se girara para mirarme.

—¿Qué? No. ¿Qué te hizo pensar eso?

—Entonces, ¿por qué la frialdad? —presionó la bruja amante de los años ochenta—. Prácticamente querías una excusa para dejarlo y venir conmigo. ¿Qué pasa?

Me planteé contarles el beso que había compartido con Valen, pero decidí no hacerlo. Cuanta menos gente lo supiera, mejor.

—Fui una idiota —le dije—. Pensé... pensé que había algo entre nosotros. Pero me equivoqué. No hay nada —dije, pensando en la rubia que había visto con él—. Solo somos amigos.

Jade ladeó la cabeza.

—¿Qué te hace decir eso?

—Hoy le he visto con alguien —pensé que era mejor decírselo. Ya se enterarían—. Una rubia muy guapa. Estaban cogidos de la mano, más o menos, y compartiendo un momento íntimo. Definitivamente había algo entre ellos.

—Lo viste con otra mujer. ¿Y qué? —Jade apoyó su mano libre en la cadera—. Valen conoce a muchas mujeres.

Sacudí la cabeza.

—Sé lo que vi, y lo que vi fue a un hombre y a una mujer realmente interesados el uno en el otro. No hay nada entre Valen y yo

—al menos, no por su parte—. ¿Por qué me miran así? No pasa nada. Ni siquiera tuvimos una cita. Imaginé algo entre nosotros... y ahora me doy cuenta de que me equivoqué. Eso es todo.

—Pfff —Elsa se bebió el último trago y lo estampó contra la máquina tragaperras, con las mejillas más rojas que de costumbre—. Tonterías. Todos vemos cómo se miran. Como si quisieran arrancarse la ropa. Definitivamente hay algo ahí. No intentes negarlo.

—Tiene razón, sabes —Jade tomó un sorbo de su vino—. Recuerdo lo cerca que te abrazó cuando bailaban en el baile. Mira cómo se te queda mirando ahora... como si quisiera llevarte a la cama y darte orgasmos *múltiples*.

Mi cara se encendió cuando Elsa golpeó el aire con el puño y empezó a cantar,

—Ah, ja, ja, ja, orgasmos, orgasmos —lo dijo con el estribillo de «Stayin' Alive» de los Bee Gee. Estaba claro que la bruja había bebido demasiado, pero era una borracha divertida.

Los huéspedes que estaban cerca dejaron de charlar y se volvieron hacia nosotros, queriendo un poco de la acción de los «orgasmos». Se quedaron mirando a Elsa, que seguía cantando y agitando la máquina tragaperras con ambas manos como si hubiera perdido la cabeza. Quizá pensaban que «orgasmos» era la palabra secreta para ganar en las tragaperras. Me reí más fuerte.

Jade exhaló largo y bajo.

—Ojalá alguien me mirara así.

Me incliné y noté que Jade miraba fijamente a Jimmy en vez de a Valen. Parecía que seguía interesada en él.

Elsa exhaló.

—Es una bestia complicada. Una bestia muy guapa. Pero complicada.

—Sí —tuve que estar de acuerdo con eso—. Bestia complicada.

Una repentina ovación llenó el aire, y vi a Julian saltando de su asiento y pareciendo bastante satisfecho de sí mismo.

—¡Gané, gané! —gritó.

—Julian se está divirtiendo —Volví a centrar mi atención en Valen, porque por qué demonios no, y vi a una mujer a su lado. No una mujer. Una bruja. Una bruja alta y delgaducha que me hizo hervir la sangre en un sentido nada bueno.

—¿Qué *demonios* hace ella aquí? —gruñí.

Adele apareció en el vestíbulo vestida con un traje de chaqueta azul marino, una blusa blanca planchada sobre su delgada figura y una sonrisa radiante. Su larga melena rubia le caía por la espalda en ondas sueltas. Su radiante sonrisa me recordó a la de una marioneta de ventrílocuo, falsa y orquestada. Con los ojos brillantes, recorrió la sala con la mirada y, cuando se fijó en mí, sonrió sin mostrar los

dientes.

Me encontré con los ojos de Valen al otro lado de la habitación y vi cómo la preocupación cruzaba sus rasgos. Y entonces Adele giró su cuerpo para darme la espalda. Supuse que era un intento de ocultarme a Valen, pero el tipo era enorme. Ella no era más que un delgado obstáculo de poste de pie ante él, lo que me permitía seguir viéndolo perfectamente... junto con el ceño fruncido mientras hablaba con la bruja.

Tanto la postura de Elsa como la de Jade se pusieron rígidas, y Elsa pareció despejarse un poco al ver a la otra bruja.

Puse mi copa de vino encima de una de las máquinas tragaperras.

—Creo que voy a tener unas palabras con ella.

La mano de Elsa salió disparada y me agarró del brazo.

—No —me agarró—. No lo hagas. No saldrá nada bueno de esto.

Intenté soltar el brazo, pero Elsa lo tenía agarrado.

—Quiero saber por qué presentó una denuncia. No. Quiero confirmar que es ella —Sabía que era ella, pero quería oírlo de sus finos labios.

—Sabemos que es ella —dijo Elsa, el miedo elevando su voz—. Déjala en paz. Si vas allí, solo empeorarás las cosas. Créeme.

Negué con la cabeza, mis ojos volvieron a la flaca espalda de Adele.

—¿Cómo pueden ser peores de lo que ya son?

—Ella puede empeorarlas —coincidió Jade, con el rostro pálido—. No la conoces como nosotras.

Entrecerré los ojos.

—¿Hablas por experiencia? —miré a mis amigas—. ¿Qué te ha hecho?

Jade miró a Elsa y, finalmente, la bruja mayor habló:

—Mi marido perdió su puesto por su culpa.

—¿Qué? —Una llama de ira se encendió en mis entrañas.

—Por supuesto, era mentira —dijo Elsa, con los ojos llenos de lágrimas—. Mi Cedric nunca robaría nada. Ella solo había dicho eso para deshacerse de él. Verás, él trabajaba como contable en la oficina de la corte de Brujos Blancos, aquí en Nueva York. Fue el único que se enfrentó a ella. Ella intimidaba a todo el mundo, pero no a mi Cedric —Se secó las lágrimas con las manos y luego sonrió a su medallón.

Apreté los dientes ante la repentina y loca necesidad de correr hacia allí y tirarle del pelo a Adele. Luego, lentamente, volví a centrar mi atención en aquella bruja horrible, imaginando que le explotaba la cabeza.

—Ahora sí que quiero hablar con ella.

Un hombre cruzó corriendo el vestíbulo y se encontró con Valen. Se inclinó hacia delante e intercambiaron unas palabras. Entonces vi

cómo el gigante sacaba su teléfono y se lo ponía en la oreja.

—¿Qué es esto? —preguntó Elsa, inclinándose demasiado hacia delante y casi cayéndose. Se enderezó.

—No estoy segura —Me quedé mirando mientras la cara de Valen pasaba por varios matices de emociones: sorpresa, enfado y un sentimiento de obligación. Sus rasgos volvieron a endurecerse y entonces me miró a los ojos.

—Parece que estamos a punto de averiguarlo —dijo Jade—. Viene hacia aquí.

Alcancé a ver la cara de indignación de Adele cuando Valen la dejó para venir a verme. Era una pequeña victoria, pero la aceptaría.

El gigante grande y musculoso se acercó a mí.

—Algo está pasando en Brooklyn. Un grupo de vampiros está atacando a los humanos.

—¿Qué? —dijimos todos juntos.

—Acaban de confirmarlo —dijo el gigante—. El vampiro jefe tiene un equipo allí, pero necesitan ayuda. Se está saliendo de control. Ya hay tres muertos.

Mierda. Eso era malo.

—Voy a ir.

—Yo también voy —dijo Elsa, agarrándose al borde de una mesa auxiliar para no caerse.

—Creo que es mejor que te quedes —le dije, mirando su copa vacía.

—Me quedaré con ella —dijo Jade, aunque tuve la sensación de que quería estar donde estaba Jimmy.

—Vale —Elsa se llevó las manos a las caderas—. Entonces hablaré con Adele —Antes de que pudiéramos detenerla, Elsa cruzó el vestíbulo como si fuera a la guerra, hacia Adele.

—Oh, no —Jade me miró—. Será mejor que la detenga —dijo y echó a correr detrás de Elsa.

—¿En qué parte de Brooklyn? —le pregunté al gigante.

Sus ojos oscuros se cruzaron con los míos,

—Marine Park, cerca del sendero natural. Ven. Yo conduciré.

CAPÍTULO 6

Fue el trayecto de veinte minutos más incómodo de mis cuarenta y un años. Pero no por el coche. El Range Rover Sport SUV negro era extremadamente cómodo: lujoso, espacioso, sexy y muy varonil, como Valen.

Me senté en el asiento del copiloto y, aunque el asiento estaba prácticamente amoldado a mi trasero, mis entrañas estaban en una montaña rusa. Valen no había dicho una palabra desde que salimos del hotel. Me limité a seguirle hasta el aparcamiento situado detrás de su restaurante y a subirme a su reluciente todoterreno.

La última vez que habíamos estado tan cerca y solos fue la noche en su apartamento, cuando me *él* besó. Y permítanme repetirlo: *él* se inclinó hacia mí y me besó. Sí, lo pensé, pero él fue el instigador. Y después de apartarse del beso, también se apartó de mí por completo.

Pero yo tenía un trabajo que hacer. Sabía que en algún momento Valen y yo tendríamos que trabajar juntos en un caso. Tenía que controlar mis emociones y mis hormonas —seamos sinceros— y anteponer la seguridad de nuestra ciudad y de los humanos. Tenía que acabar con las imágenes desnudas de aquel espléndido gigante, preferiblemente estando desnuda yo también. No era de extrañar que estuviera tan cachonda. Hacía más de un año que no tenía sexo, y había sido con Martin, el hombre de un minuto. Más bien un hombre de veinte segundos. Para ser bien honesta.

Mientras estábamos allí sentados en silencio, mis entrañas seguían reacomodándose en mi vientre, pasando de un tango a un salto mortal, acentuado por el silbido de la combustión de la gasolina, y los destellos de las farolas que iban y venían y los autos centelleaban en mis ojos.

Sin embargo, sentí sus ojos clavados en mí. Valen seguía lanzándome miradas disimuladas, pensando que yo no podía verle. Sí que podía verle. Solo que ahora no quería mirarle.

Pero esto era ridículo.

—¿Qué puedes decirme sobre los ataques? —dije después de no poder soportar más el silencio entre nosotros.

Valen detuvo su todoterreno en un semáforo en rojo.

—Solo que un grupo de vampiros está fuera de control y matando humanos. Los vampiros jefes están intentando controlar la situación, pero parece que necesitan nuestra ayuda.

—¿Ha habido otros ataques de vampiros en la ciudad

últimamente? —pregunté cuando el todoterreno volvió a ponerse en marcha, apretándome contra el asiento.

Los ataques de vampiros eran raros, igual que los de hombres lobo, pero ocurrían de vez en cuando. Normalmente, los paranormales en cuestión estaban enfermos o tenían problemas mentales, como los humanos cuando sufrían un brote psicótico. Pero normalmente se trataba de un solo vampiro o metamorfo, no de toda una banda.

—Tres en los últimos cinco años desde que estoy aquí —respondió Valen, manejando el volante con una mano fornida—. En todas las ocasiones, los jefes controlaron el asunto antes de que se les fuera de las manos o interviniera la policía humana.

Deslicé mi mirada por todo su rostro, observando cómo las luces de la calle y las sombras recorrían sus facciones.

—¿Crees que estos ataques y los paranormales muertos están relacionados? —No creía en las coincidencias. ¿Cuáles eran las probabilidades de encontrar paranormales muertos despojados de sus esencias y ahora un inusual ataque de vampiros?

La mano de Valen agarró el volante con más fuerza.

—No lo sé. Supongo que lo averiguaremos cuando lleguemos.

—¿Por qué crees que actúan así? ¿Psicosis grupal?

Sí, eso sonaba bastante patético, pero no se me ocurría una razón por la que un grupo de vampiros decidiera masticar a unos humanos.

Un músculo se erizó a lo largo de la mandíbula de Valen.

—¿Podría ser una enfermedad? ¿Algo contagioso solo para los vampiros?

—Hmmm. Es un comportamiento extraño —Miré fijamente delante de mí, observando las luces de los autos que pasaban junto a nosotros.

Volví a sentir los ojos de Valen sobre mí mientras decía:

—Sé que me has estado siguiendo.

Mátenme. Ahora.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué? —Cuando no sepas que hacer, hazte la tonta.

—Durante las últimas tres noches seguidas, me has estado siguiendo —continuó el gigante—. ¿Crees que no lo sabía? —Sus labios se curvaron en una sonrisa.

La irritación y la vergüenza chisporrotearon en mi interior.

—Si lo sabías, ¿por qué no dijiste nada?

Me sentí como una idiota. Pensaba que había sido inteligente en mi sigilo, como Catwoman o algo así. Supongo que no era tan lista como pensaba. La idea de que él supiera que lo estaba siguiendo todo este tiempo era mortificante. Fui una gran tonta.

—¿Y evitar que sintieras que tenías la sartén por el mango? —se burló Valen—. No quería quitarte el protagonismo.

Se me encendió la cara.

—Pues ya lo hiciste.

—Entonces, ¿encontraste lo que buscabas? —preguntó Valen, con humor en la voz.

Mierda. ¿Creía que quería verlo desnudo? Me encogí de hombros.

—Soy una gran curiosa. Nunca había conocido a un gigante. Quería experimentarlo sin que supieras que estaba mirando. Era por trabajo —En parte era verdad. La otra parte era porque me intrigaba.

—Cierto —Valen se giró para mirarme, y la risa bailó en sus ojos malditamente finos.

Levanté las manos.

—Bueno, me has descubierto. Soy una acosadora.

Valen soltó una carcajada.

—Al menos eres guapa.

El calor se apoderó de mi cuerpo, enviando pequeños cosquilleos por toda mi piel. Bueno, ahora estaba desconcertada. Valen no era un mujeriego. No tenía esa sensación de él. Pero sabía que salía con muchas mujeres a la vez, citas ocasionales, por así decirlo. Yo no era ese tipo de mujer.

—Si quieres saberlo, no te acosaré más. Tengo toda la información que necesitaba. Muchas gracias.

—Si tú lo dices —dijo el gigante al cabo de un momento, con la voz insinuando que no creía ni una palabra de lo que yo decía. Volvió a centrar su atención en la carretera, con una expresión pensativa que suavizaba sus apuestos rasgos, su postura segura y fuerte.

Después llegamos a Marine Park y continuamos hasta acercarnos a los senderos naturales. Sombras de hierbas altas y arbustos bordeaban la zona. A las diez de la noche, era difícil ver a través de la oscuridad que se había instalado. La única iluminación era la luna y algunas farolas cerca del aparcamiento.

Valen se detuvo junto a otro todoterreno oscuro y apagó el motor. Salí del todoterreno y miré a mi alrededor.

Robles y fresnos tan altos como edificios de tres plantas se alzaban sobre nosotros, y hectáreas de marismas se extendían a nuestro alrededor. Las hojas crujían y un viento soplaba entre los árboles, enérgico, tranquilo y antinatural. El olor a tierra húmeda y hojas mojadas se elevaba con el viento y, por un momento, casi parecía que estuviéramos caminando por un bosque natural. Pero el creciente olor a sangre nos delató. Definitivamente, algo iba mal en este sendero natural.

Vi otro auto aparcado detrás de nosotros con la puerta delantera abierta. Un hombre colgaba del asiento, con las piernas dentro del vehículo mientras la parte superior del cuerpo yacía en el suelo. Me apresuré a acercarme y ralenticé mis pasos al ver el desastre de lo que quedaba de su cuello. Era como si un león le hubiera arrancado un

trozo de la yugular. Había sangre por todas partes. Los ojos sin vida del hombre estaban abiertos, mirando a la nada.

Sentí que Valen se me acercaba.

—No sabía que un cuerpo humano pudiera sangrar tanto —le dije —. ¿Acaso los vampiros no drenan la sangre de sus víctimas? Quiero decir, llámalo cliché, pero ¿por qué desperdiciar sangre fresca de esta manera? ¿Y mira su maldito cuello? Parece como si lo hubieran mutilado hasta la muerte.

Valen sacudía la cabeza.

—Nunca he visto esto antes. Esto parece más algo que haría un hombre lobo u otro tipo de metamorfo. Aun así, tendrían que estar locos para llegar tan lejos.

—Pero tu hombre dijo que se trataba de vampiros. ¿Verdad?

El cuerpo de Valen se endureció con inquietud.

—Sí, eso dijo.

Me sentí mal por el hombre humano. Parecía joven, no más de treinta años, con toda la vida por delante.

—Mala manera de morir —Pero ya no podíamos hacer nada por él.

Unos gritos agudos reverberaron en algún lugar de los pantanos. La voz de un hombre dejó escapar un grito retumbante y desafiante.

Miré a Valen.

—Vámonos.

—Estate atenta —advirtió, su postura depredadora, emanando una amenaza—. Estos no son vampiros normales. Los vampiros enloquecidos son despiadados. Y esto se siente más como animales salvajes. No hay intención en los asesinatos. Solo cazan por deporte.

Dejo escapar una respiración nerviosa.

—Entendido.

La cara de Valen era una muestra de rabia decidida, afilada como una daga.

—Si vienen a por ti, no pienses. Solo actúa. Pensar hará que te maten.

—Eso también lo entiendo —respondí.

Este no era mi primer rodeo con un vampiro loco, pero el hecho de que Valen estuviera claramente nervioso al respecto me estaba poniendo más nerviosa. Si estos ataques estaban poniendo nervioso a un gigante, ¿qué demonios significaba eso?

Sin decir una palabra más, Valen tomó la delantera y corrió hacia los constantes gritos, mientras yo galopaba detrás de él por un sendero arenoso, más bien un trote ligero. Mis piernas ya estaban acalambradas, y el vino que había tomado antes amenazaba con volver a subir.

No sabía qué encontraríamos al llegar, pero me alegré de que el cielo estuviera despejado. Hice uso de mi voluntad y canalicé la

energía celestial. Con el corazón martilleándome, respiré hondo, me centré en mí misma y alcancé la energía mágica generada por el poder de las estrellas.

Estaba preparada.

A ambos lados del sendero había hierbas altas y pajonales tan altos como yo. Valen no me llevaba mucha ventaja. Me di cuenta de que no corría tan rápido como podía, más bien se aseguraba de que yo pudiera seguirle el ritmo. ¿Lo ven?, cosas como esa sólo hacían que me gustara más. Sí, estaba en un lío, pero no podía pensar en eso ahora. Esto era demasiado importante para dejar que mis sentimientos se interpusieran.

Me preguntaba si se transformaría o si podría luchar contra los vampiros en su forma humana. Sabía que quería mantener su condición de gigante en secreto, o más bien en privado, pero no podía evitar preguntarme si los demás lo sabrían, aparte de mí, mis nuevos amigos y un puñado de personas más. ¿Lo sabía el jefe de los vampiros? ¿Por eso lo habían llamado y le habían pedido ayuda? Supuse que estaba a punto de averiguarlo.

El gigante se detuvo más adelante y se inclinó sobre algo en el camino.

Respirando con dificultad, corrí hacia él. En el camino había otro cuerpo, esta vez el de una mujer. Se me subió la bilis a la garganta ante lo que vi. No solo tenía la garganta hecha un asco, sino que su ropa estaba destrozada, dejando al descubierto lo que quedaba de su pecho y estómago. La chaqueta, la camisa y los jeans estaban hechos trizas de sangre a lo largo de los antebrazos y las piernas. Me sentí mal del estómago y furiosa ante la horrible escena.

—Esto es enfermizo —dije, temblando de adrenalina y rabia, sabiendo que estábamos a punto de enfrentarnos a unos monstruos seriamente desastrosos, no vampiros. No, esto era más parecido a lo que los demonios nos harían.

La cara de Valen estaba marcada por la ira.

—Vamos —Eso fue todo lo que dijo mientras se apresuraba de nuevo.

Seguí al gigante, con la adrenalina que bombeaba en mi interior, me ayudaba a impulsar mis piernas y a seguirle el ritmo. No tuve que ir mucho más lejos.

La luna se reflejaba en un estanque cuyas aguas plateadas ondulaban con una ligera brisa. Y allí, justo al otro lado del estanque, no había un puñado de vampiros, sino unos cien.

—Oh, mierda.

CAPÍTULO 7

La escena parecía sacada de una película de terror, en la que una horda de zombis se abalanzaba de repente sobre los asustados humanos, que no sabían cómo luchar ni hacer otra cosa más que morir.

El aire se agitó con el espeluznante coro de gritos de batalla y los alaridos de los moribundos. Los cadáveres —humanos y no humanos — yacían esparcidos por los pantanos, demasiados para contarlos y demasiado oscuro para distinguir un número exacto.

Los vampiros estaban inclinados hacia delante, con las manos llenas de garras rozando el suelo en una postura simiesca. Tenían un característico andar animal, casi como si hubieran perdido su humanidad y solo fueran animales. Criaturas.

Vi a un hombre paranormal con una velocidad sobrenatural luchando contra uno de los vampiros enloquecidos. Se movía con precisión, ligero de pies. Su ataque fue hábil y organizado con una gracia mortal. Este no era el movimiento de un vampiro trastornado. Este era uno de los cuerdos, a falta de una palabra mejor. En un abrir y cerrar de ojos, golpeó con sus garras y cortó la cabeza del otro vampiro.

Ahora que sabía qué buscar para determinar quiénes no estaban locos, pude ver a una docena de vampiros «normales» luchando contra los otros vampiros. Eran fuertes y ágiles con una velocidad increíble, pero también lo eran los otros. Y los llamados vampiros locos luchaban sin ningún proceso de pensamiento, salvajes y descontrolados. Solo querían matar. Aniquilar. Los otros vampiros no durarían. No contaban con los refuerzos suficientes.

Ahí es donde entramos nosotros.

Las cabezas de los vampiros se giraron cuando nos acercamos. Eso provocó gritos y gruñidos de rabia de la masa de vampiros. Filas y filas de dientes blancos y afilados brillaban a la luz de la luna. Maldición. Eran muchos dientes afilados.

—Quédate cerca —dijo Valen al exhalar. La tensión de su voz hizo que volviera a mirarlo. La tensión se reflejó en sus rasgos.

—¿Qué vas a hacer? —Se me hizo un nudo en las tripas al ver el tormento en sus ojos.

Los músculos de su espalda se tensaron. El rostro de Valen estaba preocupado. Sus facciones oscilaban entre la frustración, la rabia y la incertidumbre. Extendió las manos. Podía ver fácilmente que se

debatía entre la idea de si debía convertirse en Hulk o no. Su secreto ya no sería tan secreto después de esto.

—No tienes que cambiar —dije, reconociendo la agitación—. Puedo con ellos —Sin embargo, nunca había luchado contra tantos al mismo tiempo, así que tendría que sacar una buena cantidad de magia de mi culo. Yo tenía un culo considerable, así que podría funcionar.

Valen apretó la mandíbula, sus ojos estaban en la batalla.

—No tengo elección. Van a morir si no lo hago.

—Siempre tienes elección. Puedo frenarlos y esperar refuerzos.

Valen me miró, una suavidad en sus ojos que hizo que se me cerrara la garganta.

—Es demasiado tarde. No puedes con todos. Míralos. ¿Ves cómo se mueven? Luchas contra uno, y luego cinco más te destrozarán. No puedo dejar que eso suceda. Esto tiene que acabar.

Con un tirón de su musculoso brazo, Valen se arrancó la ropa. En un súbito destello de luz blanca, en lugar de su estatura normal de uno ochenta metros se alzó la de cinco metros. Los músculos se abultaron en sus brazos y muslos, eran tan grandes como troncos de árbol. Su rostro era diferente, tenía el hueso de la frente más fuerte, más feroz y duro, pero era él. Valen era el gigante que era.

Sentí una tensión en todo el pecho. Valen se estaba exponiendo para salvar vidas, y era difícil que no me gustara más después de aquello.

Con un poderoso impulso de sus patas traseras, el gigante salió disparado hacia delante y corrió al encuentro de la avalancha de vampiros. Oí un grito y el sonido de carne desgarrada. El gigante desgarró a los vampiros con una rapidez bárbara, su poderoso cuerpo era una fuerza a tener en cuenta y daba mucho miedo.

Había olvidado preguntarle si debía tirar a matar o si solo íbamos a someterlos hasta que averiguáramos qué demonios estaba pasando.

Pero entonces obtuve mi respuesta.

Un vampiro se lanzó sobre el muslo de Valen, sus colmillos se hundieron en la carne del gigante mientras empezaba a mordisquear su piel.

Valen se agachó, agarró al vampiro por el cuello y lo levantó como si no pesara nada. El vampiro parecía un niño en manos del enorme gigante. Usando ambas manos, Valen partió al vampiro por la mitad y lo arrojó.

Bueno, eso fue un poco asqueroso. Pero ahora tenía mi respuesta. Definitivamente tenía que tirar a matar, pero trataría de noquearlos primero.

Un destello de ropas oscuras llamó mi atención a mi derecha, y me giré. Un grupo de tres vampiros se abalanzó sobre mí como una gran ola negra de muerte. Era imposible distinguir a los machos de las

hembras con toda la sangre que salpicaba sus caras y sus ropas.

Eran rápidos —muy rápidos— y muchísimo más rápidos que yo.

—¡Alto! —grité desesperada. No quería matarlos—. ¡Alto ahí! No se acerquen más.

Incluso cuando se abalanzaron sobre mí, pude ver la mirada vacía en sus ojos, nada más que hambre de matar. Lo que habían sido antes había desaparecido.

Recurrí a mi luz estelar, sintiendo el poder en la respuesta de las estrellas al vibrar a través de mí, y la solté.

Dos bolas de luz blanca y brillante salieron disparadas de mis manos extendidas y se estrellaron contra los dos primeros vampiros.

La luz estelar estalló alrededor de los vampiros, iluminándolos con llamas de luz blanca. Los vampiros se agitaron, aullando de dolor mientras la luz de las estrellas los atravesaba. Sentí náuseas ante el olor a carne quemada y podrida. El aire apestaba a pelo quemado y grasa carbonizada. Estos no eran demonios a los que estaba asando con mi luz estelar. Eran vampiros. Con un chisporroteo, los vampiros cayeron al suelo, sin vida. No explotaron en cenizas como los demonios. Los demonios no pertenecían a este reino, pero los vampiros sí.

Dos menos. Falta uno.

No estaba segura de cómo me sentía al respecto, tuve un momento de arrepentimiento, sintiendo las ramificaciones de lo que había hecho. Había matado a esos dos vampiros. Los vampiros no eran mi raza paranormal favorita. Su buen aspecto me molestaba y eran demasiado arrogantes. Pero había jurado protegerlos a ellos y a todos los paranormales. Sin embargo, cuando el tercer vampiro se abalanzó sobre mí, con sus ojos brillantes de hambre maníaca, esas emociones desaparecieron.

El vampiro se movía a una velocidad sobrenatural sin igual, mucho más rápido que los otros dos.

La adrenalina del terror se apoderó de mí y me puso a toda velocidad. Recurrí a mi luz estelar y lancé un rayo de luz brillante contra el vampiro.

Y fallé.

Oh, mierda.

El vampiro chocó contra mí con la fuerza de una furgoneta en marcha. El dolor me recorrió la espalda mientras caía al suelo con el vampiro encima.

Sonreí al vampiro macho, viéndolo ahora de cerca y en persona.

—Sabes, te mueves demasiado rápido para mí. No soy esa clase de mujer.

Esperé un atisbo de emoción humano-vampírica, pero todo lo que obtuve fue un gruñido con la boca abierta, un aliento pútrido y un

poco de baba espesa y apestosa golpeándome la cara.

—Gracias por eso.

El vampiro bajó la cabeza mientras sus ojos negros buscaban mi cuello y se relamía.

Esa fue mi señal para salir de allí.

Era un macho. ¿Y qué tienen los machos que nosotras no tengamos? Esto...

Levanté la rodilla y le golpeé las pelotas.

Los ojos negros del vampiro se abrieron de par en par y rodó sobre sí mismo, chillando de dolor.

Me puse en pie.

—Sé un buen vampiro y quédate en el suelo.

Obviamente, no me hizo caso.

El vampiro se puso en pie de un salto, me siseó —en realidad, siseó como un gato rabioso— y saltó.

Reuní mi luz estelar, junté las muñecas y la lancé.

Un grueso chorro de energía blanca y brillante salió disparado y alcanzó al vampiro. El vampiro se tambaleó y lanzó un grito de súbita agonía. Su cuerpo se tensó impotente y sus músculos se convulsionaron como si lo hubieran electrocutado.

El vampiro cayó al suelo, agitando los miembros y retorciéndose, pero no duró mucho. Se agitó un momento y luego se detuvo.

Solté un suspiro.

—Dios, odio esto. ¿Ves lo que me has hecho hacer? Te he matado.

Di un paso atrás y eché un vistazo a la batalla en curso, buscando a Valen, que no era difícil de ver.

Golpeaba con sus grandes puños a los vampiros enloquecidos con una ferocidad terrible. Se lanzaron contra él como un enjambre de avispas, con los rostros trastornados, pero Valen hizo caer sus enormes puños. Los huesos crujieron. Las cabezas parecían tartas de cerezas aplastadas. Era repugnante, pero me di cuenta de que no podía apartar la mirada. Estaba seriamente demente. Pero estaba segura de que Valen, en su forma humana, no habría tenido ninguna oportunidad ante esta horda de vampiros desquiciados.

Ya no podía distinguir a los vampiros normales de los trastornados. Todo lo que veía era una mancha de dientes, garras y muerte.

El sonido de algo pesado acercándose me hizo girar. Cuatro vampiros más se pusieron en mi campo de visión.

Las probabilidades no estaban exactamente a mi favor, pero casi siempre las vencía.

Estaba enojada. Enojada porque querían matarme, sí, pero más enojada porque yo también tenía que matarlos. Estaba claro que les pasaba algo. No quería matar a ninguno de ellos, pero si venían a por mí, tendría que defenderme.

Sí. Venían a por mí.

El primer vampiro, un calvo —llamémosle solo Calvo—, se abalanzó sobre mí con una velocidad vampírica realmente impresionante. Sus golpes estaban alimentados por ataques de ira desquiciada en lugar de cualquier tipo de habilidad o precisión. Era lo único que me daba ventaja. Si fueran vampiros normales, no estoy segura de haber salido con vida. Todavía no estaba segura del todo.

Calvo se acercó con una ráfaga de velocidad, pero me escabullí a un lado. Su golpe se desvió antes de que se diera cuenta de su error. Me di la vuelta, recurrí a mi luz estelar y di una palmada.

Miles de brillantes estrellas en forma de miniglobo salieron disparadas de mis manos y rodearon al vampiro como avispas frenéticas en busca de venganza.

Las estrellas danzaban alrededor del vampiro, que aullaba y agitaba los brazos para impedir que se le adhirieran. Las luces estelares siguieron atacando hasta que el vampiro quedó cubierto por ellas, envolviéndole como una momia incandescente. Se tambaleó y luego se desplomó.

Me palpitaban las sienes por la migraña gigante que había hecho su aparición. Canalizar toda aquella magia con tanta rapidez me estaba afectando, y mi cuerpo temblaba de cansancio, este era el pago por el servicio de conducir todo aquel poder de luz estelar.

Pero no había paz para los malvados.

Justo cuando la momia vampiro cayó, los otros tres se abalanzaron sobre mí.

—¿En serio?

De nuevo, recurrí a los poderes que provenían de las emanaciones. Apunté y los liberé.

Un chorro de energía blanca se abalanzó sobre los tres vampiros que se abalanzaban. Alcanzó al más cercano con la tremenda potencia que pretendía. Con un grito sobresaltado, el vampiro salió volando hacia un par de sus compañeros. Los tres cayeron entre dientes y garras.

Oí un gruñido a mi derecha.

Haciendo que mi magia estelar volviera a la superficie, giré y una bola de luz blanca salió disparada de mi mano. Golpeó al vampiro en el pecho que se acercaba directamente a mí. El vampiro retrocedió, aullando, y su cuerpo se consumió en llamas blancas. Duró tres segundos antes de que el vampiro cayera al suelo.

Solo el olor ya me daba ganas de vomitar.

—Maldita sea. ¿Lo ves? ¿Ves lo que me has hecho hacer otra vez?

Me giré al oír las garras y los gruñidos que se acercaban.

Cuatro vampiros más se abalanzaron sobre mí.

Esto se estaba volviendo ridículo.

Solté un gruñido y los golpeé con una ráfaga de luz estelar. Me estremecí cuando me invadieron oleadas de dolor, la magia de la luz estelar se asentó y volvió a hacer efecto.

Mareada, tomé aire y me estabilicé, arrugando la nariz ante el hedor de la piel y el pelo quemados. El sudor me corría por las sienes y la espalda. Me estaba cansando. No podía seguir así. Eran demasiados. Realmente demasiados.

Mi pulso se aceleró cuando vi a Valen. Estaba cubierto de vampiros. Sí, eso es lo que dije. Tal vez treinta estaban pegados al gigante, sus colmillos y garras mordiendo, cortando. Los arrancaba como si fueran ratas molestas, aplastándoles el cráneo.

Pero tan pronto como arrancaba uno, venían diez más.

—¡Basta ya! —grité, jadeando mientras mi magia recorría mi cuerpo—. No quiero hacerles daño. Escúchenme, idiotas. Paren.

Llegaron dos más, dos hembras, por lo que pude ver. Las dos saltaron juntas, lanzándose sobre mí con las garras extendidas y las fauces abiertas, como si yo fuera su bufé de medianoche.

Sin descanso, entonces.

Clavé los pies en el suelo y canalicé el poder de las estrellas.

Y entonces las dos vampiresas cayeron de bruces al suelo.

Me miré las manos.

—Qué raro. Ni siquiera había disparado aún.

Miré por encima de los pantanos. Entonces, como un efecto dominó, los vampiros, uno a uno, empezaron a desplomarse. No solo se desplomaron, sino que cayeron al suelo con convulsiones hasta que cayó hasta el último vampiro desquiciado. Sus miembros se sacudieron y agitaron durante un momento, como peces deshidratados arrastrados por la corriente. Y luego se quedaron quietos.

Le di una patada al más cercano con mi bota. No se movió. Sus ojos negros estaban abiertos, pero sin movimiento. No respiraba. Los vampiros estaban muertos.

Mis ojos encontraron a seis vampiros de pie en medio del mar de cadáveres. Nada parecía desquiciado en ellos, pero estaban encorvados por el cansancio. Estos eran los vampiros «normales». A juzgar por su falta de refuerzos, habían perdido unos cuantos.

El suelo tembló y vi a Valen, el gigante, pasar a mi lado. Sangraba por cientos de pequeños cortes y mordiscos. ¡Caray! Pero al gran gigante no parecía molestarle en absoluto.

—*¿Qué has hecho?* —gritó.

Ya le había oído antes, pero me estremeció un poco y me puso nerviosa oírlo tan cerca.

Me encogí de hombros.

—Nada. Yo no lo hice. Simplemente... murieron. Todos ellos. Casi como... casi como si se les hubiera acabado el tiempo. Como si se

estuvieran quemando y luego puf. Expiraron.

Escudriñé la escena, y aunque esos vampiros hubieran intentado matarnos, ver a tantos de ellos muertos seguía siendo inquietante.

—¿Qué pudo haber hecho algo así?

—*No lo se. Nunca había visto esto.*

—Es imposible que tantos vampiros se hayan vuelto locos de repente —dije, con la cabeza palpitante—. Alguien hizo esto. Es lo único que tiene sentido —¿Pero por qué? No tenía ni puta idea. Tenía que averiguarlo, porque tenía la extraña sensación de que esto no había terminado.

Un pensamiento apareció en mi mente.

—Espera un segundo —Me arrodillé junto al cuerpo más cercano. La fría y familiar sensación de terror se apoderó de mí y se me apretaron las tripas—. No siento ninguna vibración vampírica. Nada.

Un gruñido retumbó en lo más profundo de la garganta del gigante.

—*Esto no me gusta.*

Caminé hacia el siguiente cuerpo, un joven de unos veinte años.

—Aquí tampoco hay nada —luego pasé a otra mujer—. Sí. No percibo nada —Seguí hasta que había revisado otros veinte cuerpos. Miré a Valen y sacudí la cabeza.

Vaya mierda. Al igual que los cuerpos que había encontrado junto al contenedor, estos vampiros no tenían vibraciones vampíricas. No emitían energías paranormales. No había forma de que no fueran vampiros por la forma en que se movían y atacaban. Diablos, me habrían pateado el trasero si no se hubieran detenido y muerto.

¿Pero por qué *murieron*?

—*Están conectados* —dijo el gigante, leyendo mis pensamientos—. *Estos vampiros. Los cuerpos que encontraste.*

Asentí y me enderecé lentamente, con los muslos protestando. Mañana sería peor.

—Lo están. Tal vez a los cuerpos cerca del contenedor también se les acabó el tiempo.

Eso era tan extraño en muchos niveles, pero no podía descifrar la causa de la muerte, al igual que estos vampiros. Simplemente dejaron de moverse y murieron.

Lo único que podía ayudar ahora era lo que revelaría la autopsia.

—Tenemos que llevar al menos un cuerpo a la morgue y cotejarlo con los otros cuerpos. A ver si pueden decirnos cómo murieron.

—*Tendremos que llevarnos los cuerpos antes de que amanezca. Antes de que los humanos empiecen a pasar por aquí para hacer sus caminatas matutinas.*

—No queremos eso.

Las facciones de Valen estaban retorcidas por la agonía. Me di

cuenta de que todo esto lo entristecía. A mí también.

—*Haré una llamada. El teléfono está en el Range Rover.*

Asentí.

—De acuerdo.

Valen me observó durante un rato.

—*Esto es malo, Leana.*

Exhalé.

—No hace falta que me lo digas —Miré a los vampiros restantes, viendo la angustia en sus rostros y sus posturas—. No sé qué está pasando, pero tenemos que averiguarlo antes de que vuelva a ocurrir.

Porque todos sabíamos que en mi vida, las cosas *siempre* podían empeorar.

CAPÍTULO 8

Enrosqué las manos alrededor de la taza de café y, de repente, deseé tener Baileys en ella en lugar de solo café. Estaba cansada y, a mi edad, la falta de sueño no solo hacía que me doliera el cuerpo, sino que me ponía de mal humor.

Apenas había dormido la noche anterior con las imágenes de todos esos vampiros muertos persiguiéndome. Había esperado con Valen a que el equipo de limpieza de los vampiros apareciera y se llevara los cadáveres. Habían hecho falta diez furgonetas, con unos diez cadáveres en cada una de ellas, para llevarse a los vampiros muertos. Todo eso llevó apenas veinte minutos. Los vampiros eran muy organizados.

Según Valen, un cuerpo debía ser llevado a la morgue paranormal de la ciudad. Si los otros cuerpos no podían ser identificados, serían cremados y enterrados en el cementerio de vampiros en Queens. Sí, existe.

Después de volver a su versión humana más pequeña y coger una muda de ropa de una bolsa de lona que llevaba en la parte trasera del todoterreno, Valen me llevó de vuelta al hotel. Ninguno de los dos habló una sola palabra durante el trayecto. Ambos estábamos agotados y posiblemente un poco conmocionados por los acontecimientos que habíamos presenciado. No importa cómo se interprete, cien vampiros muertos que acababan de levantarse y morir era bastante traumático. Inaudito, en realidad. Y nos dejó a ambos confundidos, y seamos honestos, un poco asustados. Bueno, yo lo estaba.

¿Era algún tipo de enfermedad que solo afectaba a los paranormales? ¿Era un ataque despiadado contra nosotros? ¿Tres muertos la noche anterior y ahora cien? Definitivamente algo estaba pasando en nuestra ciudad, e iba a averiguar qué era.

Ni siquiera me molestó que el gigante no me dirigiera la palabra cuando salí de su todoterreno y entré en el hotel. Estaba demasiado cansada para mantener una conversación. Solo quería mi cama. Así que le agradecí que me llevara de vuelta y lo dejé así.

Me giré cuando el Range Rover se alejó de la acera y vislumbré al gigante. Las emociones que ensombrecían el rostro de Valen me decían que él tampoco estaba listo para hablar, y yo no lo presionaría.

—¿Una noche dura?

Miré a Elsa frente a mí, con el pelo rojo y encrespado más alto y

esponjado que de costumbre, como si se hubiera peleado con el cepillo esta mañana.

—Se puede decir que sí.

Aproveché para mirar a mi alrededor, mi nariz se estaba llenando de los olores de la cocina y las especias. Nos sentamos alrededor de una mesa circular en el comedor del hotel. Un gran cartel naranja sobre la puerta rezaba BUFFET DEL CASINO.

El suave tintineo de las copas y el bullicio de las conversaciones nos envolvían. Nunca había visto el comedor del hotel tan lleno. Parecía que Basil estaba haciendo algo bien. Solo el olor de la deliciosa y apetitosa comida haría entrar a cualquiera desde la calle.

—¿Vas a contarnos qué pasó después de que te fueras con Valen? —preguntó Jade, sentada a mi derecha. Se metió un trozo de melón en la boca—. Nos sentimos un poco abandonados por aquí —Llevaba el pelo rubio recogido en coletas altas y se había arremangado la chaqueta de jean lavada al ácido por encima de la camiseta de Kate Bush.

Elsa dejó el tenedor en el que había estado comiendo su pollo portugués picante.

—Suéltalo. No omitas detalles.

—No olvides la parte en la que Valen y tú se arrancan la ropa —Jade levantó las cejas sugestivamente—. Esa es la parte que quiero oír.

Valen se había arrancado la ropa, pero no fue para eso. Justo cuando abrí la boca para contestar, apareció Julian, llevando dos platos apilados de comida. Apartó una silla con el pie, dejó los platos y se sentó.

—¿De qué me he perdido? —preguntó.

Me quedé mirando la marca oscura y amoratada que tenía en el cuello, justo encima de la clavícula.

—¿Es un chupetón?

Julian me guiñó un ojo.

—Claro que sí, cariño. Tengo más. ¿Quieres ver?

Resoplé en mi café.

—No, gracias.

—No cambies de tema —ordenó Elsa, mirándome mal—. Parece que no has pegado un ojo. Me doy cuenta. Te ha pasado algo. Algo que te mantuvo despierta toda la noche.

—El sexo me mantuvo despierto a mí toda la noche —Julian sonrió mientras devoraba su grueso filete con cuchillo y tenedor, con aspecto famélico, como si lo que fuera que había estado haciendo toda la noche lo hubiera dejado hambriento.

Exhalé y me incliné hacia delante. Entonces, manteniendo la voz baja, les conté todo lo de los vampiros trastornados, cómo habían muerto todos de repente y cómo no tenían ninguna vibración

vampírica. Vi cómo se les abrían los ojos cuando terminé.

Elsa palideció y se reclinó en su silla.

—Diosa, ayúdanos. Qué horrible.

—Dímelo a mí. Fue mucho peor en persona —suspiré y me quedé mirando mi sándwich de queso a la plancha, incapaz de comer. El olor a carne quemada y sangre aún estaba demasiado fresco en mi mente y mi nariz. Lo único que pude retener en mi estómago fue el café.

Jade negaba con la cabeza.

—¿Pero cómo puede ser? No entiendo cómo murieron todos así. Y tantos de ellos —sus ojos estaban muy abiertos con miedo—. ¿Es contagioso?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Creo que no. Si lo fuera, estaría enferma o algo así —dije, recordando mis encuentros con los vampiros enloquecidos. Me habían babeado y había tenido contacto con muchos de ellos. Si fuera contagioso, ya me habría contagiado.

—Pero espero que los resultados de la autopsia nos digan algo sobre lo que les pasó. Van a comparar a las primeras víctimas con uno de los vampiros... a ver qué sale —Había estado varias veces en la morgue paranormal de Nueva York. Tal vez debería haber ido directamente allí. Quizá hubiera obtenido resultados si lo hubiera hecho.

Julian me señaló con el tenedor.

—¿Pero crees que es lo mismo? ¿Lo que mató a esos vampiros y a los cadáveres cerca del contenedor?

Di un sorbo a mi café.

—Eso es lo que parece. No vi cómo murieron los otros. Pero mi instinto me dice que están relacionados. Valen también lo cree.

La cara de Jade se iluminó al mencionar a Valen.

—¿Le preguntaste por la *otra* mujer?

Me atraganté con el café. Me aclaré la garganta y dije,

—No. No era el momento de hablar de eso. Además, no es asunto mío —Realmente no lo era. Valen podía acostarse con todas las mujeres que quisiera. Era un adulto sin ataduras.

Se me encendió la cara al recordar que el gigante sabía que le había estado siguiendo por la noche. Estaba claro que necesitaba mejorar mis habilidades de sigilo.

—¿Pelea de amantes? —dijo Julian mientras se metía una patata en la boca—. ¿Necesitas que me ocupe de esa *otra* mujer? No hay problema.

—Ehh... —Me removí en el asiento, sin saber qué quería decir con eso. ¿Quería decir que la envenenaría? No quería que eso sucediera. Tenía algunas inseguridades. No era perfecta. Pero no era una asesina.

El apuesto brujo me guiñó un ojo.

—Puedo guiarla fácilmente por mi camino. Y después de pasar un tiempo con Julian, créeme, no querrá nada más. Me suplicará que quiere más.

No debería haberme reído, pero no pude evitarlo.

—Estás loco, ¿sabías? —Pero el caso es que hablaba muy en serio. ¿Sería una mala bruja si me tentara con su oferta? Sí. Sí, lo sería.

Julian me volvió a señalar con el tenedor.

—Piénsalo. Siempre estoy aquí para ti —Habría sido conmovedor si no sospechara que esto era algo que él disfrutaba bastante, robarle las hembras a otros machos, como deporte.

Una mujer grande, más ancha que alta, se acercó a nuestra mesa. Salpicaduras rojas que parecían sospechosamente sangre manchaban su bata blanca de cocinera. Casi parecía que acababa de matar un pollo o algo así. Los invitados cuchicheaban a su paso, mirándola con expresiones despectivas, pero ella no se daba por enterada.

—Hola, mis queridas brujas —dijo Polly. Se inclinó su sombrero blanco y pude ver su pelo recogido en una trenza francesa. La misma Polly que me había curado las heridas del ataque del demonio gremlin y que, al parecer, era tan buena cocinera como curandera. Chocó su enorme barriga contra la mesa, con una bandeja de comida en la mano izquierda y una cuchara en la otra—. ¿Puedo ofrecerles jambalaya? ¿O gumbo de pollo? Recién hecho.

—Sí, por favor —dijo Jade, haciendo sitio en su plato con el tenedor.

La sonrisa de Polly se ensanchó cuando puso dos generosas raciones de sus platos cajún en el plato de Jade. Sus ojos recorrieron la mesa y finalmente se posaron en mí.

—¿Quieres un poco? —sus palabras parecían más una orden que una pregunta.

Sacudí la cabeza.

—En realidad no tengo hambre. Pero gracias. Huele delicioso.

—Lo está —gimió Jade mientras tragaba. Tenía un poco de salsa en un lado de la boca. Cuando tomó otro bocado, otra mancha de salsa ensució el lado opuesto de su cara. Al menos era constante.

La cocinera me miró con los ojos entrecerrados. Podía ver los pensamientos moviéndose a la velocidad de la luz detrás de sus ojos. Polly me apuntó con la cuchara y salpicó el mantel con trozos de su jambalaya y su gumbo de pollo.

—No te metas en líos.

Sonreí.

—No puedo prometerte nada.

Polly me dedicó una de sus contagiosas sonrisas y se apartó. Y con eso, la chef se dirigió a la siguiente mesa de invitados que esperaban justo cuando Jimmy se dirigía hacia nosotros.

—Basil te está buscando —dijo cuando se unió a nuestra mesa, con el inconfundible olor a perro que desprendía. Nunca lo había notado. Parecía que cuanto más tiempo estaba en su forma humana, más fuerte se intensificaba su lado paranormal. Jimmy podría ser un hombre lobo. Era una especie de perro. Podría explicar por qué la maldición tomó la forma de un perro. Iba a preguntarle más tarde.

—Dile que puede encontrarme aquí —le dije a Jimmy. Aparté los ojos de los suyos y vi la cara sonrojada de Jade, que miraba fijamente su plato y hacía lo posible por intentar encogerse en su asiento. Sí, a ella le gustaba y mucho.

Jimmy soltó una carcajada.

—Lo haré —Sus ojos se movieron alrededor de nuestra mesa y se posaron en Jade—. Tienes algo aquí —dijo mientras sacaba un pañuelo y limpiaba cuidadosamente la cara de Jade con él.

Sus brazos se aferraron a sus costados como si acabaran de hechizarla con un conjuro solidificador. Me pareció que no respiraba. Y tenía los ojos más abiertos que nunca.

—Ya está. Como nueva —dijo el subgerente, sonriendo ante lo que solo podía describirse como una Jade petrificada.

Julian resopló ante su plato y sacudió la cabeza.

Miré a Jimmy, preguntándome si era ajeno al enamoramiento de Jade o si lo sabía. Pero no parecía que lo supiera.

—Disfruten de la comida —dijo, y luego se fue, probablemente a buscar a Basil.

—Se ha ido. Ya puedes respirar —dijo Elsa, con una risa en la voz.

Jade parpadeó.

—Nunca me habían humillado tanto en mi vida. Creo que me he meado encima.

—Para. No ha sido nada. Solo un poco de salsa —le dije, viendo que el enrojecimiento le subía por la cara y el cuello.

Jade negó con la cabeza.

—Nunca volveré a salir de mi habitación.

—No seas ridícula —espetó Elsa mientras se limpiaba la boca con la servilleta—. Solo estaba siendo amable. No tienes por qué avergonzarte. Y qué si tenías la cara cubierta de salsa como un niño de cinco años.

—Me quiero morir —murmuró Jade, y todos nos echamos a reír. Al principio, pensé que se enfurecería con nosotros por nuestra falta de apoyo compartido, pero luego empezó a reírse también—. No puedo creer que me quedara allí sentada como una idiota mientras me limpiaba la cara —dijo riendo—. ¿Qué debe pensar de mí?

—Que eres una persona maravillosa con un gran sentido del humor —le dije. Cuando sus ojos se desorbitaron ante el cumplido, sentí un tirón en el corazón. Definitivamente, Jade se merecía un buen

hombre. Y Jimmy, bueno, en mi opinión no se podría encontrar a otro mejor.

—¡Leana!

El sonido de mi nombre me hizo girar en la silla para ver a Basil marchando hacia nuestra mesa.

—Vaya, tiene cara seria —murmuró Elsa—. Me pregunto qué querrá.

—Estamos a punto de averiguarlo —dije mientras Basil cogía una silla vacía de la mesa vecina.

—Tengo que hablar contigo —Basil acercó su silla a la mía y se sentó. Tenía una carpeta en la mano.

—¿Sobre qué?

—Toma —me entregó la carpeta—. Estos son los informes de la autopsia —Al oír eso, mis amigos se inclinaron hacia mí.

Se me aceleró el pulso cuando cogí la carpeta y la abrí.

—¿Y? —pregunté, con los ojos fijos en la carpeta.

—No concluyente —respondió el brujo.

—¿No concluyente? —repetí, volví a mirar hacia abajo y leí la palabra exacta al final del informe, en negrita, eso sí.

—¿Qué pasa, Leana? —preguntó Elsa con tono preocupado.

Levanté la vista y miré a mis amigos alrededor de la mesa.

—No encuentran la causa de la muerte. Ni en los paranormales que encontramos junto al contenedor. Ni en los vampiros. No saben cómo murieron.

—¿Pero eso no tiene sentido? —dijo Julian—. Murieron de algo.

—¡Shhh! —siseó Basil, mirando por encima del hombro—. Bajen la voz —dijo mientras se daba la vuelta.

Me quedé mirando el expediente. Esperaba que la autopsia me mostrara algo. Pero ahora era peor que antes. Significaba que lo que mató a esos paranormales era imposible de rastrear. Indetectable. Y eso era mucho peor.

El pavor llenaba mis entrañas como si estuvieran cargadas de cemento. No tenía pistas, ni causa de la muerte, ni explicación de cómo murieron.

Pero alguien lo hizo.

De eso estaba segura. Alguien mató a todos esos paranormales, y tenía que encontrarlos antes de que lo volvieran a hacer. Porque sabía que lo harían.

Basil se inclinó.

—Escucha. No sé qué está pasando, pero tienes que ponerle fin.

Le miré con el ceño fruncido.

—Lo estoy intentando.

—Esfuérzate más —ordenó el pequeño brujo—. ¿Ves esto? —señaló alrededor del hotel—. Nunca ha estado tan concurrido en

veinte años. El hotel necesita esto. Yo necesito esto. Y quiero que siga así.

—Por supuesto.

Me señaló con el dedo, lo que no me gustó precisamente.

—Resuélvelo. No quiero que nada interfiera con mi Semana de Casino.

—Lo entiendo.

—Haz aquello por lo que te paga el hotel y arregla esto —Basil se levantó, sin molestarse en poner la silla donde estaba, y esbozó una falsa sonrisa mientras se acercaba a otra mesa e iniciaba una conversación con los huéspedes.

—A veces me dan ganas de darle un puñetazo en la cara —dije apretando los dientes.

Elsa me sonrió.

—A todos nos pasa.

Comprendí que Basil estuviera preocupado por su trabajo. Su Semana de Casino estaba resultando ser una gran idea. Tampoco quería que estas misteriosas muertes lo echaran a perder.

El estómago me dio un repentino apretón, no por el comentario de Elsa, sino por cierto hombre-bestia alto, grande y musculoso que acababa de entrar en el comedor.

Mis ojos se fijaron inmediatamente en él, en su camisa negra tallada alrededor de sus gruesos músculos, sus anchos hombros y su delgada cintura. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta baja, lo que acentuaba su aspecto robusto. Era difícil *no* mirar. El tipo era enorme. Imponía un respeto que solo los alfas más fuertes podían tener.

Pero todo el mundo le miraba. Más de lo normal.

Me giré en mi asiento cuando el murmullo de las voces se elevó en el comedor. Esforcé los oídos para captar cada matiz y me puse rígida al oír el tono nervioso, el subir y bajar de sus voces mezclado con su energía inquieta.

—...es él —dijo un hombre paranormal desde una mesa a nuestra izquierda.

—...parece que es un *gigante* —dijo una mujer paranormal desde otra mesa.

—...se llama Valen —dijo otra voz desde algún lugar detrás de mí.

—...gigante.. —llegó otra voz, hasta que la palabra «gigante» resonó a nuestro alrededor, sustituyendo la alegre charla de hace unos momentos por un silencio más excitado y urgente, como si todos estuvieran mirando a un maldito unicornio.

—parece que se ha descubierto su secreto —susurró Elsa, con la preocupación grabada en el rostro—. Todo el mundo lo sabe.

Un músculo se tensó a lo largo de la mandíbula de Julian.

—El tipo parece que está en el infierno.

No se equivocaba. Valen se detuvo en el comedor, sus ojos escudriñaron el espacio y a las personas sentadas allí, señalándolo como si fuera un animal en el zoológico.

Sabía que esto era el resultado de que Valen mostrara su verdadero yo para ayudar a los vampiros. Y ahora, para agradecérselo, habían revelado su secreto.

Maldita sea.

El rostro de Valen estaba tenso, y pude ver emociones y pensamientos destellando detrás de sus ojos. Nuestras miradas se cruzaron durante un instante. Abrí la boca para decirle que se acercara, pero me quedé con la mandíbula desencajada y las palabras se evaporaron en mi garganta.

Entonces se dio la vuelta y salió del comedor.

—Eso no está bien —dijo Jade—. Pobre Valen. No se veía bien.

—No, no está bien —respondí.

Estaba indecisa. ¿Debería ir con él? ¿Hablarle? Las emociones tiraban de mí en todas direcciones hasta que sentí que mis miembros se estiraban como papel. Una parte de mí quería ir para asegurarme de que estaba bien. Pero la otra parte sentía que prefería estar solo. Era una criatura solitaria.

¿Adivina qué parte ganó?

La parte en la que me levanté y salí.

CAPÍTULO 9

¿Fui una idiota por ir detrás de un hombre que seguramente se veía con otras mujeres? Posiblemente. Sí, sentía algo por él que tenía que reprimir, pero Valen había demostrado ser un amigo para mí y me había salvado el culo más de una vez. Había sido amable conmigo, aparte de cuando nos conocimos. Había sido un completo idiota en ese momento, pero se había disculpado desde entonces. Eso decía mucho. Y ahora mismo, mi amistoso gigante parecía necesitar una amiga con quien hablar.

Sabía que Valen había tenido cuidado de mantener su naturaleza de gigante en secreto. Solo un puñado de personas lo sabía, incluyéndome a mí. Probablemente porque el hombre quería evitar toda la atención. Por no mencionar que probablemente quedaban pocos gigantes en el mundo. Seamos realistas. Era un maldito unicornio en el salón, y uno muy sexy.

Por lo que parecía, los huéspedes del hotel sabían de él, lo que significaba que se lo habían contado a sus amigos y a sus familias. Maldita sea. Eso significaba que pronto todos los paranormales de la ciudad sabrían lo que era Valen. Tenía que saber que un día su secreto saldría a la luz. No podía guardarlo por mucho tiempo, no con el trabajo que estaba haciendo para el hotel.

Cuando salí del hotel y llegué a la acera, el gigante no estaba a la vista. Así que me dirigí al único lugar donde podía estar.

Con la carpeta de la autopsia en una mano, abrí de un tirón la puerta de su restaurante, After Dark, y entré. Recorrí con la mirada las mesas y los reservados y, al no verle, me dirigí directamente a su despacho.

Me acerqué a la primera puerta y tiré.

—¡Eh! ¡No puedes entrar ahí! —gritó una voz detrás de mí.

Sabía que era la anfitriona como-se-llame, así que no me molesté en darme la vuelta. La habitación resultó ser su despacho. Había acertado de pleno. Un gran escritorio de madera ocupaba la mayor parte del espacio, con la parte superior llena de papeles y una taza. A ambos lados de la habitación había estanterías, pero Valen no estaba allí.

—¡Haré que te echen! —gritó la anfitriona, con el rostro enrojecido por la ira y ondulado por lo que parecían escamas de pez. Sí, definitivamente era sirena o algún tipo de finfolk. Parecía que estaba a punto de convertirse en el pez que fuera, pero no me importó.

La empujé y me dirigí a la otra puerta, que resultó ser un almacén.

—Valen se enterará de esto —amenazó y sacó su teléfono móvil.

—Bien. Sé buena y díselo.

Oí su respiración agitada, pero no estaba aquí para luchar contra ella. Ya estaba cerca de la puerta principal cuando oí su voz gritando algo.

Estaba de nuevo fuera, de pie frente al restaurante, mientras mis ojos se dirigían al segundo piso. El edificio solo tenía dos plantas, y toda la planta superior era el apartamento de Valen.

Con el corazón acelerado, me dirigí a la derecha del edificio, donde estaba la entrada lateral de su apartamento. Abrí la puerta de un tirón, subí las escaleras y, cuando llegué al rellano, llamé tres veces.

Retrocedí, un poco sin aliento por haber subido esas escaleras tan deprisa. El corazón me latía con fuerza en el pecho y estaba un poco mareada por no haber comido. Entonces tuve un momento de pánico. *¿Qué demonios estoy haciendo aquí?*

Debería irme. No debería estar aquí. ¿Qué pensaría si me viera? Estaría irritado porque no quisiera que lo molesten, eso es lo que pasaría. Esto fue un error. Fui una idiota.

Me di la vuelta y me dispuse a salir justo cuando oí que se abría la puerta.

—¿Leana? ¿Qué haces aquí? —La sorpresa apareció en la cara de Valen cuando me di la vuelta. Sus ojos se dirigieron a la carpeta que aún tenía en la mano y volvieron a mirarme a la cara.

—Ehh… —Demonios. Mi boca no se estaba poniendo al día con mis pensamientos—. Quería asegurarme de que estabas bien —Ya está. Al menos eso salió bien.

Sus ojos oscuros rodaron sobre mi cara.

—Pasa —Se hizo a un lado y me abrió la puerta.

¿Entré? Claro que sí.

Entré y los olores familiares del cuero y las especias llenaron mi nariz. Solo había entrado dos veces, pero era exactamente igual.

—¿Quieres una copa de vino? —Valen pasó junto a mí hacia la cocina y empezó a abrir las puertas de los .

Me quité las botas y le seguí.

—Realmente no debería. No he comido nada desde anoche. Parece que no puedo retener nada. Solo café, hasta ahora.

—Anoche estuvo mal —Valen me miro por un rato más, pero no podía descifrar lo que estaba pensando—. Siéntate —señaló la isla de la cocina—. Te prepararé algo que te ayudará con el estómago.

—No diré que no a eso —dije, sonriendo. Él me devolvió la sonrisa, y mi interior dio una sacudida. Aparté los ojos antes de que mi cara delatara mis sentimientos. Cogí uno de los taburetes de acero

inoxidable, que eran más cómodos de lo que parecían, dejé caer la carpeta a mi lado sobre la encimera y me senté.

Observé cómo Valen se ponía manos a la obra, sus anchos hombros, la forma en que los músculos de su espalda bailaban y tiraban mientras ponía ollas y sartenes en el fogón. Cogió unas verduras de la nevera del tamaño de dos de las mías y empezó a picarlas en una tabla de cortar. Luego, vertió la mezcla en una olla y añadió los condimentos. Fue todo un espectáculo, y yo estaba en primera fila.

Era tan diferente del primer día que había asaltado su pecho con mi cara. Entonces había sido un imbécil bestial. Ahora, era dulce y cariñoso, lo que no ayudaba a mis emociones contradictorias.

La última vez que estuve aquí, me había besado. Y fue un beso infernal, de esos que te hacen querer arrancarte la ropa y gritar: «¡Aleluya!» El tipo de beso que susurraba que estábamos a punto de volvernos locos. Lo cual, seamos honestos, habría permitido que sucediera.

Pero Valen se apartó y vi una tristeza en sus ojos que me hizo reflexionar. Primero pensé que no estaba listo para estar con alguien. Pero luego Jimmy me había dicho que Valen tenía muchas novias, y yo lo había visto justo ayer con una de ellas. Así que esa no podía ser la razón.

Me dolió. No iba a mentirme a mí misma. Tal vez Valen se había dado cuenta de que yo no le gustaba de esa manera después del beso. Y eso estaba perfectamente bien. Esas cosas pasaban. No podía enfadarme con él por eso.

Solo tenía que acostumbrarme.

—Entonces —empecé, queriendo decir lo que había venido a decir. Cuanto antes lo hiciera, podría irme más rápido—. Los comensales estaban muy emocionados por verte. Ya lo saben. No tardará en saberlo toda la ciudad.

Mis ojos recorrieron su espalda hasta su finísimo trasero. Su trasero se veía espectacular en esos jeans.

—Siento que tuvieras que revelarte anoche —Apenada, volví a subir los ojos hasta sus hombros—. Pero si no lo hubieras hecho... no creo que hubiéramos salido vivos de allí.

Sin él, esos vampiros habrían llegado a Manhattan en un santiamén y habrían matado quizá a cientos de humanos inocentes.

—Sabía que algún día ocurriría —dijo el gigante mientras añadía mantequilla a una sartén. El olor me hizo gruñir el estómago.

Apoyé los codos en la encimera.

—Entonces, ¿no estás enfadado?

Sacudió la cabeza sin dejar de cocinar.

—Esperaba alargarlo un poco más. Pero después de anoche, supe

que se había acabado.

Yo no diría que me gustó su elección de palabras allí.

—Entonces, ¿qué significa eso exactamente? ¿Todavía trabajarás para el hotel? —Dios no lo quiera si eso significaba que perdería su trabajo. Me había acostumbrado a la idea de un gigante viviendo al lado. Me hacía sentir más segura saber que estaba allí, patrullando las calles por la noche, incluso cuando yo lo acechaba. Puede que no fuera su novia, pero tampoco quería perderle.

Valen se dio la vuelta. Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—¿Por eso has venido? ¿Pensabas que me despedirían? —Sus ojos se clavaron en mí. Me miraban hipnotizados. No podía apartarme. ¿Tenían los gigantes la capacidad de hipnotizar?

Me encogí de hombros, con las tripas revueltas, y no por lo que había visto anoche.

—No lo sé. Basil es un poco imbécil. No quiere que nada perturbe su *Semana de Casino*.

—Aparenta mucho, pero es un verdadero blandengue, ese Basil —dijo el gigante mientras se daba la vuelta. Vertió el contenido de la sartén en la olla hirviendo. El olor a mantequilla y especias y Dios sabrá qué más me estaba haciendo salivar.

—¿Son los informes de la autopsia? —preguntó mientras removía el contenido en la olla.

Suspiré mientras cogía la carpeta y la abría.

—Sí. Y no son concluyentes. No encuentran la causa de la muerte en ninguno de los cuerpos, lo que no tiene ningún sentido. Pero ahí lo tienes.

Al oír eso, los músculos de la espalda de Valen se tensaron. Obviamente, ambos sabíamos que era el peor resultado posible.

Sin una causa de la muerte, no teníamos mucho en qué basarnos. Básicamente, teníamos un montón de nada.

Cerré la carpeta.

—Jade pensó que podría tratarse de un virus o algo así, lo que podría haber dado cuenta de tantos de esos vampiros de anoche, pero la autopsia habría dicho lo mismo. Y los dos estamos bien. Así que no puede ser eso. Maldita sea. No tengo ni puta idea de qué les hizo eso a todos esos paranormales —Me apoyé la cabeza en las manos, recordando la escena de anoche e intentando localizar algo. Lo único que destacaba era lo salvajes, desconcentrados y fuera de sí que estaban los vampiros.

Y todos murieron como en un suicidio colectivo.

—Toma.

Levanté la vista cuando Valen puso delante de mí un cuenco de algo humeante con verduras flotantes, pollo y lo que parecía arroz. A

continuación, colocó una cuchara digna de un gigante, lo que me hizo reír, y una servilleta blanca.

Le miré fijamente.

—¿Me has hecho sopa de pollo? —Sentí un nudo en la garganta. Aparte de mi madre, nadie me había hecho nunca una sopa ni nada. Ni siquiera Martin. Todo lo que me había hecho era un montón de nada. Maldita sea. ¿Por qué Valen estaba siendo tan amable?

Se inclinó sobre la encimera hasta que su cara estaba prácticamente sobre mi tazón.

—Es mi propia receta. Te ayudará a calmar el estómago. Tienes que comer algo.

Entrecerré los ojos.

—Esto no me emborrachará. ¿Verdad? —Aún recordaba su infusión especial de té, que me hacía sentir como si estuviera borracha.

El gigante se rio.

—No. Esto te hará sentir mejor. Confía en mí.

Me encogí de hombros.

—Bueno, si lo dices así —Me quedé mirando la cuchara, sin saber si me cabría en la boca. Levanté la enorme cuchara—. ¿Listo para tus azotes? —Me reí y luego me sorprendí a mí misma. ¿Por qué había dicho eso?

Valen me enseñó sus dientes perfectos.

—Estoy listo si tú lo estás.

Mátenme. Ahora.

Bajé la cabeza hacia mi sopa, apenas sintiendo el vapor en mis mejillas calientes. Diablos, probablemente tenía algo de mi propio vapor saliendo de mis orejas. Sumergí la mega cuchara en el cuenco, recogí un poco de sopa, me llevé la cuchara a los labios y bebí un sorbo.

—Mmmm, está bueno —dije mientras tragaba—. Bien picante. Creo que nunca había probado una sopa de pollo tan rica.

Valen sonrió. Cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la espalda en la encimera junto a los fogones, mirándome.

—Me alegro de que te guste. Era el favorito de mi mujer.

Me quedé helada, con la cuchara a medio camino de la boca.

—Eh... ehh...

Valen no dejaba de sonreír. No pude detectar tristeza en sus ojos, solo calidez.

—Se parecía mucho a ti, testaruda, feroz, impulsiva.

Tragué saliva.

—¿Era una gigante como tú?

Valen negó con la cabeza, perdiendo parte de su sonrisa.

—Era una mujer lobo. Solíamos hacer turnos juntos por la noche.

Me perdía los primeros cinco minutos. Era demasiado rápida para mí, y a ella le parecía divertidísimo.

Mi corazón se apretó al pensar en su esposa que murió de cáncer.

—Siento lo que le pasó.

—Yo también —Valen apartó la mirada por un breve instante, pero luego sus ojos volvieron a los míos, brillantes y ligeramente suavizados. Vi algo que no pude descifrar—. Pronto empezarás a sentirte mejor.

No bromeaba. En cuanto engullí otras tres cucharadas enormes de sopa, ya no tenía náuseas y los dolores físicos y mentales de la noche habían desaparecido. Me sentía bien. De maravilla.

Miré al gigante en su cocina. Tenía buen aspecto, comestible.

—Te gusta cuidar de la gente.

Miró al suelo.

—Así es. Está en mi naturaleza. Es algo que compartimos todos los gigantes.

Le hice un gesto con la cuchara.

—Hay que dar buen uso a todos esos músculos.

Valen se rio y sentí un delicioso cosquilleo.

—¿No vas a comer un poco? —pregunté, empujando otra cuchara cubierta de zanahorias ralladas, apio y alguna otra verdura que no reconocí. No me importó que me oyera sorber y gemir. Una vez que empecé a comerme la sopa, no pude parar. Estaba hambrienta.

—Ya comí.

Cuando levanté la vista, Valen seguía mirándome con una extraña sonrisa.

—No se lo digas a Polly —le hice un gesto con la cuchara—. Se volverá loca si sabe que sabes hacer una sopa de pollo buenísima. Probablemente te hará firmar un acuerdo de confidencialidad.

Valen se rio, y mi corazón se derritió un poco. Mierda. Tenía que salir de aquí. No me iba a enamorar de este tipo. No. Nop. No señor.

Agarré mi cuenco con ambas manos, me lo llevé a los labios y me bebí el resto. Hasta la última gota. ¿Por qué desperdiciar algo bueno? ¿Tengo razón?

Puse el cuenco en la encimera y me limpié la boca con la servilleta.

—Guao. Estaba delicioso. Muchas gracias —Me bajé del taburete y cogí la carpeta.

—¿Te vas? —Valen descruzó los brazos.

—Sí. Oh. ¿Necesitas ayuda con los platos? —El hombre me había hecho sopa de pollo desde cero. Lo menos que podía hacer era limpiar.

El gigante me observó durante un largo rato y pensé que aceptaría mi oferta. Pero en vez de eso, dijo:

—Cena conmigo esta noche.

Oh-oh.

La carpeta se me resbaló de la mano. La sangre me subió a la cara cuando me agaché y recogí la carpeta, solo para encontrarme a Valen a cinco centímetros de mí cuando me enderezaba.

Levanté una ceja.

—¿Cómo lo has hecho? —La proximidad a su pecho duro y musculoso me estaba emborrachando un poco, como si me hubiera vuelto a dar su té especial. Casi nos tocábamos.

—Cena conmigo —repitió.

Estaba acalorada, ruborizada, con un cosquilleo en todo el cuerpo. Tragué saliva.

—¿Eh? —Bueno, este no era el plan. El plan era ir a ver al gigante, asegurarme de que estaba bien y luego largarme. ¿Lo ven? Buen plan.

Me miró con esos ojos oscuros en los que podía perderme.

—Cenamos esta noche. Te prepararé algo especial.

El corazón me latía con fuerza en los oídos.

—¿En tu restaurante? ¿Quieres que *yo*... cene *contigo*? —soné como una idiota. Pero quería asegurarme de que sabía lo que estaba diciendo.

Valen se acercó un poco más, sus ojos se clavaron en mis labios y luego volvieron a mis ojos.

—Sí. Me gustaría cenar contigo, a menos que tengas otros planes.

Imágenes de la hermosa rubia pasaron por mi mente. La forma en que le había sonreído, la manera en que se tocaban, su cercanía... Definitivamente había algo entre ellos.

Lo que debería haber hecho era decirle que no. Me relamí los labios, preparándome para rechazarlo suavemente.

—Vale. Claro. ¿A qué hora? —Parecía que mi boca tenía otros planes.

—A las siete en punto —dijo el gigante, sus ojos brillaban mientras se entrecerraban en mis labios. Una sonrisa arrogante se dibujó en los suyos, como la de los machos sexis cuando saben que ya caíste.

Malditas hormonas.

Me di la vuelta antes de que me metieran en un lío. Me calcé las botas y salí.

Solo cuando estuve fuera y llegué a la acera me acordé de respirar.

Maldita sea. ¿Qué he hecho?

CAPÍTULO 10

—Eso no. Parecerás una puta —dijo Elsa, agarrando mi la blusa negra escotada y tirándola sobre la cama—. Eso dice a gritos que estás desesperada. No querrás darle esa impresión.

—Tiene razón —dijo Jade, rebuscando en mi armario—. No quieres darle una impresión *equivocada*. Quieres ser sexy, no una zorra. Hay una diferencia.

—Lo entiendo —dije mientras me acercaba a mi cama y me sentaba—. Pero no tengo mucho. No tengo ropa para salir. Tengo un guardarropa de trabajo, un guardarropa para aniquilar a los malos. Nunca pensé que tendría una cita ahora después de lo que pasó con Martin —El engaño y, por supuesto, la parte de intentar matarme. Eso disuadiría a cualquier mujer de tener una cita con alguien.

—Las cosas cambian —dijo Elsa—. Cuando sabes que es lo correcto, es lo correcto. El tiempo no cambiará nada cuando llegue el hombre adecuado. ¿Por qué tienes tantas camisetas? —Ella estaba sosteniendo un puñado de camisetas blancas y grises.

Me encogí de hombros.

—¿Porque me encanta el algodón? Ya te he dicho que no tengo nada digno de una cita —respondí.

Sabía que Valen llevaría algo caro y exquisito en su musculoso cuerpo. En realidad, no había ido a comprar ropa para salir. Lo único que había comprado recientemente era aquel vestido plateado para el Baile de Medianoche, y acabé rompiéndolo para poder maniobrar con él. El vestido estaba estropeado y lo había tirado.

—¿Sabes? —dijo Jade, asomando la cabeza por mi armario—, tengo un vestido de tafetán azul muy bonito que creo que te quedaría de maravilla. Suena cuando te mueves.

Mantuve la cara lo más inexpresiva posible, no quería herir sus sentimientos porque la idea de verme con un vestido de tafetán azul me horrorizaba más que tener una cita con Valen.

—Gracias, pero prefiero llevar pantalones o jeans. Estaré más cómoda. Más relajada. Los pantalones son buenos. Sobre todo si tengo que trabajar después.

Elsa resopló en señal de desaprobación.

—Tienes que aprender a divertirte. Olvídate del trabajo por una noche y diviértete. La vida es corta, y mientras uno va envejeciendo, más rápido se pasa. Créeme. ¿Sabes cuántas mujeres desearían estar en tu pellejo, ahora mismo?

—En tus pantalones —rio Jade.

Elsa asintió.

—Exacto. ¿Lo sabes? —como no respondí, añadió—: Todas las paranormales solteras, que son unas cuántas. Valen es el soltero más buscado de nuestra comunidad. Algunas mujeres han tenido el placer de estar con él, pero ninguna ha podido atarlo. Una bestia salvaje que nadie puede domar. Pero algo me dice que va en serio contigo. Tú serás quien lo domestique.

Cambié de posición en la cama, y mi albornoz blanco me envolvió.

—No quiero domar a nadie —Bueno, quizá era mentira. Me imaginaba con un látigo y a Valen desnudo atado a la cama—. Les hablé de esa rubia sexy. ¿Qué hace que esto sea diferente? No tengo la voluntad ni la energía para ser la chica de la semana de Valen. Estoy demasiado vieja para esa mierda.

—No creo que sea eso en absoluto —dijo Elsa—. Dale un poco de crédito.

—¿Cómo lo sabes?

Elsa me dedicó una sonrisa cómplice.

—Simplemente lo sé —se dio la vuelta y empezó a revolver mi ropa en las perchas—. Igual que supe que Cedric era para mí. Claro, Katie y Samantha estaban encima de él, pero era mío. Y lo mismo te pasa a ti. Valen es tu chico... o debería decir que es tu *gigante* —añadió, riéndose de su propia broma.

Jade se apretó más las coletas mientras se miraba en el espejo de cuerpo entero de la pared.

—Prácticamente le has dicho a todo el mundo lo que sientes por él. Todo el hotel está hablando de ello.

Me incliné hacia delante.

—¿Perdón? ¿Qué? —Sentí una oleada de calor subiendo por mi cuerpo.

Jade giró para mirarme.

—La forma en que corriste tras él. Todo el mundo lo vio.

Otra oleada de calor se asentó alrededor de mi cara.

—Vieron a una amiga preocupada —dije, aunque, por su sonrisa, supe que no me creía—. Vi su reacción cuando todo el mundo en el comedor hablaba de él, señalando y susurrando como si fuera un animal raro en el zoo. Yo también odiaría eso. Quería asegurarme de que estaba bien.

Sí, me preocupaba por él más de lo que debería, pero honestamente había ido a asegurarme de que estaba bien. La reacción de los huéspedes me enfureció. Y luego, bueno, las cosas se complicaron más después de eso.

—Y eso te ha valido una cita —me dijo Elsa desde dentro del armario. No podía verle la cara, pero oía la sonrisa en su voz.

Se me ocurrió algo.

—¿Qué crees que pasará ahora que todo el mundo sabe su secreto?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jade.

Me encogí de hombros.

—No sé... quizá no se quede. Tal vez empiece a recibir mejores ofertas de trabajo que la del hotel. Los gigantes son raros, se supone que inexistentes. Estoy segura de que mucha gente con poder quiere un trozo de él ahora.

Jade apretó los labios y negó con la cabeza.

—Él nunca se irá. No. No me lo creo.

Elsa asomó la cabeza por mi armario. No dijo nada, pero por el ceño fruncido, supe que algo de lo que acababa de decir era cierto. Quiero decir, ¿quién no querría a un gigante en su equipo o como soldado en alguna parte? No solo era el soltero más buscado, sino también el paranormal más buscado.

Observé cómo Elsa se daba la vuelta y seguía revisando la ropa que colgaba de mi armario, con determinación.

—¿Le pregunto por la rubia?

—No —corearon Elsa y Jade, haciéndome estremecer.

—Pero...

—¿Estás loca? ¿Quieres arruinar las cosas antes de que empiecen? —Elsa volvió a sacar la cabeza de mi armario. Una de mis perchas sobresalía de su pelo, pero no iba a interrumpirla—. No en la primera cita. Mira, incluso si estuviera saliendo con ella, eso es asunto suyo. Eso fue antes de que aceptaras salir con él. ¿Por qué torturarlo por eso? Confía en mí. No toques ese tema. Solo ve hasta dónde llegan las cosas. Después de esta noche, estoy segura de que será la última vez que veas a esa rubia misteriosa.

No estaba segura de eso. Había algo en la forma en que se miraban. Llámalo mis instintos de bruja, pero tenía la sensación de que la volvería a ver.

—Y cocinó para ti —dijo Jade, radiante. Dejó escapar un suspiro —. Un hombre nunca me ha cocinado. Eso dice mucho.

—Jade tiene razón —convino Elsa—. Dijiste que había hecho una sopa especial desde cero solo para ti.

—Desde *cero* —repitió Jade, con los ojos muy abiertos, como si ese fuera el ingrediente clave.

—Los hombres no preparan comida para las mujeres que no les importan —dijo Elsa, y se dio un golpecito en la nariz con el dedo como si eso significara algo para mí.

—Cierto —Quizá tuvieran razón, pero la predisposición de Valen era que él cuidaba de los demás. Tenía la sensación de que si Jade o Elsa hubieran estado sentadas antes en la isla de su cocina, él también les habría preparado esa sopa. Sí, era esa clase de hombre.

Jade sacó un par de auriculares amarillos de su antiguo walkman Sony amarillo que colgaba de la cintura de sus jeans. Se colocó los auriculares en la cabeza, pulsó el botón de reproducción del walkman y movió la cabeza al ritmo de la música que estaba escuchando. Me vio sonriéndole a través del reflejo del espejo.

—¡Best of Journey! —gritó, sin darse cuenta del volumen de su voz.

Me reí, oyendo la risita ahogada de Elsa desde el armario.

—¿Crees que Jimmy sabe cómo se siente? —le pregunté a Elsa. Elegí este momento para hacer la pregunta que había querido hacer, sabiendo que Jade no podía oírme.

—No estoy segura —Elsa frunció el ceño y se fijó en mis botas de cuero hasta la rodilla—. Hay que acostumbrarse a verlo como hombre. Todos estábamos acostumbrados a él como perro de juguete. Ahora es distinto. Pero si no lo sabe, es un idiota. Cualquiera con cerebro puede ver que la mujer está enamorada de él.

Resoplé y miré a Jade, que ahora daba vueltas en el sitio, moviendo los labios al ritmo de cualquier canción que sonara en sus oídos. Me encantaba su espíritu libre y su actitud alegre. Necesitaba algo así en mi vida.

Suspiré y me froté los muslos con las palmas sudorosas.

—Hace más de quince años que no tengo una cita. Probablemente acabe hablando del trabajo o del tiempo. Algo poco propio de una cita.

Mi corazón se detenía cada vez que imaginaba que Valen y yo estábamos sentados uno frente al otro en su restaurante, con las luces tenues y románticas. No me gustaba que me pusiera nerviosa. ¿Por qué demonios me había puesto en esta situación?

Cogí mi teléfono. La pantalla indicaba las 6:47.

—Tengo unos trece minutos para prepararme —Ya me había maquillado, lo cual consistía en un poco de delineador negro sobre los párpados superior e inferior junto con un poco de brillo labial. No necesitaba colorete. Ya tenía la cara lo bastante roja como para añadir más. Llevaba el pelo suelto en suaves ondas alrededor de los hombros.

—Tiempo de sobra —dijo Elsa, sacando unos jeans oscuros. Los observó, los dobló sobre el brazo izquierdo y siguió rebuscando en mi armario.

Jade sacó sus auriculares amarillos y se los colgó del cuello.

—No te olvides de ponerte ropa interior sexy —dijo, con las cejas en alto.

Negué con la cabeza.

—Sí. No creo. Solo la cena. Eso es todo.

Jade entornó los ojos.

—Claro. Lo que tú digas.

Una parte de mí sentía que debía llamarlo y cancelarle. Valen era un compañero de trabajo, y nunca se deben mezclar las relaciones con el trabajo. Alguien siempre salía herido y la relación laboral se resentía. No quería arriesgar mi trabajo. Me encantaba donde vivía, y mis nuevos amigos eran como de la familia. Tampoco quería perderlos.

—Quizá debería cancelarle —me dije. Mis amigos eran más importantes para mí que cualquier hombre —incluso los hombres-bestia— y la idea de perderlos me asustaba.

—No seas cobarde. Vas a ir —ordenó Elsa.

Jade resopló, pero se le pasó la borrachera al verme la cara. Vino a reunirse conmigo a un lado de la cama, y pude oír la tenue música de sus auriculares colgados del cuello.

—¿Por qué estás tan preocupada? Valen es un gran tipo.

—Seguro que lo es. Pero si... sea lo que sea esto, no funciona... no quiero que las cosas se tornen incómodas. Tenemos que trabajar juntos. Y él vive al lado.

Jade me dio una palmadita en la mano.

—Valen es un caballero. Seguro que puede manejar lo que pase —Su rostro se puso serio—. ¿Alguna noticia sobre esos vampiros muertos?

—Nada que no te haya dicho. No te preocupes. Lo que los mató no es contagioso —Me di cuenta de que seguía pensando en ello.

—¿Y aún no sabes quiénes son? —Los ojos azules de Jade estaban llenos de tristeza—. No me imagino morir sin que nadie sepa quién eras.

—Es duro. Esperemos que, con más investigación, averigüemos quiénes son. No parece correcto enterrarlos en tumbas sin nombre —pensé en todos esos vampiros—. Realmente esperaba que la autopsia hubiera revelado algo. Ahora seguimos sin saber nada.

Jade tanteó con los dedos sobre su regazo.

—Crees que habrá más. ¿Verdad?

La miré.

—Si dijera que no, estaría mintiendo. Esta es la retorcida idea de alguien. Su broma de mal gusto. ¿Por qué lo está haciendo? No lo sé. A estas víctimas les robaron sus energías paranormales inherentes.

—¿Crees que eso fue lo que las mató?

—Tiene sentido. ¿Pero por qué no lo dice la autopsia? ¿Y por qué murieron todos a la vez? —El recuerdo de todos aquellos vampiros desplomándose de repente aún estaba fresco en mi mente, y probablemente me perseguiría durante un buen rato.

Jade se movió en mi cama.

—Sabes, podrían ser foráneos. Dijiste que no había personas desaparecidas en nuestra comunidad. ¿Y si no son de aquí?

Asentí.

—Sí. No había pensado en eso. Lo comprobaré con los otros grupos Merlín. Tengo fotos de los tres que encontré detrás del contenedor. Empezaré por ahí.

Jade y yo nos quedamos en silencio. Los únicos sonidos provenían de mi armario, mientras las perchas eran arrastradas por el poste metálico.

Finalmente, Elsa salió de mi armario sonrojada. El mismo par de jeans oscuros colgaban de su brazo izquierdo.

—No tienes nada aquí. ¿Cómo es posible?

—Ya te lo he dicho. No tengo nada que ponerme. Debería ir desnuda —añadí riendo.

Elsa no se rio. El rostro de la bruja estaba pálido mientras se acercaba a mi cama y dejaba caer los jeans sobre mi regazo.

—¿Tienes una cami negra?

Asentí.

—Sí.

—Perfecto —Elsa suspiró—. Saca la blusa de zorra.

CAPÍTULO 11

Mi teléfono marcaba las 7:06 cuando abrí las puertas del restaurante y entré. Así que llegué un poco tarde. Seis minutos no matarían al tipo. Llegué tarde porque tuve que esperar a que Elsa me trajera una cartera de mano de cuero negro, ya que mi bolso bandolera era una «idea horrible» según ella.

Así que con su cartera de mano, un bonito par de zapatos negros de tacón de gatito prestados por Jade —por extraño que parezca, usábamos la misma talla de zapatos aunque yo era mucho más alta— y la blusa de zorra que no era tan de zorra con una bonita cami que cubría mis bubis, pensé que me veía bastante bien. Chic casual o como se llamara. Mi código de vestimenta era que normalmente me ponía lo que sea que estuviera limpio.

La puerta del restaurante se cerró tras de mí y entré en el vestíbulo. La misma anfitriona, la que me *amaba*, me miró fijamente cuando pasé junto a ella, buscando a Valen. El restaurante estaba lleno. No veía ni un asiento vacío en todo el local. Tampoco pude ver a Valen. Mierda. ¿Se fue porque llegué unos minutos tarde?

—El restaurante está lleno —dijo la anfitriona cuyo nombre aún no recordaba, aunque tampoco me importaba. Me sonrió, sus ojos me recorrieron lentamente como si no estuviera segura de si le gustaba lo que llevaba puesto—. Puedes probar quizá en uno de los restaurantes humanos a ver si te dejan entrar.

—Buena esa —dije, sintiéndome de repente incómoda llevando un bolso de mano y deseando secretamente tener mi bandolera conmigo.

—Leana.

Me giré al oír mi nombre y vi a Valen acercándose.

¡Va-va-vum!

La luz se reflejaba en su piel bañada por el sol, y su alto cuerpo estaba cubierto por una camisa gris oscura de aspecto caro y unos pantalones negros ajustados que dejaban ver su fantástico físico. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta baja. En la penumbra, su robusta belleza resultaba asombrosa, como la de un rey elfo sin edad: grácil, amenazador y despiadado.

La razón de que quisiera salir conmigo era un misterio. Me estaba replanteando seriamente mis jeans corrientes. ¿Tal vez debería haber aceptado el vestido de tafetán de Jade? Sí, quizá no. El punto clave aquí era la comodidad, y yo estaba cómoda en mis jeans, aunque no tan elegante.

—Estás preciosa —ronroneó. ¿O ronroneé yo? Difícil saberlo.

Mis tripas estaban haciendo una fiesta.

—Gracias —Intenté abrir los labios para decirle lo increíble que estaba, pero parecía que los tenía pegados.

—Por aquí —El gigante hizo un gesto y me cogió de la mano, guiándome suavemente hacia el mar de mesas. Su mano áspera y callosa me erizó la piel. Su agarre, aunque suave, era lo suficientemente duro.

Miré por encima del hombro y le dediqué mi mejor sonrisa a aquella anfitriona estirada, con un palo metido en el culo. No debería haberlo hecho, pero fue muy divertido. Y mereció totalmente la pena por la mirada de puro odio con una pizca de celos que reconocí destellando tras aquellos ojos.

Dejé que Valen me arrastrara con él mientras me llevaba a través del restaurante hasta la parte delantera, donde los altos ventanales se alineaban en todo el frente del restaurante. Había una mesa vacía con rosas de todos los colores imaginables. Miré a mi alrededor. Las demás mesas no tenían flores, solo esta.

También me di cuenta de que estaba apartada de las demás mesas para tener más intimidad.

Valen me soltó y sacó una silla para mí. Sí, chicas. Era ese tipo de hombre.

Sonriendo como una tonta, me senté y disfruté de la sensación del gigante empujando la silla para mí.

Me quedé mirando su culo mientras rodeaba la mesa y se sentaba frente a mí. Mis ojos se desviaron hacia su pecho, donde sus músculos pedían a gritos que los dejara salir de la estrecha tela, y yo estaba dispuesta a complacerlos. ¿Eran las hormonas las que hablaban? Me comportaba como una colegiala enamorada, no como una mujer madura.

Sus ojos oscuros brillaron.

—Deberías soltarte el pelo más a menudo. Estás guapísima.

Mi sonrojómetro instantáneo se disparó. Rollos de calor me recorrieron en espiral como un sofoco.

—Ya está bien de cumplidos —bromeé, aunque no quería que dejara de hacerlo—. Pero tú te arreglas muy bien —Ya está. Ya lo he dicho.

El rostro apuesto de Valen se arrugó en una sonrisa.

—Lo intento.

Otro sofoco. A este paso, me derretiría antes de que llegara la comida.

En ese momento, un camarero con la cabeza rapada golpeó su muslo contra nuestra mesa. En sus manos había una botella de vino tinto.

—¿Es este el vino que pidió, jefe?

—¿Jefe? —resoplé y me arrepentí inmediatamente. Pero la sonrisa de Valen se dibujó en toda su cara. Era realmente difícil que no me gustara este tipo.

—Así es —respondió Valen. El camarero sirvió un poco en su copa, esperando pacientemente a que lo probara.

Después de que Valen asintiera con la cabeza, el camarero vertió un poco en mi copa y luego procedió a llenar la de Valen. Sentía los ojos del gigante clavados en mí, pero fingí no darme cuenta mientras alargaba la mano, cogía mi copa y bebía un sorbo.

Había algo increíblemente íntimo en el hecho de que cenáramos juntos y él estuviera tan cerca.

—Volveré con las entradas —dijo el camarero antes de marcharse, serpenteando entre las mesas y las sillas.

—Salud, Leana —dijo el gigante, con voz grave y sensual. Levantó su copa y me la tendió.

Mierda. Ya había bebido un sorbo. Buena esa. Se me aceleró el corazón. Estaba nerviosa y sentía como si cada terminación nerviosa de mi cuerpo palpitara hasta quemarme. Aunque no sabía exactamente por qué estaba nerviosa.

—Salud —dije y acerqué suavemente mi copa a la suya. Tomé otro sorbo, dejando que los sabores afrutados se hundieran en mis papilas gustativas—. Muy buen vino. Probablemente cuesta más de lo que gano en un mes.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—No tanto.

Fruncí el ceño.

—¿Sabes cuánto gano en un mes? —No estaba segura de lo que pensaba.

Valen dejó su copa.

—Basil me lo mencionó cuando estaba un poco alterado. ¿Te molesta?

Me lo pensé.

—No. Pero ahora tienes que decirme cuánto gana al año este lugar —sonreí, bromeando—. Ya sabes. Para que estemos en paz.

Valen igualó mi sonrisa. Me recorrió un escalofrío de placer. Se lamió los labios, enviando una oleada de calor hasta mis entrañas y provocándome un nudo de nervios en el estómago.

—Creo que estaremos en paz cuando te vea desnuda —dijo el gigante.

Al carajo.

La intensidad de sus ojos me hizo sentir una oleada de calor desde mi centro hasta la cara. Tampoco estaba bromeando, y eso provocó mariposas en un combate de boxeo en mi vientre.

Sí, le había visto desnudo muchas veces cuando se transformaba en su forma gigante. Y sí, lo miré, mucho. No podía evitarlo. Cualquier mujer de sangre caliente lo haría.

—Bueno —dije, con el corazón latiéndome en el pecho—. Primero veamos cómo va esta noche —Yo también podía jugar a este juego. No era como si estuviera *planeando* tener sexo con el gigante más tarde, pero por supuesto que lo estaba pensando—. Podrías pensar en tener unos shorts a medida o algo para ponerte... ya sabes... cuando cambies.

Los ojos de Valen se arrugaron burlonamente.

—Estar desnudo no me molesta.

—Me he dado cuenta.

—Es solo piel.

—Mucha, mucha piel.

—Cuando patrullo las calles de noche, los humanos no pueden verme —se encogió de hombros y se echó hacia atrás—. Es como si no estuviera allí.

—Pero sigue habiendo un hombre enorme y desnudo caminando por ahí —dije—. Admítelo. Eres nudista.

Valen se rio con fuerza esta vez, y pude vislumbrar esa parte de él que no era tan seria, gruñona o triste. Era maravilloso verlo.

Tomé otro sorbo de vino, disfrutando de mi pequeña victoria. Estaba haciendo reír a este tipo guapo. No había nada mejor que eso.

Giré la cabeza y me encontré con la anfitriona mirándonos, especialmente a mí. Su cara era una máscara de odio. Bueno, eso era definitivamente mejor.

—Si te hace sentir mejor, puedo mandar a hacer ropa para mí —dijo Valen.

Me quedé mirando al gigante, preguntándome por qué le importaba tanto cómo me sentía. Esta cita, o lo que fuera, tenía todos los elementos de algo más serio a largo plazo. Pero estaba confusa, sobre todo por la rubia que había visto con él.

No emitía vibraciones de patán. Su atención se centraba únicamente en mí. Sus ojos no se desviaban. Miré rápidamente a mi alrededor y vi que al menos cinco mujeres lo miraban abiertamente con lujuria en los ojos. Probablemente sabían lo que era y se preguntaban cómo sería acostarse con un gigante.

Valen era un protector natural, muy poderoso, sobre todo para los que le importaban. Era una cualidad extremadamente atractiva. ¿Qué mujer no deseaba a un tipo robusto y protector? Era una excitación total, y podía interpretar el deseo en los ojos de esas mujeres.

La verdad era que Valen podría tener a cualquiera de esas mujeres si quisiera. Pero o no se daba cuenta, o no le importaba. Lo admito. Eso se sentía bien, más que bien.

Pero no podía ignorar el hecho de que apenas conocía a este hombre. Tenía que tener cuidado y tenía que proteger mi corazón. Y aunque me moría por preguntarle por la rubia, me obligué a no hacerlo.

—Eso te lo dejo a ti —dije en su lugar.

Valen esbozó una sonrisa en su hermoso rostro.

—Háblame de ti. De cómo era tu vida antes de mudarte a Nueva York.

Tomé un trago de vino más grande de lo necesario y tragué.

—Mi madre y yo vivíamos en casa de mi abuela. Y después de que muriera mi abuela, estuvimos sólo mi mamá y yo durante mucho tiempo —suspiré. El recuerdo del fallecimiento de mi madre seguía doliéndome por dentro—. Luego mi madre enfermó. Tras su muerte, estuve hecha un desastre durante un año. Perdí 11 kilos. No comía y bebía demasiado. Perdí pelo. Ya no podía vivir en esa casa. Así que la vendí y luego conocí a Martin. Yo seguía siendo un desastre. Pero entonces, él era más amable. Y yo necesitaba eso. El resto, bueno, el resto, ya sabes. El cabrón intentó matarme.

Valen enarcó una ceja.

—Porque le rompiste el pene.

Me reí en mi copa de vino.

—Buenos tiempos.

Una risa profunda retumbó en Valen.

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo el gigante, haciendo que se me acelerara el pulso—. Eres real. No tienes miedo de nada ni de nadie. No aceptas estupideces. Eres exactamente lo que veo frente a mí.

—¿Una bruja divorciada de mediana edad?

—Una bruja cojonuda —respondió Valen—. El hecho de que seas guapa es solo la guinda del pastel.

Sí. Ahora yo estaba ronroneando.

—Si crees que coqueteando conmigo me llevarás a la cama, estás muy equivocado —Sí. ¡Estaba funcionando!

Un resbalón de dientes se mostró a través de los labios de Valen.

—Solo digo cómo son las cosas. Me gustan las mujeres testarudas que saben lo que quieren. Es muy sexy —me miró fijamente—. Si eso te lleva a mi cama, me parece estupendo.

¡Pregúntale por la rubia! ¡Pregúntale por la rubia!

—Primero veamos cómo va esta cita-cena. Puede que después nos odiemos.

Valen me lanzó una mirada que decía que eso nunca pasaría.

—Eso no pasará.

—Nunca se sabe. Después de unas cuantas citas y pijamadas más, cuando dejemos salir nuestro verdadero yo, puede que acabemos

despreciándonos.

Valen se inclinó hacia delante y me sorprendió cuando me cogió la mano.

—Me has visto en mi peor momento. La primera vez que te vi, era un cabrón. Sin embargo. Aquí estás.

—Aquí estoy —fui muy consciente de su tacto, su pulgar áspero y calloso frotando mi mano, y me provocó una punzada de deseo.

La sonrisa de Valen era socarrona, y me llegó hasta las entrañas y me apretó.

—Podrías haber dicho que no a esta noche.

—Podría haberlo hecho —respondí, con la voz tensa por el deseo. Él seguía frotándome la mano y yo apenas podía pensar. No ayudaba el hecho de no haber estado con un hombre en mucho tiempo. Mis hormonas estaban revolucionadas.

Una sonrisa se dibujó en sus rasgos y su mirada se volvió más intensa. Una espesa barba salpicaba su cara, negra y sexy. Mi mirada se deslizó hacia su pecho ancho, con los músculos sobresaliendo de su camisa gris ajustada.

Podría haber retirado la mano, pero no lo hice. Dejé que me la acariciara mientras miraba fijamente sus ojos profundos y oscuros, intentando apartar algunas de sus complejas capas y darle un vistazo al hombre más suave y vulnerable.

Pero también le dejé tocar mi mano porque se sentía increíblemente bien.

—Ya hemos llegado —el mismo camarero calvo llegó con platos cubiertos con una variedad de alimentos, y yo aparté mi mano de la de Valen, mi corazón martilleaba por lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Me miraba con una expresión que hizo que se me trabara la respiración.

Un gigante sexy como el pecado. El tipo grande y fuerte que te salvaría de ex maridos asesinos y demonios. Me golpeó como una ola cálida, lista para arrastrarme. Maldita sea.

Volví a mirar al camarero mientras colocaba los dos platos, asentía a su jefe y volvía a desaparecer.

La comida. Qué bien. Sería una distracción bien recibida para la atracción caliente, muy caliente que habíamos tenido hace unos momentos.

—¿Qué es todo esto? —pregunté, sabiendo que Valen había dicho que tendría algo preparado para nosotros, para mí.

Señaló los platos.

—Queso calumet fundido, caramelo con una emulsión de tomates secos y nueces. Espero que te guste.

Me incliné hacia delante y lo olí.

—Si sabe tan bien como huele, puede que tenga que lamer mi

plato.

Su risa resonó a nuestro alrededor.

—Me gustaría ver eso.

Cogí el tenedor y le apunté.

—Puede que sí.

Al principio, intenté no gemir cada vez que el tenedor llegaba a mi boca, sobre todo porque la gente estaba mirando. Pero después del segundo bocado, lo solté todo.

—Dios mío, esto está tan bueno —gemí, disfrutando de las ráfagas de caramelo y queso en mi boca—. Deberías empaquetarlo y venderlo.

Valen me enseñó los dientes mientras bebía un sorbo de vino.

—Me alegro de que te guste.

—¿Que me guste? Si pudiera hacerle el amor, lo haría.

A los veinte años, con todas esas inseguridades que surgen cuando eres más joven, me habría dado vergüenza comer delante de él, preocupada por cómo masticaba y por si se me quedaría algo de comida entre los dientes. A los cuarenta y uno, no podría importarme menos. No dejaría que una comida tan buena se desperdiciara. Me la comería. Me la comería toda.

Pasamos el resto de la velada riendo, hablando y disfrutando de la compañía del otro. Me sentí a gusto y cómoda, algo que nunca había sentido con un hombre, ni siquiera con Martin. Especialmente con Martin. Sentí que me relajaba, sabiendo que podía contarle cualquier cosa y él no me juzgaría. Me aseguré de no hablar de la rubia, aunque el pensamiento me asaltó más de una vez.

Antes de que me diera cuenta, me estaba acompañando de vuelta al hotel. Me abrió la puerta y entré, viendo el hotel repleto de huéspedes que disfrutaban de la Semana de Casino.

Sentí un cosquilleo en la piel al sentir su cercanía, y mi mente se agitaba pensando si debía invitarle a mi casa o no. Tendría que averiguar cómo cerrar la puerta. Mierda. ¿Y si la banda estaba allí? De ninguna manera podría tener un rato a solas con el gigante.

—Buenas noches, Leana —dijo Valen, y me giré cuando me cogió la mano—. Me lo he pasado muy bien.

Sonreí.

—Yo también —mi interior se agitó decepcionado.

Valen inclinó la cabeza y me besó. El deslizamiento de su lengua sobre mi labio inferior me hizo ondular la piel hasta que sentí calor en el centro. Se apartó y sus ojos recorrieron mis labios. Me miró y sonrió, con un brillo de deseo en los ojos, y luego se alejó.

El beso había sido rápido, pero gritaba necesidad y deseo, haciendo que casi se me doblaran las rodillas.

Exhalé un suspiro y me dirigí hacia el ascensor que cruzaba el vestíbulo. Necesitaría una ducha fría después de aquello.

—Tienes un mensaje —me llamó una voz. Me giré y vi a Errol detrás de la recepción, con la cara pellizcada en una máscara de burla mientras sostenía una pequeña tarjeta con un mensaje.

Me acerqué a la recepción.

—Nunca había recibido un mensaje.

—Me da igual —Errol dejó caer el mensaje sobre el mostrador y se alejó.

—¿De quién es?

El conserje suspiró y se dio la vuelta.

—No lo sé. Era un mensaje telefónico. Sin nombre. Solo quería dejar un mensaje. Parecía nervioso. Ahora, vete.

—Siempre es un placer, lagarto *bastardo* —murmuré lo último.

Mi interior se retorció. ¿Y si era un mensaje del investigador del Consejo Gris? Curiosa, cogí la tarjeta del mensaje y la inspeccioné:

Ve al 501 West 16th Street.
Mira dentro del almacén y encontrarás lo que buscas.

De acuerdo. Definitivamente no era del Consejo Gris.

Ahora, tenía *mucha* curiosidad.

CAPÍTULO 12

Me senté en el asiento del copiloto del Range Rover Sport de Valen, con la tarjeta del mensaje en las manos y la mirada fija en la oscura calle que teníamos ante nosotros.

—¿Cuánto falta? —llegó la voz de Julian desde el asiento trasero.

Me incliné y miré la pantalla del GPS del todoterreno.

—Según esto en unos seis minutos y habremos llegado.

Me llegó el sonido del cuero rechinando.

—Me pregunto quién habrá dejado ese mensaje —reflexionó Jade —. Casi sonaba como un acertijo. ¿O podría ser una canción? ¿Qué crees que significa?

—Lo sabremos cuando lleguemos —sonó la voz de Elsa justo detrás de mí.

Mi instinto me decía que tenía que ver con los paranormales muertos. Era la única locura que estaba ocurriendo ahora mismo. Buscaba respuestas, y quienquiera que hubiera dejado aquella tarjeta de mensaje lo sabía. Solo esperaba tener razón.

Tras recibir el mensaje, subí a mi apartamento, cogí la bandolera y la chaqueta, me calcé unas botas planas y busqué a la pandilla. Había encontrado a Elsa y Jade en las máquinas tragaperras y a Julian en el ascensor con una pelirroja preciosa, cuando bajaba. Después de ponerlos al corriente, llamé a Valen.

—Ya me echas de menos —había dicho el gigante al primer timbrazo.

—Ya quisieras —me reí—. Escucha. Acabo de recibir este mensaje —una vez que le había leído el mensaje y le había expresado mi sensación de que estaba relacionado de algún modo con las muertes paranormales, el gigante había dicho—: Quédate ahí. Voy a buscarte. Iremos juntos.

Esta noche estaba despejada, y aunque podía arreglármelas sola, tener al gigante conmigo era una ventaja. Sin mencionar a los otros tres brujos. Nos enfrentaríamos juntos a lo que fuera.

—¿Crees que tiene algo que ver con las muertes del basurero y los otros vampiros? —llegó la voz de Julian.

—¿En serio? —expresó Jade, con gran sorpresa en su tono—. ¿Cómo?

Me giré en mi asiento para mirarles mejor.

—Pues sí. Solo es un presentimiento. Pero ¿no les parece raro que después de encontrar a esos paranormales muertos, y luego a los

vampiros anoche, reciba este mensaje? No creo en las coincidencias. Creo que están conectados.

—También podría ser una trampa —dijo Valen—. Si te han estado vigilando durante un tiempo, sabrían que vendrías a investigar. Así es como trabajas.

Fruncí el ceño.

—¿Vigilándome? —No me gustaba cómo sonaba eso. Seguir a un gigante que patrullaba las calles de noche era una cosa, pero tener a un espeluznante acosador espiándome me ponía los pelos de punta.

Elsa se agarró del reposacabezas de mi asiento.

—¿Crees que alguien quiere hacerle daño a Leana?

—¿Quién quiere hacerle daño a Leana? —preguntó Jade. Su voz se entrecortó y sonó paranoica.

Valen apretó la mandíbula.

—No lo sé, pero recibir un mensaje así no puede ser una buena noticia. No dejaron ningún nombre. Dieron una dirección y dijeron que fuera allí. Parece una trampa.

Los nervios me apretaron las entrañas. No había pensado en eso.

—Bueno, pronto lo averiguaremos —Había tenido mis enemigos a lo largo de los años. Había metido en la cárcel a muchos «chicos malos» paranormales, pero seguían en prisión, hasta donde yo sé.

Elsa se recostó en su asiento, con las manos alrededor de su medallón.

—Me alegro de que nos lo hayas contado. Me habría disgustado mucho si hubieras ido tú sola.

Sonreí.

—Lo sé. Por eso se los he contado —Se me encogió el corazón al sentir que estos brujos me cuidaban. Hace solo unas semanas, la idea de trabajar con otros me habría hecho rechazar los trabajos. Ahora, me resultaba extrañamente reconfortante que estuvieran conmigo. Y eso también iba por Valen.

—¿Dijo Errol de dónde vino? —preguntó Jade—. Quizá sepa quién lo envió.

Negué con la cabeza.

—Le pregunté. Dijo que fue por teléfono y que la persona no quiso dejar su nombre. Solo quería dejar un mensaje. Dijo que la voz sonaba nerviosa y que era masculina.

Jade frunció los labios y jugueteó con las pulseras de plástico blanco que llevaba en la muñeca.

—Hmmm. Qué raro. Pero me sorprende que le hayas sacado toda esa información a Errol. Es un imbécil. Nunca quiere ayudar con nada si no está en la descripción de su trabajo.

—Tuve que amenazarle para conseguirlo —sonreí, recordando lo redondos que se le pusieron los ojos cuando le dije que tiraría un

camión lleno de cucarachas en el vestíbulo si no me daba más información. Las cucarachas en sí no le asustaban, pero no sería capaz de controlarse y se daría un festín con los insectos delante de todos. Todos teníamos nuestros demonios.

—Bueno —empezó Elsa, con una sonrisa en el tono—, ¿cómo fue la cita?

Ay. Demonios. No.

—Todos sabemos que tuvieron una cita —continuó la bruja—. Todo el hotel lo sabe. Y a nosotros —Se señaló a sí misma y luego a Julian y a Jade—, nos gustaría saber cómo fue. ¿Y bien?

Cerré la boca y, cuando miré a un Valen sonriente, se me puso la cara colorada.

—Ha ido bien —dije al cabo de un momento. Parecía que iba a tener que hablar yo.

Julian resopló.

—¿Ha ido *bien*? Hacer la declaración de la renta va *bien*, no una cita. O te diste cuenta de que era una mierda a los diez segundos y te fuiste antes, o te quedaste a tomar el postre. Parece que los dos se quedaron a tomar el postre —añadió con sorna.

—Nos vamos a enterar luego, más vale que nos lo cuentes —presionó Jade.

Valen seguía sonriendo mientras yo les contestaba.

—Estuvo muy bien. La comida fue perfecta. El vino estuvo excelente y la compañía también —miré fijamente a Valen—. ¿Quieres añadir algo?

El gigante negó con la cabeza.

—No. Lo estás haciendo bien.

Elsa, Jade y Julian se echaron a reír.

Los fulminé con la mirada.

—Hablemos de otra cosa —No quería hablar de mi cita con Valen, no cuando ni siquiera había tenido tiempo de pensar en ello.

Me quedé mirando el GPS.

—Debería estar justo ahí, a tu izquierda.

Apareció la dirección 501 West 16th Street. Era un gigantesco muro de cajas de aluminio: un almacén. El óxido manchaba la fachada y los laterales del edificio, haciendo que pareciera que el metal estaba podrido. Por lo que pude ver, no había ventanas.

Valen condujo hasta la entrada, aparcó y todos salimos.

Julian se acercó y miró hacia el edificio.

—Parece desierto. No hay luces encendidas en el interior.

—Son casi las once de la noche —dijo Elsa, como si eso lo explicara todo.

Valen se dirigió a la parte trasera de su Range Rover y abrió el maletero. Sacó una linterna de una bolsa de lona negra, la probó y me

la dio.

—Toma.

Cogí la linterna.

—Gracias. ¿Y tú? ¿Los gigantes tienen visión nocturna? —Los vampiros sí, y también la mayoría de los metamorfos, así que ¿por qué no los gigantes?

Las sombras ocultaban la mayor parte de su rostro, aunque pude ver una sonrisa burlona.

—Tenemos mejor vista que la mayoría, pero no como los vampiros u otros metamorfos, que pueden ver bien en la oscuridad —Sacó otra linterna de su bolsa—. Será mejor estar preparados —Se la entregó a Elsa, que le hizo un gesto despectivo con la mano.

—No la necesito —Rebuscando en su propia bolsa, sacó un pequeño globo del tamaño de una manzana: una luz de bruja. Había visto a otras brujas utilizarlas, pero yo nunca había usado una. Siempre había deseado poder hacer magia elemental para tener mi propia luz de bruja.

Elsa extendió la mano y susurró,

—Da mihi lux —*Dame luz.*

La esfera palpitó contra la palma de su mano y entonces una luz brilló a través de ella como si estuviera sosteniendo una bombilla LED. La esfera se elevó en el aire por encima de ella, iluminando la zona con un suave resplandor amarillo.

—Fanfarrona —murmuró Jade, aunque tenía una enorme sonrisa en la cara.

Comprobé la dirección por última vez.

—Bueno, este *es* el sitio —dije y me metí la tarjeta con el mensaje en el bolsillo de los jeans—. Veamos si las puertas están cerradas.

—Si lo están, tengo una poción para eso —Julian caminaba a mi lado, con su abrigo largo ondeando a su alrededor. Sus manos descansaban en los bolsillos de la chaqueta, que contenían pociones y venenos.

—Podría estar protegido y tener una maldición —dije, recordando la entrada secreta de la hechicera Auria bajo el puente. Se había puesto furiosa porque había roto su maldición, pero aún más porque me había llevado su precioso libro de maldiciones. El recuerdo me hizo sonreír.

Juntos nos dirigimos hacia unas puertas dobles de metal, lo que supuse que era la entrada principal. Una de las puertas estaba un poco abierta, como una invitación silenciosa o una trampa, como sugirió Valen.

—Está abierta —les dije, dándome la vuelta y viendo la preocupación grabada en todos sus rostros.

—Esto no me gusta —Jade se movió en el sitio, con rastros de

ansiedad en la cara y miedo en los ojos—. ¿Quién la dejaría así abierta?

Buena pregunta.

—No lo sé. Pero algo no anda bien —Levanté las manos para invocar mi luz estelar. La energía siseó contra mi piel mientras el poder de las estrellas me cosquilleaba. Cientos de brillantes globos blancos en miniatura salieron volando de mi mano y golpearon las puertas dobles de metal, envolviéndolas en una cortina de luz blanca. Esperé a que las luces de las estrellas se movieran alrededor de las puertas, esperando sentir los familiares pinchazos fríos de una maldición, pero no sentí nada.

Dejé caer los brazos. Las estrellas brillaron y luego se disolvieron.

—No recibo ninguna vibración de la sala. Tampoco maldiciones.

—No percibo las energías de las guardas de protección aquí —comentó Elsa mientras extendía las manos sobre las puertas, como si se estuviera calentando junto a una hoguera.

Suspiré.

—Bueno. Parece que alguien nos la ha dejado abierta.

El ceño fruncido de Valen y sus ojos entrecerrados daban verdadero miedo. Estaba claro que seguía pensando que esto era una trampa, y probablemente no se equivocaba. Pero habíamos llegado hasta aquí. Quería saber por qué alguien quería que viniera aquí a ver algo. Quería saber qué era.

—Vamos —Empujé una de las pesadas puertas metálicas, que se abrió fácilmente con un fuerte chirrido—. Veamos de qué va todo esto. ¿Vamos? —dije y entré.

Valen no tardó en llegar a mi lado.

—Cuidado. Como he dicho, no sabemos si esto es una trampa.

Asentí y apunté con mi linterna hacia delante, pero no me hizo falta. La luz de bruja de Elsa voló y se cernió sobre nosotros, proyectando un suave resplandor y proporcionándonos una gran iluminación. No obstante, seguía con la linterna encendida para los rincones oscuros.

Aun así, no era idiota. Una parte de mí estaba de acuerdo con Valen en que todo esto bien podía ser una trampa. No quería que mis amigos o Valen salieran heridos. No sabíamos a qué nos enfrentábamos, y a veces eso era peor.

El interior del almacén era tan lúgubre y rancio como el exterior, apestaba a desinfectante, como el que se huele en un hospital, con un toque subyacente de algo acre como vinagre o sangre. Con la luz de bruja danzando sobre nosotros, pude distinguir estanterías que llegaban hasta el techo apiladas con cajas y lo que parecían cajones de madera, con los laterales de contrachapado combados por la humedad y el desgaste.

—Huele asqueroso —dijo Jade mientras se tapaba la nariz—. Como un depósito de cadáveres en donde se les olvidó encender el interruptor de refrigeración.

No se equivocaba. Algo olía a rancio en este lugar.

Mis ojos se desviaron hacia Valen. Tenía los rasgos endurecidos y, por los músculos que se le marcaban en los hombros y el cuello, me di cuenta de que estaba a punto de convertirse en su alter ego gigante, o como se llamara.

—¿Demonios? —sugirió Elsa.

Volví a tirar de mi luz estelar, lo suficiente para enviar mis sentidos. Una energía familiar me recorrió la piel, la combinación de frío y calor de la magia. Aquí había magia, mucha magia.

Pero también había algo más, algo más sustancial que no podía descifrar. Tenía las pulsaciones típicas de la magia, pero era diferente, como si las propiedades mágicas hubieran sido alteradas.

—No percibo ninguna vibración demoníaca —dije mientras avanzaba—. Pero hay algo aquí. Algo con magia poderosa.

—Sí —Julian asintió—. Yo también lo siento.

—Yo también —respondió Jade, y Elsa asintió.

Seguimos adelante en silencio, con las botas repiqueteando en el suelo de cemento. No tenía ni idea de qué esperar ni de lo que encontraríamos, aparte de montañas de cajas. Pero alguien me había enviado aquí por alguna razón. Podría ser una trampa. Podría ser cualquier cosa, en realidad.

Seguimos avanzando. Mi corazón era un tambor que latía a un ritmo desenfrenado que no podía detener. Valen estaba a mi lado, era una presencia silenciosa y poderosa.

No podía ver muy bien el resto del edificio debido a las estanterías de cajas gigantes, pero susurros de energía rodaban desde las sombras a mi alrededor. Vimos la entrada a otra sala y nos dirigimos hacia ella.

Justo cuando entramos en la gran sala de trabajo, la energía me golpeó de lleno.

Tenía aproximadamente el tamaño del vestíbulo del Hotel Twilight y estaba repleta de computadoras, archivadores y mesas metálicas con microscopios y frascos de cristal. Me sentí como si acabara de entrar en una película de ciencia ficción de serie B en la que científicos locos fabricaban bebés humanos y extraterrestres. El espacio me pareció maligno, erróneo y antinatural, como si lo que estuviera ocurriendo aquí no debiera estar ocurriendo.

Me detuve cuando mis ojos se posaron en unas hileras de acuarios gigantes. Sin embargo, los tanques no me dejaron helada, sino las personas que flotaban en su interior. Tubos y cables serpenteaban por zonas enganchados a sus cuerpos desnudos y conectados a máquinas situadas junto a los tanques.

—¿Qué es esto, en nombre de la diosa? —maldijo Julian.

Me precipité hacia el tanque más cercano, sintiendo el zumbido constante de la magia y viendo a un varón flotando en su interior. Tenía los ojos cerrados.

—Los tanques están hechizados —Me quedé mirando el tubo de líquido rojo oscuro que le bombeaban como si fuera una máquina de diálisis, pero esas máquinas funcionaban con magia. Estas sí.

—Están vivos —llegó la voz de Valen junto a una de las máquinas —. Todos tienen latidos constantes.

—No lo entiendo. ¿Esto es una clínica? —Jade miró a su alrededor —. ¿Los están tratando de algo? ¿Y por qué aquí?

—Buena pregunta. Por algo los mantienen vivos —Fui a coger una carpeta que vi apoyada en una de las máquinas cuando un gemido llamó mi atención.

Me giré a la izquierda y se me cortó la respiración.

Allí, en una jaula de metal, había una persona. No, no solo una, sino tres personas de aspecto aterrorizado.

Estaban sentadas, encorvadas en una jaula apta para un perro grande, con las muñecas y los pies atados con una cuerda. Tenían un trozo de cinta adhesiva en la boca, húmeda por las lágrimas. Una de ellas, una mujer, me miró a los ojos y sentí un nudo en el pecho al ver el miedo que sentía.

Corrí hacia la jaula.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —La ira se me disparó cuando busqué la puerta de la jaula y encontré un candado—. Hijo de…

—Yo me encargo —Julian me tiró hacia atrás mientras vertía líquido amarillo sobre la cerradura. Chisporroteó cuando la poción corroyó el metal como si fuera ácido. El olor a cobre me llenó la nariz. El traqueteo del metal resonó a nuestro alrededor mientras Julian abría la puerta.

—Gracias —Metí la mano y, con la ayuda de Julian, saqué primero a la hembra y luego a los dos machos. En cuanto les cortamos las ataduras y les quitamos la cinta adhesiva, supe que algo iba mal.

—Oh, mierda —dije, mirando sus caras asustadas—. Son humanos.

—¿Qué? —Valen se paró a mi lado, sus ojos inspeccionaban a los tres cautivos *muy* humanos. La mujer se apartó de Valen, al igual que uno de los hombres. No los culpaba. El tipo seguía siendo grande e imponente, incluso en su forma humana más pequeña.

Elsa sacó de su bolsa lo que parecían caramelos y se los ofreció.

—Tomen. Los hará sentir mejor.

Los tres humanos se acurrucaron y se encogieron de hombros ante Elsa, como si estuviera a punto de envenenarlos.

Ella se volvió para mirarme.

—Esto es muy extraño. ¿Qué hacían en esas jaulas?

Todas eran excelentes preguntas que necesitaban respuesta.

—¿Quién les hizo esto? —les pregunté con mi voz más amable, aunque un poco apresurada—. ¿Quién los ha traído aquí? —Esperé unos instantes, escrutando sus rostros asustados, pero no creí que fueran a responderme.

Jade se rodeó con los brazos y miró los tanques.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué demonios es este lugar?

Mis ojos miraron a los tanques y luego me puse en movimiento. Subiéndome la manga de la chaqueta, metí la mano en el tanque con una mujer suspendida, intentando no pensar en lo que había en el agua, y le toqué el brazo. Luego me acerqué a la parte delantera del tanque y tiré con cuidado de su labio superior y se revelaron unos afilados caninos.

Retiré la mano de un tirón, sintiendo una especie de frío pánico que me recorrió todo el cuerpo.

Valen estaba allí, mirándome, con los ojos entrecerrados peligrosamente.

—¿Qué pasa? ¿Qué has encontrado?

Esperé tener la atención de todos mis amigos antes de decir:

—Es humana. Estoy dispuesta a apostar que todas las personas de esos tanques son humanas.

Jade negaba con la cabeza.

—Pero no lo entiendo. Puedo sentir la magia aquí. Todos podemos.

Compartí una mirada con Valen.

—Creo... no... *sé* lo que está pasando aquí. Todo empieza a tener sentido.

—Por favor, dínoslo antes de que me dé un infarto —dijo Elsa, mirando a los humanos apiñados con lástima en los ojos.

Se me subió la bilis a la garganta ante lo que estaba a punto de decir.

—Estos humanos se están transformando en paranormales.

Mis amigos me miraron como si estuviera loca.

—Miren a su alrededor —continué—. Estoy dispuesta a apostar que esa sangre de ahí —dije, señalando el artilugio que me recordaba a una máquina de diálisis—, es sangre paranormal. Están haciendo paranormales a partir de humanos.

—No es tan sencillo —Julian examinó la máquina que le había señalado—. No puedes simplemente bombear un poco de nuestra sangre, y luego convertirte en un paranormal. No funciona así.

—Tengo que estar de acuerdo con Julian —dijo Elsa—. Nunca he oído hablar de humanos convertidos de esta manera. Bueno, no si contamos los mordidos por un vampiro o un hombre lobo. Y aun así, no siempre funciona. Suele acabar con la muerte del humano.

—Lo sé —respondí—. Pero tal vez todo lo que necesitas es un hechizo poderoso y magia para completar la transformación. Yo lo siento. Todos pueden sentirlo. Hay un hechizo aquí vinculado a este equipo, o tal vez está en la sangre —Sí, definitivamente en la sangre.

El rostro de Elsa se arrugó de lástima y disgusto.

—Diosa, ayúdanos a todos, si eso es cierto.

Miré a Valen. Estaba callado, sus rasgos cuidadosamente guardados. Pero me di cuenta por la rigidez de su postura que estaba molesto. Todos lo estábamos.

—Se pone peor —dije, con los ojos recorriendo a los tres humanos aterrorizados que parecían a punto de salir corriendo en cualquier momento. No les culparía. Habían estado al tanto de nuestra conversación todo este tiempo, lo cual no estaba permitido. Ya me preocuparía de eso más tarde.

Jade se frotó las manos en los brazos.

—¿Qué quieres decir?

Mi corazón latía con fuerza mientras me llenaba de pavor y horror.

—Significa que todos esos vampiros contra los que luchamos y esa gente que encontré cerca del contenedor... eran humanos. Por eso nunca sentí ninguna vibración paranormal —dije al darme cuenta—. Porque, para empezar, nunca fueron paranormales. Eran humanos — Miré las caras de asombro de mis amigos y dije—: Humanos que venían de este lugar.

CAPÍTULO 13

Incluidos los tres humanos aterrorizados que habíamos liberado, otros quince flotaban en los tanques mientras los curanderos del Consejo Gris los sacaban con cuidado y los colocaban en colchonetas. Observé cómo sacaban al décimo hombre de su tanque, con tubos y cables aún conectados a él. Los curanderos, todos vestidos con batas blancas de laboratorio, procedieron a quitarle los cables y tubos.

Otro grupo de agentes vestidos con uniformes grises —la seguridad táctica del Consejo Gris, el equivalente a su escuadrón de policía— observaba desde la puerta. No me caían bien. Eran arrogantes y se consideraban por encima de cualquier ley que no fuera la suya, así que me mantuve alejada de ellos.

Las luces del almacén estaban encendidas. Ya no tenía sentido intentar pasar desapercibida, así que tenía una buena vista del interior y del horror que lo habitaba.

Volví a mirar al hombre de la colchoneta. Su piel tenía un tinte grisáceo y estaba arrugada, como la de un recién nacido. El zumbido de la magia palpitaba en el aire mientras los curanderos murmuraban algunos hechizos. Los ojos del hombre se abrieron un segundo y luego volvieron a cerrarse. Parecía dormido.

Los curanderos guardaban un silencio espeluznante mientras trabajaban como un grupo de monjes después de haber hecho voto de silencio.

El sonido de unas ruedas me hizo girar la cabeza para ver a otro curandero empujando una camilla hacia el hombre. Juntos, los dos curanderos levantaron al hombre y lo colocaron en la camilla. Luego, lo sacaron por la puerta y lo llevaron a una furgoneta.

—¿A dónde los llevan? —pregunté a la curandera más cercana, una mujer de mi edad.

—A donde nos digan que los llevemos —respondió, mientras miraba a los agentes del Consejo Gris. Y entonces, antes de que pudiera hacerle más preguntas, se dirigió al siguiente tanque.

—Los tres humanos ya están dormidos —Elsa y Jade vinieron a reunirse conmigo.

Solté un suspiro.

—Bien. Eso es bueno. ¿Qué hay de lo que vieron y oyeron? Es suficiente para traumatizarles de por vida.

—Los curanderos les aplicaron un encantamiento de memoria muy poderoso —respondió la bruja mayor—. No recordarán nada. Gracias

a la diosa.

—Mejor así —Jade dejó escapar un largo suspiro—. Algunos humanos pueden volverse locos después de presenciar algo así. Es demasiado pronto para ellos, sobre todo porque nunca han tenido trato con el mundo paranormal y creen que no existimos. Mejor mantenerlo así.

—Estoy de acuerdo —Volteé para ver a Valen y Julian escuchando a un curandero que señalaba esas extrañas máquinas de diálisis. Valen tenía los brazos grandes y musculosos cruzados sobre el pecho y una mirada que decía no sé si me agradas o no.

Jade se frotó los ojos.

—Bueno, me alegro de que se haya acabado.

Miré a Jade.

—No creo que se haya acabado. Sí, hemos descubierto su laboratorio, pero ¿cómo sabemos que solo hay uno?

El rostro de Elsa palideció.

—No crees que haya más. ¿O sí?

Asentí.

—Sí que lo creo. Todo esto fue cuidadosamente pensado y planeado. Llevó tiempo y esfuerzo. Probablemente meses y años para idear un hechizo que hiciera funcionar la transición de lo humano a lo paranormal. Es imposible que esto haya terminado.

—¿Pero por qué? ¿Por qué hacer esto? —El rostro de Jade se arrugó de dolor mientras sacaban a otro humano en una camilla.

Eché un vistazo al laboratorio, a los tanques y al equipo.

—Parece que intentan crear una especie de ejército —Cuando las palabras salieron de mis labios, sonaron como si fueran verdaderas.

—¿Un ejército? —jadeó Elsa, con voz lo bastante alta como para que Valen moviera la cabeza en nuestra dirección.

Miré al gigante a los ojos por un momento antes de volver a centrar mi atención en Elsa.

—Eso es lo que me parece a mí. ¿Por qué esperar años por un ejército paranormal cuando puedes crear uno a partir de humanos?

Jade emitió un sonido de disgusto en su garganta.

—Hay gente que está loca.

—Lo están. Pero su ejército es defectuoso. No dura. Lo que sea que esté sucediendo no se mantiene. No es permanente. Los vampiros contra los que luchamos anoche murieron cuando se les acabó el tiempo. Por eso creo que esto no ha terminado. Veremos mucho más de esto antes de que termine porque aún están perfeccionando la transformación. Seguirán haciéndolo hasta que sus paranormales recién creados sigan vivos.

Esto era cosa del Dr. Frankenstein. Pero Jade tenía razón. La persona o personas que estaban haciendo esto eran claramente

dementes-psicópatas sin empatía o consideración por la vida humana.

—¿Por qué un ejército? —Elsa me observó un momento.

Me encogí de hombros.

—Los ejércitos están hechos para luchar. ¿Luchar contra qué? Aún no lo sé. Pero voy a averiguarlo.

Otra camilla rodó hacia nosotros con una mujer descansando sobre ella. Unas venas azul oscuro asomaban a través de una piel peligrosamente pálida. Parecía en peor estado que los demás.

—Espera —dije y corrí hacia ella—. ¿Vivirá?

El curandero, un hombre negro, me miró.

—Lo dudo.

Me quedé con la boca abierta. Se me formó un nudo de espanto en el pecho.

—No. ¿De verdad? ¿No hay nada que puedas hacer para ayudarla?

El curandero negó con la cabeza, apretando los labios.

—Ha avanzado demasiado en la transformación. No podemos hacer nada.

—¿No pueden revertir lo que les hicieron? —Se me hizo un nudo en la garganta por las emociones, y no me importó ocultarlo.

—No podemos —respondió el curandero—. Esto no tiene vuelta atrás.

—Pero... —Miré los tanques que quedaban con un humano flotando—. ¿Eso significa que todos esos humanos que han sacado van a morir?

El curandero me miró, y me di cuenta de que intentaba ser amable.

—Sí. Los mantendremos tan cómodos como podamos. Pero *morirán*. Todos ellos. Solo vivirán los que no hayan sido sometidos a la mezcla de sangre.

—Los tres de las jaulas —dijo Elsa, de pie a mi lado—. Oh, cielos. Qué horror.

Mis manos cayeron a los costados y mis ojos ardieron de pena y rabia al ver cómo la curandera se llevaba a la mujer.

—¿Qué está pasando?

Giré la cabeza y vi a Valen acercándose.

—Los curanderos dicen que ninguno de los humanos sobrevivirá — Mi ira se disparó, convirtiéndose en algo tan ardiente, brutal y destructivo como me sentía por dentro.

—No me sorprende —respondió el gigante—. Nuestra sangre es venenosa para los humanos. Y con la cantidad que les dieron, no se puede eliminar con líquidos ni con más sangre humana.

Apreté los dedos en puños.

—No debería haber ocurrido en primer lugar. Es la idea enfermiza y retorcida de alguien de crear paranormales.

Sentí una mano en mi brazo.

—Pero salvaste a tres —el rostro de Elsa se llenó de compasión—. Piensa en esas vidas. Habrían muerto si no hubiéramos venido.

Tenía razón, pero seguía sintiendo que les había fallado.

—¿Quién me dejó ese mensaje? ¿Quién dejó la puerta abierta?

—Alguien con emociones contradictorias —dijo Jade, mirando a su alrededor—. Probablemente trabajaba aquí.

Miré fijamente a Jade.

—Tienes razón. Alguien que participó en esta pesadilla... de repente recuperó la conciencia —Y se habían puesto en contacto de forma anónima. Pero aún así, sin ellos, nunca habríamos descubierto este laboratorio y salvado esas tres vidas humanas.

—Debe haber registros de esa gente trabajando aquí. Algo —Miré por encima de las máquinas hacia unas mesas metálicas apiladas con papeles y archivos—. A ver si encontramos algo. Pistas. Solo necesitamos un nombre. Un nombre y tendríamos una pista.

Todos empezamos a revisar papeles y archivos desechados, incluso Valen. Pero después de unos quince minutos, todo lo que había encontrado eran notas y datos sobre los pacientes humanos. No había facturas ni recibos de ningún tipo. Parecía que los responsables habían tenido mucho cuidado de mantener ocultas sus identidades.

—Aquí no hay nada —dije mientras cerraba un archivador.

Jade sostenía un papelito.

—Tengo un recibo de McDonald's. Dos Big Mac combinados. No hay número de tarjeta de crédito. Pagaron en efectivo.

—¿Cómo vamos a averiguar quién es el responsable sin un nombre o algo? —preguntó Elsa.

—¿Quizá quien me envió ese mensaje me enviará otro? —Sí, no lo creía, pero si una persona tenía conciencia, esperaba que otras también la tuvieran.

Me giré y vi cómo se llevaban en camillas a los tres humanos supervivientes. Su aterrorizada reacción estaba justificada. Habían sido secuestrados y obligados a ver cómo otros humanos eran sometidos a esta transformación maníaca, sabiendo que pronto les harían lo mismo a ellos. Si yo hubiera estado en esa jaula, probablemente me habría cagado encima.

El único consuelo que obtuve de este frío, rancio y pesadillesco lugar fue que no recordarían nada.

—¿A dónde te llevas eso? —La fuerte voz de Julian me hizo voltear.

Las máquinas mágicas de diálisis —no sabía cómo llamarlas— estaban siendo empujadas y sacadas por los curanderos. Me miró a los ojos desde el otro lado de la habitación y levantó los brazos por encima de la cabeza como si estuviera haciendo una ofrenda a la diosa.

—¿Qué demonios?

Corrí a su encuentro.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, poniéndome delante de una de las máquinas e impidiéndoles el paso. De repente no me entusiasmaba que los curanderos se llevaran las supuestas máquinas mágicas de diálisis. ¿Y si podían estudiarlas y reproducir los hechizos? No. Eso no iba a ocurrir.

Las miradas se cruzaron entre los curanderos hasta que uno de ellos, un hombre joven, respondió.

—Seguimos órdenes.

—¿Órdenes de quién? —Valen estaba de repente a mi lado, con las manos en las caderas. Y por el ceño fruncido de su rostro y la mirada expectante de sus ojos, se imaginaba una respuesta.

El miedo brilló en los ojos del mismo curandero cuando miró a Valen a través de sus pestañas, sin duda el resultado de saber quién y qué era.

—El Consejo Gris dio instrucciones específicas para traer de vuelta los dispositivos —respondió, hablando rápido, como si cuanto más rápido respondiera, más rápido se alejaría de Valen.

Fruncí el ceño.

—¿El Consejo Gris? —Miré por encima de sus cabezas y vi a otro grupo de curanderos metiendo todos los archivos en esas cajas de cartón con asas ya preparadas—. ¿Y los archivos? ¿Todos los datos? ¿Eso también?

—Sí —respondió el mismo curandero. Su mirada se desvió hacia los oficiales grises que seguían de pie alrededor de la puerta—. Nos ordenaron que devolviéramos todo.

—¿Que devolvieran todo? ¿A dónde? —pregunté, con el pulso acelerado de repente.

El curandero tragó saliva, con el cuerpo tenso, y me di cuenta de que se preguntaba si estábamos a punto de darle una paliza. El sudor le perlaba la frente y una gran vena le palpitaba a un lado de la sien.

—Al Cuartel General.

—A destruirlos. ¿Verdad? ¿No para estudiarlos? —Esperé una respuesta, pero los curanderos no dijeron nada.

Cuando nadie respondió después de unos momentos, Valen dio un paso adelante.

—Contéstale. Ahora mismo. O te *obligaré* —Los músculos de su cuello y hombros se abultaron en una demostración de fuerza y dominio. No sé cómo lo hizo, pero funcionó.

El curandero parecía haberse cagado en los pantalones antes de responder.

—No... no lo sé. No nos lo dijeron —dijo, con la voz temblorosa—. Pero nos dijeron que tuviéramos cuidado con el equipo y que no

dejáramos nada. Había que devolver todo —El blanco de sus ojos brilló mientras se dirigían de mí a Valen.

Miré al gigante, viendo la misma expresión de desconfianza que yo sentía. Pero no podíamos detenerlos.

De mala gana, aparté mi cuerpo, me hice a un lado y les dejé pasar.

—Bien. Adelante.

Crucé los brazos sobre el pecho mientras veía cómo sacaban del almacén la última de las camillas con humanos un poco más rápido que antes, gracias a Valen.

Elsa se puso a mi lado.

—Vuelves a tener el ceño fruncido. ¿Qué te pasa? ¿Qué pasa?

Apreté la mandíbula.

—No tengo un buen presentimiento sobre esto. Que se lleven todo esto. Algo no anda bien —No. Se sentía como si el Consejo Gris estuviera a punto de establecer un laboratorio propio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jade—. No puede ser peor que todo esto.

Me encontré con la cara de Jade.

—El Consejo Gris debería haber pedido que destruyeran las máquinas.

—Sí. Deberían haber incendiado el lugar con todo lo que había dentro —dijo Julian, con las manos en los bolsillos del abrigo. Le miré a los ojos y supe que había llegado a la misma conclusión que yo.

—Pero les han dado instrucciones específicas de devolver todo —dije.

—¿Y? —Jade se encogió de hombros. Negaba con la cabeza, con la ansiedad reflejada en la cara y en los ojos—. Es mejor así. ¿Verdad?

Negué con la cabeza.

—Estas máquinas, con la mezcla de sangre y la magia aún dentro, no es lo mejor. Significa que pueden estudiar la magia y el procedimiento. Significa que pueden replicarla.

Dejé que esta información calara un poco, observando el horror silencioso y colectivo que se extendía por sus expresiones.

Elsa fue la primera en romper el silencio.

—No creerás... No... No creo que el Consejo Gris hiciera eso.

—Yo sí —dijo Julian, con el rostro tenso—. Lo harían.

—Yo también lo creo —Me quedé mirando el almacén, ahora vacío. Las últimas pruebas estaban cuidadosamente empaquetadas en cajas mientras los curanderos que quedaban salían en fila por la puerta, y los oficiales grises los seguían. No quedaba nada del laboratorio que habíamos encontrado—. Si alguna vez necesitan crear un ejército por la razón que sea... para luchar contra demonios o lo que sea... ahora tienen las herramientas para hacerlo. El

procedimiento aún necesita trabajo, pero me encontré cara a cara con el resultado. Funcionó. Lo que pasó aquí, con estos humanos, es demasiado valioso para destruirlo.

—Quizá te equivoques —dijo Elsa, pero el tono de su voz sugería lo contrario, como si ella misma no lo creyera.

—Tal vez —respondí. Pero mi instinto me empujaba en la dirección contraria. No. El Consejo Gris se estaban quedando todo por una razón.

Elsa suspiró.

—Bueno, es tarde. Creo que deberíamos dormir un poco y hablar de ello por la mañana.

—Ya es por la mañana —dijo Julian—. Como las tres y pico.

—Entonces, por la tarde —espetó ella—. No sé ustedes, pero mis viejos huesos necesitan descansar, sobre todo después de una noche como esta. Nos reuniremos mañana por la tarde. Estoy segura de que las cosas estarán más claras después de que todos hayamos dormido un poco.

No se equivocaba. Todos estábamos llenos de emociones y adrenalina. Había sido una noche extraña. Había tenido una cita con Valen e incluso había pensado en invitarle a mi casa. Y ahora esto. Necesitaba dormir unos días para deshacerme de ese miedo espeluznante que se me había pegado como un sudor frío desde que llegamos.

Porque estaba segura de que las cosas empeorarían antes de mejorar.

Como siempre.

CAPÍTULO 14

—¡Qué haces todavía en la cama! —gritó una voz conocida—. ¡Levántate! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Levántate!

Aunque tenía los ojos cerrados, sabía que era Elsa, y sonaba irritantemente animada y chillona.

—Vete. Sigo durmiendo —Me tapé la cabeza con el edredón, intentando acallar su voz. La cabeza me latía con una migraña, como si tuviera una resaca enorme, pero sin la parte divertida de la bebida.

Apenas pude pegar ojo. ¿Cómo iba a hacerlo si aún había uno o *varios* científicos locos dementes sueltos por la ciudad? Me despertaba sudando, el corazón me latía con fuerza mientras se repetía la escena una y otra vez. Se me revolvía el estómago al pensar en todos aquellos humanos flotando en aquellos tanques del almacén, en cómo se encogían ante nosotros en aquella jaula, como si fuéramos monstruos a punto de devorarlos. La idea de lo que esos humanos habían soportado me revolvía las tripas y me quemaba los ojos cada vez. Parecía que sus vidas no significaban nada. No eran más que instrumentos, sus cuerpos eran utilizados para un único fin. ¿Para matar? Eso seguía sin estar claro.

Creo que empecé a dormitar justo cuando Elsa irrumpió en mi habitación.

Sentí un tirón y el aire fresco me asaltó la cara al desaparecer el edredón.

—Levántate —ordenó Elsa—. No estás durmiendo. Estás conversando conmigo. Eso no es dormir —dejó escapar un suspiro—. Eres exactamente como mi hijo, Dylan. Nunca pude sacarlo de la cama. Se pasaba el día durmiendo.

Parpadeé la costra de mis ojos.

—¿Tienes un hijo? Nunca lo habías dicho.

Elsa sonrió con orgullo.

—Sí. Vive en Escocia con su mujer. Muy parecido a su padre —perdió la sonrisa—. No cambies de tema. Levántate. Vamos. Son casi las seis.

—¿Qué? —Alargué la mano, tanteando mi mesita auxiliar, y cogí mi teléfono—. Maldita sea. Parecía más bien mediodía —Mierda, en serio había dormido todo el día. Bueno, no exactamente dormido. Solo me quedaba dormida por ratos. No fue exactamente un buen sueño.

La preocupación apareció en su cara.

—Lo sé. No creo que ninguno de nosotros haya dormido mucho.

Todas esas pobres almas. Es terrible lo que les ha pasado.

Me senté, un poco mareada. Me fijé en Elsa y vi que llevaba el pelo rojo y alborotado cuidadosamente recogido con un broche, aunque algunos mechones sueltos le enmarcaban la cara. Unas botas de cuero rojo se asomaban bajo su falda de rayas verdes y naranjas.

—Estás muy guapa. ¿Por qué tan arreglada?

Antes de que pudiera contestar, Jade entró en mi habitación en patines. Llevaba leotardos rosas bajo un jersey negro con un cinturón blanco alrededor de la cintura. Largos collares de imitación de perlas le rodeaban el cuello y le colgaban por encima del estómago. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta como si se lo hubiera hecho sin mirarse al espejo.

—Dios mío, ¿todavía estás en la cama? —se rio Jade mientras hacía una pirueta, se acomodaba y se apoyaba en mi tocador—. Vamos a llegar tarde.

Me senté más derecha.

—¿Tarde para qué?

—Date prisa y dúchate —Elsa tiró de mí para ponerme en pie. Mi camiseta larga era lo único que llevaba encima—. El hotel organiza una cena especial. Cena de casino para los huéspedes y los inquilinos.

—Eso significa nosotros —dijo Jade, señalándose a sí misma como si yo no hubiera entendido esa parte.

—Las bebidas empiezan a las seis —dijo Elsa, mirando mi armario como si hubiera un ghoul escondido allí a punto de saltar—. Busca lo que tengas que sea apropiado y nos vemos abajo.

—Bueno, vale —les hice un gesto con la mano—. Ahora voy a ducharme.

Jade se rio y salió rodando de mi habitación.

—Date prisa, viejucha —le gritó a Elsa sin mirarla.

—Llámame así una vez más y perderás una rueda —amenazó Elsa.

Con el teléfono en la mano, corrí al baño y abrí el grifo de la ducha. El agua tardó un poco en calentarse, así que aproveché para revisar el teléfono y ver si Valen me había escrito o llamado. Nada. Nada de nada.

Anoche había sido una noche rara. Primero la cena con el gigante y luego al almacén. Aun así, pensé que se habría puesto en contacto conmigo.

Me quedé mirando su nombre en la pantalla, con el dedo encima mientras pensaba en llamarle. No. No iba a ser *ese* tipo de mujer. Si quería llamarme, sabía dónde encontrarme.

Después de ducharme en un tiempo récord, me puse unos pantalones negros y un jersey negro. Me recogí el pelo en una coleta desordenada, me puse un poco de delineador negro y brillo de labios transparente, me calcé los botines, cogí el bolso y me dirigí al

ascensor.

Me rugió el estómago al pulsar el botón del vestíbulo. La cena sonaba muy bien en ese momento. Comida para curar el alma parecía lo correcto. Con suerte, tendrían tarta de queso de postre. Eso disiparía todas las penas.

Llegué al vestíbulo, maniobré entre las mesas de juego y las máquinas tragaperras y me dirigí hacia mi conserje favorito en toda la historia de conserjes.

Errol levantó la vista cuando me acerqué, y su rostro se torció en lo que solo podría describir como una mirada de estreñimiento.

—¿Qué quieres? —espetó, con el labio superior crispado en un gruñido, y pude percibir un movimiento de su lengua de horquilla gris. Me di cuenta de que lo hacía cuando estaba enfadado o nervioso.

Me incliné sobre el mostrador y me acerqué lo más posible a él.

—¿Algún mensaje más para mí? —Era muy improbable que la persona me enviara otro, pero era la única pista que tenía. Su conciencia le guió hasta mí una vez. Quizá volviera a hacerlo.

—No —sonrió, al ver mi decepción.

—¿Seguro?

—Seguro.

Golpeé el mostrador con el dedo.

—No me estás ocultando nada. ¿No? Porque eso sería malo. Malo para ti.

Errol me miró molesto.

—Preferiría cortarme la garganta. Ahora... vete.

Levanté una ceja.

—Bieeeen. Qué buena charla.

Me aparté del mostrador y me dirigí al comedor que ayer mismo había sido habilitado como buffet para el almuerzo.

Las mesas estaban colocadas igual, pero tenían un aire más elegante, con manteles blancos y velas cortas como centros de mesa. Platos blancos y relucientes descansaban ordenadamente sobre las mesas, flanqueados por cubiertos relucientes y servilletas blancas de aspecto caro con grabados dorados.

Dejé que mi mirada recorriera la sala, buscando a ese particular hombre enorme de ojos oscuros y finos y músculos interminables. Pero no vi al gigante por ninguna parte. Quizá no quería experimentar lo mismo que ayer, cuando todo el mundo le miraba como si acabara de llegar de Marte.

Saqué el móvil y me quedé mirando la pantalla. Ninguna llamada nueva. Ni mensajes. Luché por un momento, mis dedos ansiaban enviarle un mensaje de texto, pero pensé que el hombre probablemente necesitaba espacio, así que volví a meter el teléfono en mi bolso.

—Bonito, ¿verdad? Elsa se unió a mí con una copa de vino en la mano y, por el color rosado de sus mejillas, supe que no era la primera.

—Lo es. —Vi a Basil frente a nosotros, agitando las manos ante una molesta Polly, que agarraba un mazo de carne como si estuviera a punto de usarlo con el pequeño brujo—. Eso no tiene buena pinta. ¿No sabe que nunca hay que insultar al chef? Insulta al chef y conseguirás saliva o algo peor en la comida.

Elsa se rio.

—Basil es un tonto. Las mesas ya están designadas con pequeñas tarjetas con los nombres en cada plato. Esa es nuestra mesa —señaló al otro lado de la sala, donde estaba Julian. Cogió un papel pequeño, blanco, rectangular y lo miró fijamente.

Jade ya estaba sentada a la mesa, con la cabeza gacha y la barbilla rozándole el pecho. Parecía que quería deslizarse por la silla y esconderse debajo de la mesa.

—¿Qué le pasa a Jade? Parece enferma —Su habitual tez rosada tenía esa palidez sobrenatural de los que están cerca de la muerte.

Elsa resopló.

—Le pidió una cita a Jimmy.

—Noooo —volví a mirar a Jade—. Vaya chica —Podría parecer que estaba a punto de vomitar, pero yo estaba orgullosa de ella.

—Ven. Vamos a sentarnos. Todo el mundo está empezando a tomar asiento —Elsa me arrastró con ella mientras el comedor se llenaba de repente de invitados e inquilinos, con el sonido de la conversación y el alegre parloteo a todo volumen.

Vi a Barb, la bruja anciana, de pie ante una mesa. Cogió las tarjetas con los nombres, se las acercó a la cara y olió cada una de ellas. De acuerdo. Ahí no voy.

Elsa me soltó y me golpeé la cadera contra la silla junto a Jade.

—He oído lo que has hecho —dije, rodeando con las manos el respaldo de la silla y haciendo todo lo posible por no reírme.

—Creo que voy a vomitar —murmuró Jade, con la cara tensa.

Julian acercó su silla a la de Jade y se sentó.

—Hay que tener huevos para hacer lo que has hecho. No muchas mujeres invitan a salir a los hombres. Ojalá lo hicieran más. Es muy excitante. Y les quitaría algo de presión. ¿Me entiendes?

Me reí.

—La verdad es que no —me volví hacia Jade—. ¿Cuándo pasó eso? —No podía haber sido hace tanto tiempo. Acababa de verla unos minutos antes en mi apartamento.

—Hace como cinco minutos —dijo Jade—. Aquí mismo. Delante de todos. Me quiero morir.

—No, no quieres. Todo irá bien.

Jade se deslizó más hacia abajo en su silla, con los ojos brillantes como si estuviera a punto de llorar.

—No, no pasará. No puedo creer lo que hice. Soy una idiota. Una gran y estúpida idiota.

Lo sentí por la bruja. Había visto el poderoso enamoramiento que sentía por Jimmy. Recorrí la habitación con la mirada y lo vi muy elegante con un traje azul, hablando con Basil. Esperé a ver si me miraba a los ojos, pero no lo hizo. Algunos tipos eran unos imbéciles cuando trataban las cosas del corazón, pero no nuestro Jimmy. Era un hombre bueno y amable que llevaba atrapado en un maldito perro de juguete más tiempo del que yo había vivido. Si alguien era sensible a los sentimientos de los demás, ese era nuestro Jimmy.

Volví a centrar mi atención en Jade.

—¿Qué ha dicho? —Lo peor que le podía pasar a mi amiga era que Jimmy dijera que no. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que lo hiciera. Pero por su reacción, supuse que la había rechazado. Con suavidad, estaba segura, pero aun así era un golpe para el ego.

El rostro de Jade adquirió un tono más pálido, si es que eso era posible.

—Nada.

Fruncí el ceño y me incliné más hacia ella.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Nada —repitió, mirando fijamente un punto de la mesa—. ¿Quién hace eso? Significa que no está interesado. Significa que le dio tanto *asco* que se lo pidiera que ni siquiera tuvo palabras para rechazarme.

—Oh, vaya —Elsa se dejó caer en una silla vacía—. Aquí vamos.

Sacudí la cabeza.

—Espera un momento. ¿No dijo nada? ¿Se quedó ahí parado sin decir nada? ¿Cómo fue la expresión en su cara? —Eso era extraño, incluso para Jimmy.

—Como si estuviera en el infierno —murmuró Jade, haciendo reír a Julian.

El dolor en su voz me dio un tirón en el corazón.

—Bueno, le pediste una cita al tipo y no te ha contestado. No es el fin del mundo. Hay cosas peores en la vida —Pero ahora mismo, podía decir que no las había. No para ella.

Jade solo negó con la cabeza.

—Sabía que era un error. Mi Jade interior me dijo que no lo hiciera.

—¿Tu Jade *interior*? —Bueno, esta vez tuve que reírme. Julian también. También Elsa. Sí, éramos unos amigos terribles.

—¿Pero hice caso? —continuó Jade como si nunca hubiera hablado—. Noooo. Y mira lo que ha pasado. Probablemente no

volverá a hablarme. Me evitará como si estuviera enferma. Ya lo he visto antes.

—Jimmy no es así —le dije—. Es uno de los buenos —Estaba consciente de que ella también lo sabía, parte de por qué estaba tan enamorada de él—. Escucha. Fue maldecido como perro de juguete durante mucho tiempo. Quizá no esté preparado.

—Lo dudo —dijo Julian—. Si fuera yo, estaría echando un polvo con todas las señoritas encantadoras que pudiera después de ser un juguete.

Miré fijamente a Julian.

—No ayudas.

Julian se encogió de hombros.

—Solo digo cómo son las cosas.

La verdad era que la única persona que sabía lo que era que te maldijeran para convertirte en un juguete y luego volver a ser humano era Jimmy. Tal vez quería estar solo y quizá Jade no era su tipo.

Jade se tiró de los mechones de pelo que le rodeaban la cara.

—Es humillante. Y ahora tengo que buscar un nuevo lugar para vivir.

—No seas ridícula —espetó Elsa—. No es como si hubieran estado saliendo un tiempo y le hubieras pillado engañándote.

Asentí.

—Tienes razón.

—Contrólate y disfrutemos de la velada —dijo Elsa, ganándose una mirada fulminante de Jade—. Todo se arreglará. Las cosas suelen arreglarse cuando menos te lo esperas.

Jade se quitó la goma elástica del pelo y, con los dedos, se peinó los mechones hacia delante, alrededor de la cara, como si usara el pelo como escudo tras el que esconderse.

Agarré la última silla vacía, pero eché un vistazo por la mesa antes de sacar la silla.

—¿Dónde está mi nombre? No lo veo por ninguna parte. Y solo hay tres puestos en la mesa.

Elsa dejó su copa de vino y cogió las tres tarjetas con los nombres, releyéndolas como si los demás fueran analfabetos.

—Tu nombre no está aquí.

—Lo sé —Sentí un destello de irritación porque se habían olvidado de imprimir mi nombre. Pero no fue nada comparado con lo que sintió Jade.

—¿A quién le importa? Siéntate. Le diremos a Polly que traiga otros cubiertos —ofreció Julian.

—No será necesario —Basil estaba de pie junto a nuestra mesa, frotando sus gafas con una esquina de su chaqueta azul marino.

—¿Por qué? —le pregunté, inspeccionando su rostro en busca de

alguna pista sobre lo que estaba insinuando, pero sin encontrar nada.

Basil se puso las gafas, se enderezó e hinchó el pecho como un pavo real orgulloso.

—Porque estarás sentada en la mesa *importante* conmigo.

Apreté la mandíbula con fuerza y me esforcé por no reírme.

—¿Yo? —A lo mejor los empleados del hotel se sentaban juntos. Vale. Podría hacer eso. No sería tan divertido como disfrutar de una buena comida con mis amigos, pero sabía que al aceptar el trabajo a tiempo completo, tendría que hacer algunos sacrificios en nombre del Hotel Twilight. Sentarse a cenar con Basil era, al parecer, uno de ellos.

—Así es —respondió Basil—. Por petición especial.

Fruncí el ceño.

—¿Petición especial? —No estaba segura de que me gustara cómo sonaba aquello.

La cara de Basil se estiró en una sonrisa demasiado amplia para ser considerada normal mientras miraba a través del salón.

—Sí. Adele pidió que te sentaras a su lado en su mesa.

Por supuesto que no.

Una llama de ira se encendió en mi pecho mientras seguía su mirada. Allí, sentada en una mesa en el extremo opuesto de la sala, estaba nada menos que aquella bruja perra y flaca que casi había destruido el hotel y le había costado la vida a Jimmy.

La que formaba parte del consejo de Brujos Blancos. La que —apostaría mi vida— se quejó de mí.

Adele.

CAPÍTULO 15

—Date prisa. No queremos hacer esperar a Adele —Basil me agarró del brazo y me arrastró a su lado con una fuerza sorprendente para un brujo tan pequeño.

Miré a mis amigos por encima del hombro y vi sus caras de preocupación. Parecían petrificados, como si me estuvieran arrastrando al centro de una aldea para ahorcarme. Incluso Jade parecía haber olvidado sus problemas por un segundo y me miraba con los ojos muy abiertos y temerosa.

—Aquí estamos —dijo Basil cuando llegamos a la dichosa mesa importante.

Eché un vistazo rápido a la «mesa importante» y vi un gran centro de mesa con una mezcla de velas de cristal y flores blancas. El mantel blanco era de un material de seda muy caro, con símbolos dorados grabados en la tela, a diferencia del paño blanco de algodón que cubría las demás mesas del comedor.

Adele levantó la vista de su asiento, donde en ese momento era la única sentada en la «mesa importante». Llevaba puesta una chaqueta blanca de tweed con cinturón sobre sus delgados hombros, una prenda que gritaba alta costura y que probablemente costaba más de lo que yo ganaba en un mes. Los diamantes le caían alrededor de las orejas y el cuello, ocupando más espacio del que deberían. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño sobre la cabeza, lo que añadía un aire felino a sus rasgos ya de por sí afilados. Sus ojos claros me siguieron lentamente y no pude evitar que se me pusiera la piel de gallina.

Tiré de mi brazo.

—No necesitaba escolta —miré fijamente al brujo, con los dedos crispados mientras una parte de mí deseaba retorcerle el pescuezo.

—Sí, bueno... —Basil se aclaró la garganta e hizo una leve reverencia desde la cintura—. Debo ocuparme de la cocina. No te preocupes, Adele. Me aseguraré de que tu cordero esté bien cocido.

Adele le dedicó a Basil una sonrisa condescendiente.

—Gracias.

Aun así, Basil pareció complacido y se alejó a toda prisa, dirigiéndose a las puertas dobles de la derecha, que yo sabía que eran de la cocina principal del hotel, el territorio de Polly. No estaba segura de que a ella le gustara que Basil le dijera cómo hacer su trabajo. La idea me hizo sonreír por dentro.

Sentía los ojos de la bruja mayor clavados en mí, pero me negué a

mirarla. Vi mi nombre en la tarjeta colocada encima de la mesa, junto al suyo.

Me quedé pensando si debía irme. No quería estar aquí. Estar sentada junto a una bruja odiosa cuyo culo formaba parte del Consejo de Brujos Blancos no era precisamente mi idea de una cena agradable. Esa bruja había hecho que el marido de Elsa perdiera su trabajo, se había quejado de mí ante el Consejo Gris y casi había matado a Jimmy. Nunca olvidaría eso.

Si me iba, Adele probablemente haría mi vida mucho peor después de que todos vieran que la había menospreciado en público. Sí, ella odiaría eso. No me importaba. Podía odiarme todo lo que quisiera. Al menos tendríamos eso en común. Pero me importaba mi trabajo aquí en el hotel, y no estaba lista para dejarlo ir. Todavía no.

Apretando los dientes, tiré de la silla y me senté. Tenía una buena vista de la mesa de mis amigos. Estaban todos apiñados, hablando y lanzándome miradas de preocupación. Si no lo supiera, parecería que estaban planeando mi rescate. Me encantaban.

—Hola, Leana —dijo Adele, con una voz que destilaba una falsedad que me erizó la piel—. Sabes, es de muy mala educación ignorar a tus invitados.

—¿Invitados? —dije, aunque sin mirarla todavía—. No lo entiendo. Yo no te agrado. Tú no me agradas. Entonces, ¿por qué querías que me sentara aquí? ¿Para torturarme? ¿Quieres fingir por el mundo que somos mejores amigas?

La bruja soltó una risa falsa.

—¿Por qué eres tan hostil, Estelita? ¿Acaso ahora es un crimen querer conocerte mejor? Solo quiero compartir una comida agradable en tu compañía.

Me encogí y desvié la mirada hacia ella.

—Déjate de tonterías. ¿Por qué estoy aquí? ¿Venganza? ¿Es eso? ¿Tu venganza?

La cara pálida de Adele se dibujó en una sonrisa puntiaguda. De cerca era aún más fea.

—Créeme. Si quisiera vengarme de ese pequeño truco que hiciste con el Consejo Gris, no sería esto. Te equivocas, Estelita.

Entrecerré los ojos ante la advertencia en su tono.

—Casi matas a mi amigo Jimmy. Me alegro mucho de que mi supuesta maniobra le salvara la vida y arruinara tus planes. Lo volvería a hacer sin dudarlo.

Los pálidos ojos de Adele recorrieron la habitación y se posaron en Jimmy.

—He oído que le has quitado la maldición. ¿Cómo lo conseguiste?

—¿Cómo no ibas a querer saberlo? —Ajá. Así que esto era más bien una cena-interrogatorio. Ella quería saber cómo me las había

arreglado para quitar la maldición de Jimmy. Podía preguntar todo lo que quisiera. No se lo iba a decir.

Adele cogió su copa de vino blanco y bebió un sorbo.

—El hotel te ha contratado a tiempo completo. Me parece interesante, ya que eras un fracaso épico. Pero eso es lo que eres. ¿Verdad, Estelita? Una especie de bruja fracasada. ¿No *es* así, bruja? No estoy muy segura de que encajes en el perfil, como dicen. Tus habilidades mágicas son algo deficientes.

Si pensaba que me iba a molestar sacando a relucir mis inusuales y, sí, a veces escasas habilidades mágicas, estaba tristemente equivocada.

—Bueno, pues me contrataron —respondí, evitando que mi voz mostrara emoción alguna—. Algo habré hecho bien. Pero me sorprende mucho que tu culo siga sentado en el Consejo de Brujos Blancos. Sobre todo después de ir detrás del Consejo Gris e intentar que destruyeran el hotel, *su* hotel. ¿Cómo es eso?

Su rostro estaba irritado y sus ojos casi parecían brillar de frustración. Pero luego esa cara de frustración se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, y fue sustituida por su habitual semblante arrogante y despreciable.

—Cuidado, Estelita. Este culo te lo puede quitar todo. Este lugar. Este trabajo. Tus amigos. Puedo llevármelo todo.

No me gustó cómo dijo eso. Mi voz se retorció con ira amarga cuando la miré.

—¿Es eso una amenaza? ¿Estás amenazando a mis amigos? Amenázame todo lo que quieras, pero deja a mis amigos fuera de esto.

Volvió a dibujar esa sonrisa falsa en su cara, la que nunca llegaba a sus ojos.

—Eres *taaaan* sensible. Nunca le haría daño a tus amigos. ¿Qué clase de bruja crees que soy? Pero deberías saber algo. En esta línea de trabajo, necesitas tener una piel más gruesa, Estelita. O nunca tendrás éxito.

Fruncí el ceño.

—No eres tan buena mentirosa como crees. Necesitas trabajar en eso —Aparté los ojos de su cara antes de perder el control y darle un puñetazo. O de obligarla a comerse sus estúpidos diamantes.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez lo bruja insolente y vil que eres?

—¿Así que ahora vuelvo a ser una bruja? —me encogí de hombros —. Si te sientes agitada y frustrada, mi trabajo está hecho —Si pensaba que me quedaría sentada y sería educada, no me conocía tan bien como creía.

—Supongo que eso es lo que pasa cuando creces con la familia de brujos equivocada —añadió a modo de conservación.

—¿Qué demonios quieres? —Iba a darle un puñetazo antes de que

la cena estuviera servida.

—Para empezar, una conversación agradable estaría bien.

Esa mujer estaba tan llena de mierda que ya empezaba a olerla.

—Claro. Lo que sea.

—Bien. He oído que fue todo un espectáculo en la azotea del hotel —dijo Adele—. Derrotaste a muchos demonios. También cerraste una grieta grande, si no me equivoco.

Asentí.

—Así es —Ella me había dicho que mi magia no valía nada, que era un fiasco, prácticamente humana, y sin embargo aquí estaba ella, intrigada por mi magia. Era tan predecible.

Por el rabillo del ojo, la vi observándome. Era espeluznante.

—¿Y lo hiciste por tu cuenta?

Ah. Ahora ya sabía a dónde quería llegar.

—No —dije, mirándola—. Tuve ayuda. Mis amigos me ayudaron.

Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios.

—He oído que Valen y tú se están acercando. Anoche tuvieron una cita. ¿Es algo serio?

Mi ira resurgió.

—¿Me estás espiando?

Adele soltó una carcajada.

—Si querías que fuera secreto, no deberías cenar en un restaurante lleno de gente.

En ese momento llegó un camarero con una botella de vino blanco en una mano y otra de tinto en la otra. Me miró y dijo:

—¿Puedo ofrecerle un poco de vino?

Asentí con la cabeza y empujé mi copa de vino vacía hacia delante.

—Tinto, por favor.

Cuando terminó, cogí mi copa y bebí un sorbo, pensando en por qué Adele estaba tan interesada en mi vida amorosa. Tal vez ni siquiera mi vida amorosa, sino Valen. Había visto cómo lo miraba como si fuera sexo en un palo. Obviamente, estaba loca por él. Estaba celosa de que yo hubiera tenido una cita con él. Ahora quería saber si iba en serio o no.

—¿Quieres mi consejo? —preguntó Adele al cabo de un momento.

Me reí.

—No.

—No es de los que sientan cabeza. Ha estado con muchas, *muchas* mujeres en los últimos años. Pero, que yo sepa, nunca ha encontrado a ninguna lo bastante digna como para ir en serio. Para sentar cabeza. Ni una. Y ha habido muchas.

—Sí, eso ya lo has dicho —bebí otro trago de vino—. ¿Esperas que te pida salir? ¿Es eso?

—Te gusta. ¿Verdad? —continuó la bruja en el mismo tono

condescendiente que había utilizado con Elsa—. Crees que tienes lo que hay que tener para domarlo. ¿Crees que puedes atarlo?

—No es un perro salvaje. Es un hombre —dije, con un tono irritado.

—Un gigante —corrigió la bruja.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Adele se recostó en la silla, balanceando la copa de vino en la mano.

—Un gigante y una Estelita. Una pareja interesante. Uno nunca imaginaría ese tipo de *unión*.

Maldita sea. Podía hacerme enfadar de verdad. Podía sentir cómo se me disparaba la tensión arterial hasta que me latía detrás de los globos oculares de rabia... una rabia hermosa y ardiente. Estaba furiosa, de verdad.

Un movimiento me llamó la atención y vi a Elsa levantándose de la silla, como si estuviera a punto de venir hacia aquí. Probablemente a rescatarme.

Nuestras miradas se cruzaron y negué con la cabeza. Esperé a que se sentara y suavicé mis emociones. No quería que Adele supiera que esta conversación me había afectado tanto.

En cambio, mi corazón se calentó al ver cómo un pequeño grupo de personas se había convertido en parte de mi familia. Y como familia, se preocupaban por mí. Aunque Adele aterrorizaba a Elsa, estaba dispuesta a venir y ayudar. Eso era verdadera amistad.

—Llámalo como quieras —le dije a la otra bruja—. Fue una cita. Solo una cita.

—Eso no es lo que he oído.

Giré la cabeza.

—¿Qué has *oído*?

Al oír eso, Adele sonrió malvadamente, y necesité una enorme cantidad de autocontrol para no agarrar aquel collar de diamantes y metérselo por la garganta.

—Que el gigante se está enamorando de ti. Que no puede apartar los ojos de ti cuando estás en una habitación —hizo una pausa como si estuviera insinuando que la gran noticia estaba por llegar—. Que te salvó de una brutal paliza de tu ex.

Separé los labios y el corazón se me estrujó en el pecho.

—¿Quién te dijo eso? —¿Cómo demonios lo sabía? Que yo sepa, solo Valen, Martin y yo lo sabíamos. Bueno, quizá también se lo había contado a mis amigos. Y tal vez se había corrido la voz. Maldita sea. Este no era el tipo de noticias que quería que Adele supiera.

Evité que mi cara traicionara las emociones que me recorrían como si tuviera mariposas en lugar de sangre corriendo por mis venas.

—Fue una situación personal, que no es de tu incumbencia.

Adele echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Oh, Estelita. ¿Acaso no lo sabes? Todo lo que pasa aquí es asunto mío —se inclinó hacia delante y colocó su copa sobre la mesa—. Pero no puedo decir que me sorprenda. Los machos humanos suelen estar llenos de emociones incontrolables. Son débiles. En mi consejo, los brujos tienen prohibido casarse con otros que no sean de su raza. Nunca lo habría permitido si entonces estuvieras en Nueva York.

Resoplé.

—Vaya. Ese poquito de poder sí que se te subió a la cabeza.

A Adele le brillaron los ojos.

—El poder es el poder. Nada más importa.

—Hmmm. Supongo que estás buscando un lugar en el Consejo Gris. ¿Es eso? ¿De verdad crees que te darán una silla? ¿La bruja loca que quería destruir su hotel?

—Te contaré un secreto ya que... bueno... ya que estás tan interesada y todo eso —dijo Adele, como si le hablara a un niño de cinco años.

—Lo que pasa con el Consejo Gris... es que no les importas. Los brujos, los vampiros y los hombres lobo son desechables. Uno muere y reemplazado es fácilmente. Pero el Consejo Gris, bueno, permanecerá siempre, y siempre estará en primer lugar.

Negué con la cabeza, deseando estar sentada con mis amigos en vez de con esta zorra loca.

—Deja de hablar como Yoda. Di lo que quieres decir.

En su voz había un toque diabólico,

—Todavía no. Pronto. Pronto lo entenderás.

Puse los ojos en blanco.

—Esta va a ser una larga noche.

Justo cuando pensaba excusarme al baño con un caso de fallo intestinal, Jimmy apareció en nuestra mesa.

—Hola, Jimmy —me levanté al verle—. Por favor, dime que estás sentado en esta mesa.

—Eh... —Jimmy miró a Adele y luego a mí—. Sí. Pero no estoy aquí por eso. Hay alguien en la recepción preguntando por ti.

Salvada por la campana, o mejor dicho, por el subgerente. Me senté más derecha.

—¿Quién? —pensando que debía de tratarse de una estratagema de Julian para alejarme de Adele, desvié la mirada hacia la mesa de mis amigos y se me encogió el corazón. Todos seguían sentados allí. Mirando hacia aquí, pero todavía todos presentes. Jade miraba a Jimmy como si estuviera a punto de vomitar.

—No lo sé —respondió el subgerente—. Nunca le había visto. Le he dicho que estabas en una cena, pero no quiere dejar ningún

mensaje. Insiste mucho en hablar contigo en persona. Es un tipo un poco nervioso.

Sonreí a Adele.

—El deber me llama —di el último trago a mi bebida y me marché, sin molestarme en decirle nada más a aquella zorra helada. Cuanta más distancia hubiera entre nosotras, mejor.

—Eres bastante simpático con ella —murmuré una vez que estuvimos fuera del alcance de sus oídos.

Jimmy se detuvo cuando llegamos al final del comedor.

—No dejo que me afecte. Tú deberías hacer lo mismo.

—Touché —lo miré de arriba abajo—. ¿Vas a contarme lo que pasó con Jade?

La cara de Jimmy se crispó, y luego hizo una mueca.

—Yo... tengo que irme.

Seguía con la boca abierta mientras veía al subgerente alejarse a toda prisa, como si llegara tarde a una reunión.

—¿Qué les pasa a esos dos? —Sacudiendo la cabeza, volví al vestíbulo para dirigirme a la recepción. Mi mejor amigo, Errol, estaba allí. Y por primera vez, miraba a otra persona de la misma manera que me miraba a mí, como si fuera caca andante.

Era un hombre de mediana edad con el pelo rubio rojizo. Era corpulento, bajito, con una camisa blanca medio metida en el cinturón de unos pantalones oscuros que le quedaban demasiado largos. Su aspecto era desastroso, lo que explicaba por qué Errol lo miraba con desprecio.

Los ojos del desconocido se abrieron de par en par cuando me vio acercarme.

—¿Leana? ¿Leana Fairchild? ¿La Merlín? —dijo con un acento que no supe distinguir.

—Sí —me puse a su lado—. ¿Te conozco? —Tenía una cara fácil de olvidar, como Raymond.

Me agarró del brazo y tiró de mí.

—¡Oye! —Me zafé de su agarre, tirando de mi magia al sentir una ráfaga de energía nerviosa procedente de él. Vale. Él también era un brujo.

—Vuelve a agarrarme así y estarás besando el suelo —gruñí.

Me soltó, sacó un pañuelo y empezó a secarse el sudor de la cara y la frente.

—Disculpa. Es que... —miró por encima del hombro, sus ojos se movían nerviosos y no se fijaban en nada—, no quiero que me oigan.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿De qué va esto? ¿Quién eres?

El hombre se inclinó hacia delante y murmuró,

—Me llamo Bellamy Boudreaux. Soy el que te dejó el mensaje

sobre el almacén.

Fantástico...

CAPÍTULO 16

Llevé a Bellamy de vuelta a través del vestíbulo del hotel hasta una de las zonas de máquinas tragaperras que ahora estaba vacía y lejos de los oídos de Errol.

Cuando me aseguré de que estábamos solos, me volví hacia el brujo.

—¿Eres un brujo? —Tenía que estar segura.

—Sí —Bellamy asintió—. Soy el jefe —*era* el jefe— científico brujo del proyecto OTH —ante mi expresión de desconcierto, añadió—: Orígenes de Transferencia Humana.

—Espera... ¿hay científicos brujos? —Claro que los hay. No sé por qué lo dije.

Bellamy asintió. Miró por encima del hombro.

—Sí, bueno, como ya habrás adivinado, después de ver el almacén, me encargaron alterar el material genético de los humanos. Para transformarlos en nosotros. En paranormales.

—Me di cuenta. Funcionó.

El brujo sacudió la cabeza, con el cuerpo crispado como si tuviera un espasmo.

—No, no siempre. Lo que viste fue un pequeño porcentaje de humanos que sobrevivieron a la transferencia real.

El terror me oprimió el pecho cuando las imágenes de aquellas personas flotantes volvieron a mí, golpeándome como un golpe físico. Ladeé la cabeza.

—¿Dices que muchos más humanos han muerto por esto?

Me pareció extraño que no hubiera escuchado ninguna mención a la desaparición masiva de humanos en las noticias humanas. Tenía la costumbre de revisar las redes sociales en busca de cualquier cosa sospechosa.

—Por desgracia —Bellamy sacó el pañuelo para secarse la frente y la cara sudorosas y luego se lo volvió a meter en el bolsillo—, sobre todo prostitutas y vagabundos.

No me gustó la despreocupación con la que lo dijo, como si no importaran, como si eso los convirtiera en seres humanos inferiores.

—Siguen siendo personas. Siguen siendo humanos. Sigue siendo ilegal hacerles daño —Todo niño paranormal sabía que dañar a un humano estaba prohibido. Todos fuimos criados para conocer nuestras leyes por dentro y por fuera.

—No todos pasaron la transferencia paranormal —dijo el brujo, y

exhaló un suspiro pesado como si aquello hubiera sido muy tedioso para él.

—Tú lo has dicho —Este brujo científico empezaba a caerme mal, posiblemente más que Adele en ese momento.

Bellamy pareció acobardarse ante mi intensa mirada.

—No. Lo que quiero decir es que fuimos capaces, más o menos, de administrar sangre de hombre lobo modificada a un huésped humano. La sangre de vampiro también funcionó, pero no pudimos manipular la sangre de brujo. Aún no sé por qué, pero el gen de los brujos no pudo ser transferido.

—Bien —La idea de un montón de brujos locos y novatos sueltos por la ciudad no era nada buena. Ya era bastante horrible que tuviéramos un mal caso de vampiros enloquecidos. ¿Pero brujos? Los brujos podían hacer magia. Y no quería pensar en los horrores que habrían infligido a la población humana.

El brujo científico suspiró.

—Incluso entonces, no era suficiente. Nunca fue suficiente.

Me quedé mirándole un segundo. Parecía que la persona para la que trabajaba tenía grandes expectativas.

—Pero tu proyecto científico tiene defectos —le dije, viéndole entrecerrar los ojos al mirarme—. Luché contra una horda de vampiros recién creados y luego todos murieron sin más. Como si tuvieran fecha de caducidad. ¿Me lo explicas?

—Otra desafortunada consecuencia de la transferencia —dijo Bellamy, cambiando de peso su pierna—. Intentamos que duraran más. Al principio, solo unos segundos. Luego unos minutos. Horas. Pero no conseguimos que duraran más de seis horas.

Una fría brizna de terror se deslizó a través de mí al pensar en todos esos sujetos de prueba. Sujetos de prueba humanos.

Pero en un instante, mi ira se apoderó de mi temor. No me gustaba este tipo. Sí, nos había dado la ubicación del almacén, pero aun así había participado. Él hizo que esto sucediera. Hay que estar muy loco para trabajar en algo así y llamarlo ciencia. Ni siquiera era ciencia marginal. Era una barbaridad.

Tragué saliva, sintiendo que la tensión aumentaba en mí.

—¿Por qué lo has hecho? ¿*Cómo* pudiste hacerlo?

Bellamy apretó la mandíbula y tragó saliva. Parecía dolerle.

—Dinero. Poder. Prestigio. Pensé que me publicarían en nuestras revistas científicas. Pero pronto me di cuenta de que nunca sería así —vaciló—. No hay excusa. Simplemente... ya no podía hacerlo más. No podía. Todos esos humanos. Terrible. Tuve que contárselo a alguien. Ahora, estoy huyendo.

Lo miré fijamente, aún preguntándome si debía darle un puñetazo.

—Decírmelo fue lo único bueno que hiciste en toda esta situación.

Los pálidos ojos de Bellamy se redondearon, alargó la mano y me agarró del brazo.

—¡Tienes que protegerme! Van a matarme.

Le quité las manos del brazo. No quería que ese tipo me tocara. Jamás.

—Tranquilízate. Aquí estás a salvo.

—No. No. No. Tienen espías por todas partes —su cabeza giró mientras observaba el vestíbulo, como si pensara que nos estaban vigilando—. Me persiguen. Saben lo que hice. Soy un brujo muerto si no me proteges.

—¿Quién? ¿Quién te persigue? ¿Quién está detrás de todo esto? —Tenía mis sospechas, pero quería oírlas de él.

El labio inferior de Bellamy tembló.

—Nunca me dieron un nombre. Pero acaban de enviar instrucciones para que las sigan sus mediadores. Tienen mucho dinero y poder. Creo... creo que tiene que ser alguien del Consejo Gris.

Dejo escapar un suspiro por la nariz.

—Exactamente lo que pienso.

Bellamy palideció ante la mención del Consejo.

—Por eso no podía acudir a ellos. ¿Y si tuviera razón y me mataran para silenciarme? —sus grandes ojos me miraron—. Tienen ojos y oídos en todas partes. Por todas partes.

Cierto. Era un poco dramático, pero sabía que tenía miedo. Tenía información, la única información sobre toda esta desagradable operación. Era mi testigo clave. Mi único testigo. Tenía que mantenerlo a salvo.

—Eres una Merlín —dijo el brujo científico—. Has jurado proteger a los vulnerables. Aquellos que necesitan ayuda. Yo soy uno.

No exactamente. Pero no iba a explicar mi papel como Merlín.

—Te protegeré —le dije y vi que la tensión abandonaba su postura —. Primero, necesito encontrar un lugar seguro para ti, como una casa segura. Un lugar donde no se les ocurra buscarte.

—¿Aquí? —Bellamy miró a su alrededor, para nada cómodo con la idea de alojarse en un hotel propiedad de aquellos de los que supuestamente huía.

—No. No creo que aquí sea una buena idea —lo miré fijamente, preguntándome si debería buscarle una capucha o un sombrero para ocultarle la cara, pero decidí que no teníamos tiempo para eso—. Ven conmigo.

Agarré a Bellamy y juntos salimos del hotel. Miré por encima del hombro cuando llegamos a la entrada principal para ver si alguien nos seguía, pero no había nadie.

—¿A dónde vamos? —preguntó el brujo científico, que ahora sudaba profusamente en el fresco clima de septiembre.

—A casa de un amigo —respondí.

Saqué el teléfono y llamé a Valen. Al cuarto timbrazo, saltó el buzón de voz. Colgué. No era lo ideal, pero Bellamy estaría mucho más seguro en el apartamento de Valen que en el hotel. Y tampoco creía que el gigante se negara a que se quedara, como protector y todo eso.

Además, Valen necesitaba saber qué estaba pasando.

Los humos de los tubos de escape y el hedor de la basura desplazaban el aire nocturno mientras arrastraba a Bellamy conmigo hasta el edificio de al lado. La oscuridad se apresuraba a llenar los espacios a los que no llegaban las luces de la calle.

Cuando llegamos al establecimiento, miré hacia arriba y encontré las ventanas del apartamento de Valen negras como la noche. Me pareció que no estaba allí.

—¿Me llevas a comer? —preguntó Bellamy, entornando los ojos hacia el cristal como si intentara ver mejor el restaurante por dentro —. Tengo un poco de hambre.

Puse los ojos en blanco.

—Vamos —agarrando a Bellamy por el brazo, lo arrastré a través de las puertas del restaurante y me encontré cara a cara con nada menos que Valen.

Y la rubia misteriosa.

—Oh —dije, dando un salto hacia atrás y tirando de Bellamy conmigo.

—¿Leana? —la sorpresa apareció en el rostro de Valen—. ¿Qué haces aquí?

Entrecerré los ojos ante su reacción. Esperaba un «¿Qué pasa?» o un «¿Estás bien?» En lugar de eso, recibí un «¿Qué haces aquí?» Sí, definitivamente pasaba algo entre él y la rubia.

Hablando de dicha rubia, me tomé mi tiempo para mirarla realmente. Era más o menos de mi altura, pero con un cuerpo más voluptuoso y curvas en todos los sitios adecuados. Su esbelta figura estaba perfectamente envuelta en un ceñido traje pantalón negro bajo un abrigo negro de cachemira. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja que acentuaba sus bonitos rasgos. Era elegante y arreglada, todo lo contrario a mí. Si tuviera que adivinar, diría que era una abogada paranormal.

Desgraciadamente, era aún más guapa de lo que recordaba, con grandes ojos de color azul verdoso y labios carnosos, que me recordaban a una joven Christie Brinkley. Verla de cerca jugaba con mis inseguridades, pero también podía ver sus pupilas horizontales. Era una metamorfa.

Pero no podía dejarme llevar por la imaginación. Había venido aquí por una razón. Esperé a que Valen nos presentara, pero se quedó

allí de pie, con un aspecto ligeramente incómodo y, me atrevería a decir... ¿culpable?

Bellamy se inclinó hacia delante.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Vamos a comer o no? Yo pediría un filete grande con patatas fritas. Aquí huele decente. Pero nunca se sabe lo que pasa realmente en las cocinas. ¿Sabes lo que quiero decir? Nunca se es demasiado precavido al elegir un restaurante.

Valen me observó y luego dirigió su mirada hacia Bellamy, evaluándolo. Frunció el ceño lentamente.

Ignoré a Bellamy y me dirigí a Valen.

—¿Nos vas a presentar? —Debería haber ido directamente al tema que nos ocupaba, pero no pude evitarlo. Hacía días que quería saber quién era. Ahora la tenía delante de mí.

La rubia misteriosa levantó las cejas perfectamente cuidadas y esbozó una tímida sonrisa. Pensó que yo era divertidísima. Qué bien.

Oí un resoplido y miré más allá de Valen para ver a mi anfitriona favorita sonriéndome, con una sonrisa ganadora, como si supiera que habían jugado conmigo. O eso o sabía algo que yo ignoraba.

Dos personas pensaban que yo era graciosísima. Fantástico.

Los ojos de Valen se desviaron entre Bellamy y yo. Señaló a la rubia.

—Esta es Thana. Una amiga.

Miré a la mujer llamada «Thana. Una amiga» esperando que me tendiera la mano para estrechármela, pero se quedó allí de pie con aquella mirada divertida.

Bueno, ¿o no quería darme la mano porque pensaba que yo estaba por debajo de ella, o quizá no quería estrechármela porque yo era la competencia?

Volví a mirar al gigante, esperando que dijera algo más, pero se limitó a permanecer de pie, más incómodo que otra cosa.

Se hizo un silencio doloroso y mi ira se desbordó.

—¿Eso es todo? —le miré—. ¿Es todo lo que dirás? —Bueno, quizá no tenía derecho a saber todo sobre su vida privada y si salía con otras mujeres, porque desde luego lo parecía. No es que hayamos hecho lo nuestro —y ¿qué era lo nuestro, exactamente?— exclusivo.

Pero aún así me cabreaba.

—Vámonos —agarré a Bellamy y lo saqué del restaurante con más fuerza de la necesaria.

Valen no gritó mi nombre. Tampoco vino detrás de mí.

No. Me dejó marchar.

Me dolió. No voy a mentir. Me dolió mucho. Pero fue mi maldita culpa.

Nunca debí haberme enamorado de un hombre que apenas conocía. Todo era culpa mía.

CAPÍTULO 17

—¿Crees que aquí estaré a salvo? —preguntó Bellamy, mirando fijamente todas las puertas abiertas de la decimotercera planta, como si pensara que un monstruo iba a brotar y atraparlo.

Solté una risita.

—No te preocupes. Todos están abajo en la cena especial. No hay nadie más aquí, solo nosotros.

—¿Pero es seguro? —insistió el científico brujo, mostrando el blanco de los ojos.

No tenía ni idea.

—Es el lugar más seguro que tenemos por ahora.

El departamento de Valen habría sido ideal, pero parecía que iba a utilizar su espacio para pasar un rato sexy con la rubia más tarde.

Me encogí por dentro, intentando no pensar en ello, pero me golpeaba el cráneo como una migraña. No era perfecta. Todavía tenía esas inseguridades que me asaltaban de vez en cuando, y haber vivido con un marido infiel no evitaba que volvieran a aflorar. Simplemente las traía de vuelta con fuerza.

Me ardían los ojos. No. No lloraría. No por ningún hombre. No lloraría más.

Era mi maldita culpa haber dejado entrar a un extraño en mi corazón. Y ahora tenía que arremangarme bien los pantalones de adulta y ponerme manos a la obra. Tenía un trabajo que hacer, algo más importante que mi vida personal. Además, lo superaría. Siempre lo hacía.

—¿Por qué están todas las puertas abiertas? —preguntó el brujo, caminando un poco más deprisa cada vez que llegábamos a una puerta y más despacio cuando chocábamos contra la pared del pasillo—. ¿Es normal? Es como si todo el mundo se hubiera ido a toda prisa. ¿Quizá hubo un incendio?

—No hay fuego. Confía en mí. Esto es así. Todo este piso es como un gran apartamento —dije, sintiendo una calidez que se colaba y llenaba esa pequeña parte de mi corazón que me dolía—. A mí también me sorprendió un poco al principio. Pero ahora me encanta. Todo el mundo es increíble. Nos cuidamos los unos a los otros. Como una familia.

—Hmm —La cara de Bellamy estaba irritada, sus hombros rígidos. Estaba claro que no le parecía una buena idea. No me importaba. No me importaban sus sentimientos. El brujo se había dedicado a torturar

humanos y los había sometido a horribles experimentos. Podía *molestarse* todo lo que quisiera.

—Aquí mismo —dije cuando habíamos llegado al final del pasillo y a mi apartamento. Le hice un gesto a Bellamy para que entrara conmigo.

Di cinco pasos y me detuve.

—¿Qué hacen aquí?

Elsa, Jade y Julian levantaron la vista del salón cuando entramos.

—Esperándote —dijo Elsa, con los ojos puestos en Bellamy y el ceño fruncido.

Jade se levantó y rodó hacia mí en patines.

—¿Quién es tu amigo? ¿Y por qué suda como si estuviera en una sauna?

Bellamy soltó un chillido como un ratón asustado, retrocedió y se dirigió hacia la puerta.

Menos mal que lo alcancé.

Le agarré de la camisa, le di la vuelta y le arrastré hacia delante, ayudándole con un pequeño empujón.

—Este es Bellamy. Es un científico brujo del proyecto oh.

Julian sonrió mientras se inclinaba hacia delante.

—¿El proyecto *oh*? Inclúyeme.

—Proyecto OTH —corrigió Bellamy, enunciando cada letra.

Ladeé una ceja.

—Da igual. Es uno de los brujos que realizaron esos experimentos con los humanos.

Al oír eso, vi cómo las caras de mis amigos se ensombrecían con un gesto de desconfianza. Sí, les caía tan mal como a mí.

—Él fue quien me dejó el mensaje sobre el almacén.

Bellamy me miró, con el horror escrito en el rostro.

—¿Qué estás haciendo? —siseó—. Acudí a ti en busca de protección. Y ahora les estás contando todo sobre mí. Podrían matarme ahora mismo.

Puse los ojos en blanco y oí una risita de Julian.

—Bellamy tiene un don para el drama.

Bellamy me miró con el ceño fruncido.

—Este *no* era el plan.

—Son mis amigos —le dije al científico brujo, devolviéndole el ceño fruncido—. Les confío mi vida. Así que puedes confiarles la tuya. ¿De acuerdo?

Bellamy no contestó, pero en realidad no tenía elección. Si quería mi protección, bueno, eso incluía a mis amigos.

Volví a mirar a mis amigos.

—¿Y la cena? No puede acabarse tan pronto.

—Nos fuimos antes de que se sirviera la cena —dijo Elsa mientras

se levantaba del sofá. Vio mi mirada de decepción y añadió—: No nos pareció bien. Vimos lo incómoda que estabas sentada con... ella. No me pareció justo que nosotros nos divirtiéramos mientras tú parecías...

—Como si te estuvieran sacando las tripas por la boca —dijo Jade, sonriendo. Su cara se estiró en una sonrisa más grande cuando pilló a Bellamy mirándola, pero el científico brujo puso mala cara y apartó rápidamente la mirada como si alguien como Jade no debiera estar mirándole de reojo. Menuda herramienta.

—Mejoró cuando te fuiste —informó Julian, despertando mi curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

—Adele se puso furiosa porque la dejaste así —dijo, y vi que Bellamy se ponía rígido al mencionar el nombre de aquella bruja. Supongo que a él tampoco le caía bien—. Empezó a gritarle a Basil que fuera a buscarte. Pobre desgraciado. Lo intentó, pero no estabas en el hotel.

Ah, diablos. No quería que Basil se mezclara en mi lío.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Encontró a otra persona para torturarla —Julian compartió una mirada con los demás.

—¿Quién? —No me gustó cómo sonaba eso.

—Jimmy —respondió, y sentí que una oleada de ira me invadía—. No te preocupes. Jimmy puede arreglárselas solo. También estaba muy sonriente cuando se sentó. Probablemente intentará sacarle algo de información a esa zorra fría. Seguía con ella y con Basil cuando nos fuimos —Julian se estiró y cruzó los tobillos sobre mi mesita—. Estoy impaciente por saberlo todo.

—Yo también —dijo Jade, y rodó hasta la cocina para servirse un vaso de agua.

Bellamy se inclinó hacia delante y me susurró al oído,

—¿No es un poco mayor para ponerse patines? —su voz estaba llena de burla—. Parece ridícula. ¿Y mira su pelo?

—No, no lo es —espeté. Me incliné hacia delante hasta ponerme justo en su cara—. Otro comentario como ese sobre mis amigos, y te enviaré personalmente al Consejo Gris envuelto en un lazo. ¿Entendido? —Tampoco estaba bromeando.

La cara de Bellamy pasó de la sorpresa a la irritación, pero fue inteligente y mantuvo la boca cerrada después de eso.

Parece que mi pequeño encuentro con Valen aún me tenía al borde.

—¿Por qué estás tan tensa? —los ojos de Elsa inspeccionaron mi cara—. Pareces sonrojada. ¿Ha pasado algo más?

Negué con la cabeza mientras agarraba a Bellamy y lo empujaba hacia los sillones. No iba a contar lo que había pasado con Valen. No

era el momento. Y no quería sacar a relucir todos aquellos sentimientos.

—Murieron más humanos de lo que pensábamos en un principio —les dije en su lugar y comencé a comunicarles todo lo que Bellamy me había dicho sobre sus experimentos.

—Creo que necesito sentarme —el rostro de Elsa estaba pálido mientras se dejaba caer de espaldas en el sofá.

Julian apoyó los pies en el suelo y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas con la atención puesta en Bellamy.

—¿Y no sabes quién está detrás de esto?

Bellamy tragó con fuerza.

—Creo que es alguien del Consejo Gris. Pero no tengo ninguna prueba. Nunca los conocimos. Pagaban muy bien y solo daban órdenes a través de otras personas.

—¿Y seguías matando humanos porque te pagaban bien? —llegó la voz de Jade mientras volvía rodando a la sala de estar.

La cara del científico brujo enrojeció y volvió a secársela con el pañuelo.

—Creíamos que era por un bien mayor. Por nuestro pueblo.

—¿A quiénes te refieres por *creíamos*? —crucé los brazos sobre el pecho, mirándole fijamente.

—A los otros científicos brujos —dijo—. Eso es lo que nos dijeron. Les creímos.

—¿A través de estos mediadores? —insistí.

Bellamy asintió.

—Sí. A través de llamadas telefónicas y correos electrónicos. Era algo que repetían una y otra vez —vaciló como si intentara recordar algo—. *Ha llegado la hora de los paranormales. Debemos levantarnos y proteger a nuestro pueblo* —se repetía constantemente. Textos. Correos electrónicos. Se convirtió en algo normal.

—¿Cuándo empezó todo esto? —la voz de Elsa estaba llena de ira —. ¿Cuándo...? —hizo un gesto con las manos.

—Hace más o menos un año —respondió Bellamy—. Al principio, era solo para poner en marcha el laboratorio. La gente no se da cuenta de la cantidad de trabajo que lleva solo el preoperatorio. Y entonces conseguimos nuestro primer sujeto humano.

Me estremecí ante lo emocionado que sonaba ante la perspectiva de utilizar a un humano para su experimento.

—Entonces, lo que estás diciendo —empecé—, es que básicamente has matado a... ¿cuántos? ¿Cientos? ¿Quizás miles de humanos inocentes?

Bellamy se quedó boquiabierto, sus ojos recorrieron la habitación, pero no se posaron en ninguno de nosotros. Me di cuenta de que intentaba encontrar rápidamente una forma de defender sus acciones.

—Pensamos...

—Fue por el bien de nuestro pueblo —Sentí que se me subía la bilis al fondo de la garganta. Realmente odiaba lo que había hecho. Lo despreciaba por ello. Pero hasta ahora, él era nuestra única prueba de que el Consejo Gris, o alguno de sus integrantes, era responsable de matar a esos humanos. No podía volver a suceder. Tenía que detenerlo. Y para eso, necesitaba más información.

—Voy a necesitar nombres.

Bellamy negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. No sé quiénes son.

—Dame los nombres de los otros científicos brujos con los que trabajaste —le dije, viendo que sus ojos se redondeaban—. Y una copia de todos esos correos electrónicos y textos. Todavía los tienes. ¿Verdad?

—Sí —respondió el científico brujo, con gotas de sudor corriéndole por las sienes—. ¿Qué pasará con ellos? ¿Y conmigo?

—Bueno, primero tenemos que mantenerte a salvo y con vida —dije con un suspiro—. Te has entregado. Estoy segura de que eso te favorecerá cuando tu caso vaya a juicio. Probablemente te librarás de seis meses a un año de cárcel.

—¡Prisión! ¡No puedo ir a la cárcel! —gritó Bellamy—. ¡Tengo un coeficiente intelectual de doscientos cinco!

Julian resopló.

—¿Alguien más se siente realmente estúpido en este momento?

Elsa se llevó las manos a las caderas y fulminó a Bellamy con la mirada.

—Pues deberías haberlo pensado antes de empezar a torturar humanos si eres tan listo.

Jade rodó con sus patienes hacia él.

—Eso no suena inteligente.

Bellamy miró fijamente a Jade como si fuera una niña irritante.

—Se lo dije a la Merlín. Me detuve. Le di el mensaje. Eso tiene que significar algo. No puedo ir a la cárcel.

—Eso no lo decido yo —le dije a el brujo científico—. Cuando tengamos todas las pruebas y un caso sólido contra el miembro o miembros del Consejo Gris responsables, lo sabrás. No me sorprendería que a tus colegas les cayera cadena perpetua.

La tez de Bellamy se puso un poco verde en ese momento.

—Eso *no* puede pasarme a mí. Aún tengo planes, proyectos que perseguir.

No creía que Bellamy debiera acercarse a otro laboratorio en su vida. No después de lo que había hecho. Era peligroso. Lo que hizo no fue ético. Sí, de acuerdo, tenía un poco de conciencia, que era lo único que lo salvaría ahora.

—Hay más —dijo Bellamy en el repentino silencio.

Mi pulso estaba acelerado y seguía subiendo, y sentí que la ansiedad me ponía rígida.

—¿Qué?

El científico brujo volvió a limpiarse la frente y la cara con su pañuelo húmedo y cubierto de sudor. Qué asco.

—Si te lo digo, ¿prometes mantenerme fuera de la cárcel?

Apreté la mandíbula. Qué descaro el de este pedazo de imbécil. Y entonces me di cuenta de que ese era su plan desde el principio: tendernos una trampa y, cuando supiera que era el mejor momento, jugar su única carta. Su carta de «salir libre de la cárcel».

Cuando mi mirada recorrió a los demás, todos me miraban. Esperando. El miedo resonaba en sus rostros. Miedo a algo peor. Les sacudía.

Me acerqué hasta que mi muslo chocó contra la silla de Bellamy.

—¿Qué pasa?

—Prométemelo —dijo, señalándome con un dedo tembloroso—. Prométemelo o no te lo diré.

—Podríamos sacárselo a golpes —sugirió Julian, mirando a Bellamy como si quisiera probar una de sus pociones más recientes con el brujo—. Se merece una paliza. Y algo peor.

No podía estar más de acuerdo con él, pero al ver su rostro resuelto, tuve la sensación de que quería decírmelo. Y sabía cómo hacerlo sin una merecida paliza.

—Bien —Evité que mi cara mostrara emoción alguna—. Prometo evitar que vayas a la cárcel. Dímelo —Pura mentira. Y por una vez, sentí que lo había logrado, pero solo la reacción de Bellamy lo diría.

El científico brujo se relajó y se recostó en su silla. Me creyó.

—Gracias —soltó un suspiro, me miró a los ojos y dijo—: Hay otro laboratorio en la ciudad.

Ah, diablos.

CAPÍTULO 18

El trayecto en taxi hasta el Alto Manhattan fue silencioso e incómodo. Primero, porque teníamos un conductor humano, y segundo, porque todos temíamos lo que nos íbamos a encontrar. ¿Sería peor? ¿Un laboratorio más grande con más humanos siendo usados como experimento?

Realmente esperaba que el laboratorio que habíamos descubierto ayer hubiera sido el único. Nunca imaginé que encontraríamos más talleres con humanos por la ciudad. Bellamy sabía de uno más, pero ¿y si había más de los que él conocía? Aquel pensamiento me hizo sentir una punzada de miedo.

Había dejado al científico brujo en mi apartamento. De ninguna manera iba a arriesgar su vida. Era demasiado importante, un bastardo, sí, pero un bastardo al que necesitaba.

—Quédate aquí y cierra la puerta —le dije unos cinco minutos después de que nos diera la noticia de otro laboratorio—. No dejes entrar a nadie que no conozcas. ¿Entendido?

Bellamy asintió.

—Tengo hambre. ¿Tienes algo de comida sin gluten en ese artilugio que llamas nevera? ¿Algo de calidad?

Le había cerrado la puerta en las narices. Le estaba protegiendo. No tenía por qué caerme bien ni ser amable con él.

El silencio se vio interrumpido de repente por el fuerte timbre de mi teléfono. Maldita sea. Había olvidado ponerlo en vibración.

El taxista me miró.

—¿Vas a contestar? —Era un hombre blanco de mediana edad con barba desaliñada y entradas. Al principio, se había negado a llevarnos a todos en su taxi, ya que éramos cuatro y en la parte trasera de su sedán solo cabíamos tres. Aunque Julian se ofreció, yo no iba a sentarme en su regazo. El taxista finalmente accedió después de que yo sacara un billete de cien dólares.

Le eché una mirada al taxista, saqué el móvil y lo puse en modo vibración.

—¿Quién era? —preguntó Jade desde el asiento trasero.

Giré la cabeza y miré hacia delante, parpadeando ante las luces de los autos que se acercaban.

—Nada importante.

Oí como el cuero rechinaba y luego la voz de Elsa.

—¿Ese *nada importante* será el mismo dueño del restaurante de al

lado?

—Posiblemente —Iba a contarles mi abrupta visita anterior a Valen. Se iban a enterar de todas formas, pero no ahora, en un taxi mugriento, con un desconocido humano sentado tan cerca y mirándome más de lo que se consideraba cómodo.

Al cabo de otros diez minutos, el taxista se detuvo en un largo camino de entrada

—Son ciento treinta y dos —dijo el conductor con una sonrisa en la cara.

Julian silbó.

—Un viaje caro.

Pagué al taxista.

—Puede ser. Sigue siendo más barato que tener un auto —Con la subida del precio de la gasolina y todo el seguro y el mantenimiento de un carro, no creía que fuera a comprarme uno propio a corto plazo —. ¿Puedes esperarnos? —No me apetecía hacer señas a otro taxista que tal vez no nos quisiera a todos en el taxi.

El conductor me mostró una sonrisa con más espacios que dientes.

—Te costará.

—Bien.

Sin dejar de sonreír, el taxista pulsó el taxímetro y lo encendió.

—¿Y ustedes que son? No son policías. ¿Son cazadores de fantasmas o algo así?

Le guiñé un ojo.

—O algo así.

El conductor me miró como si pensara que era una mentirosa y empezó a revisar su teléfono.

Salí y cerré la puerta justo cuando los demás bajaban. Miré a mi alrededor y vi que estábamos en una calle estrecha repleta de almacenes y edificios de apartamentos que parecían haber sobrevivido a una guerra mundial. Frente a nosotros, un solar vacío estaba bloqueado con una valla metálica y la hierba crecía entre las grietas del pavimento.

Ante nosotros se alzaba un largo edificio gris con tejado plano de chapa y sin ventanas. Parecía más un contenedor que un edificio, como la madre de todos los contenedores.

—Parece que alguien ha dejado la puerta abierta *otra vez*—dijo Julian mientras se acercaba al almacén en forma de contenedor y se dirigía a la gran puerta metálica.

—Tan encantadora como la que encontramos anoche —murmuró Jade, rodando a mi lado. Seguía en patines.

Fruncí el ceño y sentí una oleada de inquietud.

—No te alejes y mantente alerta. No sabemos qué otras *cosas* están creando aquí.

—No me gusta cómo suena eso —dijo Elsa, aferrándose a su bolsa.

Julian fue el primero en llegar a la entrada, con un vial en la mano y abriendo la puerta con la otra. Tras un fuerte chirrido, todos nos pusimos en fila detrás de él… estás en lo cierto, en completa oscuridad.

—Esperen —dijo Elsa mientras susurraba un conjuro y sacaba de su mano una luz de bruja plateada y brillante antes de lanzarla al aire. El globo se elevó por encima de nuestras cabezas, iluminando el espacio con un suave resplandor amarillo.

Estábamos en una especie de entrada, si se podía llamar entrada a dos paredes metálicas con una abertura.

Jade alargó la mano y se apoyó en el lateral de la pared metálica.

—¿Qué hacemos si nos encontramos con alguno de estos científicos brujos?

—Probablemente tengamos que luchar contra ellos —No había pensado en eso. Esperaba que no fueran rápidos con la magia. También podríamos encontrarnos con esos mediadores de los que hablaba Bellamy.

Por precaución, recurrí a mi voluntad e invoqué mi poder de las estrellas, mi magia estelar. Me invadió un frío cosquilleo de magia y lo retuve. Si esos intermediarios venían a por nosotros, estaría preparada.

Tampoco percibí ninguna otra magia, pero no me pareció extraño. Los otros sujetos humanos tampoco habían emitido ninguna vibración paranormal.

—Necesito algo que conecte este laboratorio con el Consejo Gris —dije, manteniendo la voz baja por si no estábamos solos—. Todo el almacén es un gran montón de pruebas. Esta vez nos llevaremos algunas de las pruebas.

No llamaría al Consejo Gris hasta saber quién de ellos estaba implicado. Y si todos eran corruptos, hablaría con el jefe de cada consejo paranormal y les mostraría las pruebas. Incluso podría provocar el derrocamiento de nuestro gobierno. La idea me revolvía las tripas, pero ¿qué otra opción tenía? Ninguna.

—Si tan solo uno de esos humanos transformados hubiera seguido con vida —dijo Jade, sacándome ese pensamiento de la cabeza—. Podríamos haberles clavado eso. Esa es toda la prueba que necesitarás.

—O a los que encontramos en esa jaula, si no les hubieran borrado la memoria —comentó Elsa, con el rostro demudado por el pensamiento.

Con los nervios a flor de piel ante la idea de encontrar más humanos transformados, pasamos la entrada y entramos en un espacio mucho más grande, el único espacio, ya que no había señales de puertas, pasillos u otros compartimentos en el enorme contenedor.

En cuanto sentí el olor a desinfectante y lejía, supe que algo iba mal.

Recorrí la zona con la mirada. No vi señales de las cajas de madera que habían llenado el otro almacén, y las estanterías que llegaban hasta el techo estaban vacías. No vi tanques con humanos flotando en ellos ni jaulas con humanos aterrorizados. Ni una de esas máquinas mágicas de diálisis. Ni siquiera quedaba un solo documento. Nada. Era como si el laboratorio nunca hubiera estado operativo. O eso, o había sido borrado.

—Ese hijo de puta nos mintió —maldijo Julian, paseándose hasta llegar al centro del almacén, con su voz resonando en las paredes del espacio—. Está muerto. El maldito morirá.

Sentí que el aire se movió a mi lado cuando Jade pasó patinando. El chirrido de sus ruedas reverberó sobre el suelo de cemento.

—¿Por qué iba a mentir? ¿De qué serviría? —gritó mientras tomaba velocidad, disfrutando claramente del espacio vacío.

—¿Para despistarnos, quizá? —Elsa frunció el ceño y puso las manos en las caderas, como una madre a punto de regañar a uno de sus hijos.

Miré a mi alrededor.

—¿Despistarnos de qué? —No creía que Bellamy hubiera mentido. Deseaba demasiado no ir a la cárcel.

Mi teléfono vibró en mi bolso, pero lo ignoré.

—Sabes que puedes compartir con nosotros —gritó Jade desde el otro lado del almacén—. No te juzgaremos.

¿Cómo había oído mi teléfono?

—Lo sé. No quiero pensar en eso ahora —Crucé al otro lado del almacén de contenedores y luego me di la vuelta e hice lo mismo, caminando a lo largo de la estructura y esperando encontrar algo, cualquier cosa. Pero no había nada.

Empecé a darle la razón a Julian en lo de que Bellamy nos había mentido hasta que algo llamó mi atención. Era pequeño, un milagro que incluso lo viera en la penumbra.

Una gota de sangre.

Cogí mi teléfono y encendí el modo linterna, iluminando cuidadosamente el lugar.

—Definitivamente sangre.

—¿Qué? ¿Tienes algo? —Elsa se unió a mí, Julian la seguía de cerca, su luz de bruja revoloteando y bañándonos en luz suficiente para que yo pudiera ver.

—No solo una gota. Un *rastro* de sangre —dije, viéndolo claramente con la luz de bruja. Una larga salpicadura de sangre conducía a la puerta por la que habíamos venido.

—¿Qué? —Jade vino a toda velocidad hacia nosotros, trató de

detenerse, falló y siguió patinando.

Como no quería arriesgarme, recurrí a mi luz estelar. Una bola de luz blanca, del tamaño de una manzana, se cernió sobre mi palma y exhalé un suspiro, haciendo que la bola estallara en cien globos más pequeños. Volaron sobre el rastro de sangre y cayeron sobre él como una pasarela iluminada.

En cuanto la luz de las estrellas entró en contacto con la sangre, sentí punzadas de energía paranormal y algo más que no podía descifrar.

—No nos mintió —vi como mi luz estelar se desvanecía—. Eso es sangre paranormal. Sangre de metamorfo. Y ha sido alterada —Mi instinto me decía que era el mismo tipo de sangre que les habían estado bombeando a esos humanos en el otro laboratorio.

Jade volvió patinando y esta vez consiguió frenar hasta detenerse.

—¿Te he oído decir que encontraste sangre de metamorfos?

—Sí —señalé el rastro de sangre—. Bellamy dijo la verdad. Este era el mismo tipo de laboratorio en el que trabajaba. Supongo que sabían lo de la redada en el otro y lo empaquetaron todo.

Elsa suspiró.

—Ahí van nuestras pruebas.

—No necesariamente —dije, mirando a mis amigos—. Todavía tenemos un científico brujo.

Y ahora, más que nunca, sabía que tenía que mantenerlo a salvo.

CAPÍTULO 19

Por supuesto, cuando volví a mi casa, Bellamy ya no estaba.

Mis ojos pasaron de la puerta abierta de mi apartamento, la puerta que recuerdo claramente que Bellamy cerró tras nosotros, a la sala de estar, justo al lado del pasillo. Lo atravesé, con el terror apretándome el pecho, pues ya sabía que no lo encontraría incluso antes de comprobar las demás habitaciones.

El científico brujo no estaba.

Una serie de maldiciones salieron de mi boca mientras me frotaba las sienes y los ojos. La noche estaba siendo una de las peores de mi carrera: primero con el almacén vacío y ahora con la desaparición del único testigo.

—Se largó —dijo Julian, afirmando lo obvio. Se echó a reír—. Ese mierdecilla se largó. Está muerto. Está muy muerto.

—¿Se fue? —Elsa sonaba incrédula—. ¿Por qué? ¿No sabe que eres la única persona en quien puede confiar? ¿Quién le protegerá? Qué cosa más rara.

Sacudí la cabeza, llena de frustración.

—No lo sé. Quizá se asustó. No quería quedarse aquí. No se fiaba del hotel. Pero nunca imaginé que se marcharía —Había venido a mí para que lo protegiera, así que ¿por qué se fue?

—Tal vez se aburrió y decidió apostar algo de su dinero manchado de sangre abajo —Jade entró en la cocina descalza. Sus patines le colgaban del cuello, atados con los cordones. Cogió un vaso y lo llenó de agua.

—Sí. Eso es —dijo Julian, con las manos en las caderas mientras echaba un último vistazo a la habitación—. Déjame ir a ver —Antes de que pudiera detenerlo, Julian salió del apartamento y desapareció.

—Más bien hay unas cuantas chicas a las que quiere ir a ver —rio Elsa. Sonaba cansada mientras se apoyaba en una de las sillas del comedor.

Solté un suspiro.

—Debería haber dejado a alguien con él. Maldita sea. No debí dejarlo solo. Ahora la única persona que puede desenmascarar a los del Consejo Gris ha desaparecido —Estaba enfadada conmigo misma. Si pudiera patearme mi propio trasero, lo haría. Este error me costaría caro. Fue un error de novatos, y yo no era una novata.

Había metido la pata porque no estaba concentrada. Mi cabeza había estado llena con pensamientos de Valen y esa rubia. Estaba

dolida y enfadada con el gigante, pero sobre todo conmigo misma por dejar que mi corazón se enamorara de ese hombre. Había intentado despejar mi cabeza de él y concentrarme, pero había fallado. Y eso me había costado mi único testigo.

Mierda. Esto estaba mal. Me froté los ojos, mirando por la habitación en busca de pistas, cualquier cosa que me diera un indicio de adónde había ido Bellamy.

Se me aceleró el pulso cuando se me ocurrió otra cosa. En un arranque de velocidad, me apresuré a recorrer la sala de estar, revisando las mesas auxiliares, los sofás y las sillas, tratando de mirarlo todo a la vez.

—¿Qué buscas? —Jade puso su vaso de agua vacío en el fregadero.

—No estoy segura —giré sobre mí misma, sin ver nada fuera de lugar—. Me preguntaba si quizá Bellamy fue secuestrado.

Elsa aspiró un suspiro.

—¿Tú crees?

—Posiblemente. No veo señales de lucha, pero eso no significa que no le pusieran una pistola en la cabeza —Más bien una pistola mágica o algo con lo que pudieran amenazarle. Cuanto más pensaba en ello, más empezaba a tener sentido. Alguien había venido aquí y se había llevado a Bellamy. ¿Pero quién? ¿Y a dónde se lo llevaron?

—¿Pero cómo sabían que estaba aquí? —preguntó Jade, acercándose por la cocina hasta donde yo estaba en el salón.

Elsa se dejó caer en la silla con un respingo.

—Deben de haberlo reconocido con Leana. Le habrán visto abajo. El hotel está lleno de huéspedes y desconocidos. Estoy dispuesta a apostar que vieron a Leana con él.

—Y sumaron dos y dos. Sabían que lo había metido en mi apartamento, y entonces solo tuvieron que esperar a que nos fuéramos y...

—Se lo llevaron —añadió Jade. Me miró con determinación—. Entonces vamos a buscarlo y traerlo de vuelta.

Le dediqué una débil sonrisa.

—Ni siquiera sabría dónde buscar primero. Diría que primero vayamos a revisar en su casa o en su apartamento, pero seguro que los que le persiguen ya han estado allí. Y él vendría aquí, sabiendo que su casa estaba comprometida —Las miré a las dos y vi ojeras bajo sus ojos. Estaban agotadas—. Además, parecen agotadas. No voy a hacerlas correr por la ciudad buscando a un brujo científico asustado, cuando ni siquiera sabemos dónde buscar.

—No estoy tan cansada —dijo Jade, aunque sus párpados caídos decían lo contrario.

—Todavía me quedan unas tres horas de investigación —dijo Elsa —. Si no tengo que correr, estaré bien.

Le sonreí.

—Esta noche no habrá que correr —Me acerqué a la cafetera, la encendí y fui a llenarla de agua. No estaba cansada en absoluto. Todo lo contrario. Había dormido la mitad del día, así que aún funcionaba con adrenalina y energía—. Esto es culpa mía. Mi desastre —Tenía que encontrarlo. Y no descansaría hasta hacerlo.

—Bien —dijo Jade, acercándose a Elsa junto a la mesa. Ella envolvió sus manos alrededor de sus patines que colgaban de su cuello —. Iremos. Pero solo si nos cuentas lo que pasó entre Valen y tú.

Me encogí mientras me daba la vuelta y apoyaba la espalda en la encimera.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí —dijeron a coro.

—Cuando encontré a Bellamy por primera vez, lo llevé al restaurante de Valen. Pensé que era un mejor lugar para esconderlo que el hotel.

—Tiene sentido —dijo Elsa—. A nadie se le habría ocurrido buscar allí.

—Eso era lo que estaba pensando —continué, al ver que se centraban en mí, con los ojos brillantes de interés.

—¿No encontraste a Valen? —preguntó Jade—. ¿Por eso trajiste a Bellamy aquí?

Me di la vuelta y me serví una taza de café recién hecho.

—Oh, sí que lo encontré. Lo encontré con esa rubia tan guapa.

—¡Les pillaste teniendo sexo! —Jade chocó sus patines, parecía encantada.

Suspiré.

—No. Estaban saliendo del restaurante cuando llegamos.

—¿Y crees que está saliendo con las dos? ¿Es por eso? ¿Por eso estás enfadada con él? —Elsa me miraba, con los labios apretados.

Tomé un sorbo de café.

—Sé a dónde quieres llegar. No tengo derecho a estar enfadada. Solo hemos tenido una cita —El hecho de que no me hubiera tendido la mano después de esa cita sí me escocía—. Pero reaccioné. No usé la cabeza.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios de Jade.

—¿Qué hiciste?

—No hice nada. Bellamy estaba conmigo. Me fui y traje a Bellamy aquí.

—Leana —empezó Elsa—. Eso no significa que no le importes. Quiero decir, no sabes quién es esa rubia.

Pensé en cuando le pedí que nos presentara, en la forma en que Valen no quiso dar más detalles sobre quién era. Solo cimentó mi creencia de que él estaba en una relación con ella.

—Eso no importa. Eso es todo. Eso es todo lo que pasó. Y ya saben el resto —Había terminado con el tema. Necesitaba encontrar a Bellamy, y no dejaría que mis emociones se interpusieran en el trabajo. No volvería a cometer ese error—. A la cama, chicas —dije mientras las acompañaba fuera de mi apartamento.

Cuando llegamos a la puerta, Jade se volvió.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a empezar por abajo y preguntar si alguien vio algo. Si se lo llevaron a la fuerza, alguien debe haber visto algo —No estaba segura de tener tanta suerte, pero tenía que empezar por algún sitio. Tenía que hacer algo. No podía sentarme aquí y esperar a que Bellamy apareciera, porque dudaba que lo hiciera.

—Ven a buscarnos si encuentras algo —ordenó Elsa, con la espalda encorvada por el cansancio.

—Claro —Mentí. Mis amigas ya habían hecho bastante esta noche. Iba a arrastrar a Bellamy de las orejas yo sola cuando lo encontrara. *Si* lo encontraba—. Quién sabe, quizá Julian tenga algo.

Nos dimos las buenas noches y me dirigí al ascensor. Cuando las puertas se abrieron para revelar un vestíbulo ruidoso por el murmullo de la gente, el tintineo de las fichas y el ruido de las máquinas tragaperras, me dirigí a la recepción.

—¿Sigues aquí? —Me incliné sobre el mostrador, sabiendo que Errol se enojaría al ver cómo contaminaba su espacio con mi sucio ADN de bruja.

El conserje levantó los labios en un gruñido.

—Los del turno de la noche están retrasados. Pasa siempre. ¿Qué quieres?

—¿Algún mensaje para mí?

—No.

—¿Seguro?

—¿Tengo tres ojos?

Sonreí.

—¿Tal vez? A veces es difícil saberlo bajo ese ceño.

Errol hizo una mueca.

—Lárgate.

—¿Viste por casualidad a un hombre bajito, corpulento, con aspecto algo desaliñado y camisa blanca?

Errol soltó una carcajada.

—Muchos huéspedes de aspecto sucio encajan en esa descripción.

Levanté una ceja.

—Podría haber estado con otra persona. ¿Siendo arrastrado a la fuerza? ¿Alguien así? —Sabía que Errol vigilaba el vestíbulo. Puede que fuera un metamorfo lagarto, pero tenía los agudos ojos de un halcón.

—No —dijo—. Apestas —Se apartó de mí y se dirigió al otro lado de la recepción, donde le esperaba una invitada con un vestido de cóctel corto de color rojo.

Me olfateé las axilas dos veces. No estaban recién duchadas, pero ni de lejos estaban tan mal como Errol me había hecho creer, sobre todo después de la noche que estaba pasando.

Decepcionada, me aparté del mostrador y fui en busca de Julian. Era bastante fácil de ver. Solo había que buscar al hombre alto y apuesto rodeado de tres mujeres.

Julian estaba sentado en una mesa de blackjack con una morena en su regazo. Una pelirroja estaba detrás de él, frotándole los hombros, y otra más morena le susurraba cosas al oído que le hacían sonreír como un tonto.

Sí, no parecía que se estuviera esforzando por encontrar a Bellamy. Aun así, no era culpa suya que lo hubiéramos perdido. Eso era culpa mía.

—Julian —llamé mientras me abría paso. Las tres hembras me miraron—. ¿Tienes algo sobre Bellamy? —pregunté, ignorándolas.

—Hola, Leana —dijo el brujo—. Sóplale a esto para que te dé suerte, cariño —le dijo a la morena que tenía en el regazo mientras sostenía el puño con dados hacia ella. Ella le dedicó una sonrisa lujuriosa y sopló en los dados. Satisfecho, Julian lanzó los dados y, por los gritos de victoria que se oyeron a su alrededor, supuse que había funcionado. No me interesaban mucho esos juegos.

—¿Julian? —volví a insistir.

—Ah —el brujo se volvió hacia mí—. No. Lo siento. No está aquí.

Quería presionarle con más preguntas, pero la forma en que las tres hembras me miraban significaba que no tardarían en sacar las uñas.

Sacudiendo la cabeza, dejé a Julian con su harén para buscar a Jimmy. Tal vez él sabría o había visto algo. Lo que no esperaba era ver a Errol viniendo hacia mí.

—Toma. Ha llegado esto para ti —Errol casi me lanzó una tarjeta con un mensaje.

La cogí antes de que cayera al suelo.

—Gracias, lagartija.

—De nada, *bruja* —Todos sabemos que quería usar otra palabra.

Me reí porque por qué no. Además, empezaba a sentirme un poco cansada ahora que había pasado el subidón inicial de perder a Bellamy. Le di la vuelta a la tarjeta con el mensaje.

Lo siento, tuve que irme. Encuéntrame en el 599 de la calle 120 Este. Ven sola. No confío en tus amigos. Tú eres la única en quien confío.
—Bellamy.

Me invadió un sentimiento de alivio. Bueno, no le habían secuestrado. El científico brujo se había escapado por su cuenta porque desconfiaba del hotel y de sus propietarios. Ahora que sabía dónde estaba, aún podía construir mi caso. No todo estaba perdido.

Fruncí el ceño ante el desaire a mis amigos. Pero lo entendí. Estaba asustado. Había necesitado todo el valor que tenía para encontrarme y confiar en mí, como dijo. Tendría que respetarlo. Además, mis amigos estaban preocupados o durmiendo.

Primero iba a encontrarle y luego pensaría dónde meterle. Incluso, si eso significaba que tenía que volver a casa de Valen, ya que seguía siendo el lugar perfecto para esconder a un testigo crítico.

Y esta vez, no perdería de vista a Bellamy.

CAPÍTULO 20

Cuando el taxista me dejó en la 599 de la Calle 120 Este, era la una de la madrugada. Contemplé el enorme edificio de ladrillo gris que se alzaba ante mí con altas chimeneas sobresaliendo de la parte superior, como la corona de una bestia gigante. Líneas de ventanas ennegrecidas me devolvían la mirada, y la oscuridad se extendía en los arcos y las puertas. Ninguna luz brillaba desde el interior para dar alguna pista de dónde podía estar Bellamy. Ni siquiera el suave resplandor de una vela.

—¿Por qué has venido aquí, Bellamy? —susurré para mis adentros —. Debería haberme quedado en mi apartamento.

El hecho era que el edificio me daba escalofríos. Era enorme. Miles de metros cuadrados. Seis pisos de altura y del tamaño de un gran hospital. Bellamy podía estar en cualquier parte. Me llevaría horas explorar todo el edificio.

Suspiré.

—¿No podrías al menos haberme dado una pista?

Mi teléfono vibró y me hizo dar un respingo. Lo saqué del bolso, vi el nombre de Valen parpadear en la pantalla y colgué. El gigante era persistente. Tal vez su culpabilidad salió a relucir. En cualquier caso, iba a hablar con él. Pero ahora no era el momento.

Una parte de mí se preguntaba si debería llamar a Elsa y a Jade para ver si estaban dispuestas a registrar un edificio espeluznante conmigo. Pero el mero recuerdo de lo cansadas que estaban cuando me fui me hizo volver a meter el teléfono en el bolso y abandonar esa idea. Era posible que Bellamy ni siquiera estuviera aquí.

No. Iba a hacer esto sola.

Crucé la calle en dirección al colosal y grotesco edificio. Las ventanas de la entrada principal brillaban en la penumbra de las farolas lejanas. Los grafitis plagaban las paredes exteriores como murales desparejados, pero los colores brillantes no mejoraban en nada la decrépita estructura.

Una puerta yacía abierta, oscura y aterradora como la boca de la bestia. Sin embargo, incluso en la penumbra, pude distinguir unas gastadas letras rojas justo encima del marco que decían ENTRADA.

Suspiré y me ajusté la correa del bolso al hombro. La opresión que sentía en las tripas volvió a multiplicarse por diez ante el enorme e inquietante edificio. Si Bellamy estaba allí, iba a encontrarlo.

Volví a sacar el teléfono y me di cuenta de que debería haberlo

tenido en la mano, dada la oscuridad que se reflejaba en el interior del edificio. Con un movimiento del dedo, activé el modo linterna. Un chorro de luz blanca brillante bañó con su luminosidad los cuatro metros que había más allá. Era suficiente.

Me detuve justo antes de entrar y miré al cielo. Se había nublado y unas nubes negras y grises cruzaban el cielo nocturno. Sería más difícil aprovechar mi magia estelar, pero quizá no tuviera necesidad de hacerlo. Podría golpear a Bellamy en la cabeza y arrastrar su culo conmigo.

Atravesé la puerta. Un hormigueo de magia y algo mucho más fuerte me golpeó como si me hubiera topado de bruces con un muro de niebla. Respiré hondo y solté el aire, exhalando ansiedad antes de seguir adelante. Me encontré con oscuridad y sombras y nada más. Aunque mis sentidos no eran tan agudos como los de una bruja Blanca u Oscura para las energías paranormales y las vibraciones de la magia, sentí una fría transición de energía en cuanto atravesé la entrada. El cambio en el aire no tenía nada que ver con el viento que se movía a través de la puerta abierta detrás de mí.

La magia estaba aquí. Y era mucha.

Se me aceleró el pulso al entrar, sosteniendo el móvil delante de mí como un arma. Al cabo de un momento, mis ojos se adaptaron a la oscuridad hasta que pude distinguir formas y objetos de aspecto familiar. Objetos *muy* familiares.

—Oh... mierda.

Parecido al primer laboratorio que había visto con mis amigos, el espacio estaba lleno de hileras de tanques, cajas y maquinaria, todos conectados a humanos sumergidos en enormes tanques de líquido. Podía oír los chasquidos y los golpecitos de las máquinas por encima de la sangre que me latía en los oídos.

Era la misma instalación, pero a una escala mucho mayor. El techo tenía probablemente nueve metros de altura o más, y el borde desaparecía en las sombras. Aquí no había solo una docena de tanques emparejados con un único humano flotante en su interior, sino cientos de tanques.

Una sensación de inquietud se instaló en mi interior. Esta era la nave nodriza de los laboratorios. Los otros dos eran solo las crías. Esto era enorme.

—¿Bellamy? —grité, con mi voz resonando a mi alrededor. Esperé un minuto más o menos, escuchando, pero no oí nada, aparte del pitido constante de las máquinas y de mi propio maldito corazón. Quizá era la forma que tenía Bellamy de decirme que había otro laboratorio. ¿Quizás incluso donde se originó todo? Sí, tenía que ser eso.

Me apresuré hacia la primera instalación de tanques humanos, cogí

todos los archivos que cabían en mi bolsa y los metí dentro. Necesitaba pruebas. *¡Pruebas!* Cogí mi teléfono, apagué el modo linterna y empecé a hacer fotos del tanque, del miserable humano suspendido en su interior y de todo lo que lo rodeaba, como un paparazzi que tomó café en exceso. Cuando tuve unas treinta fotos o así, me envié copias por correo electrónico. Por si acaso.

Fue entonces cuando oí los pasos.

Instintivamente, dejé caer el teléfono, recurrí a mi luz estelar y giré sobre mí misma con dos bolas gemelas de poder estelar flotando en mis palmas.

—¿Bellamy? —Bajé las manos y mi luz estelar se desvaneció, pero no sin antes ver claramente su rostro. Se veía… se veía *raro*. El científico brujo se movía como si tuviera hormigas en los pantalones o un problema de próstata.

—Mierda —Me agaché y cogí mi teléfono. Incluso en la penumbra, podía ver una larga grieta a lo largo de la pantalla. Sentí alivio cuando unos iconos brillantes me devolvieron la mirada a través de la pantalla multitáctil. No estaba muerto. Me levanté y volví a activar el modo linterna. Con un movimiento de muñeca, la iluminé en la cara de Bellamy y vi cómo entrecerraba los ojos.

—Te dije que te quedaras quieto —lo fulminé con la mirada—. No es seguro para ti. Y menos aquí. Por favor, dime por qué pensaste que venir aquí era una buena idea —Como no contestó, continué—. Podrías haberme hablado de este lugar en vez de perseguirte por toda la ciudad. Habría sido mucho más fácil y barato. Me estoy gastando demasiado en taxis —Recorrí el espacio con la mirada—. Esto es enorme. Es donde empezó todo. ¿Es así? ¿Donde empezó todo?

Las manos de Bellamy se crisparon nerviosamente mientras sacaba su pañuelo sucio y se secaba la cara.

—Sí. Así es.

Fruncí el ceño y me acerqué a él.

—Pareces nervioso. Más que de costumbre. ¿Por qué me has traído aquí? Definitivamente le pasaba algo.

A Bellamy le sudaba la cara y tenía el pelo húmedo como si se hubiera metido en una piscina antes de verme.

—Lo siento. No tuve elección.

Se me apretaron las tripas al notar el miedo y la culpa en su voz.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué demonios está pasando? —Me acerqué un poco más—. Empieza a hablar. ¿Por qué me has traído aquí? —Volví a mirar el gigantesco laboratorio—. Pensé que huías de lugares como éste. Que tendrías demasiado miedo como para volver a poner un pie aquí —No tenía sentido que quisiera reunirse aquí.

—Lo… siento mucho —Bellamy dio media vuelta y echó a correr.

—¡Espera! —Me apresuré tras él. La adrenalina se disparó a través

de mis muslos, ayudándome a poner una ráfaga de velocidad. El brujo estaba en peor forma física que yo y lo alcancé enseguida. Iba a placarle como un defensa.

Pero entonces algo salió de entre las sombras y me cerró el paso.

Patiné hasta detenerme. La silueta de Bellamy se desvió hacia la izquierda, detrás de una pared o un armario alto, y desapareció.

Ese algo que me había bloqueado el paso no era solo una cosa, sino *varias cosas*.

Milagrosamente, aún tenía el teléfono en la mano y lo levanté.

Un grupo de paranormales se agolpaba ante mí. Y adivinando por los olores a perro mojado, sangre vieja y lo que pensé que eran heces, supe que estaba viendo vampiros, hombres lobo y metamorfos recién formados. Algunos estaban desnudos y otros parcialmente vestidos. Un hombre solo llevaba un par de calzoncillos. Tenían el pelo húmedo y la piel brillante por la humedad.

La tensión me tensó los músculos.

—Fantástico. Recién salidos de los tanques. ¿Estoy en lo cierto?

Apreté los dientes, con la rabia creciendo en mi interior. ¡Bellamy me había tendido una trampa! El bastardo brujo me trajo aquí, esperando que estos paranormales recién creados me mataran. Y todo después de que yo intentara mantener a salvo su sudoroso trasero.

Nota para mí misma, nunca confíes en un individuo que suda profusamente.

Bueno, se equivocaba en una cosa. Yo no pensaba morir esta noche.

Dejé caer mi teléfono en mi bolso, liberando mis manos.

—Déjenme pasar —ordené, tirando de nuevo de mi luz estelar y esperando que aún les quedara algo de humanidad en alguna parte. Tal vez esta vez su transformación había tenido éxito y no estaban trastornados como los vampiros anteriores que había encontrado con Valen.

Un macho oscuro me enseñó los dientes y me lanzó un zarpazo con sus afiladas garras negras en un alarde de violencia y fuerza.

Supongo que no.

—No quiero hacerte daño, pero si vienes a por mí... no me darás opción —Sabía que eran humanos, manipulados con sangre paranormal, nada menos, pero humanos en su origen. No quería matarlos, pero tampoco dejaría que me comieran.

Pero todas las nociones de culpa se evaporaron cuando el primer enjambre de sujetos humanos se lanzó sobre mí.

—¡Te atraparé, Bellamy! —grité mientras lanzaba mi mano.

Una brillante bola de luz estelar alcanzó a dos paranormales. Se iluminaron como dos árboles de Navidad blancos y gemelos, se estremecieron y cayeron al suelo sin gracia.

—¡Te encontraré, y entonces tendrás tu merecido, Bellamy! —grité —. ¡Lo vas a tener! —No sabía qué le haría cuando lo encontrara de nuevo, porque lo haría. Solo sabía que yo sonreiría y él lloraría.

Un movimiento llamó mi atención a mi derecha. Mi cuerpo se inundó de la hormigueante energía de la luz de las estrellas que brotaba de mi núcleo y recorría mis manos.

Una vampiresa corría hacia mí, con los colmillos y las garras fuera, como si estuviera dispuesta a convertirme en su cena. ¿O en su desayuno?

Una ráfaga de luz blanca salió disparada de mis dedos extendidos y la dirigí hacia la vampiresa. La golpeó en el pecho, cubriendo su cuerpo con una sábana de luz blanca.

La vampiresa lanzó un grito de dolor y sus largas extremidades se agitaron como si intentara nadar de espaldas. Y entonces cayó al suelo en un montón de carne carbonizada y ennegrecida.

No tuve tiempo de sentirme culpable por haberla matado cuando otro paranormal se me acercó por detrás.

Giré sobre mí misma, con las manos preparadas. Un macho de tamaño considerable avanzaba con más músculos de la cuenta y puños aplastantes. Gruñó, escupiendo saliva por la boca. Los ojos me ardían por el hedor a vómito y algo más en lo que no quería pensar.

—Eres mía —rugió, con una voz que era dos voces, como si la parte de sangre de lo paranormal que se utilizó para crear esta cosa hubiera formado su propia voz junto con la del humano. Maldita sea.

—¿Así que puedes hablar? —dije, sorprendida.

Parecía que los humanos recién transformados eran capaces de pensar. Aún estaba por determinar en qué medida. Pero no eran zombis descerebrados.

El hombre paranormal echó la cabeza hacia atrás con una carcajada divertida.

—Puedo hacer algo más que hablar —Y entonces se abalanzó sobre mí.

Un mazo de carne y hueso se abalanzó sobre mí. Me dio un susto de muerte. Menos mal, el miedo añadió combustible a mi magia.

Aferrándome a mi voluntad, le lancé disparos de mi luz estelar. Le golpeó en el hombro y le hizo retroceder. Y antes de que pudiera volver a conjurar mi luz estelar, su boca se enroscó en mi brazo.

Grité y se me llenaron los ojos de lágrimas. Su mandíbula desgarró mi carne con sus dientes como agujas. Maldije mientras un dolor blanquecino me atravesaba y sentí una humedad caliente que me resbalaba por el brazo.

Le di una patada con la pierna, y mi bota vibró al hacer contacto con su rodilla. Retrocedió tambaleándose, pero en un instante volvió a atacarme.

Con el miedo y la rabia a flor de piel, extendí la mano y lo golpeé con una fina ráfaga de luz estelar, que se dirigió hacia él horizontalmente, como una hoja blanca y brillante.

La hoja de luz estelar lo atravesó como si fuera de mantequilla. Vi una expresión de sorpresa en su rostro mientras se miraba a sí mismo. Y entonces la parte superior de su cuerpo se deslizó por su cintura y aterrizó en un montón junto a la parte inferior de su cuerpo.

—Te dije que te quedaras atrás. Maldita sea —le dije, aunque sabía que estaba muerto.

Levanté la vista y me encontré con una hilera de paranormales que me sonreían con maldad, sus ojos recorrían mi cuerpo como si se preguntaran qué parte arrancar primero o a qué sabía.

Mierda. Me estaba arrepintiendo de no haber cogido el teléfono cuando Valen llamó. Me habría venido bien la ayuda del gigante ahora mismo.

Pensé en marcar su número, pero la idea se desvaneció cuando una sombra se abalanzó sobre mí desde la izquierda.

Antes de que pudiera detenerla, chocamos contra la pared con una fuerza aterradora. El impacto de dolor me dejó sin aliento y sentí que se me escapaba la luz de las estrellas. Una lluvia de fragmentos de madera, y lo que podrían haber sido cables, saltó por los aires, cayendo sobre mi pelo mientras me entraba polvo en los ojos. Estaba pegada a la pared y no podía moverme.

El vampiro chilló de risa y su cálido aliento me golpeó la cara mientras hablaba.

—Te arrancaré la piel de los huesos lentamente hasta que pidas clemencia... y luego te chuparé la sangre como si fuera agua con una pajita.

Tosí, parpadeando para que se me escaparan las lágrimas.

—Eso es realmente asqueroso —Recurrí a mi luz estelar, alcanzando la magia de las estrellas, y me dejé llevar.

Una ráfaga de luz emanó de mí y golpeó al vampiro, enviándolo de un lado a otro del laboratorio. De repente se oyó un ruido seco, como si uno de los tanques se hubiera roto, pero no podía ver tan lejos en la oscuridad.

Me impulsé hacia delante, tambaleándome al sentir los efectos de la luz estelar. Mi cuerpo se debilitó a medida que la magia tomaba su compensación.

El eco de los gruñidos me hizo girar. Un grupo de sujetos humanos cayó sobre sus manos y rodillas. Sus huesos crujieron y estallaron, sus brazos y piernas se alargaron. Sus rostros se deformaron y estiraron hasta que sus mandíbulas se alargaron en una horrible mezcla de humano y lobo.

Una pelusa de sedoso y espeso pelaje gris y negro apareció sobre su

piel mientras sus ojos amarillos me seguían. No quedaba nada humano en ellos, solo animal. Sus labios se curvaron en una amenaza con gruñidos constantes en una promesa de muerte.

Sentí una oleada de rabia aterrorizada.

—Súper —exhalé—. Me estoy haciendo demasiado vieja para esta mierda. Debería haberme quedado en mi apartamento. Eso es lo que debería haber hecho.

Apenas tuve tiempo de darme cuenta de lo rápido que mi plan se había ido a la mierda cuando los lobos se me echaron encima.

Me lancé bajo uno de los tanques, girando mientras me agachaba y rodaba hasta que apenas esquivé un zarpazo de afiladas garras del lobo negro.

Pero entonces, algo me agarró del pie y me arrastró de nuevo al exterior.

Rodando, dientes y garras me acuchillaron, desgarrándome la ropa y la piel. Me dolió muchísimo, pero me levanté en un santiamén. La adrenalina podía hacer eso.

Un puño salió de la nada y cayó sobre mi cara. La negrura plagó mi visión mientras tropezaba, y mi pómulo gritó de dolor. Sentí el cálido goteo de sangre de mi nariz mientras parpadeaba la humedad de mis ojos mientras la sombra de los vampiros se cernía sobre mí. Incluso con la energía estelar que fluía en mí, no era rival para la velocidad sobrenatural de un vampiro. Seguían siendo mucho más rápidos que yo y más fuertes, capaces de esquivar mis ataques con fluida facilidad.

Me palpitaba la cara y sentía que se me hinchaba como un globo. No necesitaba rellenos. Un vampiro se abalanzó sobre mí, con los dientes afuera y de un blanco antinatural. Retrocedí de un salto, pero no lo bastante rápido para evitar que su puño me golpeara en la cabeza.

Tropecé, inclinándome hacia delante y sintiendo náuseas mientras las paredes de mi cráneo tamborileaban. Apenas era consciente de mis piernas, que milagrosamente seguían sosteniéndome. Una mano salió disparada y el mismo vampiro me agarró, tirándome al suelo.

Claro que iba a matar a Bellamy.

—Se acabó el recreo —dijo una voz que me resultaba vagamente familiar.

Con la cabeza palpitante, luché por incorporarme, pero algo me agarró de los brazos.

—Sujétenla —ordenó una voz femenina.

Me asaltaron destellos de batas blancas de laboratorio, y lo siguiente que supe fue que estaba inmovilizada contra el frío suelo de cemento, incapaz de moverme.

El miedo me invadió en oleadas, heladas y crónicas. Me esforcé por

no pensar en las palpitaciones de mi cabeza ni en el hecho de que aquellos sujetos humanos estuvieran escuchando a alguien.

El pinchazo de una aguja me pellizcó un lado del cuello.

Inmediatamente, sentí una oleada de algo cálido, la sensación de fatiga corriendo por mis venas. Y por alguna extraña razón, no podía mover las piernas ni los brazos.

Oh-oh.

Intenté mover las piernas, los brazos e incluso un dedo, pero era como si me hubieran congelado. Mi cuerpo no respondía.

Mierda. Esto era realmente malo.

Ese miedo me impulsó con la última ráfaga de adrenalina, manteniéndome despierta. No podía moverme, y solo eso me aterrorizaba.

Las luces se encendieron y parpadeé, dejando que mi vista se adaptara a la repentina luminosidad, ya que todo el laboratorio del almacén estaba repentinamente bañado por una luz brillante.

Una forma atrajo mi atención. Y entonces la figura se adelantó hasta mi campo de visión.

—Estelita —dijo Adele, con una sonrisa en la voz—. Qué bien que hayas venido.

CAPÍTULO 21

¿Adele? Mi mente parecía estar sufriendo los efectos de lo que fuera que me habían dado, porque esa persona era exactamente igual a Adele. ¿A menos que tuviera una gemela malvada? No, no lo creo.

No, era ella. Reconocería ese brillo demente en sus ojos y su falsa sonrisa en cualquier parte.

—¿Tú? —dije, con los labios extrañamente hormigueantes y entumecidos, como cuando el dentista te inyecta Novocaína en las encías. Una oleada de tensión me oprimió el pecho y todas mis señales de alarma se encendieron.

Adele me miró. Su túnica blanca del consejo colgaba de su cuerpo alto y delgado, y alrededor de las mangas y el cuello se veían grabados dorados en forma de sigilos y runas. Era una túnica exquisita. Lástima que cubriera los hombros de semejante estúpida.

—Sí. Soy yo. ¿Quién más?

—Tú me drogaste —Me quedé mirando la jeringuilla que aún sostenía entre sus largos y enjutos dedos—. ¿Qué me has dado? ¿Qué es esto? —Intenté moverme, pero fue inútil. Era como si mis miembros estuvieran hechos de cemento y formaran parte del suelo.

En un destello de blanco, pude distinguir a tres personas vestidas con batas blancas de laboratorio que estaban encima de mí. No solo personas, sino científicos brujos como Bellamy.

—Un potente relajante muscular —respondió Adele, con voz sedosa y venenosa como la de una serpiente—. Un fármaco bloqueante neuromuscular, como los que dan los médicos a los pacientes humanos para mantenerlos quietos antes de operarlos.

¿Operarlos? Intenté fruncir el ceño, pero parecía que mis músculos faciales también estaban alterados. Podría estar sonriendo. Podría haber fruncido el ceño.

—Pero tu huesudo culo ocupa una silla en el Consejo de Brujos Blancos. ¿Cómo pudiste hacer esto? —Sí, ella era el tipo de psicópata narcisista para llegar a algo tan retorcido.

—Pobre pequeña Estelita, atrapada en una telaraña —Adele caminó tranquilamente hacia mí.

Los otros paranormales que quedaban me observaban, sus rostros me miraban con la emoción brillando en sus ojos mientras anticipaban lo que Adele estaba a punto de hacer. Fuera lo que fuese, apostaba a que no era nada bueno.

Intenté concentrarme en mi luz estelar mientras la invocaba, pero

era como si algo me bloqueara. Algún tipo de muro u obstáculo invisible me impedía alcanzar las estrellas. Me sentía como cuando el sol me bloqueaba, como había dicho Julian, como si fuera pleno mediodía aunque fuera la una de la madrugada.

—No puedes recurrir a tu magia estelar —comentó Adele, que al parecer me había visto luchando con algo interno. Miró la jeringuilla que tenía en la mano—. Me aseguré de añadir un componente de barrera mágica a la inyección que te puse. Bellamy me lo preparó. Tu magia no puede salvarte ahora, Estelita.

Maldito Bellamy. Nunca había oído hablar de un bloqueador mágico usado a través de una jeringa. Hasta donde yo sabía, podías potencialmente bloquear a otra bruja o a cualquier practicante mágico de usar su magia con un hechizo o un maleficio. Incluso había oído hablar de esposas mágicas que podían romper el vínculo mágico. Adele había descubierto una nueva forma de interferir en mi frecuencia de luz estelar.

Intenté hacer una mueca, pero seguro que me veías más bien como si estuviera estreñida que otra cosa.

—Mis amigos vendrán a buscarme. Saben dónde estoy —Puras mentiras. Al menos debería haberle enviado un mensaje a Jade o a Elsa, diciéndoles a dónde había ido. El hecho era que nadie sabía dónde estaba, excepto Errol, que tomó el mensaje de Bellamy. Me daba por muerta si esperaba que Errol viniera a rescatarme.

—Se acabó —dijo Adele—. Piensas demasiado en ti y en tus habilidades. Noté ese defecto la primera vez que nos vimos. Tan arrogante. Tan ensimismada. Siempre serás una nulidad, un fiasco. El hecho es que nunca ibas a ganar esto. Para que los fuertes sobrevivan... debemos deshacernos de los débiles.

—Bla, bla, bla —murmuré—. De verdad te gusta escucharte hablar —Pero eso era bueno en cierto modo. Quería saber todo el alcance de su plan. Porque cuando pudiera moverme de nuevo, iba a ir a por ella. Para eso, necesitaba que siguiera hablando.

Porque volvería a moverme en cuanto se me pasara el efecto de la droga, y entonces su culo sería mío. Solo que no sabía cuándo iba a suceder.

Adele chasqueó los dedos.

—Pónganla en una silla —ordenó. Aquellos tres idiotas de bata blanca me levantaron, me arrastraron y me dejaron caer en una silla de oficina con no demasiada delicadeza.

Mi cabeza se inclinó hacia un lado. Gracias a Dios, la silla tenía un reposacabezas lo bastante alto como para evitar que la cabeza se me saliera del cuello. Sabía que técnicamente eso no ocurriría, pero así era como me sentía. Lo único bueno de mi nueva silla era que ahora tenía una buena vista de lo que me rodeaba.

Sentí que un hilo de baba empezaba a resbalar por la comisura de mis labios. Maldita sea. Estaba babeando. Intenté contenerla, pero no funcionó. Lo notaba, pero no podía hacer nada. Era una bruja de luz estelar paralizada y babeante. Fantástico. El siguiente pensamiento en mi cabeza fue que, gracias a la diosa, Valen no estaba aquí para ver esto.

Oí el roce de un zapato en el suelo y desvié la mirada para ver a Bellamy agazapado detrás de uno de los tanques humanos.

—Estás muerto —le amenacé—. Viniste a pedirme ayuda, ¿y haces esto? Ahora voy a por ti. Tan pronto como pueda moverme, mentiroso hijo de puta.

Al oír eso, la cara de Bellamy se puso pálida. Pero mientras continuaba mirándome, pude ver la comprensión en su cara, la forma en que su postura parecía relajarse un poco. Sabía que no iba a levantarme pronto. Cuando se armó de valor, salió de su escondite y dio un paso al frente.

—Lo siento. Pero no me diste opción —dijo el brujo científico—. Era mi vida o la tuya. Y siempre me elegiré a mí. Eres una Merlín. Hay muchos. Pero no puedes reemplazarme por capricho. Tengo un coeficiente intelectual de...

—Cállate, pequeño imbécil sudoroso —aullé—. Cuando esto termine, voy a patearte el culo. Y luego lo volveré a hacer porque es divertido. Puedes contar con ello. Soy una mujer de palabra.

Bellamy cerró la boca, sus ojos se desviaron hacia Adele. Era como si no estuviera seguro de quién le daba más miedo, si la bruja flacucha o yo. Sí, tenía razón en estar asustado.

Pero Bellamy, el traidor, era la menor de mis preocupaciones.

Volví la mirada hacia Adele, intentando pensar en un plan para salir de este embrollo.

—Esta es la venganza de la que hablabas. ¿Verdad? —me alegré de que mi voz saliera nivelada y fuerte, a pesar de que mi estómago era un caos—. ¿Quieres matarme porque te impedí destruir el hotel? Eso es un poco extremo, incluso para ti. ¿No te parece?

Las comisuras de los labios de Adele se torcieron ante mi desafío. Negó con la cabeza, mirándome como si yo fuera su subordinada humana que se había equivocado de bata.

—Había que cambiar el hotel por algo mejor. Más grande. Más grande siempre es mejor —Sus finos labios se estiraron en una sonrisa aterradora—. Haré que eso suceda. Algún día, pronto. Pero no puedo distraerme de mi trabajo —Se acercó a una de las mesas y dejó caer la jeringuilla.

Intenté enarcar una ceja, pero tal vez moví el labio superior.

—¿Cuál es? ¿Ser la reina de las zorras? Creo que ya has conseguido ese objetivo —Bueno, probablemente no era la mejor forma de

hablarle a mi captora, que tenía los medios para hacerme pedazos. Pero odiaba a esta bruja. Y a veces mi boca se le adelantaba a mi cerebro.

Adele se volvió y me miró.

—¿No has estado prestando atención, Estelita? Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

—Si pudiera mover la cabeza, podría ayudarte con eso —parpadeé —. Lo que veo es tu experimento científico que ha salido mal.

La bruja se acercó a mi silla y me miró fijamente.

—Creía que eras más lista que esto, más lista que esos tontos a los que llamas amigos. Pero tu nombre lo dice todo. ¿Verdad, Estelita? No eres más que una idiota con una cara bonita.

Al oír eso, Bellamy resopló. Me sorprendió mirándole fijamente, y la expresión que vio en mi cara fue suficiente para hacerle apartar la vista.

Volví a mirar a la bruja.

—Muy madura —Aun así, estaba claro que quería que viera algo o simplemente que validara lo que había hecho aquí.

El pitido constante de las máquinas atrajo mis ojos hacia los tanques y los tubos llenos de sangre paranormal que bombeaban hacia los sujetos humanos.

—¿Cómo conseguiste toda la sangre? ¿Voluntarios? —La cantidad de sangre que bombeaba por esas máquinas mágicas de diálisis equivalía probablemente a diez litros o más. Más de la mitad de la media de un cuerpo humano.

Ante eso, los ojos de Adele brillaron. Así que estaba llegando a alguna parte.

—Para la creación de las razas, se necesitaban grandes cantidades de sangre de determinados paranormales. Así que la tomé.

—¿Qué quieres decir? ¿Que los mataste? —Estaba loca. No solo mataba humanos, sino que no dudaba de que también había matado a algunos paranormales para conseguir lo que quería.

—No siempre —respondió Adele, acercándose aún más. Estaba tan cerca que podía oler las ráfagas de su perfume rosado y algo más como cebollas viejas—. Algunos daban sangre a cambio de dinero. Pero a veces no sobrevivían a la retracción. A veces sus cuerpos no podían soportarlo. Y bueno, tal vez tomamos demasiado. Supongo que nunca lo sabremos.

—Dije que tomábamos demasiado —expresó Bellamy, la leve tensión de su mandíbula la única señal de su resentimiento—. No me hiciste caso.

Adele le dirigió una mirada irritada antes de volver a clavar sus ojos en mí.

—Eran un medio para un fin.

—Un fin muy atroz, sin duda.

La punzada de indignación en el rostro pálido de Adele casi me hizo sonreír. Demonios. Se sentía bien hacerla enojar. Debería hacerlo más a menudo.

—Aún no has dicho por qué haces esto —Volví a intentar. Y al ver ese brillo de satisfacción en sus ojos, supe que estaba a punto de decírmelo. Parecía que Adele quería presumir de sus logros antes de llegar a la parte final.

Una sonrisa lenta y profundamente satisfecha se dibujó en la bruja.

—Es hora de que los paranormales se levanten. Es hora de que recuperemos lo que era nuestro desde el principio.

—¿Qué cosa?

Ella levantó los brazos.

—Este mundo.

Oh-oh.

Adele hizo una mueca, sus rasgos se contrajeron y le dieron un aspecto felino.

—Los humanos son débiles, codiciosos y estúpidos. Hemos vivido demasiado tiempo a la sombra de las especies más débiles. Ahora ya no.

—Si pudiera vomitar, lo haría.

—Verás —continuó Adele—. Eliminaremos a la raza humana, pero nos quedaremos con lo justo para mantener nuestra sed. Seguirán proporcionándonos su sangre. Los contendremos. Estarán justo donde los necesitemos.

—¿Como una prisión?

—Como una prisión —repitió alegremente—. Mi querida Estelita —Adele me miró—. Te contaré un secretito ya que... bueno... vas a morir.

No me sorprendió oírla decir eso.

—¿Y cuál es?

Adele me miró a la cara, como si quisiera asegurarse de que tenía toda mi atención para captar el efecto de lo que estaba a punto de decir.

—No hay espacio para los humanos en *mi* nuevo mundo —dijo Adele con claridad y haciendo hincapié en la palabra ˜«*mi*». Sus ojos se dirigieron a los tanques y de nuevo a mí.

—¿*Tu* nuevo mundo? —Sí, definitivamente estaba loca. Me sentí mareada. Era demasiada información—. Mierda. Estás tratando de exterminar a los humanos. ¿Solo que no puedes esperar tanto, así que estás fabricando paranormales? —Sonó aún más loco cuando las palabras salieron de mi boca.

—Vampiros, hombres lobo, todo tipo de metamorfos —dijo la bruja flaca—. Algunas especies son más difíciles de recrear, pero

pronto lograremos lo imposible. ¿Verdad, Bellamy?

Bellamy levantó la vista de un archivo que estaba mirando.

—Sí. Sí, es cierto. Los brujos suponen un pequeño problema, pero nada que no podamos ajustar.

—Excelente —la cara de Adele se torció en una sonrisa malvada.

El calor me subió a la cara. Intenté moverme de nuevo, pero fue inútil. Mi cuerpo era tan inútil como la confianza de Bellamy.

—Pero tus experimentos son defectuosos —escupí—. No duran. Todas estas... estas *cosas* tienen fecha de caducidad. No van a funcionar.

—Lo suficiente para conseguir lo que necesito —dijo Adele. Me miró, su sonrisa se ensanchó al ver lo que expresaba mi rostro—. La destrucción total y absoluta del mundo humano. Mis *experimentos*, como tan delicadamente has dicho, son la clave. Ya no estaremos enjaulados. Ya no viviremos en secreto. Los paranormales caminarán por la tierra. Este es el fin del mundo humano tal como lo conoces. Es una pena que no estés para verlo. Miles de millones de humanos serán reemplazados y finalmente morirán. No me importa.

Qué asco. Una mezcla de rabia y miedo se apoderó de mí.

—Estás loca.

Al oír eso, la fría actitud de la bruja pareció resquebrajarse.

—Y como todos los que estamos aquí, *tú* también tienes un papel que desempeñar en mi nuevo mundo, Estelita —añadió, con los ojos brillantes.

Se me heló la sangre al comprender de repente qué hacía aquí, paralizada en la silla, por qué Bellamy me había hecho venir. No pretendía matarme... bueno, no al principio.

—No. No puedes tomar mi sangre. No puedes hacer otros brujos de luz estelar. No funciona así —Apreté los dientes, rezando a la diosa para que me devolviera el uso de mi magia, pero cuando intenté alcanzar el poder de las estrellas, sentí el mismo bloqueo que antes. Miré a Bellamy—. No puedes crear brujos. Díselo, Bellamy. Díselo.

Oh, mierda. No debería haber venido.

Bellamy miró a los otros científicos brujos, como si esperara que fueran a respaldarlo. Pero desviaron la mirada y le dieron la espalda, pareciendo tan aterrorizados por Adele como él.

El sudor corría por las sienes de Bellamy.

—La transferencia de brujos es un problema... —sus ojos se dirigieron a Adele—. Pero nada que no podamos superar. Te lo aseguro —añadió rápidamente.

Maldita sea. Iban a quitarme la sangre y probablemente me matarían en el proceso. No podía hacer nada para evitarlo.

Peor aún, nadie sabía dónde estaba. Me sentía tonta y terriblemente sola en aquel momento. Se me llenaron los ojos de

lágrimas.

—¿Estás llorando? —rio Adele—. Creía que estabas hecha de un material más fuerte, Estelita. Llorar es de perdedores.

Caían lágrimas de rabia, desesperación y arrepentimiento. No me importaba que todos lo vieran. ¿Qué importaba? Iban a utilizarme como a una rata de laboratorio.

Adele hizo una mueca y se inclinó sobre mí. Oí unos crujidos y luego me quitó el bolso por encima de mi cabeza y lo acercó hacia ella.

—¿Qué haces? —pregunté mientras rebuscaba en ella.

Adele metió la mano y sacó mi teléfono.

—Como ya te he dicho. Te das demasiado crédito a ti misma, Estelita. En unos minutos estarás muerta —me dijo—. Tu vida nunca habrá importado. Pronto, nadie se acordará de Leana Fairchild, la bruja de luz estelar. No eres nada y morirás siendo nada.

Mi expresión se deformó mientras buscaba una respuesta que no llegaba. El pánico se redobló, nublando mi mente y mi concentración. No quería morir así, paralizada e incapaz de defenderme.

—No va a funcionar —siseé—. Mi sangre no puede ayudarte.

Adele soltó una carcajada fingida.

—Oh, Estelita. No se trata de ti. Nunca se trató de ti. No eres tan especial.

—¿Qué?

—¿Qué es lo más raro, lo más especial de todos nosotros?

Oh, mierda...

Adele sostuvo mi teléfono en su mano.

—Te lo dije. Nunca se trató de ti. Siempre fue por el gigante. Para hacer más gigantes, bueno, necesito un gigante —sonrió malvadamente y dijo—: Necesito a Valen.

CAPÍTULO 22

Yo era una tonta. La tonta más grande en el universo de universos de tontos.

La sangre abandonó mi rostro. Me había equivocado. Sabía adónde iba esto. Todo tenía sentido ahora. La razón por la que fui engatusada para venir hasta aquí y me mantenían cuidadosamente con vida, era porque Adele iba a usarme para atraer a Valen de alguna manera.

Miré fijamente mi teléfono en su mano.

—No va a funcionar.

—Sí. Sí, lo hará.

—No funcionará.

Adele levantó la vista y dijo:

—Vendrá. Vendrá a por ti. He visto cómo te mira el gigante. La forma en que un hombre desea a una mujer. Solo piensa en ti. Creo que está enamorado de ti.

Mi cara se encendió ante su comentario.

—No lo está. Lo sé a ciencia cierta. Sale con otras mujeres. Esta noche estaba con otra. Lo has entendido todo mal —¿Pero en realidad lo estaba?

Los dedos de Adele se movían sobre la pantalla mientras tecleaba.

—No lo creo. Los he estado observando durante bastante tiempo. Era nauseabundo, pero había que hacer el trabajo. Es ese tipo de macho guapo, fuerte y sobreprotector que vendrá si cree que su mujer está en problemas.

—No soy su mujer —aunque, me gustaba como sonaba eso.

Guardó mi teléfono entre los pliegues de su bata blanca.

—Se preocupa mucho por ti, aunque no tengo ni idea de por qué. Aun así, vendrá. Siempre tengo razón.

—¿Qué quieres de él? —Sabía lo que quería, pero quería escucharla decirlo.

—Con un ejército gigante a mi disposición —dijo, enderezándose —, los humanos nunca podrán resistirse. No quedará nada de los humanos después de que mis gigantes se encarguen de ellos.

—Eres una perra retorcida —gruñí—. No te saldrás con la tuya. El Consejo Gris te detendrá —No estaba del todo segura, ya no. Aunque Adele hubiera orquestado este laboratorio, tenía la sensación de que tenía algunos admiradores dentro del Consejo Gris—. Y estoy bastante segura de que obtendrás cierta resistencia de las Cortes paranormales. No te dejarán destruir a todos los humanos. Porque... bueno... porque

eso es una locura.

Adele se arregló la parte delantera de la bata.

—Tienes razón. La resistencia es inevitable. Y nos encargaremos de ellos igual que de la resistencia humana. Con mi ejército de gigantes.

El pavor fue una finalidad repentina. Me sentí inútil y avergonzada. No podía levantarme de la silla. Mi cuerpo ya no era mío, pero todavía podía usar mi boca.

—Bellamy, escúchame —dije, hablando rápido—. ¿Oyes lo que dice? —El científico brujo inclinó su cuerpo hacia mí desde una de las estaciones de trabajo, pero no quiso establecer contacto visual—. ¿No sabes que esto es un genocidio? No puedes hacerlo. Si se lo permites, eres parte de ello. Eres tan culpable como ella. Incluso si consigues poner en marcha sus planes, te detendremos. ¿Me oyes? Y cuando lo hagamos, no irás a prisión. Te mataremos —Sus hombros se tensaron, así que supe que estaba llegando a él—. Puedes detenerla. Simplemente no lo hagas. Di que no lo harás.

Bellamy finalmente levantó sus ojos hacia los míos.

—No lo entiendes. No tengo elección.

Gruñí mientras intentaba moverme, más lágrimas de rabia goteando de las comisuras de mis ojos.

—¡Si pudiera moverme, te daría una patada en el culo! *Tienes* elección, Bellamy. No lo hagas. Es tu elección. No lo hagas.

El científico brujo apartó la mirada y volvió a centrarse en lo que estaba haciendo. Cuando cambió de posición, vislumbré tres jeringuillas con extremos esponjosos y rojos colocadas cuidadosamente en fila junto a una pistola de dardos. No eran jeringuillas, sino dardos llenos de lo que habían usado conmigo.

—¿Son para Valen? —Prácticamente escupí. Sí, estaba segura de que allí había humedad—. Hijo de puta, Bellamy. Eres tan desagradable como ella.

Adele se rio como si yo fuera un espectáculo cómico montado solo para ella, pero el científico brujo encorvó la espalda; no sabía si por culpa, cansancio o miedo. Me daba igual. Se había preparado para hacerle a Valen lo mismo que me había hecho a mí. Era tan culpable como Adele en mi libro. Se merecía una buena paliza.

La ira ardió a través de mi miseria y mis sentimientos de traición. Me fui a algún lugar lejos, muy lejos de mí misma. Lágrimas silenciosas resbalaron por mi cara y mi cuello, encharcándose alrededor de mis clavículas. Sí, algunos mocos se mezclaron allí también, y no pude hacer nada al respecto.

Mi propia furia y mi miedo se evaporaron al pensar en Valen, sustituidos por una abrumadora necesidad de protegerlo. ¿Y qué si salía con otras mujeres? Valen no era un mal tipo. No dejaría que le hiciera daño.

—¿Por qué no me sacas sangre? ¿No soy lo suficientemente buena para tu experimento científico? Aquí estoy. ¿No es así? ¿Lista para el desplume?

Adele echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¿Por qué iba a querer más Estelitas? Eres el tipo de bruja más débil... no puedes invocar el poder de la diosa ni de los elementos, y ni siquiera los demonios te dan la hora. No creo que sea correcto llamarte bruja. Eres más humana que otra cosa —dejó escapar un suspiro—. Quiero un gigante, y un gigante tendré.

—No es un objeto. Es una persona.

Adele levantó las cejas.

—Es lo que yo quiera que sea. Es lo que quiero y necesito en este momento.

Me ardían los ojos mientras más lágrimas caían por mis mejillas.

—Eres una zorra enferma. ¿Lo sabías?

—Me han llamado cosas peores.

—No vendrá —dije—. Está ocupado —Era verdad. Estaba con esa rubia sexy.

El sonido de las voces llegó hasta mí por encima del fuerte zumbido de mi corazón en mis oídos.

Se me aceleró el pulso y lamenté profundamente mi decisión de reunirme con Bellamy.

Los ojos de Adele se redondearon de emoción.

—Ya está aquí.

Desvié la mirada y vi unas batas blancas que se acercaban corriendo a la mesa con los dardos tranquilizantes. Uno de ellos cogió la pistola y todos desaparecieron a los lados, fuera de mi campo de visión. Los paranormales fueron los siguientes, se dispersaron como ratas asustadas detrás de cajas y desaparecieron.

—¡No! —Apreté la mandíbula mientras luchaba con todas mis fuerzas. Podría haberme tirado un pedo, pero era inútil. No podía moverme.

Adele chasqueó los dedos y, para mi horror, Bellamy avanzó con un rollo de cinta adhesiva.

—No te atrevas —gruñí—. ¡No te atrevas! ¡Valen! —grité, mirando por encima de los hombros de Bellamy—. ¡No vengas aquí! Es una...

Bellamy me puso un trozo de cinta adhesiva en la boca.

—Lo siento —Se inclinó hacia adelante como si quisiera decir más, sus labios aleteando, y luego solo dijo tres palabras en un susurro—: No durará mucho.

—¡Mrrghh! —grité, con las palabras amortiguadas.

Bellamy se apartó de mí y se fue a algún lugar detrás de mi silla.

Cuando busqué a Adele, no la vi por ninguna parte. Todo el mundo había desaparecido. Solo quedaba yo, la silla y... Valen.

Valen entró en el almacén con una gracia fluida y depredadora, pero sus movimientos tenían un toque apresurado, como si estuviera incómodo o ansioso. Aunque su rostro rugoso estaba deformado por la preocupación, era tan apuesto e hipnotizante como siempre. Una chaqueta de cuero negro cubría sus anchos hombros sobre una camiseta ajustada y unos jeans. Incluso en la distancia de la habitación, pude ver oscuridad en su mirada y tensión en su rostro. Había una gran preocupación.

Nuestras miradas se cruzaron y mi corazón dio un vuelco.

Los ojos de Valen se abrieron de par en par durante un segundo al ver la silla, la cinta adhesiva que me tapaba la boca, mi incapacidad para moverme y mi cara llena de lágrimas.

En sus facciones se reflejaron emociones crudas: miedo, culpa y, después, una profunda furia.

—¡Mmhhh! —Se me escaparon más lágrimas mientras intentaba decirle que no con una simple mirada, pero Valen ya estaba acortando la distancia entre nosotros a toda velocidad.

Las lágrimas seguían cayendo y la velocidad de Valen aumentaba. Esto estaba mal. Todo mal.

Desde la esquina de mi visión borrosa, vi formas oscuras caer del techo, y luego un borrón de formas rodeó a Valen. Sus ojos negros destellaban con un hambre oscura, sus garras se agitaban. Vampiros.

Valen se detuvo.

El sonido de unos gruñidos atrajo mis ojos hacia la izquierda. Aparecieron más formas con pelaje y cuerpos demasiado grandes para ser considerados lobos normales, con las orejas pegadas y los labios curvados para mostrar dientes del tamaño de cuchillas cortas con patas del tamaño de mi cabeza.

En una ráfaga de miembros, Valen se arrancó la ropa. Seguidamente, se produjo un destello de luz seguido de un sonido desgarrador y la rotura de huesos. Su cara y su cuerpo se retorcieron, agrandándose y expandiéndose hasta que alcanzó su forma de gigante de cinco metros.

Y entonces se abalanzaron sobre él.

Una ira ardiente me recorrió la piel, aunque no podía hacer otra cosa que mirar.

Vampiros y hombres lobo atacaron a Valen desde ambos lados. El gigante se movía con fluidez y con la gracia de un asesino. Los golpeó con sus grandes brazos y envió a dos vampiros contra uno de los depósitos de agua.

Valen se agachó, giró y asestó un gran golpe con los puños, aplastando los cráneos de unos tres hombres lobo a la vez. Lanzaron gritos ahogados de dolor y conmoción mientras la sangre manaba de sus muñones ensangrentados.

Si no hubiera sabido que estaba aquí para ayudarme, me habría cagado de miedo.

Un ruido sordo de metal contra hueso, y vi a uno de los vampiros sosteniendo una espada. Valen agarró la espada, la partió por la mitad y luego hizo lo mismo con el vampiro.

Maldita sea. Eso fue bastante desagradable. Pero no podía apartar la mirada.

Más vampiros cayeron del techo como grandes y feas arañas y se aferraron al gigante, hundiendo sus dientes y garras en su carne.

Oí un grito y el sonido de carne desgarrada cuando Valen despegó a los vampiros de su persona, de dos en dos, antes de golpear sus cabezas. Oí un sonido nauseabundo, como el crujido de los huesos, y los arrojó.

Aplastó sus cuerpos con voraz rapidez, su enorme cuerpo era imparable.

Un destello de pelaje marrón apareció en mi campo de visión. Con un torrente de velocidad paranormal, un hombre lobo hundió sus dientes en el muslo de Valen.

El gigante gritó, más de rabia que de dolor, y con un golpe de su gran puño golpeó la cabeza del hombre lobo. La bestia se desprendió de la pierna del gigante y cayó al suelo.

Otro grupo de hombres lobo se lanzó contra Valen en un destello de pelaje y dientes. Un hombre lobo negro abrió sus fauces mientras rugía, sus ojos amarillos brillaban mientras chasqueaba sus enormes dientes. Se acercó por detrás. Valen giró y le derribó el pie en la cabeza, matándolo al instante.

Gritos y aullidos estrangulados resonaron a mi alrededor, seguidos por el horrible sonido de la carne desgarrada y el rápido sonido de los puños golpeando la carne blanda. Una y otra vez. Una y otra vez. Una y otra vez.

Entonces me invadió un silencio repentino. Parpadeé entre lágrimas y miré a mi alrededor.

Valen estaba en medio de un mar de paranormales destrozados, aplastados y sin vida. A donde sea que miraba, los cuerpos de vampiros y hombres lobo yacían inertes y muy muertos. Hice a un lado la culpa que amenazaba con surgir, pues sabía que se trataba de sujetos humanos, bueno, la mayoría de ellos. Pero no podía estar segura. Algunos paranormales reales podrían haberse puesto del lado de Adele.

Mis ojos volvieron a encontrar a Valen. Me miró y una extraña y cálida emoción vibró en mi vientre.

La alegría y la esperanza me invadieron. Valen los había vencido a todos, y no quedaba nadie. Nadie vivo.

Giró la cabeza hacia mí e intenté sonreír, pero la cinta estaba

demasiado apretada.

—*Leana* —dijo Valen, y mi corazón lloró un poco al notar la preocupación en su voz. Preocupación por mí.

Oí de repente un fuerte estallido, como el sonido de unos fuegos artificiales.

Un pequeño objeto pasó volando junto a mí y golpeó a Valen en el pecho. La pelusa de las plumas rojas resaltaba sobre la piel de Valen.

Mierda. ¡Los dardos!

Mis ojos se redondearon de miedo.

—¡Mmgghmm! —Sentí que la sangre abandonaba mi cuerpo y oí la respiración entrecortada detrás de mí. Una brizna de pánico se desplegó como una hoja dentro de mi pecho.

Valen levantó la mano y sacó el dardo, mirándolo un momento antes de aplastarlo en su mano.

El rostro del gigante mostró un gesto de rabia. Y entonces volvió a avanzar hacia mí.

Otro estallido. Parpadeé y vi otro dardo clavado en el cuello de Valen.

El gigante también lo sacó y lo lanzó. Vaciló un instante y yo siseé entre dientes.

Dio otro paso hacia mí justo cuando un tercer dardo se hundía en su bíceps derecho.

—*¡Mmhhmm!* —grité a través de mi boca atada.

Valen sacó el tercer dardo. Se tambaleó y luego cayó de rodillas, con el dardo aún en la mano. Vi con horror cómo el dardo se deslizaba fuera de su palma.

Y entonces las paredes y el suelo del almacén temblaron cuando el gigante cayó al suelo y se desplomó de costado.

CAPÍTULO 23

—Por fin —Adele salió de algún lugar detrás de mí. Su túnica blanca ondeaba a su alrededor mientras cruzaba hacia donde yacía Valen. Tenía la cabeza girada en dirección contraria, así que no podía verle la cara.

Adele se detuvo sobre el gigante un momento, luego levantó la pierna y le dio una patada con la bota.

—*¡Grrrrh!* —grité.

Me miró por encima del hombro y sonrió.

—Está listo.

Oí el sonido apagado de voces seguido del de muchos pies cruzando el suelo del almacén cuando las batas blancas aparecieron a la vista.

Entrecerré los ojos. *Tramposos*. Si hubieran luchado contra Valen con los demás paranormales, estarían destrozados y aplastados, tirados en el suelo con el resto.

—No te preocupes —dijo Adele al encontrarse con mis ojos—. No sentirá nada —añadió con una sonrisa satisfecha.

Contemplé horrorizada, incapaz de moverme o de hacer magia, cómo las seis batas blancas arrastraban una gruesa cadena que parecía la cadena del ancla de un gran barco, desde algún lugar a mi derecha. Enrollaron la cadena alrededor de los brazos de Valen y, con un súbito clic, se encendió una máquina. De repente, el cuerpo grande y pesado de Valen fue arrastrado por el suelo.

Lo arrastraron hasta un laboratorio y lo tumbaron boca arriba. Luego empezaron a clavarle agujas por todo el cuerpo hasta que le conectaron tubos en el cuello, las muñecas, los brazos, las piernas y el pecho.

El sonido de unas ruedas atrajo mi atención hacia dos batas blancas que empujaban un carro. Altos frascos de cristal tintineaban mientras aparcaban el carro junto a una de esas mágicas máquinas de diálisis.

—¿Dónde está Bellamy? —Adele agitó la cabeza y sus ojos recorrieron el almacén.

—Se fue —dijo uno de los batas blancas, un varón de barba corta y castaña—. No pudo soportarlo —Los demás se rieron.

—Es una rata —dijo la única mujer bata blanca—. Deberíamos haberle matado.

—Eso no depende de ti —espetó Adele, y el rostro de la mujer de

bata blanca enrojeció—. Yo tomo las decisiones. Bellamy cumplió su propósito —Sus ojos se dirigieron a Valen, que estaba en el suelo, y luego me miraron a mí—. Sin sus traiciones, yo no tendría a mi gigante —Adele se colocó junto a la cabeza de Valen. Desde mi posición ventajosa, solo podía ver parte de su cara. Miraba al techo.

El terror me apretó la garganta.

—Hhhhmmm.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —el barbudo de bata blanca me señaló—. Ella sabe demasiado.

—Podríamos realizar un encantamiento de memoria —dijo otra bata blanca, la más vieja del grupo, con su corto pelo blanco y un rostro cubierto de arrugas.

La mujer de bata blanca negó con la cabeza.

—Nunca duran. Puede que dentro de un año no se acuerde. O puede que dentro de dos años se acuerde de todo. Es demasiado arriesgado. Deberíamos matarla.

¿Matarme? El corazón se me subió a la garganta y pude sentir el comienzo de un ataque de pánico.

—Tener más brujos de luz estelar podría ser útil —dijo el barbudo de bata blanca—. Deberíamos desangrarla. Guardar su sangre para cuando estemos listos para una transferencia de brujos.

—¿No han oído ni una palabra de lo que he dicho? —Adele inclinó su alta figura sobre el pequeño brujo científico—. Yo tomo las decisiones. Además —me miró, con el ceño fruncido por la curiosidad —, Darius la quiere viva.

¿Darius? ¿Quién diablos era Darius? ¿Era él quien mandaba en el Consejo Gris? Apuesto a que sí.

—Pero... —Adele me sonrió fríamente—. Nunca dijo que no pudiéramos jugar con ella primero.

Todas las batas blancas se rieron de eso, sonando como una manada de hienas salvajes, y vi un destello de furia cruzar por el rostro de Valen.

—Estamos listos —declaró uno de los hombres de bata blanca, de pie junto a la máquina de diálisis, con la mano junto a un gran botón rojo.

Adele dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Empecemos.

El hombre de bata blanca pulsó el botón y el ruido de un motor cobró vida, con pitidos y chasquidos resonando por todo el almacén.

Se me revolvió el estómago cuando brotes de sangre de Valen se precipitaron por largos tubos y desaparecieron dentro de la máquina de diálisis. Luego, gotas de líquido rojo empezaron a llenar los frascos de cristal.

—Rápido —ordenó Adele, chasqueando los dedos—. Traigan al

humano.

¿Traigan al humano? ¿Ahora iba a crear otro gigante?

Sí. Parpadeé al ver a otro grupo de batas blancas que transportaban un pesado tanque lleno de agua sobre ruedas con una mujer flotando e inconsciente en su interior.

Mierda. Iban a intentar crear un gigante con esta hembra humana.

Miré a Adele, intentando decirle con los ojos que era una zorra demente, pero se limitaba a mirar a Valen como si fuera un diamante preciado. Se estaba paseando. Su entusiasmo por torturar y matar gente era enfermizo.

Se me subió la bilis a la garganta y la reprimí. Si vomitaba ahora, con la garganta parcialmente paralizada, podría morir ahogada.

Volví a mirar a Valen y se me cortó la respiración. Tenía la piel pálida, sudorosa y casi verdosa. Su rostro era una máscara de angustia. Parecía enfermo, como si tuviera fiebre.

Intenté agitarme, dándolo todo, pero lo único que conseguí fue soltar más gases.

—*¡Mmmm!*

Adele me miró y me dedicó una sonrisa.

—Estás pensando que estamos desperdiciando su vida como las demás. Que su débil cuerpo humano no puede soportar la transformación —su sonrisa aumentó—. Esta vez hemos añadido una mezcla especial. Un elemento clave para conservar todas las propiedades mágicas de los gigantes. Como si hubiera nacido gigante. Si sobrevive a la mutación, es muy probable que viva. Nunca volverá a ser humana. Será una gigante.

Fruncí el ceño, o al menos lo intenté, con una sensación de terror que me llenaba hasta los ojos.

—Considérate afortunada. No muchos han presenciado el nacimiento de gigantes.

¿Nacimiento de gigantes? Era una maldita lunática.

La mujer de bata blanca agarró unos tubos conectados a la hembra humana y los conectó a la misma máquina a la que estaba conectado Valen. Le estaban desangrando e intentando crear un gigante al mismo tiempo. Iban a matarlo.

Mis ojos volvieron a girar sobre Valen, viendo cómo su rostro y su cuerpo se debilitaban.

El sonido de los cánticos irrumpió sobre el pitido de las máquinas. Los de batas blancas y los brujos científicos estaban haciendo su magia. Los cánticos adquirieron un matiz de feroz satisfacción vengativa y fueron subiendo de tono hasta sonar casi como gritos.

El aroma de la magia blanca me envolvió como una enredadera. Me invadió una sensación fría y helada que no era la del viento de septiembre. La piel se me erizó al sentir el cambio en el aire, como

pequeñas corrientes eléctricas. Maldije al sentir su picor mezclado con el olor a caramelo y huevos podridos.

La humana del tanque se sacudió y sus miembros se agitaron al bombearle la sangre de Valen. Parecía como si no pudiera respirar, como si la mantuvieran bajo el agua a la fuerza. Giró la cara y nos miramos por un momento. A través del cristal, vi el miedo y la desesperación en ellos. Quería ayudarla, hacer algo. Tuve un destello de su rostro humano asustado y luego sus ojos se apagaron, su cabeza colgando. ¿Estaba muerta?

Nunca había presenciado algo tan terrible, tan inhumano y vil en toda mi vida. Nunca podría dejar de verlo. Quedó grabado en mis párpados para siempre.

—¡Con mi ejército de gigantes, seré invencible! —gritó Adele, con una sonrisa maníaca en el rostro—. No necesitaré a Darius ni a ninguno de ellos. Aplastaré a todos los que se me opongan. Tendré mi nuevo mundo. Y seré reina.

Psicópata total.

Los científicos brujos siguieron cantando. Una luz blanca azulada destelló tan brillantemente, que tuve que cerrar los ojos por un momento si no quería que mis globos oculares se quemaran.

Después se oyó un chisporroteo y luego un estallido, como el de una hoguera, seguido de un abrumador olor a tierra mojada mezclada con azufre. La luz disminuyó y me quedé mirando a la hembra humana que flotaba en el tanque. Tenía el mismo tamaño que antes. Nada había cambiado, que yo supiera.

Adele chasqueó los dedos con impaciencia.

—Vacíalo. Vamos. Vamos.

Obedeciendo a su ama, uno de los batas blancas tiró de lo que yo solo podía llamar un tapón negro de bañera, y el agua se liberó en una tubería gruesa y negra que se extendía hasta el lateral del almacén.

—Sáquenla —ordenó Adele en cuanto el tanque estuvo vacío de agua.

Los batas blancas sacaron a la hembra humana desnuda y la depositaron en el frío suelo de cemento, mojada y probablemente muerta. En algún lugar de mi interior, esperaba que así fuera.

El enfado de Adele me hizo sonreír. Bueno, lo intenté. Aaaah. Estaba loca esa mujer.

La bruja se paró frente a la humana.

—¡Arriba! ¡Levántate! ¡Levántate y cambia de forma o te quemaré viva!

Los ojos de la humana se abrieron de golpe. Mierda, ¡estaba viva!

—Levántate, asquerosa —Adele se movió y le dio una fuerte patada en el estómago.

La humana chilló de dolor y rodó hacia un lado.

—¡Levántate! —gritó Adele, con los brazos extendidos. Sí, toda una imitadora del Dr. Frankenstein.

Aproveché para echar un vistazo a Valen, y el miedo se apoderó de mí. Tenía la piel húmeda y casi transparente. Brillaban unas venas azules que parecían tan finas y delicadas como el papel de seda. Casi podía ver cómo le succionaban la sangre.

Lo estaban matando. No iba a sobrevivir a esto.

Y todo era culpa mía.

El pavor me retorció las entrañas y más lágrimas se derramaron por mi rostro mientras miraba fijamente al hombre, al gigante, que obviamente me importaba más de lo que quería admitirme a mí misma.

—¡Arriba! ¡Levántate! Estúpida puta humana —Adele pateó a la hembra humana una y otra vez. Incluso sus batas blancas tuvieron la inteligente idea de retroceder y dejarle espacio.

La hembra humana soltó un grito y empezó a convulsionarse. Al principio, pensé que era el fin. Pero entonces sentí un zumbido mágico en el aire y vi un destello de luz.

La mujer humana cayó a cuatro patas, aullando mientras su cara y su cuerpo se ondulaban y se estiraban hasta alcanzar proporciones antinaturales.

—¡Sí! *¡Sí!* —chilló Adele.

El rostro de la mujer se hinchó, al igual que sus extremidades, hasta que su cuerpo triplicó su tamaño normal. El suelo temblaba mientras ella empujaba sus nuevos y gigantescos muslos y luego los pies. Tenía un entrecejo prominente y una mandíbula superior saliente, lo que le daba un aspecto más parecido al de un ogro, igual que Valen. No era tan grande como Valen en su forma gigante, pero estaba cerca. Tal vez 3 metros de altura. Era aterradoramente grande y fuerte.

Adele lo había hecho. La zorra había hecho a una gigante.

Cuando volví a mirar a Valen, tenía los ojos cerrados. Y su cuerpo había vuelto a su tamaño humano. Parecía... parecía muerto.

Mi desesperación empeoró. Mis tripas se retorcieron mientras dejaba entrar el pánico hasta que sentí que el mundo se me caía encima y yo caía a través de la silla.

Y entonces ocurrió algo extraño.

Sentí un cosquilleo. Un pinchazo. Primero a lo largo de los dedos de los pies y luego subiendo hacia las rodillas, escurriéndose sobre mi piel, como si tuviera miles de insectos espeluznantes arrastrándose dentro y fuera de mi cuerpo. Totalmente repugnante. Pero el hormigueo continuó por todo mi cuerpo hasta llegar a mi cuero cabelludo.

El cosquilleo duró unos segundos, y entonces sentí una liberación,

como si de repente se desatara la cuerda floja que me ataba los miembros.

Era libre. Podía moverme de nuevo.

Las palabras de Bellamy tenían sentido ahora. *No durará*. Se refería a la droga paralizante. La había alterado. Solo me había dado parte de esa droga. Suficiente para engañar a Adele. Suficiente para liberarme.

Recurrí a las estrellas, a las poderosas emanaciones. La Luz Estelar respondió zumbando a través de mí, esperando a ser liberada.

Arranqué la cinta adhesiva y salté de la silla.

—¡Aléjate de él!

Y entonces dejé volar mi magia.

CAPÍTULO 24

La ira, el miedo, la desesperación, todo ello me consumía mientras lanzaba mi luz estelar contra la máquina que bombeaba la sangre de Valen.

Un bata blanca saltó en mi línea de fuego. Lástima.

Lo hice volar en pedazos al mismo tiempo que destrozaba la maldita máquina con una ráfaga de luz estelar.

El artilugio metálico salió volando hacia atrás y se estrelló contra una pared lejana. Todos los cables y tubos conectados a Valen fueron arrancados de un tirón. Seguía sin moverse y no había abierto los ojos. La rabia roja me invadió mientras me giraba lentamente y me enfrentaba a mis enemigos.

—¡A por ella! —Oí decir a uno de los batas blancas y vi a la única mujer, con otra jeringuilla en la mano.

—Esta vez no, zorra —Extendí la mano y disparé una brillante cuchilla blanca de luz estelar.

Golpeó a la hembra justo debajo de la mandíbula. Sus ojos se abrieron de par en par. No tuvo tiempo de gritar cuando la cabeza se le separó del cuerpo y cayó al suelo, llevándose la jeringuilla.

Los batas blancas eran brujos. Y descargaron su magia sobre mí.

Pero yo también tenía magia.

Como una tormenta de magia salvaje, los batas blancas estallaron en movimiento.

—Por el nuevo mundo —gritó uno de los hombres mientras saltaba hacia delante con llamas púrpuras brotando de sus manos.

Ira. Miedo. Dolor. Las oleadas de mis emociones alimentaron mi magia. La usaría.

Planté los pies, recurrí a mi luz estelar y di una palmada.

Un disco blanco y brillante surgió frente a mí como una armadura. La luz púrpura me rodeó cuando la magia del brujo golpeó mi escudo y rebotó.

Me mantuve firme, con mi luz estelar bombeando a través y alrededor de mí mientras me bañaba con su brillo.

El mismo brujo me golpeó de nuevo con una descarga de llamas púrpuras. Las llamas se desviaron de mi escudo, redirigiendo la magia, y una ráfaga de su propia magia impactó contra el brujo que se acercaba.

Bajé el escudo y levanté la vista a tiempo para ver cómo el brujo al que había golpeado salía volando hacia atrás. Su cuerpo

chisporroteaba en llamas púrpuras. Podría haber sido yo.

Vi la expresión de sorpresa de Adele ante mi escudo de luz estelar. Ella no sabía que yo podía hacer eso.

¡Sorpresa, perra!

El murmullo de una maldición me hizo girar para enfrentarme a otro brujo.

Se movía con torpeza, rígido, como si no estuviera del todo seguro de lo que hacía, o tal vez nunca antes se había batido en duelo uno contra uno con otra bruja.

Sonreí.

—¿Estás preparado? Yo sí. Dame lo que tienes.

Se rio al ver lo que había en mi cara, probablemente una combinación de ira y cansancio.

—Estás muerta —gruñó. La magia verde se enroscó alrededor de sus brazos y me recordó a los brazaletes de plástico de Jade. La adoro.

—¡Iqtz M'atx! —gritó, lanzándome las palmas de las manos.

De sus manos extendidas brotaron anillos de fuego verde, y mi cara ardió por el calor de su magia.

Extendí la mano mientras una lámina de luz estelar apartaba sus anillos mágicos, a un palmo de mi cara.

No quería herir ni matar a nadie, excepto a Adele, y tal vez a Bellamy, pero era en defensa propia. Matar o morir. Y el brujo estaba intentando freírme.

Los labios del brujo se movían en un canto oscuro o un maleficio, no tenía ni idea, pero le llevaba mucha ventaja.

Con la luz de las estrellas aún palpitando en mi interior, arqueé el cuerpo hacia atrás y lancé mi escudo con ambas manos. Salió disparado y en línea recta, girando como un disco y alcanzando al brujo en su costado derecho.

Lanzó un grito de rabia, y entonces no oí nada más que el sonido de las llamas quemando su túnica y su carne.

Apenas tuve tiempo de recuperar el aliento cuando otros dos batas blancas saltaron hacia mí.

—Mierda. ¿Cuántos son? —pregunté, divisando a otros dos que esperaban en las sombras, como un equipo de lucha libre que anticipa su turno para romperme la cabeza.

Los ojos del bata blanca más cercano se cruzaron con los míos y sonrió perezosamente, como si le complaciera que estuviéramos a punto de batirnos en duelo.

—Vamos a desangrarte, y luego vamos a desmembrarte... trocito a trocito.

Fruncí los labios.

—Déjame pensarlo... jódete.

Los ojos del mismo bata blanca brillaron con magia naranja. Y

entonces agitó la muñeca, y un látigo naranja llameante se materializó.

Buen truco.

Salté a un lado y el extremo del látigo me rozó la cadera. Siseé por el dolor. Pero su golpe se desvió antes de que se diera cuenta de su error. Giré sobre mí misma y le lancé una bola de luz estelar. Le alcanzó en el pecho y lo alejó dando tumbos, justo cuando un bata blanca más grande ocupaba su lugar.

Golpeó con más habilidad que su colega, con bolas de fuego silbando mientras se elevaban en el aire, dirigidas a mi cara. Tuve una fracción de segundo para girar antes de que me golpearan.

Salté hacia atrás, sus pelotas se abrieron de par en par... sí, sé cómo ha sonado eso.

—Les falta magia defensiva. Deberían dedicarse a lo que saben. Ser imbéciles —Era obvio que estos brujos, estos batas blancas, no estaban entrenados en este tipo de magia. Estaban desorientados, sin calcular, sus golpes no estaban entrenados.

Pero yo sí.

El fornido bata blanca me gruñó, sudando profusamente, y me recordó a Bellamy.

—Soy mejor que tú. Ni siquiera eres una bruja de verdad.

—Tienes que dejar de escuchar a tu ama —Hablando de amas, eché un vistazo a mi derecha y vi que Adele seguía de pie junto a la nueva gigante. La expresión de pura alegría en su rostro fue suficiente para casi hacerme vomitar.

—Te vas a echar una siesta muy larga... de las eternas —dijo el mismo bata blanca, llamando de nuevo mi atención. Sus manos goteaban llamas anaranjadas—. Ahora lo veo. Tu miedo. Sabes que vas a morir y no puedes hacer nada para evitarlo. Tus miserables amigos no están aquí para ayudarte. Estás sola —Sus labios se curvaron casi en una sonrisa, sus ojos se abrieron en señal de victoria —. Y vas a morir sola.

—No voy a morir esta noche, amigo —Mi miedo a morir no fue lo que disparó la dulce adrenalina en mí y a través de mis miembros. Fue el horror y el dolor de lo que estos imbéciles le hicieron a los inocentes. Pero sobre todo a Valen.

Mi dolor se perdió en mi furia. Recurrí a mi luz estelar y la expulsé. Un rayo de luz blanca salió de mi mano...

—¡Ignitu det! —gritó el bata blanca, agitando las manos, y una lámina de bruma naranja semitransparente se alzó ante él. Mi luz estelar golpeó el escudo protector como si fuera un muro de hormigón y se desprendió.

La sonrisa del bata blanca se ensanchó al ver la sorpresa en mi cara.

—¿Ves? No eres la única que puede hacer magia con escudos.

Me encogí de hombros.

—¿Y acabas de decir que no soy una bruja de verdad? ¿Ah?

Ensanchó las piernas, con una postura firme y las manos moviéndose con confianza.

—No lo eres —jadeó, como si ese poco de magia le supusiera un enorme esfuerzo y energía. No le vi sacar otro escudo. Había terminado.

Volvió a sonreírme y abrió la boca para lanzar otro insulto.

Pero no tenía tiempo para esa mierda.

Le di un golpe con la muñeca. En un borrón blanco, una flecha de luz estelar le atravesó el pecho.

Se tambaleó y la sangre le brotó de la boca al caer de rodillas.

Sentí un cambio en el aire detrás de mí y me giré para ver cinco batas blancas que se acercaban, con la magia goteando de sus manos. Por lo que pude ver, eran los cinco últimos.

Y ya había tenido bastante.

Haciendo un esfuerzo, respiré hondo y busqué en aquel manantial de magia, en el núcleo de poder de las estrellas. Apreté la mandíbula, recurrí a mi luz estelar y dejé que me atravesara hasta que cinco bolas de ardiente luz blanca se cernieron sobre mi mano.

Y entonces las lancé.

Cinco brotes de magia estelar se elevaron en línea recta y golpearon a los batas blancas. Estallaron gritos con olor a carne quemada. Parpadeé ante la repentina luz blanca mientras sus cuerpos eran envueltos por la luz de las estrellas, como si estuvieran iluminados por un millón de luces LED.

Me tambaleé, sintiendo una repentina oleada de vértigo. Cuanto más tiraba de la luz estelar, más sentía mi cuerpo como si lo hubieran golpeado con una tabla de madera de dos por cuatro.

Y entonces, los últimos batas blancas cayeron entre gritos de fuego y ceniza.

Me incliné hacia delante, con el sudor cayéndome por la espalda y entre los pechos. Sentía los pulmones en carne viva, como si acabara de correr cinco kilómetros. Estaba agotada. Necesitaba descansar. Pero primero, tenía que cuidar de Valen.

—¡Mátala!

Me giré al oír la voz y vi a Adele señalándome y haciendo un gesto a la gigante, sus brazos se batían el aire como si intentara volar.

Mierda. Me había olvidado de ella. Estaba agotada. Nunca había luchado contra un gigante, o mejor dicho, contra una gigante *hembra*, y dudaba que sobreviviera si lo hacía. Por lo que había observado con Valen, no había mucho que pudiera hacerles daño. Ni siquiera estaba segura de que mi magia me sirviera contra un gigante.

La cara de Adele estaba roja y manchada mientras me señalaba, con un ligero temblor en la mano.

—¡Mátala! Te lo ordeno. ¿A qué esperas? Te he dicho que la mates. Mátala ahora, idiota. Harás lo que te ordeno. ¡Soy tu diosa! ¡Obedéceme!

Sí, como dije, una loca total.

El miedo se apoderó de mi pecho al ver las enormes manos de la gigante, que podían apalearme fácilmente hasta hacerme papilla. Eran unos puños muy grandes.

—¡Mátala, gigante estúpida! —gritó Adele—. Mátala ahora o acabaré con tu miserable vida —Estaba allí de pie, con las manos en las caderas y la misma expresión de satisfacción, como si gobernara el mundo y estuviera por encima de todos nosotros, los campesinos. Sentía que podía hacer lo que quisiera con nosotros, lo que incluía matarnos.

La gigante me miró desde el otro lado del almacén y sentí que se me hacían agua las tripas. Tenía el ceño fruncido y no sabía si estaba enfadada o si era su cara de pensar.

Pero lo que ocurrió a continuación no me lo esperaba.

El rostro de la gigante se llenó de ira cuando se volvió y miró a Adele.

—*¡No!* —dijo, con una voz fuerte y profunda como la de Valen, pero con un toque más femenino, si es que eso era posible.

—¿No? —la rabia de Adele era palpable—. ¿Cómo que no? Soy tu creadora. Soy tu diosa, y tú....

La mano de la gigante salió disparada y se enroscó en el cuello de Adele, tirando de ella sin esfuerzo y elevándola por los aires.

—Oh, mierda —dije, incapaz de apartar la mirada.

—¡Suéltame! —chilló Adele mientras golpeaba la mano de la gigante con los puños. Sus labios se movieron en un cántico o un hechizo, y vi chispas de magia naranja, verde y roja golpeando a la gigante. Pero la enorme mujer ni siquiera se inmutó.

Los ojos de la gigante estaban llenos de ira, pero pude ver en ellos la angustia, la pena y el odio. Odiaba lo que Adele le había hecho.

Los labios de la gigante se curvaron en un gruñido y la mano que rodeaba la garganta de Adele se tensó. Los ojos de la bruja se abrieron de par en par, mostrando lo blanco.

Oí un chasquido como la rotura de una rama y la cabeza de Adele se inclinó en un ángulo antinatural. Ocurrió tan rápido que una parte de mí pensó que lo había imaginado.

Pero entonces la gigante arrojó el cuerpo de Adele al suelo. Sus miembros se extendieron. Su cabeza se giró hacia mí. Pude ver sus ojos sin vida.

Adele estaba muerta.

CAPÍTULO 25

Tuve un momento de cierto espanto al quedarme mirando a la bruja muerta y a la gigante que la había matado. ¿Quién sabía lo que estaría pensando la gigante ahora mismo? Podría volver su ira contra mí y romperme el cuello también.

Podría salir corriendo, pero no abandonaría a Valen.

No supe cuánto tiempo estuve allí, mirando a la enorme mujer humana que parecía... ¿perdida? Pero entonces la gigante miró hacia mí, y todo lo que vi fue tristeza y dolor. Puede que estuviera asustada, pero también sentí su angustia.

La gigante se tiró al suelo y se sentó, dejando caer la cabeza sobre las rodillas mientras sollozaba. Maldita sea.

Tragué saliva, miré hacia donde yacía Valen y salí corriendo.

Me puse de rodillas y mis muslos chocaron contra él cuando me tiré al suelo y me puse a su lado. Le agarré el brazo y me estremecí al sentir el frío en su piel. Era como el hielo.

—¿Valen? —Le sacudí el brazo, con grandes lágrimas calientes derramándose por mi cara. Al no obtener respuesta, rodeé su muñeca con los dedos. Se me escapó un suspiro al sentir el pulso. Era débil, pero estaba vivo. Necesitaba ayuda.

El sonido de grandes sollozos babeantes me hizo girar. Miré el cadáver de Adele y luego a la gigante, que seguía llorando. Sus hombros temblaron mientras otro llanto salía de ella.

—Esta es una noche extraña.

Me levanté de un empujón y me puse en marcha de nuevo. Me arrodillé junto al cuerpo de Adele, levantando su pesada túnica mientras buscaba mi teléfono y hacía lo posible por no mirar su cuello magullado. Demasiado tarde. Miré. Maldita sea. De cerca era aún peor. Marcas de color púrpura intenso rodeaban la garganta de la bruja muerta. Un trozo de su columna cervical perforaba su piel donde su cabeza estaba doblada en un ángulo antinatural. ¡Qué asco! Volví a concentrarme para buscar mi teléfono. Introduje la mano en la bata de Adele y sentí algo sólido y plano. Saqué el teléfono y volví corriendo al lado de Valen. Eché un vistazo por encima del hombro. La gigante ni siquiera había levantado la vista.

Valen necesitaba ayuda. Había perdido mucha sangre. No sabía si sobreviviría.

Con los dedos temblorosos, envié rápidamente a mis amigos un mensaje de emergencia para que enviaran ayuda y a Basil para que se

pusiera en contacto con el Consejo Gris. Sabía que un tal Darius era un corrupto, pero esperaba que los demás miembros del Consejo no. Tarde o temprano se iban a enterar de esto.

Mi teléfono emitió un pitido.

Elsa: *En camino. El Consejo Gris también.*

Dejé escapar un suspiro tambaleante.

—¿Leana?

Me sobresalté al ver los ojos oscuros de Valen mirándome fijamente.

—¡Dios mío, Valen! —Me agaché y tiré de él sobre mi regazo, acunándole la cabeza. Las lágrimas me nublaron la vista. No me importaba que me viera llorando a lágrima viva y supiera cuánto me importaba. Ya lo había superado. No se trataba de mí y él necesitaba ayuda. Me encogí mientras miraba su cara. Las venas azules brillaban en su piel y sus ojos estaban hundidos. Parecía débil.

—¿Qué puedo hacer? No sé qué hacer. ¿Necesitas mi sangre? Sé que no eres un vampiro. Tengo que hacer algo. Yo…

—Tu sangre no —dijo Valen, con la voz agotada, y me provocó un sollozo.

Miré alrededor de la habitación, donde los restos de la máquina que había destruido yacían esparcidos por el suelo, sin darme cuenta en ese momento de que también había destruido su sangre. Probablemente le vendría bien esa sangre ahora mismo. Había arruinado la única sangre que podía salvarle.

¿Qué he hecho?

El miedo se apoderó de mí, robándome el aliento al recordar la pérdida de mi madre. Se me llenaron los ojos de lágrimas y sentí un nudo en la garganta. No podía perder a Valen. No cuando esto era culpa mía.

—¿Por qué has venido, tonto? —le dije, con más lágrimas derramándose por mi cara—. Deberías haberte quedado en el restaurante.

—Me mandaste un mensaje… diciendo que tenías… problemas… que me necesitabas —dijo, con voz áspera y débil.

—No era yo. Era Adele —Sabía que estaba muerta, pero seguía odiándola por lo que había hecho.

—Me lo imaginaba —Una débil sonrisa tiró de sus labios, y sentí una puñalada en el corazón.

Me limpié la nariz con la manga.

—Lo siento mucho. Todo esto es culpa mía. No debería haber venido sola. Pero quería rescatar a Bellamy. Es el tipo con el que estaba cuando fui a tu restaurante —Mis reacciones celosas de antes se sentían tan tontas ahora. Y me arrepentí de ellas—. Deberías haberte quedado en tu cita con esa rubia tan guapa. Piénsalo. Te perdiste algo

de sexo —Le mostré una sonrisa—. En vez de eso, viniste aquí y conseguiste... bueno... esto.

Valen parpadeó lentamente.

—No era una cita. Yo la contraté.

Enarqué una ceja.

—Bueno, así que es una acompañante. Supongo que no te ha salido rentable. Lo siento.

Valen abrió la boca para hablar, pero en vez de eso soltó una tos agónica y húmeda, como si hubiera fumado tres paquetes al día toda su vida. Cada respiración parecía dolorosa, como si sus pulmones no funcionaran correctamente.

Le froté los brazos con las manos, intentando que entrara en calor y le fluyera la sangre.

—No hables. Mantén las fuerzas.

—No es… —carraspeó Valen. Luego cerró los ojos, con la cara torcida por el dolor. Volvió a abrir los ojos y resolló—: No es una acompañante. Es una investigadora privada.

No me lo esperaba.

—¿Sales con una investigadora privada?

Su rostro se transformó en una expresión de esfuerzo. Cuando habló, sus mandíbulas permanecieron juntas, pero pude entender las palabras.

—No. La contraté para buscar a otros como yo. Gigantes. Lleva seis años buscándolos.

Ahora sí que me sentía como una tonta. Seis años era mucho tiempo para conocer a alguien. Explicaba lo que vi en sus caras, una amistad. No eran novios.

Así que Valen había querido encontrar más de su especie. Podía entenderlo, yo también era la única bruja de luz estelar que yo conocía. Sabía que había otros como yo. Solo que no sabía dónde estaban en ese momento. Pero no era lo mismo. Yo seguía siendo una bruja, y muchos brujos vivían en nuestras comunidades. Los gigantes no.

Una débil sonrisa curvó sus labios.

—Encontró algunos.

Me quedé boquiabierta y dejé que sus palabras calaran hondo.

—¿Gigantes? ¿Encontró otros gigantes? ¿Dónde? ¿A quién? —Mi cuerpo se calentó al ver la chispa en sus ojos.

—Dos. Hermano y hermana. En Alemania.

Apreté sus brazos con más fuerza, sin sentir calor en ellos. ¿Se le estaba enfriando la piel?

—Me alegro mucho por ti —dije, intentando que mi voz no mostrara el miedo que se redoblaba—. Si quieres... puedo ser tu guía de viaje a Alemania. Aunque nunca he estado allí, siempre he querido

ir a ver el castillo de Neuschwanstein. Como si fuera mío y todo eso —Era cierto, pero no tenía el dinero para irme de viaje a ninguna parte, y menos a Europa.

Valen soltó un suspiro.

—No hace falta. Van a venir aquí.

—Eso es estupendo —Esperé a que dijera algo más, pero no lo hizo —. Entonces tendremos que hacer una fiesta en su honor cuando lleguen. Ah, espera. A lo mejor son reservados como tú, ¿no? No querrán que lo sepamos.

—Lo son —dijo Valen. Su voz era tan baja que tuve que acercar la cabeza a sus labios para oírle bien. Sus ojos se desviaron hacia la gigante—. ¿Ella está... está bien?

Seguí su mirada. La gigante seguía sollozando en silencio, con los hombros temblorosos y la cabeza escondida entre las rodillas. Se me aguaron los ojos al verla así.

—No, no está bien —le dije—. La secuestraron. La encarcelaron. Y la transformaron en un ser diferente, una criatura que ella nunca creyó real. Nunca estará bien —Nunca. Si hubiera sido paranormal, no habría sido tan traumático, aunque sí perturbador transformarse en otra criatura. Pero era humana. Solo ayer, ella no creía en vampiros, demonios y hadas. Y esta noche, era una gigante. La mujer probablemente se volvería loca si vivía lo suficiente. Y si vivía, necesitaría una terapia seria. Pero después de ver lo que pasó con los proyectos científicos de Adele, no parecía que tuviera un futuro brillante.

—Adele es, *era*, una puta loca —le dije a Valen, viendo que se había vuelto a quedar callado, con los ojos cerrados—. Quería crear un nuevo mundo sin humanos, en el que quería ser reina o una diosa. ¿Una diosa? En fin, el caso es que no estaba sola en su locura. Recibía órdenes de alguien llamado Darius. ¿Conoces a alguien con ese nombre que se siente en el Consejo Gris? ¿Valen? —Tenía que mantenerlo despierto. Sabía que si se dormía, podría no despertar nunca más—. ¿Valen? —Lo sacudí, y sus ojos se abrieron.

—¿Hmmm? —Parpadeó, con los ojos desenfocados, como si no estuviera seguro de quién era yo.

—¿Conoces a alguien llamado Darius? Creo que forma parte del Consejo Gris.

Los ojos oscuros de Valen buscaron mi cara.

—No. Creo que no.

Mierda. Apenas podía oírle. Sus párpados empezaron a cerrarse.

—Tienes que mantenerte despierto, Valen. Escúchame. No te me duermas.

—Estoy… tan... cansado...

—Lo sé —Volví a frotarle los brazos, tenía que seguir haciendo

algo o lo perdería—. Pero tienes que seguir luchando. ¿Me oyes? ¿Valen? ¡Valen!

Valen cerró los ojos. Lo sacudí y luego otra vez más fuerte, pero no abrió los ojos. Parecía que había entrado en coma. Presa del pánico, acerqué la oreja a su boca. Oí una respiración suave. Aún respiraba, pero a duras penas.

Bueno, ahora sí que tuve un momento de pánico. Se me retorció todo por dentro. El terror irradiaba mis entrañas. Me sentí mal. Se me cortó la respiración y parpadeé varias veces para evitar que la habitación diera vueltas.

Valen se estaba muriendo.

Para cuando llegara el equipo, sería demasiado tarde.

CAPÍTULO 26

Necesitaba hacer algo. *¡Piensa, Leana!*

Y entonces recordé algo. Los gigantes tenían propiedades curativas diferentes a todo lo que había visto. Tal vez... tal vez valía la pena intentarlo.

Con cuidado, apoyé la cabeza de Valen en el suelo y me levanté. Con el corazón a mil por hora, corrí hacia el otro gigante. Un sudor frío me recorrió la espalda mientras me apartaba un largo mechón de los ojos.

—Disculpa —dije, a un metro y medio de ella, con el pulso acelerado. Mis ojos recorrieron sus manos del tamaño de ruedas de coche. Acababa de ver lo que podía hacer con esas manos gigantes. Quería evitar que me aplastara el cuello.

Volví a respirar y repetí:

—Disculpa...

La gigante levantó la cabeza.

Me sobresalté y caí de culo con fuerza. Podría haberme roto el coxis. Su mirada fue suficiente para hacerme mear encima, pero por alguna extraña razón, mantuve la vejiga bajo control. Parece que esos ejercicios de kegel no eran tan inútiles después de todo.

Todavía de culo y encogida, levanté las manos.

—Por favor, no me mates. No estoy aquí para hacerte daño —dije rápidamente—. Tienes un gran tamaño, ¿sabes? Um. Escucha. Mi amigo se está muriendo. ¿Puedes ayudarle?

La gigante miró hacia Valen, pero no pude leer lo que cruzó su rostro. Seguía con el ceño fruncido.

Decidí intentar otro enfoque.

—Me llamo Leana. ¿Cómo te llamas tú?

Al oír eso, los rasgos de la gigante parecieron suavizarse un poco.

—*Catelyn.*

Me estremecí ante la ferocidad de su voz.

—Encantada de conocerte, Catelyn —esperé y luego dije—: Mi amigo se llama Valen. Esa perra malvada que te hizo esto, bueno, también lo lastimó a él. Se está muriendo. Y creo que tú puedes ayudarle.

Catelyn se miró las manos como si no pudiera creer que le pertenecieran.

—*No quiero ser así. Quiero ser yo* —sus ojos se encontraron con los míos—. *¿Puedes volver a cambiarme?*

Oh, mierda.

—No estoy segura. Pero te prometo que haré lo que sea necesario para volver a cambiarte. Para que vuelvas a ser tú. La Catelyn humana —No estaba segura de si podía volver a convertirla en humana. Había visto a Valen hacerlo, así que tal vez podría. Tal vez solo necesitaba entrenamiento para hacerlo.

Catelyn negó con la cabeza, con la cara llena de lágrimas. Miré a Valen. Seguía con los ojos cerrados, pero de algún modo parecía peor, como moribundo.

—Por favor —me puse en pie y la miré—. Me viste atada en esa silla. Sé que sabes que no tuve nada que ver con esto. Intenté detenerlo. No quiero que muera más gente. Y ahora mismo, eres la única persona que podría salvarlo. Por favor, Catelyn. ¿Ayudarás a mi amigo? —Bueno, ahora sí que estaba llorando. Mi voz se quebraba por las emociones.

Catelyn acercó sus ojos llenos de lágrimas a mí y dijo:

—*De acuerdo*.

Me sequé las lágrimas y corrí hacia Valen, intentando no desesperarme por lo frágil que parecía.

—*¿Qué hago?* —preguntó Catelyn mientras se ponía en pie y se acercaba a Valen.

—Creo que tienes que tocarlo —dije, esperando tener razón—. Si pudieras poner tus manos sobre él un rato, creo que funcionará —Diosa, que tenga razón.

Catelyn hizo lo que le pedí y se arrodilló junto a Valen, que parecía diminuto en comparación con su enorme cuerpo. Colocó las manos suavemente sobre su pecho y lo recorrió con la mirada. Vi confusión, pero también una chispa de preocupación en sus ojos por Valen.

Después de un minuto de que las manos de Catelyn tocaran a Valen, esperaba ver algo. Tal vez chispas. Que abriera los ojos. Pero después de dos minutos de nada, me di cuenta de que me había equivocado. Catelyn no podía salvarlo. Nadie podría.

Me ardían los ojos y sacudí la cabeza, con el miedo formándome un nudo en el estómago.

—No está fun...

La piel de Valen empezó a brillar, suavemente al principio y luego con más intensidad.

—¡Mira! ¡Está funcionando! Catelyn, ¡lo has conseguido!

Catelyn se estremeció, pues lo que fuera que estaba haciendo también la sorprendió a ella. La gigante tenía ahora una mirada decidida mientras mantenía las manos sobre el pecho de Valen. Quería ayudarlo. Salvarlo. Incluso después de lo que le habían hecho, todavía quería ayudar. Vaya. Era mi heroína.

Pronto, la piel de Valen pasó de una pastosidad peligrosa y mortal

a su color dorado y sano natural. Las venas que surcaban su rostro desaparecieron, dejando su piel tersa.

Busqué su rostro.

—¿Valen?

Los ojos de Valen se abrieron de golpe.

—Estoy bien —miró a Catelyn y sonrió—. Gracias.

La gigante se sonrojó y apartó las manos, dándose cuenta de que estaba tocando a un hombre seriamente guapo y seriamente desnudo.

Apoyé la mano en su hombro.

—Gracias. Le has salvado la vida.

Catelyn me miró, con ojos tristes. Entreabrió los labios, pero asintió con la cabeza, aparentemente incapaz de formular palabras.

Sentí una pequeña lágrima en el corazón.

—Valen —dije, mirándolo—. Esta es Catelyn. Fue creada a partir de ti. Maldición, eso suena tan extraño. Um, escucha. ¿Eso significa que ella puede transformarse de nuevo en su versión más pequeña? ¿Como tú? —Sabía que si volvía a su cuerpo original, a su tamaño humano, no sería tan desalentador. Aterrador, pero manejable.

Valen se apoyó en los codos con un pequeño gemido al exhalar.

—Catelyn. Lo único que tienes que hacer es tranquilizarte. Respira hondo. Piensa en ti antes del cambio. Quédate con esa imagen y deja que el cambio se deshaga por sí solo. Inténtalo ahora. Puedes hacerlo.

No sabía si habría podido mantener la calma después de semejante calvario. Haría falta un gran autocontrol.

—*Lo intentaré* —dijo la gigante, y me sentí realmente impresionada por la fuerza interior de aquella mujer. Pensaba que yo era muy ruda, pero ella era más ruda.

La observé mientras cerraba los ojos, aparentemente en estado de meditación. Y entonces, así como había visto cambiar a Valen varias veces, con un destello de luz, el cuerpo de Catelyn se encogió sobre sí mismo, cada vez más pequeño, hasta que quedó de mi altura y tamaño.

Ella lo logró.

—Ya puedes abrir los ojos —le dije.

Los ojos de Catelyn se abrieron de golpe. Estaban rojos de tanto llorar y tenía la cara manchada. Parecía de mi edad, quizá unos años mayor. Se llevó las manos lentamente a la cara, dándoles la vuelta mientras las examinaba. Se miró a sí misma y luego a mí. Su boca empezó a moverse sin hacer un sonido y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tardó varios segundos en emitir un pequeño sonido ahogado, seguido de las palabras:

—Soy yo. No puedo creerlo.

—Una tú muy desnuda —;e reí y me apresuré a acercarme a una de las brujas científicas muertas. Le quité la bata blanca y se la di a

Catelyn para que se cubriera.

—Gracias —dijo, rodeándose con los brazos, con los ojos muy abiertos y ansiosos.

—Sé que debes de tener muchas preguntas —empecé.

—Las tengo —dijo—. Todo esto... todo esto es real. Es mucho que procesar.

—Lo es, Catelyn. Creo que es mejor que te quedes con nosotros un tiempo. Mis amigos y yo nos quedamos en un hotel muy bonito. Estarás segura allí. Y tendrás gente amable con quien hablar. Para entrenarte y explicarte lo que está pasando. ¿Tienes familia?

Ella asintió.

—Sí, tengo.

—Bueno, entonces llámalos —le pasé mi teléfono—. Diles que estás bien y que te quedarás con unos amigos por un tiempo.

—¿Los volveré a ver? —El labio inferior de Catelyn tembló, atrapando mi corazón.

—Podrás ir a verlos... una vez que controles tu yo de niña grande —No sabía de qué otra forma llamarlo.

Los ojos de Catelyn se iluminaron. Cogió el teléfono y se alejó en busca de intimidad.

Una respiración agitada me hizo girar. Valen volvía a estar tumbado boca arriba. Giró la cabeza y me miró.

—Creo que se va a poner bien.

Asentí.

—Sí. Yo también lo creo —Por extraño que parezca, sonaba a verdad. Me arrodillé a su lado—. Va a necesitar tu ayuda para explicarle todas las —Hice un gesto con las manos alrededor de su cuerpo—, cosas de gigantes.

—Está bien.

—¿Tienes frío? —pregunté, deslizando mis ojos sobre él, nuestras miradas se clavaron.

—No —La cara de Valen se transformó en una de sus sonrisas sensuales. Estaba tan guapo como siempre, nada menos que desnudo, con su espeso pelo oscuro rozándole justo por encima de los ojos. Pero tenía buen aspecto.

Y el hombre seguía desnudo. Me gustaba desnudo. Le quedaba muy bien el look desnudo. Aun así, tenía que encontrar algo para cubrirlo antes de que llegaran los demás.

—Un segundo.

Me levanté con un pequeño gemido, con los muslos y las rodillas protestando. Aun así, avancé por la habitación sin caerme. Estaba cansada y aún sangraba por algunas de las heridas que me habían infligido aquellos vampiros. Tendría que ver a Polly más tarde para que me curara. Pero Valen era lo primero.

Al encontrar lo que necesitaba, arranqué otra bata de laboratorio de un científico brujo muerto, con demasiada brusquedad, ya que su cabeza seguía golpeando el duro suelo de cemento, pero el tipo estaba muerto.

—Aquí tienes —Volví a arrodillarme junto a Valen y le coloqué la bata. Obviamente, era demasiado pequeña, pero cubría las partes más importantes.

Sus labios se curvaron.

—Bésame.

—¿Qué? —Mi interior se llenó de calor y giré la cabeza para ver si Catelyn lo había oído, pero estaba ocupada hablando con alguien por teléfono.

—Ven aquí y bésame.

Volví a girar la cabeza. Me miró expectante, muy arrogante, como si supiera que me tenía, que me tenía totalmente en sus redes. ¿Estaba mal que me excitara?

Con el corazón latiéndome como una idiota, me incliné hacia él, le miré fijamente a los ojos oscuros un momento y luego bajé los labios hasta los suyos.

Esperaba un beso suave. Pero no. Eso no fue lo que obtuve.

Las manos de Valen se enroscaron alrededor de mi espalda y mi cuello, tirando de mí hacia abajo más lejos, más cerca, mientras aplastaba sus labios en los míos.

Su beso fue diferente esta vez. Cauteloso. Pero tenía intensidad. Había emociones a flor de piel. Se me aceleró la respiración cuando deslizó su lengua en mi boca, y una oleada de deseo me llegó hasta el fondo. El calor de su boca, de su lengua, era una tortura exquisita.

Se me escapó un pequeño jadeo y él gimió. Sus manos ásperas y callosas se deslizaron bajo mi camisa y me rodearon la espalda hasta la cintura.

Nunca quise dejar de besar a Valen. Me sentía demasiado bien, embriagadora, como con un subidón de azúcar después de comerme cuatro bolas de helado. Pero este no era el lugar para un beso tan sensual.

Me separé, sin aliento. Olas de deseo me recorrieron mientras me apoyaba en las rodillas.

—Un tipo que estuvo cerca de la muerte no debería poder besar así.

—No puedo evitarlo —exhaló con voz ronca. Me guiñó un ojo y añadió—: Sobre todo contigo. Solo quiero seguir besándote.

Bueno, eso le hizo de todo a mi ego. Y la forma en que me miraba le hizo de todo a mis partes femeninas.

El sonido de unos pies corriendo me hizo girar.

Jimmy venía trotando hacia nosotros, sus piernas delgadas lo

impulsaban con velocidad y su rostro mostraba preocupación.

—¿Jimmy? —dije, sorprendida. Detrás de él venían Julian, Elsa y Jade. La pandilla del piso trece estaba aquí.

Jimmy se detuvo en seco. Miró por encima de nosotros y luego a los batas blancas muertos esparcidos entre algunos de los paranormales muertos.

—Mierda. ¿Qué demonios ha pasado?

—Una larga historia.

—¿Esa es Adele? —Elsa miraba fijamente a la bruja muerta. No sonreía, pero tampoco parecía molesta. Parecía... curiosa.

—Lo es —respondí.

—¿Qué le ha pasado en el cuello? —preguntó Jade mientras se unía a ella—. Puedo ver su tráquea —Tenía un bolígrafo en la mano y pinchó a la bruja en el suelo como si no estuviera segura de que estuviera muerta y pensara que podría volver a la vida. No con un cuello así.

Mis ojos se desviaron hacia Catelyn, que había colgado el teléfono y miraba a mis amigos como si no estuviera segura de si cambiar a su forma de chica grande y romperles el cuello también.

—Estos son los amigos de los que te hablé —le dije a Catelyn. Esperé a que me mirara a los ojos—. Puedes confiar en ellos.

Asintió con la cabeza, pero seguía mirándolos con incertidumbre y miedo. Iba a costar trabajo.

—¿Dónde está Bellamy? —Julian miraba fijamente uno de los tanques con un humano flotando dentro. Vi que la ira se apoderaba de su rostro cuando se le desencajó la mandíbula y se le marcaron las venas de las sienes.

Me encogí de hombros.

—Se largó justo cuando las cosas se ponían interesantes —El cabrón se había escabullido, pero yo lo encontraría. Tenía los conocimientos y la experiencia necesarios para volver a hacerlo. Era peligroso y tendría que atenerse a las consecuencias de sus actos. Podía haber engañado a Adele y a los demás sometiéndome solo a una parte de aquella mezcla paralizante. Pero me había traicionado y atraído aquí con falsos pretextos que casi habían matado a Valen. Sí, había que ocuparse de él.

—Apuesto a que sí —Los ojos de Julian se clavaron en Catelyn. Le dedicó una sonrisa, pero ella no se la devolvió.

—El Consejo Gris no tardará en llegar —dijo Jimmy mientras recorría la habitación con la mirada—. Este lugar es espeluznante.

—No me digas —respondí.

—¿Quién es ella? —Jimmy miraba a Catelyn, preguntándose si era de los buenos o estaba aliada con Adele.

—Es Catelyn. Es... *era*... una humana común y corriente.

—Ella es uno de los sujetos humanos —Jimmy volvió a mirarme—. ¿Metamorfa o vampira?

Negué con la cabeza.

—Una gigante.

Jimmy se quedó con la boca abierta y el resto de la pandilla veían a Catelyn y me veían a mí.

—Una larga historia —les conté, sonriendo ante sus caras de sorpresa colectiva—. Tengo muchas. Catelyn se quedará con nosotros por un tiempo. Tenemos que cuidarla.

—Claro que sí —dijo Elsa, dedicándole a Catelyn una de sus sonrisas maternales—. Vamos a cuidar de ti, Catelyn. No te preocupes. Encajarás bien con el resto de nosotros, los locos.

Y cuando Catelyn le devolvió una débil sonrisa, supe que estaría bien.

Dejé escapar un suspiro, con la tensión aún resonando en mí. Esta noche podría haber sido una de las peores de mi vida, pero no fue así.

Estaba viva. Valen estaba vivo. Y la amenaza, bueno, Adele estaba muerta. Yo no era una tonta. Sabía que esto no había terminado. Todavía tenía que encontrar a Darius, pero tomaría esto como una victoria por esta noche.

—¿Estás listo para irnos? ¿Valen?

Cuando miré hacia abajo, los ojos de Valen estaban cerrados. Un ligero ronquido salía de él, y tenía la más pequeña de las sonrisas en su rostro.

CAPÍTULO 27

Me encontraba en el vestíbulo del Hotel Twilight, con una copa de vino tinto en la mano, mientras miraba a mi alrededor. El aire olía a carne asada y bullía de alegres charlas. El tintineo de las fichas resonaba en la multitud de mesas de juego repartidas por el vestíbulo y las habitaciones vecinas. Me asomé por la puerta del comedor y vi largas mesas apiladas con comida y todas las bebidas alcohólicas que se te ocurrieran. Polly estaba de pie detrás de la mesa con las carnes, un par de pinzas metálicas en la mano y su toque blanche sobre la cabeza mientras le servía a unos huéspedes felices y hambrientos.

Nunca había visto el hotel tan lleno, con tantos huéspedes. La idea de Basil de celebrar una Semana de Casino había ayudado a revivir el hotel. Nadie hablaba de demonios y diablos en las habitaciones. A donde sea que miraba, veía caras felices y sonrientes.

Era la última noche, y parecía que estaba dando lo mejor.

—No está mal la asistencia —Jimmy vino a reunirse conmigo, elegante con un traje gris oscuro de tres piezas y el pelo peinado con la raya a un lado como en los años cincuenta. Parecía un mafioso clásico de esa época.

—No está nada mal. Es bueno para el hotel. Para nosotros. Después de todo, no perderemos nuestros hogares —Aunque habíamos impedido que Adele destruyera el hotel, una parte de mí temía que la falta de huéspedes acabara arruinando la reputación del hotel y que todos tuviéramos que buscar otro lugar donde vivir. Ahora parecía que estaríamos bien durante muchos años.

—Todo se calmará después de esto —dijo Jimmy, señalando con la cabeza a un par de vampiros que pasaban junto a nosotros—. Pero será mejor de lo que era. Le di a Basil algunas ideas para el próximo tema.

Enarqué una ceja.

—¿El próximo tema?

—Sí, estamos pensando en mantener esto como una ocurrencia regular mensual o bimensual para mantener a los huéspedes contentos y atraer a nuevos huéspedes.

—Me gusta. ¿Un tema diferente cada dos meses? —Sentí curiosidad—. ¿Cuál es el próximo tema previsto?

—Rock and roll —dijo un sonriente subgerente—. Será increíble. Ya lo verás.

Sonreí.

—No me cabe duda —Lo estudié por un momento, sintiendo los pinchazos y cosquilleos de su forma sobrenatural—. Sabes, nunca me has dicho qué tipo de metamorfo eres.

Jimmy soltó una risita y se ajustó las mangas de la chaqueta.

—Cierto —Se dio la vuelta y, al parpadear, sus ojos destellaron de un color dorado. Parpadeó de nuevo, y sus ojos volvieron a su color azul normal—. Hombre zorro.

—¿Por eso la maldición de Auria te convirtió en un perro de juguete? Los zorros son caninos.

Jimmy soltó un largo suspiro.

—Ni idea. Tal vez. O esto era solo su forma enferma y retorcida de hacerme sufrir. Hacerme sentir inútil. Como un tonto.

—Nunca inútil. Definitivamente, tampoco un tonto —Me quedé mirando su linda cara. El hecho de que se moviera a hurtadillas por el hotel, conociendo todos los rincones y grietas, definitivamente se atribuía a su naturaleza de hombre zorro. Era astuto como un zorro—. ¿Cuántos años tienes?

—¿Qué? —Jimmy se rio—. Noventa y ocho.

—Bueno, mierda. Estás muy bueno para ser abuelo.

Solté una carcajada que no pude contener, y entonces Jimmy se unió a mí. Una vez que empezamos, fue como si un interruptor se hubiera encendido. No pudimos parar de reír hasta que se nos saltaron las lágrimas.

—Hola, chicos. ¿Qué es tan gracioso?

Me limpié los ojos y miré por encima del hombro de Jimmy y vi que Jade venía a unirse a nosotros. Su pelo rubio estaba teñido de rosa. Llevaba un sombrero negro vintage, un pañuelo de flores rosas y rojas, una americana retro larga y negra y un chaleco de flores sobre una blusa blanca. Completaba el look con pulseras y broches rosas.

Parecía que iba en la onda de la película *La Chica de Rosa*. Me encantó.

—Ese Jimmy parece más joven que nosotros, pero lo cierto es que es un vejestorio.

Jade miró entre nosotros. Abrió la boca para decir algo, pareció pensárselo mejor y giró la cabeza.

—Basil lo hizo bien. ¿Verdad?

—Nos dimos cuenta —dije—. ¿Está Elsa con ustedes?

Jade señaló la zona de las máquinas tragaperras.

—Está con Catelyn. Lo está haciendo muy bien para ser humana. Quiero decir, solo ha tenido un par de ataques de llanto. Dos anoche y uno esta mañana. Eso es bastante increíble para un humano.

Miré a la humana, ahora convertida en gigante. La cara de Catelyn estaba tensa. Parecía la niña nueva del colegio, en parte aterrorizada, en parte emocionada, mientras escuchaba atentamente lo que Elsa le

contaba. La bruja parecía encantada de que alguien se interesara por su sabiduría.

Ambas mujeres tenían copas de vino en las manos, aunque la de Catelyn estaba vacía. Me compadecí de ella, y me alegré de que Elsa le hubiera cedido la habitación libre de su apartamento por el momento. Elsa era justo el tipo de figura maternal, tolerante y cariñosa que Catelyn necesitaba en aquel momento. Además, necesitábamos vigilarla. No estábamos seguros de si se volvería loca como los otros sujetos humanos que había encontrado. O peor, si moriría repentinamente. Hasta ahora, no estaba mostrando ningún signo de manía. Y todavía estaba viva. Gracias a la diosa. Tal vez la sangre de gigante era diferente. Tal vez Adele había descubierto el eslabón perdido de la transferencia como había dicho. Tal vez, solo tal vez, Catelyn sobreviviría a esto.

—¿Estás lista? —Jimmy le tendió la mano a Jade.

Mis labios se separaron con sorpresa mientras miraba a Jade, cuya cara se volvió de color remolacha.

—Ustedes dos...

Jimmy sonrió orgulloso mientras cogía la mano de Jade y la colocaba en el pliegue de su brazo.

—Noche de cita.

—Noche de cita —repetí. Mi corazón se hinchó al ver a Jimmy y Jade alejarse. Eran absolutamente perfectos el uno para el otro. Me reí cuando Jade me miró por encima del hombro y me hizo un gesto con el pulgar.

Estaba de tan buen humor que tenía que mantener las buenas vibras. Así que, cuando mis ojos encontraron a Errol mirándome con desdén desde el otro lado del vestíbulo, supe que tenía que ir a saludarle.

Me incliné sobre el reluciente mostrador de piedra.

—¿Algún mensaje para mí? —Había hecho correr la voz de que buscaba a Bellamy, pero hasta ahora no había aparecido nada. A primera hora de la mañana, había cogido un taxi hasta su lujoso apartamento en la 499 de la calle 34 Este, con vistas al East River, para encontrarlo saqueado y sin ningún científico brujo. Cuando comprobé su cuenta bancaria, con la ayuda de las habilidades de hacker de Jimmy, había sido vaciada el día anterior. Por lo visto Bellamy estaba huyendo.

Errol parecía que quería escupirme en la cara. Se agachó, sacó una tarjeta con un mensaje y me la lanzó.

Si no lo hubiera esperado, me habría dado en la cara. Pero conocía al pequeño lagarto bastardo lo suficiente como para anticipar lo que iba a hacer. Era convenientemente predecible.

Cogí la tarjeta.

—Cuidado, Errol. Cosas como esta te meterán en problemas. Problemas de cubos llenos de cucarachas.

Errol me fulminó con la mirada.

—Te odio.

—Lo mismo te digo, lagarto.

Miré la tarjeta.

Deja de buscarme. Nunca me encontrarás. Siento lo que te hice, pero no tenía otra opción. Bellamy

—Sí. No voy a parar —Me metí la tarjeta con el mensaje en el bolsillo de los jeans y vi a Julian jugando a las cartas con las gemelas de diez años del piso trece, que llevaban vestidos de princesa idénticos de color azul bígaro. Tilly y Tracy eran los nombres de las gemelas, aunque yo era incapaz de distinguirlas. Julian no dejaba de lanzarle miradas a la guapa mujer que estaba junto a las niñas, su madre, Cassandra, creo que se llamaba. Pero su atención no la conmovía en absoluto. Más bien lo ignoraba. Eso era interesante. Parecía que Julian tenía mucho trabajo por delante.

Suspiré y me bebí el último trago de vino. De ninguna manera dejaría de buscar a Bellamy. Tenía que pagar por lo que había hecho y yo lo *encontraría*. No descansaría hasta hacerlo.

Los agentes del Consejo Gris aparecieron unos minutos después de que mis amigos regresaran al almacén. De nuevo, lo empaquetaron todo y se lo llevaron, sin dejar ni un solo papel. Nada. Pero había tomado suficientes fotos y robado algunos archivos para mantenerme ocupada. Todavía estaba construyendo un caso contra este tal Darius.

Si Adele seguía sus órdenes, tal vez estuviera aún más trastornado y fuera más peligroso que ella. Tenía que encontrarlo. El Consejo Gris estaba corrompido, y yo tenía que limpiar el desastre. Empezaría con Darius.

—Te ves bien esta noche.

El corazón me dio un vuelco al oír esa voz áspera y profunda. Me di la vuelta y vi a Valen de pie, muy varonil, muy sexy, como un hombre bestia. Una chaqueta de cuero marrón le colgaba de los gruesos hombros bajo un top negro ajustado y unos jeans ceñidos. Una bocanada de colonia almizclada y especias me llenó la nariz y me erizó la piel. Solo su olor me excitaba. Sí, mis hormonas seguían desquiciadas.

Demonios, tenía buen aspecto. Pero aunque oliera tan bien como para comérselo, seguía teniendo ojeras. No estaba totalmente recuperado.

—Tú también tienes muy buen aspecto para haber estado a punto de morir hace unas horas. ¿No deberías estar descansando?

Sus ojos oscuros brillaron intensamente.

—No —sus ojos se dirigieron a Catelyn—. ¿Cómo está?

Dejé escapar un suspiro.

—Mejor de lo esperado. Realmente bien. Sigue gozando de buena salud. Sabe que debe avisarnos si se siente mal... más que cuando se convierte en gigante.

—Hablé con Polly, y entre los dos, comenzaremos a darle a Catelyn un tónico semanal especializado. Como una bebida energética. Para mantenerla lo más saludable posible.

—Es una gran idea.

Valen se encogió de hombros.

—Quién sabe. Puede que nos supere a todos.

Asentí, sabiendo que los gigantes tenían habilidades curativas inherentes. Tal vez ese era el ingrediente secreto para permitir que los humanos se convirtieran en paranormales y permanecieran así para siempre sin tener que preocuparse de que se les acabara el tiempo.

Mis ojos recorrieron sus anchos hombros y bajaron por su pecho. Valen captó mi mirada y me dedicó una sonrisa de suficiencia, de esas que me hacen palpitar las regiones inferiores. Sus ojos oscuros se clavaron en mí y vi un destello de deseo en ellos.

Me cogió de la mano y lo siguiente que recuerdo es que el gigante me sacó de la recepción para llevarme hasta el despacho de Basil.

Valen cerró la puerta tras de sí. Su cuerpo más grande que la vida me empujó contra la pared.

El pulso me latía en la garganta.

—¿Qué estás haciendo? Este es el despacho de Basil.

Mierda. ¡Quería tomarme aquí mismo! No es que me quejara, pero siempre había imaginado tener sexo con Valen en su casa, en su cómoda y muy privada cama. Pero podía con la espontaneidad. La espontaneidad era mi segundo nombre.

Su cuerpo duro se apretó contra el mío.

—Estás tan jodidamente sexy esta noche. Me vuelves loco.

Tragué saliva.

—Lo intento.

Valen gruñó y plantó sus labios sobre los míos. Su lengua se introdujo en mi boca y sentí que me flaqueaban las rodillas. Mi pulso se aceleró cuando sus manos se deslizaron bajo mi camisa y me agarraron los pechos. Siguiendo su ejemplo, deslicé las manos bajo su camisa, sintiendo los músculos cálidos y duros de su espalda, que contrastaban con su piel fría de la noche anterior.

Sus dedos encontraron con pericia el cierre de la espalda y lo desabrocharon, dejando que mis bubis se soltaran. Gemí cuando las cogió y se me puso la piel de gallina al notar los ásperos callos de sus manos.

Arrastré mis uñas en su espalda. Volvió a gemir, ¿o tal vez fui yo?

Aparté la boca.

—¿Vamos a hacer esto ahora? ¿Aquí?

Los ojos de Valen se clavaron en los míos.

—Podemos parar si quieres. ¿Es eso lo que quieres?

—Carajo, por supuesto que no —Mis partes femeninas latían con fuerza.

Valen se rio y bajó la cabeza. Su boca encontró mi cuello y me envió pequeños besos, con su lengua burlona.

Me estremecí cuando mis manos encontraron su cinturón y tiré con fuerza, desabrochando el botón superior de sus pantalones. El botón se cayó. Quizá tiré demasiado fuerte. Fue culpa de las hormonas.

Valen volvió a reírse y lo siguiente que supe fue que me había cogido en sus fuertes brazos y me había cargado hasta el escritorio de Basil. Papeles, recuerdos y tazas salieron volando cuando el gigante me bajó sobre él.

—Basil nos va a matar —murmuré entre besos.

—Puede intentarlo —dijo el gigante, de nuevo con las manos en mis pechos. Se metió entre mis piernas y sentí lo duro que la tenía. Sí. Íbamos a hacerlo en el despacho de Basil.

Estaba mareada por la lujuria y las emociones. Y el hecho de no haber tenido sexo en mucho tiempo me estaba volviendo loca.

Aparté la boca un segundo.

—He pasado mucho tiempo sin hacerlo —dije, sabiendo que lo más probable es que fuera un destructor de vaginas por lo que había oído.

—Bien —dijo el gigante, acercándose a mi cinturón.

—Podría haber telarañas ahí abajo —dije.

Valen soltó otra carcajada. Pero cuando me miró, lo único que vi en sus ojos fue deseo y una vulnerabilidad que me estrujó el corazón.

Me sentí un poco avergonzada por mi habilidad en el dormitorio, inferior a la media. Martin era más bien el tipo de amante que hacía «pum, pum y ya». Diablos, a eso no se le puede llamar amante. Más bien un polvo unidireccional y egoísta.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Levanté la vista de detrás del hombro de Valen y vi a Basil de pie en la puerta. Se subió las gafas a la nariz como si eso fuera a ayudarle a interpretar la escena de su despacho.

Uy. Me mordí la lengua para no echarme a reír. Pobre Basil. Parecía estar en el infierno.

Pero una risita oscura salió de Valen mientras se alejaba lentamente de mí.

—¿Necesitabas tu escritorio?

La cara de Basil se sonrojó, sus ojos se movían a todas partes menos a mi camisa y sujetador desaliñados. Mis ojos encontraron a

Valen y resoplé.

—Alguien ha venido a verte —dijo Basil, mirando al techo. Llevaba un cenicero en la otra mano. Qué raro. Lo último que sabía era que el pequeño brujo no fumaba.

—¿A mí? —preguntó Valen.

—No, a Leana —dijo el gerente del hotel—. Esperaré fuera —Y con eso, Basil tropezó con su propia silla, se agarró antes de caer y salió a toda prisa de su despacho.

—Ahora va. Necesita un minuto —dijo Valen mientras se ajustaba la zona de los pantalones.

—Me pregunto quién será —Me enganché el sujetador y me recogí el pelo en una coleta desordenada. Me irritaba un poco que Basil hubiera interrumpido lo que podría haber sido el mejor sexo de mi vida, pero en cierto modo, creo que era lo mejor. Mejor tener esa experiencia en otro lugar y en privado.

Me volví en la puerta.

—Te veo luego.

Valen sonrió, con el deseo aún en sus ojos.

—Cuenta con ello.

Yupi. Habría fuego más tarde.

Cuando salí del despacho de Basil, cerré la puerta y me reuní con él cerca de la recepción, sonreía, como si estuviera en un sueño en el que por fin las cosas mejoraban en el terreno sentimental. Al principio, pensé que Bellamy podría estar rindiéndose, como debería hacer cualquier comadreja. Pero no era él. Y no reconocí a nadie.

Tres hombres estaban con Basil. Dos llevaban pesadas túnicas grises y ceños fruncidos que asustarían a los niños pequeños. El tercero llevaba un traje negro de seda finísima. Sus ojos me siguieron mientras me acercaba.

No recordaba haberlos visto antes. Tal vez iban a contratarme para un trabajo. El corazón aún me latía con fuerza por los besos y las caricias de Valen.

—¿Me buscaban? —Me planté ante ellos, cruzando los brazos sobre el pecho. Me llegó una mezcla de piñas, azufre y vinagre, el olor tanto de brujos Blancos como de los Oscuros. Bueno, ahora sí que sentía curiosidad. ¿Por qué iba a buscar mis servicios un brujo Oscuro?

El brujo trajeado frunció el ceño ante mi atrevimiento y sus ojos claros me evaluaron mientras daba una calada a su cigarrillo. Basil me tendió un cenicero e intentó recoger las cenizas, pero falló. Eso explicaba lo del cenicero.

Los ojos del tipo eran demasiado brillantes e inteligentes para mi gusto cuando me recorrieron, deteniéndose en mi cuello, donde probablemente tenía un gran chupetón, y resistí el impulso de poner

la mano allí.

Hablando de dicho chupetón, el sonido de una puerta al cerrarse me hizo girar la cabeza, y vi a Valen dirigiéndose hacia nosotros, en calzoncillos. Me llamó la atención y me guiñó un ojo, provocando una oleada de deseo en mi interior.

Reprimí la sonrisa y volví a centrar mi atención en los tres brujos.

—¿Leana Fairchild? —preguntó el del traje oscuro. La suave luz amarilla del vestíbulo del hotel brillaba sobre su pelo oscuro y alisado.

—Sí.

—Soy Clive Vespertine, investigador del Consejo Gris —dijo el brujo. Su voz se volvió etérea, casi sarcástica, y provocó algo en mí.

—Muy bien. Es bueno saberlo —Mierda. Me había olvidado por completo de la investigación con todo lo que había pasado—. ¿En qué puedo ayudarles, caballeros? —No estaba segura de que me gustara cómo me miraban, como si hubiera hecho algo malo.

Clive dio un paso adelante y sonrió.

—Estás bajo arresto por el asesinato de Adele Vandenberg.

Bueno, mierda, eso fue inesperado.

Cuentos de una bruja

3

Las Brujas de Nueva York

KIM RICHARDSON

Autora bestseller del *USA TODAY*

LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com